



EL COLEGIO DE SONORA

DOCTORADO EN CIENCIAS SOCIALES

**Ser padre en Sinaloa
Cambios y permanencias del ejercicio de la paternidad
de tres generaciones de Culiacán**

Tesis presentada por
Iván José Armando Páez Ramírez

Como requisito parcial para obtener el grado de
Doctor en Ciencias Sociales

Directora de tesis: Doctora Mercedes Zúñiga Elizalde
Lector externo: Doctor Guillermo Núñez Noriega
Lector externo: Doctor Óscar Misael Hernández Hernández

**Hermosillo, Sonora
Agosto de 2022**

Dedicatoria

A mi padre y mi madre, por sus incondicionales y fundamentales labores de crianza.

A mis hermanos/a Manuel, Dilian y Fernando, por el gran reto de crianza que tienen.

A Sofía y Mariana, por su significativa e inolvidable crianza, educación y cuidados.

A Juan Pablo, por su particular forma de disfrutar la paternidad.

A los padres y madres que asumen la responsabilidad de criar, cuidar y educar a sus hijo/as.

Firmas

Ser padre en Sinaloa. Cambios y permanencias del ejercicio de la paternidad de tres generaciones de Culiacán

Doctora Mercedes Zúñiga Elizalde
Directora de tesis

Doctor Guillermo Núñez Noriega
Lector externo

Doctor Óscar Misael Hernández Hernández
Lector externo

Agradecimientos

El investigar no es un trabajo que se haga solo. En él intervienen varias personas que contribuyen en aspectos fundamentales. Por ello es importante y necesario agradecer a quienes colaboraron para que el presente estudio de las paternidades en Culiacán, Sinaloa se llevara a cabo.

A El Colegio de Sonora y su Centro de Estudios del Desarrollo, el por haber aceptado mi proyecto de investigación y darme la oportunidad de vivir una de las experiencias académicas más entrañables; al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, por su apoyo para realizar el posgrado; y a la Universidad Autónoma de Occidente, por permitirme ausentarme de las aulas, con la intención de mejorar en mi desempeño como profesor.

A la directora de tesis, Doctora Mercedes Zúñiga Elizalde, y a los lectores, Doctor Guillermo Núñez Noriega y Doctor Óscar Misael Hernández Hernández, por sus precisos, acertados, puntuales y oportunos comentarios, sugerencias y observaciones, durante todo el proceso de realización de la investigación.

A las y los profesores José Eduardo Calvario, Leopoldo Santos, Gloria Ciria Valdez, Francisco Zapata, Mónica Olmedo, María Del Valle Borrero, Patricia de la Llata, Catalina Denman, Carmen Castro, José Luis Moreno, Jesús Armando Haro, Blanca Lara, Lorenia Velázquez, Gabriela Grijalva, Zulema Trejo y Álvaro Bracamonte, por compartir sus conocimientos y experiencias en clases.

A los entrevistados y entrevistadas que tuvieron la disposición y confianza para compartir sus experiencias de paternidad y maternidad, ya que su información es una de las piezas primordiales de este trabajo: María, Ana, Guadalupe, Sonia, Lucía, Aurora, Julia, Santiago, Artemio, Uriel, Benjamín, Daniel, Mario, Ignacio, Emilio, Roberto, Luis, Eusebio, Pablo, Dante, Leonardo, Ricardo y Víctor.

A mis compañeros Tere, Diuber, Carlo, Coral, Luis “malo”, Perla, Magdalena, Óscar, Liliana, Claudia, Rocío, Adán, Lorena, Carolina, Valeria, Sinué, Yolanda, Lucely, Esbayde, Herman, Jaudiel, Luis F., Luis “bueno” y Kenia por haber hecho más amenos, divertidos, disfrutables, entrañables e inolvidables, los días en el Colson y fuera de él.

A Guadalupe Romero, María Zupo, Tania Reyes, Idalia Flores y todo el personal de la Coordinación de Posgrado, Asuntos Escolares, Departamento de Cómputo, Apoyo Logístico, Redes y Soporte, Biblioteca, Limpieza y Vigilancia de El Colegio de Sonora, por su compañía y asistencia.

A todos los que contribuyeron de alguna manera a ser posible este proyecto, en especial a quienes colaboraron a concertar entrevistas, a incrementar el análisis de la información y facilitar la estancia académica en Matamoros, Tamaulipas: Esmeralda Ojeda, Berenice López, Tere Anguamea, Daniel Anguamea, Carlo Rubio, Christian Díaz, Iugam Gutiérrez, Alfonso Andrade, Julio Verdugo, Lourdes C., Mario Rodríguez y Carlos Mata.

Indiscutiblemente, a mi familia nuclear (Catalina, Manuel, Manolo, Dilian, Fernando, Sthefany, Manuel, Sofía Fernanda, Paulina, Sofía, Mariana y Misael), a mis tías, tíos, primas, primos, sobrinas sobrinos, amigas y amigos que, como siempre, me mostraron su apoyo, comprensión y paciencia para dedicarme a esta aventura que requirió, incluso, un cambio de residencia temporal, a otra ciudad, en la que me recibió otra parte de mi familia: Estela y Mario, quienes me brindaron una inigualable hospitalidad.

A Dios que me acompañó en este proceso en el que estuvieron presentes situaciones personales, difíciles e irreparables. Sin su ayuda no hubiera podido continuar en una de las actividades académicas más significativas que he realizado.

A Hermosillo, Sonora, por sus calles que recorrí diariamente a pie, sus espacios para la bohemia, sus postales de desierto, su gastronomía y su gente agradable, que me hicieron adoptar esta ciudad como una de mis favoritas.

Índice

Introducción	1
Capítulo 1.- Género y masculinidades. Una base para la comprensión de los estudios de las paternidades.....	12
1.1.- Influencia del feminismo en los estudios de varones	12
1.2.- El género como construcción social de la identidad	18
1.3.- Las masculinidades desde una perspectiva de género	22
1.4.- La construcción de la identidad masculina.....	26
1.5.- Masculinidad hegemónica, poder y heterosexualidad.....	31
Capítulo 2.- Hacia un significado de las paternidades, desde los estudios de género de los varones y las masculinidades.....	38
2.1.- El significado y la construcción de las paternidades.....	39
2.2.- La paternidad: entre el modelo tradicional y los nuevos significados	42
2.3.- Las paternidades en México	49
2.4.- La familia como espacio para el ejercicio de las paternidades.....	54
Capítulo 3.- El contexto de los significados y las prácticas de género	63
3.1.- Relaciones de género en Culiacán.....	64
3.2.- Dinámica familiar durante el confinamiento por el coronavirus.....	68
3.3.- Las paternidades en Culiacán, durante la pandemia.....	72
Capítulo 4.- Estrategia metodológica	77
4.1.- Técnicas para la recolección de datos	79
4.2.- Perfil y características de los participantes.....	79
4.3.- Descripción de los participantes.....	82
4.4.- Desarrollo del trabajo de campo.....	92
4.5.- Análisis de la información.....	99
Capítulo 5.- Significados de género sobre ser hombre y ser padre	102
5.1.- La familia de procedencia	103
5.2.- Ideales de ser hombre, esposo y padre	108
5.2.1.- <i>El ideal de “ser hombre”</i>	109

5.2.2.- <i>El ideal de “ser esposo”</i>	117
5.2.3.- <i>El ideal de “ser padre”</i>	119
Capítulo 6.- Matrimonio y división sexual del trabajo en el hogar	127
6.1.- Acuerdos de recién casados.....	128
6.2.- Participación en el proceso de embarazo	132
6.3.- Involucramiento en los cuidados y la crianza de los hijos/as.....	138
6.4.- Entender al propio padre a partir de ser papá.....	143
Capítulo 7.- Prácticas de paternidad y relaciones de género en el hogar	147
7.1.- Reglas en la familia	149
7.2.- Diferencias género y de edad y en la crianza	153
7.3.- La responsabilidad del padre en el hogar	156
Capítulo 8.- Relaciones afectivas en la familia	163
8.1.- Afectividad en la familia de origen	164
8.2.- Relación con la esposa	169
8.3.- Relaciones afectivas con los hijos/as.....	171
8.4.- Factor principal para el funcionamiento de la familia.....	178
Conclusiones	184
Bibliografía.....	196
Anexos.....	211
Anexo 1.- Guía de entrevista a varones adultos mayores.....	211
Anexo 2.- Guía de entrevista a varones adultos y jóvenes	215
Anexo 3.- Guía de entrevista a mujeres.....	219

Índice de tablas

Tabla 4.1.- Entrevistados y entrevistadas en Culiacán, Sinaloa durante 2020 y 2021.....	100
---	-----

Resumen

Aunque pareciera que el ejercicio de la paternidad es muy específico y, mayormente, se limita a la proveeduría económica de los varones, la realidad es que implica un gran número de actividades, con diferente grado de responsabilidad e involucramiento para con los hijos/as, en lo que influye, además, el lugar y el momento histórico en el que se realicen.

En ese sentido, el objetivo de esta investigación fue analizar los cambios y permanencias de los significados, prácticas y relaciones de la paternidad y la masculinidad de tres generaciones de varones de Culiacán, Sinaloa.

El supuesto teórico fue que los cambios de la paternidad se reflejarían en los padres jóvenes, en más involucramiento en las labores de crianza, expresiones explícitas de afecto y convivencia familiar, mientras que los padres adultos mantendrían prácticas tradicionales y fungirían más que nada, como proveedores económicos.

La investigación se realizó desde un enfoque cualitativo, con base en los estudios de género de los hombres y las masculinidades, que recupera la perspectiva de género feminista, desde la cual se considera a los varones sujetos genéricos, con identidades, prácticas y relaciones como hombres construidas socialmente y no dadas por lo natural o biológico.

En lo general, se concluyó que entre las generaciones de varones entrevistados se observan cambios mínimos en el ejercicio paterno, sobre todo en el grupo de edad de adultos, quienes se muestran dispuestos a involucrarse en la crianza y cuidados de los hijos/as, el mantenimiento del hogar, y a acordar con sus esposas la dinámica de la familia, por lo que no pudiera afirmarse un avance continuo en todos los aspectos, desde los adultos mayores hasta los jóvenes.

Introducción

Hay una frase que, puedo asegurar, he escuchado toda mi vida, aunque no siempre la entendí igual: “Padre, no es el que engendra...”. No sabía qué era “engendrar”, solo me quedaba claro que no todos los papás eran iguales. Después me enteré a qué se refería la palabra y comprendí, también, la segunda parte de la expresión en cuestión: “...sino el que cría y educa”. Entonces, supe que, además de poner la “semilla”, el papá tenía que hacerse cargo de sus hijos/as, aunque no siempre fuera así, ya que desde muy pequeño pude darme cuenta de las diferencias entre los papás: los varones que son papás.

Por ejemplo, notaba que mis tíos, mis abuelos, algunos vecinos y mi propio papá no se comportaban de la misma manera con sus hijos/as. Veía que unos no estaban en la casa durante el día. Llegaban en la tarde o en la noche, cansados, molestos y con mucha hambre. En ese instante se acababa la diversión porque, a partir de ahí, la televisión sería solo para ellos y empezaría el dar órdenes para tener todo a su alcance en cualquier actividad que hicieran: al estar en el sillón (“tráeme los huaraches”, “búscame el periódico”, “tráeme un vaso de agua”), bañarse (“tráeme la toalla”) o comer (“tráeme una cuchara”, “pásame la sal”). También era el momento para sentir miedo, porque los papás podrían enterarse de las travesuras hechas por los hijos/as en el día y, de seguro, habría regaños, castigos y, a veces, dependiendo de la gravedad del asunto o de su estado de ánimo, hasta les daba por pegar con el cinto. En cambio, otros padres también estaban fuera de su casa durante el día y solo veían a su familia en la noche, pero no llegaban dando órdenes, no provocaban temor ni maltrataban, así estuvieran agotados del trabajo. Todo lo contrario: saludaban a la esposa y a los hijos/as, incluso, les daban besos y abrazos, procuraban comer juntos e intentaban valerse por ellos mismos, acercado lo que necesitaran en lo que hicieran.

Las diferencias entre los padres no solamente se limitaban al espacio del hogar, también, veía que algunos acompañaban a su familia a pasear o a fiestas y que otros preferían irse con sus amigos o no hacerlo, simplemente (“necesito distraerme, descansar”). Había padres que asistían a las reuniones y festejos escolares y otros no (“yo no puedo, tengo que ir a trabajar”). Algunos ayudaban a sus hijos/as con las tareas de la escuela y otros no (“no le entiendo, que te ayude tu mamá”). Unos padres salían de vacaciones con sus esposas y sus hijos/as y otros les daban el dinero para que se fueran, pero ellos no iban, porque “si no trabajo, cómo le hacemos después”.

Desde muy pequeño me di cuenta de que los papás tenían como única actividad trabajar, porque era quienes se ocupaban de los gastos de la casa. No sabían de nada más. Si acaso, de vez en cuando pintaban, reparaban el baño o algún desperfecto en la electricidad, aunque preferían pagar para que alguien más lo hiciera, así fuera algo muy sencillo. Casi siempre decían que estaban cansados o que no tenían tiempo para algo más y casi todo lo resolvían con dinero (“ten para que te compres algo”). Eso sí, podían perder una tarde o su día de descanso completo en lavar el carro, engrasarlo, componerlo, o pretender que lo hacían.

En cambio, las mamás hacían de todo y nunca se cansaban. Al menos nunca lo decían. Eran las primeras en levantarse y las últimas en acostarse. Barrían la calle, regaban las plantas, ponían una lavadora, intentaban despertar a los hijos/as y al esposo para que fueran a la escuela y a trabajar, de ahí se iban a la cocina a preparar el desayuno. Lo dejaban en la lumbre, para regresar a la lavadora y agregar suavizante, hacer el intento de levantar a quienes ya estaban lúcidos, pero les agradaba más quedarse entre las cobijas. Volvían a la cocina, terminaban de guisar, servían y desde ahí gritaba a los demás “¡ya está servido!”, y como nadie contestaba, gritaban de nuevo “¡Se les va a hacer tarde!”, “¡Se les va a mosquear!” o “¡Se les va a enfriar!” Después, se iban a sacar la ropa de la lavadora para tenderla al sol, mientras otra tanda ya iba, con fuerza, de izquierda a derecha y derecha a izquierda entre agua y jabón, para soltar la mugre.

Ya que las mamás lograban que cada uno se fuera a la escuela o el trabajo, le seguían a toda prisa con la barrida, la sacudida y la trapeada. Quedaba más ropa para echar a la lavadora y tenían que apurarse a hacer la comida, porque los hijos/as regresaban de estudiar con mucha hambre. Si les faltaba algún ingrediente, iban a la tienda a comprarlos y, en el camino, aprovechaban para preguntar a las vecinas si alguna le entraba a la cundina, la tanda, el ahorro mensual: (“¿Qué número vas a querer?”) o dejarles un catálogo de *Avon*, *Tupperware*, *Stanhope* o *Fuller* (“Por si quieren encargarse algo”). Les avisaban que al día siguiente hornearían empanadas para vender (“¿Cuántas vas a encargarse?”) y que el sábado harían una demostración de artículos de cerámica, desde las 5:00 de la tarde (“Son a dos pagos”). La casa necesitaba arreglos y ampliaciones, y trataban de sacar, a como fuera, un dinero extra, para ayudar al esposo.

Después de ese recorrido, volvían a la casa, se iban directo a la ropa que estaba tendida en el alambre para quitarla y doblarla, porque había que hacer espacio para la otra tanda que ya esperaba que le diera el sol. Mientras hacían la comida, prendían la radio o la televisión, más que por la música o enterarse de alguna noticia, para no sentirse solas y estar pendiente de la hora, para que no se les pasara el momento de ir por los hijos/as a la escuela, a pie o en transporte público, y para calcular que los alimentos se cocieran antes de eso y no dejar la estufa prendida. Ya que estaban de regreso, mandaban a los hijos/as a quitarse el uniforme, para lavarlo y a que se alistaran para servirles la comida. Cuando terminaban, los dejaban jugar o ver la televisión, pero solo el rato en el que lavaban la loza, porque seguía la tarea de la escuela y había que ayudarles.

El resto de la tarde se iban a sacar la ropa de los tendederos, doblarla, acomodarla en los cajones de cada quien, llevar la de plancha a su cesto correspondiente, donde estaría hasta el sábado en la noche, para quitarle lo arrugado cuando terminara la demostración de cerámica. Una vez que bajaba el sol, volvían con las vecinas a recoger los catálogos, para luego revisarlos y encontrar la página doblada de una de las esquinas, lo cual significaba que por ahí estaría el

nombre de ellas en el producto que querían y el número que indicaba la cantidad a encargar. Tenían que ir y no tardarse mucho, porque ya casi regresaban los esposos del trabajo y vendrían cansados y hambrientos: habría que hacer la cena, servir, lavar la loza, mandar a los hijos/as a bañarse, preparar su uniforme y acostarse, porque al día siguiente era de levantarse temprano a hacer lo mismo. Ellas no se iban a la cama hasta que estuvieran seguras de que las puertas estaban bien cerradas, que no quedaran abiertas las llaves del gas, que cada uno estuviera en su cama y que las luces quedaran apagadas.

Esas inquietudes acerca del ejercicio de la paternidad y la maternidad, me llevaron al interés profesional de profundizar en las paternidades y tener más elementos para responder(me) qué es “ser padre”, qué aspectos están imbricados en una actividad que se ejerce, al parecer, de manera desigual, en diferentes grados de involucramiento con los hijos/as y de acuerdos con la pareja. En mis estudios de maestría, en los cuales abordé las masculinidades en Culiacán, Sinaloa, en la década de los sesenta, pude darme cuenta que el “ser padre”, podría estar fuertemente relacionado con “ser hombre”: ser parte importante de la identidad masculina, por lo que, en esa etapa académica se intensificó mi curiosidad para analizar las paternidades e intentar mostrar cómo serían, específicamente, las que ejercen algunos varones en esa misma ciudad, pero en tres grupos de edad diferentes, con la finalidad de identificar y analizar los cambios y permanencias de esa actividad a través de las generaciones, en lo cual podrían influir acontecimientos de salud, políticos, económicos, sociales, religiosos, poblacionales y urbanísticos, incluso, como señala Rojas (2007), culturales, de preparación y la edad.

Un aspecto que considero importante de la paternidad es la manera en que se ve y se asume al padre. Por lo general, se le concede mayor relevancia que a la madre, aun cuando esta, de acuerdo con lo que he visto en algunas de las familias que conozco y a la literatura revisada, sea la responsable principal de criar, educar y cuidar a los hijos/as. En relación con eso, Verduzco

y Rodríguez Lamarque (2009) explican que en los textos sagrados de la India se puede observar ese poder del padre de la mano de la autoridad del esposo; en la antigua Roma verse como amo de la casa, con autoridad igual al emperador; en el cristianismo, con el poder basado en el “honrarás a tu padre y a tu madre”, que marca el cuarto mandamiento; en el mundo feudal, aunque los niños eran criados por nodrizas, respetaban y obedecían al padre; y en el siglo XIII, él era el único poseedor de la patria potestad de los hijos hasta la adultez de los varones o el matrimonio de las mujeres.

No obstante, el panorama pudo haber comenzado a cambiar a partir del siglo XVII, ya que Verduzco y Rodríguez Lamarque (2009) aclaran que en ese tiempo hubo un reconocimiento del amor entre hijos y padres; en el siglo XVIII, la sociedad se vuelve más fraterna, al asumir el Estado la tutela de la familia y al casar, la Iglesia, parejas por convicción; y, ya en el siglo XX, por la crisis de la familia burguesa, la revolución tecnológica, las dos guerras mundiales, familias y parejas separadas, mujeres y niños trabajando, con lo que la figura del padre pierde fuerza, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo, cuando la escuela le resta funciones, se busca la igualdad de derechos y eliminar prejuicios. En ese sentido, Nieri (2012) destaca que, conforme a los cambios del rol paterno norteamericano y la sociedad occidental, se reconocen cuatro modelos de padres: 1) de moral cristiana, desde la colonia y hasta fines del siglo XIX; 2) de soporte económico, a comienzos del XX; 3) de identificación sexual, a partir de los años treinta, cuando al padre, sin empleo por los estragos de la Segunda Guerra Mundial, se le complicó cumplir su rol; 4) y el nutricio o de etapa del amor parental, en los setenta, participando en las tareas del hogar y educación de los hijos.

De acuerdo con la literatura revisada para esta investigación, los estudios de paternidades podrían sugerir dos modelos que agrupan las distintas formas de desempeñar el ejercicio paterno: el que remite a las prácticas tradicionalistas y patriarcales, en las que, mayormente, los varones

son los proveedores económicos del hogar y las mujeres las encargadas del mantenimiento de la casa y la crianza de los hijos/as; y otro que supone una transformación en las funciones de la paternidad, lo cual se refleja en el relajamiento de las obligaciones de protección y seguridad económica, en más participación y presencia de los hombres en la educación y crianza de los hijos/as y la incorporación de la mujer en el mercado de trabajo, aunque, en algunos casos, persiste la inequidad de responsabilidades entre el padre y la madre.

De igual forma, se observa que la paternidad no solo se ejerce por parejas o matrimonios compuestos por mujeres y varones, sino que pueden identificarse hombres que, por distintas razones, están físicamente ausentes de los hijos/as, pero que proporcionan lo necesario para su manutención; otros que crían solos a sus hijos/as, sin la presencia de una madre; y unos más que lo hacen en conjunto con un compañero y no una compañera.

Ante ese diverso panorama, surgen preguntas que intentan responder más allá el cuestionamiento general “¿qué significa ser padre?”, sobre todo porque la presente investigación pretende analizar las paternidades en una ciudad específica, en tres periodos diferentes, con lo cual se supone podría existir una manera particular de “ser padre” en Culiacán, Sinaloa, en cada momento histórico y que, por las particularidades políticas, económicas, sociales, religiosas, etcétera, de cada uno, podrían cambiar o evolucionar de uno a otro. En ese sentido, se presentan dudas como: ¿De qué manera se relacionan los padres con sus hijos/as? ¿Cómo les expresan el afecto? ¿Qué actividades realizan juntos? ¿Qué hacen, específicamente, los padres en relación con la crianza, educación y cuidados de los hijos/as? ¿Con base a qué normas o reglas está organizada la familia de esos padres? ¿Si los padres ejercen o no autoridad y de qué manera? ¿Cuáles son las características de la paternidad sinaloense? ¿Cómo aprendieron a ser padres los varones de esta ciudad? ¿Si estaba en sus planes de vida tener o no hijos/as? ¿De qué manera han cambiado o permanecido los significados, prácticas y relaciones del ejercicio de la paternidad y la

masculinidad de tres generaciones de varones de Culiacán? ¿De qué manera coinciden o se confrontan los significados de la paternidad de las diferentes generaciones?

Es necesario aclarar que el desarrollo de la investigación y, en concreto, el trabajo de campo, coincidió con la pandemia que se vivió a nivel mundial por el coronavirus en 2020, la cual obligó a que, al menos en México, a partir del 20 de marzo la población estuviera en un periodo de confinamiento hasta mediados de junio, por lo que se consideró pertinente abordar en el estudio cómo fueron las prácticas de la paternidad esos meses, en los cuales algunas familias permanecieron en sus hogares e, incluso, desde ahí continuaron realizando un trabajo remunerado y recibiendo clases escolares, por lo que también se intenta responder a: ¿Cómo se ejercen las paternidades en una situación de confinamiento? ¿Qué cambios surgen en la familia y en el ejercicio de las paternidades (y maternidades) durante una pandemia?¹

Para lograr lo expuesto anteriormente, la presente investigación tiene el objetivo de analizar los cambios y permanencias de los significados, prácticas y relaciones de la paternidad y la masculinidad de tres generaciones de varones de Culiacán, Sinaloa. Específicamente, la finalidad es indagar en aspectos como la ideación de la paternidad en las diferentes etapas de la vida de los varones –niñez, adolescencia, adultez y vejez–; qué se considera como el deber ser del padre; de qué manera se asume la paternidad en el contexto familiar y social; cómo se ejerce la autoridad con los hijos/as y de qué manera acuerdan con la pareja, al respecto; cuáles son los diferentes discursos de la paternidad en el entorno sinaloense; de qué manera experimentan los varones el engendramiento, embarazo y parto; cómo y en qué medida se involucran en los cuidados y la crianza de sus hijos/as; cómo se vive la dualidad padre/esposo; en cuáles labores domésticas y en qué medida participan los varones en el hogar; cuáles son las responsabilidades

¹ La información referente al ejercicio de la paternidad en la pandemia se abordará en el Capítulo 3, El contexto de los significados y las prácticas de género.

de los padres para los hijos/as –seguridad, proveeduría, representación, sostén emocional, moralidad, etcétera–; cómo son los vínculos que los varones establecen con sus hijos/as y sus parejas; de qué forma combinan, organizan o evaden los hombres el trabajo remunerado con el ejercicio de la paternidad; cómo se ejerce la paternidad fuera del vínculo conyugal y del hogar; y de qué manera se es padre en una situación de confinamiento, como el que se vivió durante 2020 por la pandemia del coronavirus, en la que por alrededor de tres meses, las personas debieron permanecer aisladas y encerradas en sus casas.

En relación con lo anterior, se pudiera pensar que los cambios de la paternidad a través de las generaciones se reflejan en los padres jóvenes, en más involucramiento en las labores de crianza y educación, con expresiones explícitas de afecto y más tiempo destinado a la convivencia familiar, mientras que los padres adultos mantienen prácticas tradicionales de este ejercicio, por lo que cumplen, mayormente, el rol de proveedores económicos. No obstante, es importante aclarar que, si bien, podrían encontrarse varones jóvenes más flexibles y abiertos en su desempeño paterno y hombres adultos que continúan con prácticas consideradas del pasado, no se espera hallar un resultado absoluto y generalizado, en mayor medida, porque a través de la literatura revisada se puede constatar que existen diferentes factores que inciden en el desempeño de la paternidad y porque los cambios que se observan solo son en algunos aspectos, lo cual podría deberse a que la paternidad, así como la maternidad, son un proceso inacabado, supeditado a demandas específicas, no nada más socioculturales, sino personales.

El presente trabajo se realiza desde un enfoque cualitativo, con base en los estudios de género de los hombres y las masculinidades, que recupera la perspectiva de género feminista, desde la cual, de acuerdo con Núñez Noriega (2017), los varones son sujetos genéricos, de quienes sus identidades, prácticas y relaciones como hombres son construcciones sociales y no

hechos naturales o biológicos, a quienes se ubica como individuos en un sistema sexo-género de ideologías, identidades y relaciones androcéntricas y heterosexistas heredadas culturalmente.

Estructura de la tesis

Como parte del desarrollo de este trabajo, seguido de la introducción, en la que se presentan los objetivos y la justificación de la investigación, en un primer capítulo se expone el concepto de género como una construcción social para diferenciar entre las características atribuidas a hombres y mujeres; el origen, el desarrollo y las ventajas de las investigaciones que se han realizado desde esta categoría analítica y, de manera específica, el significado de la masculinidad desde una perspectiva de género; los aspectos que influyen en la constitución de la identidad masculina; las particularidades de la masculinidad hegemónica, y su relación con el poder y la heterosexualidad; y las características de los estudios de género de los varones y las masculinidades.

En el segundo capítulo, se ahonda en el significado de la paternidad y la manera en que se construye desde una perspectiva de género; las características del ejercicio de la paternidad considerada tradicionalista y las de una denominada como nueva o moderna; algunos estudios que se ha hecho, particularmente, en México; y la familia, como un espacio para la producción y reproducción de las paternidades.

El tercer capítulo abarca una breve descripción geográfica de Culiacán, Sinaloa, lugar en el que se realizó la investigación, un apartado en el cual se intentan analizar las relaciones de género en esta ciudad, y de qué manera se ejercieron las paternidades en un contexto de confinamiento, debido a la pandemia por el coronavirus.

En el cuarto capítulo se aborda la estrategia metodológica que se siguió para la realización de la presente investigación, el cual incluye el enfoque, la perspectiva y la técnica con base en la

cual se fundamenta la tesis, así como el perfil y las características de los entrevistados y el desarrollo del trabajo de campo.

El quinto capítulo, es el primero de los que exponen los resultados de la investigación, en el cual se aborda la construcción de la identidad de los entrevistados, su constitución como personas con base en su familia de origen, las normas y valores con los fueron criados y educados. Además, se analizan los ideales de “ser hombre”, “ser esposo” y “ser padre”.

El sexto capítulo se refiere a cuando los varones entrevistados se casaron, a los acuerdos que llegaron con sus esposas para organizarse como familia; a cuando se enteraron que serían padres y cómo fue su participación en el proceso de embarazo, en el nacimiento de su primer hijo/a y en la crianza, educación y cuidados de sus primeros meses y años. También, incluye un apartado sobre lo que los entrevistados han comprendido del ejercicio paterno de su progenitor, a partir de ellos mismo ser padres.

El séptimo capítulo tiene que ver con la organización familiar en los hogares de los entrevistados, las reglas con las que educaron a sus hijos/as, con las actividades y responsabilidades que le corresponden a cada quien, en el hogar, y qué tanto están diferenciadas por el género.

El octavo capítulo aborda las relaciones afectivas en la familia, cómo expresan los padres entrevistados el cariño a sus hijos/as, lo que más disfrutaban de estar con ellos/as, las actividades de convivencia que realizan juntos, las situaciones en las que platican, y en las que se sienten más cercanos y/o lejanos a ellos/as; lo que consiste dar protección a la familia; los valores que los padres intentan inculcar a sus hijos/as; y los aspectos en los cuales consideran que son y no un ejemplo para ellos/as.

Al final, se incluyen las conclusiones, en las que se expone que entre una generación y otra de varones entrevistados, existen cambios mínimos en su ejercicio paterno, los cuales pueden

observarse más claramente en el grupo de edad de adultos, quienes se muestran más dispuestos a participar en la crianza y cuidados, y el mantenimiento del hogar, y a acordar con sus esposas cómo y en qué medida llevar a cabo esas actividades. Sin embargo, estos padres continúan viendo su participación como una “ayuda” o “colaboración” a la esposa, y no como una responsabilidad propia. También se expone que los varones de las tres generaciones siguen considerando la paternidad como un elemento importante de su identidad masculina, que a pesar de que piensan que el padre debe ser amoroso y dar protección a los hijos/as, priorizan la proveeduría económica, por lo que las madres son las principales encargadas de la crianza y la educación. Por otro lado, así se siga considerando al padre como la autoridad del hogar, las madres intervienen fuertemente en aspectos como dar permisos, instrucciones y reprender. Además, se presenta que, aunque una de las principales demandas de los varones entrevistados hacia sus propios padres era recibir más afecto y presencia, ellos mismo no suelen ser tan afectuosos con sus hijos/as ni estar presentes con ellos/as en la cotidianeidad.

Capítulo 1.- Género y masculinidades. Una base para la comprensión de los estudios de las paternidades

Para analizar las paternidades en Culiacán, Sinaloa, en tres generaciones de varones que son padres, esta investigación se realizó con base en los estudios de género de los hombres y las masculinidades, los cuales tienen su origen en el feminismo, desde donde se intenta explicar la identidad masculina y las diferentes maneras de ser padre.

En ese sentido, el presente capítulo intenta examinar la influencia del feminismo y los estudios de las mujeres en los concernientes a los varones; explicar, con base en el género, la construcción de la identidad masculina, de la cual forman parte las paternidades, así como el origen, desarrollo y ventajas de los estudios realizados desde esta categoría analítica; las particularidades de la masculinidad hegemónica y su relación con el poder y la heterosexualidad.

1.1.- Influencia del feminismo en los estudios de varones

La presente investigación se enmarca en los estudios de género de los hombres y las masculinidades, un campo de investigación en las ciencias sociales que, como aclara Núñez Noriega (2015), junto a los “estudios de los hombres” (*Men’s Studies*) y los “estudios de las masculinidades”, tienen su raíz en el feminismo y los estudios de género, con una trayectoria más amplia en investigaciones que intentan conocer más a las mujeres. En ese sentido, es oportuno hacer un breve recorrido en la historia del feminismo y su influencia en las investigaciones de los varones, ya que como destaca Jociles (2001), desde la publicación de *El segundo sexo*, de Simone de Beauvoir, pareciera que el género, como vertiente sociocultural de la diferencia sexual, se ha adueñado del pensamiento actual y convertido en un tema omnipresente en diversos ámbitos, particularmente en las ciencias sociales.

Al respecto, para González (2017), la corriente del feminismo emerge en estrecha relación con el movimiento de la ilustración en el siglo XVIII, para denunciar la no inclusión de los derechos de las mujeres en la universalidad de la razón y en una vida libre de prejuicios, aunque al continuar su desarrollo en el siglo XIX y principios del XX busca consolidar el derecho de ciudadanía de las mujeres, intenta, de nuevo, la universalidad de los derechos morales para todas las personas, lo cual se plasma en la Declaración de Sentimientos de Seneca Falls, en 1948, luego de la primera Convención sobre los Derechos de la Mujer. Sin embargo, el autor destaca que es en los años sesenta, con el surgimiento de los feminismos contemporáneos, cuando se amplían los debates en torno a las problemáticas de las mujeres, en los cuales toma un papel central el concepto del patriarcado, para explicar el origen y la reproducción de la opresión de las mujeres.

De Miguel Álvarez (2005) comenta que el feminismo de los sesenta también evidencia el sistema de dominación basado en el sexo-género, el cual considera independiente, pero interconectado a otros regímenes de autoridad y poder, con formas de opresión propias, relacionadas con la desigualdad en el ámbito público y, en especial, en la esfera de lo privado. Según Viveros (2007), la lucha del feminismo de esos años llevó a las demandas de transformaciones legislativas y de los patrones de socialización entre hombres y mujeres, a las luchas por la igualdad entre los sexos en los bienes y las oportunidades, y aportó una crítica radical a la pretendida racionalidad de la masculinidad, la cual consideró intrínsecamente perjudicial tanto para las mujeres como para los hombres.

Uno de los aportes del feminismo de los sesentas, que se considera relevante para esta investigación, de acuerdo con Lamas (2000), es la comprensión de que la constitución de mujeres y hombres, de lo femenino y lo masculino, no deriva de la biología, sino de construcciones simbólicas del orden del lenguaje y de las representaciones. En otras palabras, según De Jesús-Reyes y Cabello-Garza (2011), el lenguaje sería el conducto para asumir la apariencia masculina

o femenina. Al respecto, López y Guida (2002) aclaran que sería hasta la década de los ochenta cuando se logran avances en cuanto a la conceptualización de lo femenino y surgen los primeros estudios sobre lo masculino, con lo que las investigaciones de género señalan una lógica incluyente en el análisis de la construcción cultural de la diferencia sexual, al desarrollar varias teorías. Aunado a eso, Cazés (1997) agrega que, desde la academia y de distintas disciplinas de las ciencias sociales, surgieron metodologías para conocer, comprender y transformar la condición y situaciones de las mujeres y elaborar nuevas interpretaciones históricas y filosóficas desde un punto de vista no patriarcal, entre los cuales se encuentran estudios de la condición masculina y especificaciones de vida de los hombres, en las que se incorporan tanto académicos varones como activistas.

En concordancia con lo anterior, Ramírez (2008) comenta que las críticas provenientes del marxismo y de los movimientos sociales de los años sesenta y setenta, incidieron en la transformación que se tiene sobre la visión de las relaciones entre los sexos, con lo cual se pasa de la discusión sobre las mujeres a la diversidad de la expresión de la feminidad y al desafío de plantearse la masculinidad como indispensable en la discusión relacional de los géneros.

Más allá de las diferencias entre los sexos y las conceptualizaciones de lo femenino y lo masculino, para Trueba Atienza (2004), el feminismo ha puesto al descubierto que los contextos de interacción intersubjetiva y de integración social no son un campo neutro de posibilidades idénticas para todos y todas, sino que cada lugar en particular asigna posiciones y papeles a los sujetos, reglamenta el comportamiento y configura las actitudes, aspiraciones y habilidades, de ahí que el autor aclare, además, que el estudio de las identidades exige considerar el papel de componentes organizadores de los procesos de interacción social, como lenguaje, familia, moral, derecho, religión, escuela, división del trabajo y educación, que atañen directamente a la condición de seres sexuados y sujetos pertenecientes a un género.

Acerca de los estudios que abordan el género, Gutmann (2002) destaca que no se limitan a hablar de mujeres y hombres, sino que intentan, además, indagar y entender las formas en que las diferencias y semejanzas en la sexualidad física son comprendidas, discutidas, organizadas y practicadas en las sociedades. Para Kaufman (1994), el género también se trata de una categoría organizadora central de la psique, el eje alrededor del cual se organiza la personalidad y a partir del cual se desarrolla un ego distintivo, que hace imposible separar al ser humano del hombre.

Para Trueba Atienza (2004), la inclusión de la categoría género en el campo de la investigación social, obedece a tres intereses fundamentales: 1) romper con las representaciones tradicionales de las relaciones entre hombres y mujeres; 2) ampliar el conocimiento de las relaciones de poder entre hombres y mujeres; y 3) ajustar la teoría feminista a ciertos cánones de legitimidad académica, al sustituir el término mujer por el de género, que es más neutro. El autor destaca que un paso decisivo de los estudios de género sobre la identidad de género es haber roto con los modelos funcionalistas que concebían unilateralmente la relación entre mujer-familia-sociedad como unidad orgánica, como si familia y mujer fueran una especie de aparato reproductor de la sociedad. Los estudios de género, para Cazés (1997), no solo abarcan la jerarquización entre los géneros, sino entre quienes ejercen en complicidad ese dominio, y comparten visiones críticas de la sociedad y de la cultura de quienes los han realizado, como convicciones de que las realidades analizadas no son inmutables.

De acuerdo con Figueroa-Perea (1998) la perspectiva de género permite la posibilidad de repensar la forma y el significado de ser varón y de ser mujer, de explicar los desfases en la autoridad moral, de reconstruir normatividades y de resignificar a las personas, así como de hacer presentes a los varones real, simbólica y científicamente en los procesos de salud, sexualidad y reproducción. Aunado a eso, para Salguero Velázquez (2004) también aporta elementos para abordar las diferencias en los procesos de construcción de hombres y mujeres, padres y madres;

de la formalización de la relación de pareja; la decisión y planeación de los hijos e hijas; la participación en el embarazo, nacimiento y crianza; los cambios en las prácticas en la trayectoria de vida de los varones y de sus hijos e hijas; e intenta que la paternidad integre una forma de ser hombre que incorpore relaciones genéricas más equitativas y armoniosas, tanto con las mujeres como con otros varones.

De Jesús-Reyes y Cabello-Garza (2011) explican que el interés de investigar a los hombres en temas como la sexualidad y la reproducción inició a mitad del siglo pasado, ya que como explica Salguero Velázquez (2006), la masculinidad no se había pensado como sucedía con la feminidad, porque el hombre ha sido lo neutro de la humanidad, se le ha dado por hecho y no se le cuestionaba ni confrontaba, como lo hacen ahora los estudios feministas, que integran tanto hombres como mujeres que luchan contra las jerarquías y desigualdades entre los géneros y las transformaciones sociales, en dimensiones como familia, sexualidad, relaciones personales y vida cotidiana, lo que ha ayudado a cuestionar el modelo hegemónico, al reconocer varias formas de conocimiento, validar diferentes tipos de experiencia e identidades, con lo que, ya no solo se ocupa de las necesidades y desigualdades de las mujeres, como lo hacía al principio, sino que, en su carácter relacional, también cuestiona el lugar de los varones, de ahí que, recalca, al estudiar a estos, a las masculinidades y a las paternidades, sea importante tener presente la historización del sujeto en la cultura, su forma particular de vida en contraparte del determinismo biológico y la universalidad, ya que la identidad de género masculina se debe visualizar como fenómeno plural, en donde no todos siguen el modelo hegemónico, así la mayoría sean matizados por él.

En ese sentido, De Jesús-Reyes y Cabello-Garza (2011) añaden que existen estudios recientes sobre masculinidades emergentes, en donde los varones tienen actitudes y comportamientos diferentes, de resistencia y cuestionamiento al modelo tradicional hegemónico, y de mayor participación en actividades domésticas, de cuidados y crianza de los hijos, de

acercamiento emocional con su familia, de más participación en el contexto social y económico, restando importancia al ámbito sexual, con mayor consciencia de las desigualdades con las mujeres, sin la constante demostración de la hombría. Lo anterior no necesariamente plantea un panorama positivo, ya que, según Salguero Velásquez (2006), cuando los varones asumen maneras de ser que transgreden el deber ser instituido hegemónicamente, se enfrentan a conflictos, contradicciones y costos sociales. Por ejemplo, la autora explica que, si bien, algunas representaciones y significados acerca de la masculinidad se centran en el poder, el dominio, la superioridad, la fortaleza, la virilidad y la ausencia de emociones y sentimientos, hay varones para quienes el matrimonio es un paso necesario del hombre pleno; la vida conyugal es de responsabilidades, preocupaciones y disminución de su libertad personal, que aceptan intercambiarla por amor, reconocimiento y sentirse hombres de verdad, por lo que el proceso de la construcción de la identidad de género es diverso y contradictorio, incluye aprendizaje social y cultural, de ahí que muchos varones estén expuestos a estereotipos de género tendientes a la agresividad, violencia, autoridad, ejercicio del poder, escasa manifestación de afectos y sentimientos, entre otros atributos.

El entendimiento de la hombría y de las masculinidades contemporáneas requiere de varios aspectos. Núñez Noriega propone hacerlo como un “conjunto de significados que participan en la construcción de lo real en la medida en que bajo esas concepciones de la `hombría` o `masculinidad`, es decir, bajo estas y otras concepciones de género, es que se socializan seres humanos particulares” (2017, p. 46). Para Connell (1997) se necesita trazar las tendencias de crisis del orden de género; que es posible encontrar una salida usando como marco las tres estructuras de relaciones de género; y que la interacción entre las diferentes formas de masculinidad es una parte importante de cómo funciona un orden social patriarcal. Finalmente, Cazés (1997) señala que los estudios de hombres entre los de género aplican y desarrollan la

teoría metodológica de género, lo que va siendo pertinente ante la urgencia de deconstruir concepciones y actitudes masculinas patriarcales, tanto en la vida pública como en la privada, que prevalecen como naturales e incuestionables, por lo que no deben limitar, sustituir o eliminar a las investigaciones y esfuerzos desplegados por las organizaciones feministas o las instancias que contribuyen a transformar la condición y situación de las mujeres.

1.2.- El género como construcción social de la identidad

Algunos autores consultados para esta investigación (Kaufman, 1994; Gutmann, 1997; De Keijzer, 2001; Granados Cosme, 2002; Fuller, 2002; Correa, García y Saldívar, 2013; Núñez, 2015) coinciden en que el género es el conjunto de atributos, funciones, estereotipos, valores, prácticas de orden simbólico, prácticas sexuales, creencias, comportamientos y actividades, construidos social y culturalmente desde el nacimiento, que no se limitan a la genitalidad, a lo biológico ni reproductivo, porque el significado de ser hombre y mujer no es fijo, estático, neutral ni objetivo, sino contextual: un producto histórico que cada sociedad define. Para Montesinos (2004), el género, también, atiende a las etapas de la personalidad del ciclo de vida en las cuales se desarrolla la identidad masculina y femenina. En ese sentido, el autor explica que: en la infantil se aprenden los rasgos generales del papel que se ha de cumplir, y es el periodo fundamental de diferenciación genérica en el que el niño y la niña se reconocen como masculino o femenino; en la adolescencia se introducen en los individuos conductas que refuerzan su identidad; y en la adultez se espera que se cumplan las distintas facetas aprendidas, en las que las personas se construyeron como hombres o mujeres. En suma, en palabras de Lamas (2014, p. 67): “el género estructura la percepción de los seres humanos y da forma a la organización material de toda la vida social”.

Para De Keijzer (2001), la forma como se concibe lo masculino y lo femenino son un reflejo de las relaciones de poder entre los sexos. Las diferencias biológicas entre hombres y mujeres aparecen, para Bourdieu (2000), como la justificación natural de la diferencia socialmente establecida entre los sexos, y en especial de la división sexual del trabajo. El autor precisa que la virilidad sigue siendo indisociable de lo físico, a través de las demostraciones de la fuerza sexual esperada de un hombre considerado como verdadero, con manifestaciones en la lógica de la proeza y la hazaña, que glorifica y enaltece. Señala que el mismo acto sexual es concebido por el hombre como una forma de dominación, de apropiación y posesión, porque se constituye por el principio de la división fundamental entre lo masculino (activo), y lo femenino (pasivo), el cual crea, organiza, expresa y dirige el deseo masculino de posesión y dominación erótica, y el femenino como deseo de dominación masculina, subordinación erotizada o, incluso, en su límite, reconocimiento erotizado de la dominación.

Una de las definiciones del concepto de género que resulta más pertinente para la presente investigación es la de Scott (1996), para quien el género es un “elemento constitutivo de las relaciones basadas en las diferencias que distinguen los sexos”, y una “forma primaria de relaciones significantes de poder” (p.289). La autora analiza cómo las características de hombres y mujeres son construidas socialmente, cuyos vínculos se sustentan en relaciones de poder, lo que supone la supremacía de unos, por lo general los varones, y la subordinación de otros, casi siempre, las mujeres. Para Scott, el género también comprende cuatro elementos interrelacionados: 1) los símbolos culturalmente disponibles que evocan representaciones múltiples; 2) los conceptos normativos que manifiestan las interpretaciones de los significados de los símbolos, como intento de limitar y contener sus posibilidades metafóricas; 3) las nociones políticas y referencias a las instituciones y organismos sociales; y 4) la identidad subjetiva.

Rubin (1986) enfatiza en la importancia de entender el concepto de género como un sistema sexo-género, comprendido como “el conjunto de disposiciones por el que una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana, y en el cual se satisfacen esas necesidades humanas transformadas” (p. 97). Al respecto del sistema sexo-género, De Jesús-Reyes y Cabello-Garza (2011) señala que establece los roles y constituye la subjetividad que rige las relaciones sociales de mujeres y hombres, a partir de símbolos, representaciones, instituciones y organizaciones sociales; y marca las diferencias entre ellos y ellas, que se plasman, mayormente, en el ámbito doméstico, donde el varón tiene un rol diferente a la mujer, configurado por las bases de su identidad sexual, y se internalizan los primeros mensajes de masculinidad del padre y de la madre.

En la literatura revisada se observa que, independientemente del lugar y la época, los atributos asignados a los hombres y las mujeres tienen algunas similitudes en las diferentes culturas, lo que hace suponer que existen rasgos comunes que predominan en la generalidad. En ese sentido, Bourdieu (2000) explica que a los hombres se les sitúa en el campo de lo exterior, oficial, público, del derecho, lo seco, alto y para realizar actos breves, peligrosos, espectaculares, como la decapitación del buey, la labranza, el homicidio o la guerra, que marcan unas rupturas en el curso normal de la vida. En cambio, continúa el autor, a las mujeres se les ubica en el campo interno, húmedo, de abajo, de la curva y lo continuo; en los trabajos domésticos, privados, ocultos, invisibles o vergonzosos, como el cuidado de los niños, los animales y las tareas exteriores asignadas por la razón mítica, que se relacionan con el agua, la hierba, la leche, la madera, especialmente, los más sucios, monótonos y humildes.

Según Correa, García y Saldívar (2013), existe la creencia de que los varones, a quienes se les distingue como dominantes, racionales, competitivos y agresivos, tienen más capacidad para desenvolverse en el contexto público, por sus atributos instrumentales y racionales; y las

mujeres, de quienes se piensa son sumisas, buenas amas de casa, cuidadoras naturales de niños, emocionales y afectivas, son para el espacio privado, porque es su lugar natural. Para Torres Velázquez (2004), en el modelo patriarcal, el ser hombre es a partir de ejercer el poder sobre las mujeres en todos los contextos sociales, por lo que tanto esposas como hijos e hijas son más propensos a ocupar posiciones de subordinación. La autora, señala que uno de los atributos principales de la masculinidad hegemónica es que los varones son los jefes del hogar, conferido a su carácter de proveedores, además de que son figura de autoridad, lo cual genera conflictos en sus hijos e hijas, porque en ella recae la responsabilidad para ejercer los castigos con los cuales se intenta poner los límites impuestos por la sociedad y la cultura.

Con respecto a la manera en que los roles sexuales se acentuaron en la actualidad, lo que podría, además, ser la razón por la cual las características de los hombres y las mujeres comparten similitudes en los diferentes contextos, Correa, García y Saldívar (2013) comentan que fueron el resultado de la división social del trabajo a partir de la primera gran revolución industrial, cuando los hombres se vieron obligados a dejar el campo y los talleres caseros e irse a las fábricas, con lo que consolidaron una dicotomía entre el ámbito público y el privado: el primero destinado para ellos; y el segundo a las mujeres, para realizar labores domésticas y de crianza.

Al respecto, Bourdieu (2000) destaca que la división sexual está inscrita en la división de las actividades producidas a las que se asocia la idea de trabajo y, más ampliamente, en la división del trabajo de mantenimiento del capital social y simbólico que atribuye a los hombres el monopolio de las actividades oficiales, públicas, de representación y, en especial, de los intercambios de honor, palabras, regalos, mujeres, desafíos y muertes. No obstante, Núñez Noriega (2015) aclara que cada sociedad posee valores y concepciones que son más dominantes que otras, y en cada contexto hay una lucha a nivel de representación, valores y concepciones del

mundo, y por el poder de imponerlas como las únicas legítimas, ya sean estéticas, éticas o de saber. El autor destaca que las expectativas de comportamiento consideradas normales y asignadas socialmente a lo masculino y lo femenino, es a lo que se refiere el rol de género y, por lo general, se adquieren en un proceso signado por la violencia, la represión o el miedo a ella. En ese sentido, Torres, Garrido, Reyes y Ortega (2008) agregan que uno de los recursos por medio de los cuales se enseñan, promueven, controlan y sancionan los roles sociales de hombres y mujeres es a través de los juegos.

1.3.- Las masculinidades desde una perspectiva de género

De acuerdo con Cazés (1997), las obras feministas también se han ocupado de los hombres, la hombría, la virilidad y la masculinidad, pero es reciente que los varones, por lo general ligados a intelectuales y activistas del feminismo, intervengan en las investigaciones sobre la condición masculina para participar en la construcción de la democracia genérica, cotidiana, vital, iniciada por las mujeres. Al respecto, Minello (2002) explica que, desde los setenta del siglo XX, en estrecha relación con el feminismo de los sesenta, aparecen los primeros análisis que intentan explicar el “ser varón”. Sin embargo, Jociles (2001) ubica un desarrollo más amplio de estos estudios a partir de los años ochenta, en países anglosajones (Estados Unidos, Australia, Canadá y Reino Unido), y Hernández (2008) encuentra que, en América Latina, las investigaciones sobre hombres como hombres, también inician en los ochenta, a partir de los estudios feministas, los de género y los *Men's Studies*, los cuales hacían uso del género como categoría de análisis para descubrir relaciones de diferencia y desigualdad sexual entre hombres y mujeres.

Si bien al inicio las investigaciones solían referirse a la masculinidad en singular, Jociles (2001) señala que uno de los aportes de los *Men's Studies* es el planteamiento de que no existe una sola masculinidad, sino múltiples de ella, porque sus concepciones y prácticas sociales varían

según los tiempos y lugares y no hay un modelo universal ni permanente, de ahí que se haga referencia a ella como masculinidades. Acerca de eso, Guasch (2008) reitera que hay que hablar de masculinidades en plural y situar sus distintos tipos en su contexto histórico, porque en sociedades complejas existen hegemónicas y subalternas: las primeras se socializan en la estructura social, la familia, la escuela, los medios de comunicación, etcétera, e implican un estatus adquirido y no transmisible; las segundas son devaluadas, de menor rango, de poco o nulo prestigio social.

Específicamente en México, de acuerdo con Hernández (2008), este tipo de indagaciones empezaron a finales de los ochenta y se incrementaron en los noventa, como respuesta a un movimiento social de mujeres y al formar parte de uno general por la equidad de género, como producto de políticas internacionales sobre violencia, sexualidad y salud reproductiva, y de financiamientos para programas y estudios sobre masculinidades. El autor destaca que en este país los estudios sobre los hombres y sobre la construcción de las masculinidades, se caracterizan por un auge regional, que permite conocer diferencias y similitudes de representaciones, identidades y relaciones de género, lo cual contribuye a la propuesta metodológica latinoamericana de abrir nuevos horizontes conceptuales al estudio de las masculinidades, de manera original, ante la idea de que la dominación masculina y las masculinidades asumen expresiones nacionales únicas y homogéneas que definen a todos los hombres.

Acerca de las investigaciones que intentan explicar las masculinidades, Gutmann (1997) precisa que existen dos enfoques temáticos desde lo antropológico, además de marcos de referencia conceptuales diferentes: los que se ocupan primordialmente de hechos relacionados exclusivamente con hombres, como la iniciación masculina y el sexo entre hombres, las organizaciones exclusivamente masculinas y los lugares solo para ellos; y otros que incluyen descripciones y análisis de las mujeres, como parte integral de un estudio más amplio de lo

varonil y la masculinidad, que también abarca temas como el carácter nacional, las divisiones del trabajo, los lazos familiares, de parentesco y amistad, del cuerpo y las luchas por el poder. El autor señala que, por lo menos, existen cuatro formas en que los antropólogos definen y usan el concepto de masculinidad, las nociones a la identidad masculina, la hombría, la virilidad y los roles masculinos, lo cual implica, a la vez, fluidez y falta de rigor teórico en el enfoque del tema. En ese sentido, masculinidad sería: 1) cualquier cosa que piensen y hagan los hombres; 2) todo lo que los hombres piensen y hagan para ser hombres; 3) ser más hombre que otros hombres, ya sea de manera inherente o por adscripción; y 4) cualquier cosa que no sean las mujeres.

Para Connell (1997), en lugar de intentar definir la masculinidad como un objeto, un carácter de tipo natural, una conducta promedio o una norma, es necesario centrarse en los procesos y relaciones por medio de los cuales los hombres y mujeres llevan vidas imbuidas en el género, por lo que la masculinidad sería, al mismo tiempo, la posición en las relaciones de género, las prácticas por las cuales los hombres y mujeres se comprometen con esa posición de género, y los efectos de estas prácticas en la experiencia corporal, de personalidad y cultural. La autora señala que cualquier masculinidad, como una configuración de la práctica, se ubica simultáneamente en varias estructuras de relación, que pueden estar siguiendo diferentes trayectorias históricas; y que la masculinidad y la femineidad siempre están asociadas a contradicciones internas y rupturas históricas.

Por su parte, Kimmel (1997) aclara que la definición de masculinidad implica varias historias a la vez, como la búsqueda del hombre individual por acumular los símbolos culturales que denotan virilidad, señales de que ha logrado ser hombre, normas contra las mujeres para que no se incluyan en la vida pública y continúen en lo privado, y el acceso de los hombres a los recursos culturales que les conceden virilidad, los mismos que les permiten modificarla,

preservarla y reclamarla, ya que es el poder de las propias definiciones para mantener el poder efectivo de los hombres sobre las mujeres y otros hombres.

No obstante lo anterior, Minello (2002) destaca que, aun con las distintas aproximaciones teóricas al estudio de la masculinidad, el camino más fructífero es verla como parte de las relaciones de género, ya que permite comprender los planos individuales y sociales; referirse al contexto social y la historia de las estructuras del cuerpo; reconocer que el género se organiza en el encuentro conflictivo; explicar los sistemas sociales en términos de acciones; realizar trabajo empírico en la investigación de campo que permita comprobar, corregir y reformular hipótesis planteadas o elaborar nuevas de acuerdo a realidades concretas; e incluir enfoques cualitativos con técnicas como la historia de vida, a partir de la entrevista a profundidad.

A partir de los textos consultados se entiende que, desde la perspectiva de género, la masculinidad se construye con base en un proceso de socialización. Kaufman (1994), Kimmel (1997), Gutmann (1997), De Keijzer, (2001) y Fagetti (2003) coinciden en que la identidad masculina (igual que la femenina), no es algo establecido ni estático, sino contextual, histórico, varía culturalmente, se adquiere, se conquista y se construye socialmente, por lo que cada grupo define el ser hombre (y ser mujer) de acuerdo con las posibilidades económicas y sociales que posee. En otras palabras, desde la óptica del género, “los significados de ser hombre no se definen de una vez y para siempre, pues en diferentes momentos históricos, espacios y situaciones de interacción social hombres y mujeres legitiman, cuestionan y redefinen lo que significa ser un hombre” (Hernández, 2012; p.29). En correspondencia con esa idea, De Keijzer, (2001) agrega que los mensajes que cruzan al patriarcado lo hacen en dos fases que los hombres escuchan desde la infancia: ser varón es ser importante; y ser varón obliga a ser importante.

Si bien Cazés (1997) señala que en las relaciones entre los seres humanos nada es natural, ni está en los genes, ya que el sexo es la referencia binaria a la anatomía sobre lo cual se

construyen los géneros, Guasch (2008) considera que no es adecuada la proyección de un modelo binario de género a todos los contextos culturales o históricos, de ahí que la masculinidad es un producto social cambiante a lo largo de la historia, occidental, en proceso de elaboración teórica, política y social, que no puede extrapolarse a todas partes; se trata de un concepto instrumental sociológico con origen en el feminismo y el movimiento *gay*, con la finalidad de reflexionar sobre el género como estructura social.

1.4.- La construcción de la identidad masculina

Como se señaló anteriormente, la masculinidad sería una construcción social supeditada a la cultura, por lo que el ser hombre no viene dado desde la biología, sino que se adquiere en un proceso de socialización, incluso, desde el nacimiento. Núñez Noriega (2015) comenta que, desde que hombres y mujeres nacen, comienzan un proceso de aculturación que marca diferencias entre ellos, debido a las aparentes insignificancias de la crianza, como el tono diferenciado por medio del cual se dirigen los padres a los hijos e hijas, las expectativas de comportamiento, las relaciones de poder diferenciado, la manera de identificar a hijos e hijas por medio de la vestimenta, arreglos y poses corporales de acuerdo a los patrones de masculinidad y feminidad, y de semejanza con el papá y la mamá, de lo cual se entiende que es una de las posibilidades que hombres y mujeres tienen para, desde pequeños, crear los significados la paternidad, en el caso de los varones, y la maternidad, en el caso de las mujeres.

En ese sentido, algunos autores consideran la adolescencia como crucial en la construcción de la identidad, por los cambios que se presentan en ella en diferentes aspectos. Por ejemplo, Correa, García y Saldívar (2013) explican que la adolescencia es una etapa del desarrollo de la niñez a la adultez, de diversos y complejos cambios biológicos, psicológicos y sociales, que pueden generar crisis, conflictos, contradicciones, grandes oportunidades y riesgos

en el contexto social y de salud, porque los individuos son altamente vulnerables; que es la fase en la que los varones afianzan la expectativa de poder económico de una familia y su rol de proveedores, con lo que adquieren un sentido de superioridad y tienen mayores libertades para relacionarse con las chicas, con quienes desempeñan el papel de cortejar y seducir. Los autores señalan que la adolescencia son años críticos para el desarrollo de la autoestima, por lo que es necesario hacerse de una firme identidad, saberse distinto a los otros, conocer sus posibilidades, talento y sentirse valioso, porque es el paso de dependencia a la independencia y confianza de las propias fuerzas del niño. En ese sentido, enfatizan la importancia de comprender el vínculo entre los significados de la sexualidad, las responsabilidades de la paternidad y la maternidad entre los adolescentes, porque los roles sociales de género que se aprenden en la niñez se refuerzan en la adolescencia y al inicio de la vida sexual, que generalmente van acompañadas.

Un aspecto más que generalmente sucede en la adolescencia es el inicio de las relaciones sexuales, de lo que De Jesús-Reyes y Cabello-Garza (2011) aclaran que, aunado a eso, los varones se enfrentan a una carga de discursos contradictorios entre lo tradicional y lo moderno, lo que debe ser y lo que en realidad se da, marcados por la invisibilidad que el contexto ejerce sobre su sexualidad y la presión social de hermanos, amigos y familiares para que ocurra el debut sexual, ubicándose entre la desinformación de qué hacer y el tener que hacerlo, lo cual ocasiona que en diversos contextos latinoamericanos, todavía, algunos jóvenes piensen las relaciones sexuales como la prueba simbólica que avala la hombría y la masculinidad, porque de no suceder se les etiquetaría de homosexuales y excluiría de su ambiente social, por lo que este comportamiento del esquema tradicional evidencia un modelo de masculinidad que guía al varón a la heterosexualidad, de amplia experiencia y sin protección. Por su parte, Correa, García y Saldívar (2013) señalan que la adolescencia es un momento significativo del ciclo vital humano, porque implica grandes decisiones, importantes riesgos, vivencias y oportunidades; es una fase

altamente vulnerable, así como de transición en aspectos sociales, psicológicos, físicos y sexuales, siendo esta última un paso a la paternidad responsable, porque ahí se definen muchos aspectos del futuro inmediato del varón.

Aunado a lo anterior, De Jesús-Reyes y Cabello-Garza (2011) comentan que el noviazgo implica un paso importante en la adolescencia, porque los varones reafirman su identidad de género, se construyen como sujetos sexuales y se establece la instancia previa a la formación de pareja, en la que buscan, por lo general, tres modelos de mujeres: amigas que, de alguna manera garantizan, placer y excitación; novias con las que el acceso sexual es limitado; y novias que restringen el acceso sexual, a quienes respetan más, porque establecen con ellas relaciones formales, ya que son las ideales para el enamoramiento, estabilidad, permanencia, unión y convertirse en la madre de los hijos.

De la construcción de la identidad masculina, Johnson (1996) destaca que, de acuerdo con la tradición, existen tres etapas potenciales en el desarrollo psicológico de un hombre: 1) la perfección inconsciente de la infancia; 2) la imperfección consciente de la mediana edad; y 3) la perfección consciente de la ancianidad. El autor aclara que, para que el hijo se desarrolle hacia la hombría, debe ser desleal con la madre y separarse de ella, porque si continúa a su lado para consolarla nunca se liberará del complejo de Edipo y quedará lesionado en su masculinidad, por lo que debe cabalgar y dejar a su madre, así le parezca una deslealtad y le cause dolor; después podrá regresar con ella para una nueva relación, en otro nivel, una vez que haya conquistado su independencia y transferido su afecto a otra mujer, simbólica o real. En ese sentido, Kimmel (1997) agrega que el impulso de repudio a la madre, como parte del proceso de la adquisición de la identidad masculina, implica tres consecuencias para el varón: 1) se aleja de la madre real y, por lo tanto, de la posibilidad de experimentar rasgos de acogida, compasión y ternura; 2) suprime esos rasgos en sí mismo para demostrar que no posee ninguno de su madre y evitar verse

femenino; 3) y para cumplir con los dos aspectos anteriores, devalúa a todas las mujeres, que son la encarnación de los rasgos que aprendió a despreciar.

Para entender las masculinidades, algunos autores consideran importante relacionarlas con las mujeres y lo femenino. Acerca de eso, Gutmann (1997) comenta que en muchas investigaciones se da por hecho la naturaleza de los varones y la masculinidad, al grado de ignorarse o considerarse la norma, aunque su desarrollo y transformación tienen poco significado si no se relacionan con las mujeres y las identidades y prácticas femeninas en toda su diversidad y complejidad correspondientes. Para Ramírez (2008), por lo general, los planteamientos teóricos que abordan la masculinidad analizan la posición social de las mujeres, ya que ese concepto, en primera instancia, se define por su relación con ellas. Al respecto, Fuller (2002) encuentra que, en la sociedad peruana, en la identidad masculina, lo abyecto, lo representado por los recursos sobre lo masculino, se apoya en el recurso a su opuesto, para delimitar sus contornos.

Un aspecto que se observa de la construcción de la identidad masculina en la literatura revisada, es la constante validación y demostración que los varones hacen de su hombría, con el objetivo de mostrar virilidad, de lo que Kimmel (1997) comenta que los hombres están bajo el escrutinio cuidadoso y persistente de otros hombres, quienes miran, clasifican y aprueban la virilidad, como consecuencia del sexismo, por lo que la masculinidad es una aprobación “homosocial” con la que los hombres buscan que otros varones admitan su virilidad, a través de actos heroicos y tomar riesgos, lo que hace que esa legitimación esté llena de peligros, fracasos y con una competencia intensa e implacable.

De lo anterior, Bourdieu (2000) señala que la virilidad, como capacidad reproductora sexual y social, y como aptitud para el combate y ejercicio de la violencia, es fundamentalmente una carga, porque el hombre, que realmente lo es, se siente obligado a estar a la altura de la posibilidad que se le ofrece de incrementar su honor buscando la gloria y distinción en la esfera

pública, con lo que la exaltación de los valores masculinos tiene su tenebrosa contrapartida en miedos y angustias que suscita la feminidad, ya que la virilidad tiene que ser revalidada por otros hombres en su verdad, como violencia actual o potencial, y certificada por el reconocimiento al pertenecer al grupo de los hombres auténticos. Por su parte, Granados Cosme (2002) agrega que el varón valida su masculinidad al reiterar y convencer a la sociedad que no es una mujer, un bebé o un homosexual, de ahí que su comportamiento sea con base a maniobras defensivas a cualquier forma de feminidad y al temor a ser deseado por otro hombre.

Un ejemplo de lo anterior se puede ubicar en los hombres estadounidenses de los que habla Kimmel (1997), para quienes las consecuencias de ser vistos como poco hombres o afeminados son enormes, un asunto de vida o muerte que los expone a grandes riesgos de salud en los lugares de trabajo y con enfermedades tensionales, para probar su hombría, negar la de otros y demostrar que son varoniles. Otra muestra de eso, podrían ser los campesinos de San Miguel Acuexcomac, Puebla, estudiados por Fagetti (2003) para quienes es necesario demostrar su estatus de hombre viril al relacionarse con otras mujeres, aun estando casados, al comprobar que son buenos para engendrar y de una potencia sexual inextinguible, porque consideran que un hombre solo, sin hijos, está en duda y su virilidad en peligro, y se le considera incompleto, andrógino, dotado de dos sexos, estéril, y de una naturaleza que se alterna entre ser hombre y mujer.

Acerca de la validación de la hombría y el rechazo de los varones a mostrarse femeninos, Kimmel (1997) explica que la masculinidad es una valla que protege al hombre de ser descubierto como fraude, impide que se vea dentro de ellos y mantiene a raya sus miedos interiores, que no es referente a las mujeres, sino a ser avergonzados o humillados delante de otros hombres, o dominados por otros más fuertes, de ahí que la homofobia no sea más que su temor a que otros varones los desenmascaren, castren y les revelen, a ellos mismos y al mundo,

que no alcanzaron los estándares de verdaderos hombres, por lo cual, se esfuerzan en mantener una fachada varonil que cubre todo lo que hacen, usan y comen, porque cada movimiento contiene un lenguaje codificado de género y, en su miedo a no ser percibidos como *gays*, exageran las reglas tradicionales de la masculinidad.

1.5.- Masculinidad hegemónica, poder y heterosexualidad

Con base a los textos consultados se entiende que existen diferentes masculinidades, aunque en la generalidad predomina la denominada hegemónica, la cual le otorga cierto poder y privilegios a los varones, especialmente, ante mujeres, niños, ancianos, homosexuales, etcétera, a quienes, regularmente, se considera más vulnerables y/o subordinados. Para Connell (1997), la masculinidad hegemónica no es un tipo de carácter fijo, siempre el mismo y en todas partes, sino, más bien, un modelo dado de relaciones de género, y una posición siempre disputable. La autora la define como la configuración de la práctica genérica que encarna la respuesta corrientemente aceptada al problema de la legitimidad del patriarcado, que garantiza la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres. Aclara que no se trata de que sus portadores más visibles sean las personas más poderosas; que es probable que se establezca solo si hay alguna correspondencia entre el ideal cultural y el poder institucional, colectivo, si no individual; y que siempre se construye en relación con diversas masculinidades subordinadas y con las mujeres.

Según Connell (1987) lo hegemónico significa un ascenso social logrado en un juego de fuerzas sociales que se extiende más allá de los concursos de poder bruto en las organizaciones de la vida privada, y señala que existen dos malentendidos comunes del concepto: 1) aunque no se refiere a la ascendencia basada en la fuerza, no es incompatible con ello; y 2) que no significa el dominio cultural total, la eliminación de alternativas, sino ascendencia lograda dentro de un equilibrio de fuerzas, o un estado de juego. Para la autora, la masculinidad hegemónica es muy

pública, por lo que no es necesariamente lo que los hombres poderosos son, sino lo que sostiene su poder y que gran número de varones están motivados para apoyar; y su característica más importante, sobre todo en la época contemporánea, es ser heterosexual y estar estrechamente relacionada con la institución del matrimonio, por lo que una forma clave de masculinidad subordinada es la homosexual, lo que implica interacciones directas y una especie de guerra ideológica.

Por su parte, Núñez Noriega (2015) se refiere a la hegemonía como la forma de ejercer el poder que organiza una relación de autoridad y dominación entre los individuos, grupos y clases sociales, ya sea a través de la violencia o del consenso de la difusión e imperio de ciertas representaciones de la realidad sobre la mayoría. Al respecto, Kaufman (1994) señala que, para tener el tipo de poder que asocian con la masculinidad, los hombres buscan lograr un buen desempeño y conservar el control, ya que tienen que vencer, estar encima de las cosas, dar las órdenes, mantener una coraza dura, proveer y lograr objetivos, a la vez que aprenden a eliminar los sentimientos, esconder las emociones y suprimir sus necesidades.

De acuerdo con Celedón (2001), la masculinidad hegemónica supone varones activos, libres, autónomos, fuertes, heterosexuales, conquistadores, de la calle y del trabajo, sin temores ni posibilidades de expresar los sentimientos. Kaufman (1994) coincide con esta autolimitante de los varones, incluso también de otras necesidades y posibilidades en la adquisición de la masculinidad hegemónica y parte de las subordinadas, como el placer de cuidar de otros, la receptividad, la empatía y la compasión, las cuales se experimentan de manera inconsciente, se frenan o no se viven plenamente, a pesar de que hacerlo sería saludable para los varones y para quienes los rodean, pero al hacerlo evitarían restringir su capacidad y deseo de autocontrol o dominio, porque son aspectos asociados a la femineidad, los cuales han rechazado en su búsqueda de la masculinidad.

Para Kaufman (1994), el poder es un factor clave en la masculinidad hegemónica, porque ser hombre y tener un tipo de poder es el rasgo común de la masculinidad contemporánea, lo cual puede darse en dos sentidos: de manera positiva, por medio de individuos hacedores, creadores, capaces de usar el entendimiento racional, el juicio moral y las relaciones emocionales con el poder de satisfacer sus propias necesidades de lucha contra las injusticias y la opresión; y negativa, a través de hombres que lo ven como una posibilidad de imponer el control sobre otros y sus indómitas emociones, controlando los recursos materiales a su alrededor, en sociedades basadas en jerarquías y desigualdades donde no todos tienen las mismas posibilidades de desarrollar sus capacidades en igual medida. Según el autor, que se equipare poder con dominación y control es una definición surgida a través del tiempo en las sociedades para las cuales las divisiones son esenciales al organizar la vida, en manifestaciones dominadas por el hombre, como el poder de la clase sobre los recursos económicos y políticos; de los adultos hacia los niños; de los individuos a la naturaleza; de los hombres a las mujeres; o de un grupo étnico, religioso o de determinada orientación sexual sobre los demás.

Con respecto a la definición hegemónica de virilidad, Kimmel (1997) explica que se refiere a un hombre en el poder, con poder y de poder, ya que se iguala a la masculinidad con ser fuerte, exitoso, capaz, confiable y ostentando control, de ahí que las definiciones de virilidad desarrolladas en diferentes culturas perpetúan el poder de unos hombres sobre otros y sobre las mujeres. Según Ramírez Rodríguez (2014), en el modelo tradicional se considera al varón como racional, con escasa, limitada o nula expresión de emociones; alguien que, como dice Montesinos (2004), tiene que demostrar y demostrarse que es superior, que puede más, porque es hombre, con rasgos como el ocultamiento de los sentimientos, del dolor, la impotencia, el miedo y la debilidad, los cuales son reforzados por el entorno social. Al respecto, Salguero Velázquez (2006) señala que, a pesar de que la masculinidad tradicional, hegemónica, es represiva y nociva

para hombres y mujeres, el proceso de socialización y construcción de la subjetividad de los varones, por lo general, se basa en ese esquema, en el cual, además, ser varón implica tener y ejercer el poder en el ámbito sexual, laboral, escolar, familiar, civil, y en el que se prioriza al hombre como ser racional, dejando de lado lo emocional, al menos en el espacio público, por considerar que les corresponde a las mujeres.

De acuerdo con De Keijzer (2001), en los varones latinoamericanos hay un modelo hegemónico de masculinidad como esquema culturalmente construido, en el cual el varón es el dominante y quien discrimina y subordina a la mujer y otros hombres que no se adaptan a ese esquema. Para Núñez Noriega (2015), en este contexto geográfico, a la asociación hombre-masculinidad se le añade el elemento de la “heterosexualidad”, con lo que se crea una trilogía de poder, en la que cada atributo se implica y alimenta mutuamente en el sentido común, al grado de que solo en uno se pueden resumir a los otros dos.

En concordancia con lo anterior, De Jesús-Reyes y Cabello-Garza (2011), comentan que el modelo de masculinidad tradicional se relaciona con comportamientos heterosexuales que clasifican al varón de fuerte, agresivo, dominante, sexualmente activo, con varias parejas coitales y con capacidad de violentar, ya que, desde pequeños, cuando socializan en la familia y la escuela, de manera simbólica, reciben información de fortaleza, agresividad, manifestación de poder y dominación, lo que está en prueba constante frente a los demás, por lo que este discurso de cómo ser hombre se va normalizando y naturalizando al grado de que se libera al varón de toda responsabilidad dentro del hogar y se adjudican a las mujeres, porque ellos cumplen el rol de proveedores económicos y trabajan fuera de la casa.

Para Salguero Velásquez (2006) existe una estrecha relación entre el proceso de construcción de la identidad masculina y la paternidad, porque una forma de ser padre tiene que ver con una manera de ser hombre. Montesinos (2004) coincide con esa idea y agrega que la

paternidad es una de las maneras en las que se exterioriza la identidad masculina, la cual se expresa de diferentes formas, que dependen de cada cultura, además de que posibilita a los varones a confirmar objetivamente la pertenencia al género masculino.

En ese sentido, según Laguna-Maqueda (2016), la paternidad es una de las posibilidades que los hombres tienen para mostrarse como heterosexuales o que los demás lo reconozcan como tal, porque es un ejercicio que se piensa como un deseo desarrollado por los varones, dando pie a la idea de que los homosexuales son incapaces de reproducirse, aunque el querer ejercer esta función puede estar presente en todos los hombres, independientemente de su orientación sexual y, específicamente, los varones homosexuales pueden acceder a la paternidad de forma biológica, legal o social: a la primera, porque hay quienes se unen en matrimonio con otra mujer; otros que ignoran su orientación para poder tener una familia como lo hicieron sus padres; por medio de la coparentalidad, con la que deciden procrear un hijo o hija con otra mujer, sin que haya una relación amorosa ni vínculo legal; y a través de la donación de esperma. La segunda se da por medio de la adopción o reconocimiento de infantes. Finalmente, la tercera sucede cuando se establecen vínculos parentales y filiales sin que exista una relación biológica, ni una instrucción o sentencia legal.

No obstante de los planteamientos anteriores de la heterosexualidad, Guasch (2007) destaca que esta se trata de una invención, mito, historia sagrada, relato, producto histórico y social, no universal; un acontecimiento de la cultura judeocristiana que explica el mundo del deseo, los afectos, garantiza el orden de las cosas; es avalado por psiquiatras, médicos, psicoanalistas, forenses y criminólogos con base en la ciencia esencialista, que se ha encargado de naturalizarla; y se apoya en los pilares del adultismo, sexismo, misoginia y homofobia. Para el autor, la heterosexualidad es un estilo de vida hegemónico de los últimos 150 años, que nace asociado al trabajo en la sociedad industrial, con la finalidad de producir hijos para las fábricas y

el ejército, por lo que brinda la opción de casarse, tener hijos, ser esposo y esposa, padre y madre, con base en la pareja estable y el matrimonio como único tipo de relación, y en una sola familia: la reproductora. Destaca que el rasgo más importante de la heterosexualidad es que define y gestiona a las mujeres y lo femenino como algo subalterno, cuando, tanto lo femenino como lo masculino, son productos históricos que no están determinados por variables biológicas, lo mismo que la sexualidad humana, que tampoco se ajusta a un modelo unívoco, sino que es profundamente plural y está sujeta a condicionamientos sociales. No obstante, agrega que la heterosexualidad está en crisis y en proceso de disolución, lo cual no es coyuntural, de gusto o moda, sino una cuestión de supervivencia y de adaptación al medio, porque en la sociedad posindustrial de países de capitalismo avanzado, el matrimonio y la pareja estable no son el espacio social normativo para la reproducción de la especie, la expresión de la afectividad ni el deseo.

Núñez Noriega (2015) explica que la heterosexualidad en los varones es como un supuesto atributo de la masculinidad que posee principios ordenadores, valores y disposiciones intrínsecas, suele convertirse en un acto ansioso, en una necesidad de probar la propia masculinidad y elemental para reactualizar constantemente la identidad masculina, asumida y asignada subjetivamente, por lo que los varones criados en contextos con masculinidades diferentes tendrán relaciones heterosexuales y homosexuales distintas. Al respecto, Hernández (2008) agrega que la masculinidad y la homosexualidad están traslapadas, lo cual puede observarse en el dilema al que se enfrentan los varones *gays* ante la posibilidad de hacer pública su preferencia y orientación sexual, porque “transgreden” ideologías de virilidad y heterosexualidad predominantes.

En concordancia con lo anterior, cabría preguntarse si una supuesta masculinidad en crisis repercute en las maneras de ejercer las paternidades, y si esa situación explicaría los posibles

cambios que pretenden analizar en este trabajo o, si bien, los varones culiacanenses permanecen con prácticas enmarcadas en una paternidad hegemónica o tradicional.

Capítulo 2.- Hacia un significado de las paternidades, desde los estudios de género de los varones y las masculinidades

La paternidad es el concepto central de esta investigación. Como problema de investigación, se analizaron los cambios y permanencias de este ejercicio en tres generaciones de varones de Culiacán, Sinaloa. Para llegar a ello, en el presente capítulo se reflexiona acerca de lo que implica ser padre a partir de la perspectiva de género, desde donde se intenta explicar que la responsabilidad de los varones para con sus hijos e hijas, va más allá del engendramiento, ya que a los hombres que son padres, también, les corresponde mayor involucramiento para con sus descendientes. Con esta reflexión se pretende contribuir en la identificación y análisis de las características particulares de los padres sinaloenses, concretamente de Culiacán, así como en las actividades que realizan en función de la crianza y educación de sus hijos e hijas y la manera de relacionarse con ellos y ellas y su pareja.

Se parte de la comprensión de la paternidad como un elemento de la identidad masculina, que constituye una prueba de virilidad, se construye socialmente y está supeditada a un contexto y un momento histórico específico, así como a la experiencia individual de una persona, de una cultura y de una condición socioeconómica particular. Se entiende, además, que la paternidad es de dimensiones biológicas, reproductivas, económicas, afectivas y de autoridad; que se asocia, por un lado, a poder, trabajo, jefatura de familia, proveeduría, y por otro, a labores de crianza, cuidados, guía; y como modelo de identificación personal, que transmite saberes, seguridad, protección, formación en valores y disciplina.

En el presente capítulo se analizan los diferentes significados de la paternidad desde los estudios de género, las diferencias entre las paternidades consideradas tradicionales y las modernas, los distintos estudios que se han realizado en México, desde esta perspectiva, así como

un apartado que examina la familia, como uno de los núcleos principales en los que se construyen tanto las masculinidades como las paternidades.

2.1.- El significado y la construcción de las paternidades

Algunos autores que han estudiado el significado de la paternidad se refieren a ella, indistintamente, como práctica (Torres, Garrido y Navarro, 2015), posición (De Keijzer, 2001), función (Salguero Velázquez, 2004; De Keijzer, 2001) y ejercicio (Montesinos, 2004). No obstante, existen coincidencias entre ellos/as en las características que contemplan al tratar de definirla. Por ejemplo, De Keijzer (2001) señala que no solo incluye lo biológico, sino que lo rebasa, porque cambia histórica y culturalmente entre las distintas clases sociales y etnias de un mismo país. Para Salguero Velázquez (2004) y Rodríguez, Pérez y Salguero (2010) no nada más se refiere a la persona que procrea o engendra, también, se circunscribe a un orden sociocultural, de significados, representaciones, modelos e imágenes, que a su vez forman parte de un sistema social, político e ideológico históricamente constituido. Según Torres, Garrido y Navarro (2015) es lo que cada varón experimenta en la relación cotidiana con sus hijos e hijas y no el proceso institucionalizado del deber ser. Pérez Nila (2016) señala que implica negociación y contradicción constante con las mujeres, otros hombres y las instituciones formales. Además de esa variación histórica cultural, Salguero Velázquez (2004) destaca que el significado de la paternidad también difiere a lo largo de la trayectoria de vida de los varones.

Con base en lo anterior, se entiende que el significado de la paternidad no es estático ni homogéneo, lo cual podría derivar no solo en múltiples maneras para referirse a este ejercicio, sino en un alto grado de complejidad al tratar de conceptualizarlo, ya que, como explica Pérez Nila (2016), las expresiones a su alrededor, al igual que la maternidad, también difieren por la clase y el grupo social al que se pertenezca, y están atravesadas por valoraciones y regulaciones

de trabajo, sexualidad y formas de unión conyugal, que dependen de las relaciones sociales y elaboraciones culturales de hombres y mujeres. En ese sentido, para Jiménez Godoy (2004) la paternidad es una realidad social construida por discursos dispares, en la que intervienen expertos, instituciones y medios masivos de comunicación; es un producto de las relaciones humanas y un comercio de significados que se estructura en las interacciones entre los individuos.

Como una manera de integrar las diferentes perspectivas desde donde se intenta definir a la paternidad, Ortega, Torres, Garrido y Reyes (2012) mencionan que existen dos vertientes generales: 1) la de los autores que la retoman solo como una responsabilidad; y 2) quienes la ven como algo placentero, de convivencia, de consecuencias favorables, recreación y ternura corporal. Aclaran que quienes la estudian en la segunda vertiente se refiere a ella en plural (paternidades), porque hay diversas formas de ejercerla, por lo que para algunos es una carga y algo difícil de realizar, y para otros incluye la relación con los demás, la expresión de sentimientos, el establecimiento de vínculos con los que se construye y reconstruye la identidad como persona, tanto de los padres como de los hijos e hijas.

En correspondencia con la idea anterior, para De Keijzer (2001) la paternidad incluye algunas dimensiones y combinaciones biológicas/reproductivas, económicas (ser proveedor), de guía y orientación cognitivas, emocionales/afectivas y autoritaria/represiva. Salguero Velázquez (2004) coincide con eso y lo explica como proveer económicamente, ejercer autoridad, proteger, formar y transmitir valores y saberes de padres a hijos e hijas. En cambio, Jiménez Godoy (2004) aclara que las representaciones en torno a la paternidad surgen de la construcción bidireccional entre el ser padre, el ser madre, el ser pareja y el ser hijo, así como esperar cada uno de su contraparte. En ese sentido, De Keijzer (2000) explica la paternidad como una relación universal, libre, determinada y en plural, que, de acuerdo con Salguero Velázquez (2006) conforma el

contexto en el que se organiza la subjetividad de los individuos y, según Rojas (2007), implica un compromiso directo entre progenitores e hijos, independiente de los arreglos que haya con la madre.

Con respecto al papel del padre en el desarrollo de la crianza, Torres, Garrido y Navarro (2015) explican que es importante, porque ayuda a imponer retos, permite nuevas perspectivas y genera sentimiento de logro y triunfo a lo largo de todas las actividades. Por ejemplo, en su estudio de la sociedad peruana, Fuller (2002) encuentra que el padre es la figura a partir de la cual los niños constituyen su primera noción de lo masculino, quienes para desarrollar su identidad de género deben quebrar la función primitiva con la madre e identificarse con el padre o varón adulto, ya que, así la relación con este sea fría o distante, está cargada de significación. De la misma manera, Jiménez Godoy (2004) destaca la presencia paterna como recurso emocional relevante, porque un padre afectivo y cercano repercute en el desarrollo psicológico, cognoscitivo, lingüístico, sexual, moral y en la personalidad del niño o la niña desde los primeros meses de vida, y les otorga seguridad a ellos y a la madre, de ahí que él sea primordial en la configuración del autoconcepto y la autoestima de los hijos e hijas. El autor aclara que, por el contrario, la ausencia del padre mueve a sus descendientes a buscar ciertas compensaciones, así como repercutir en la tendencia a la competitividad, rivalidad e inclinación marcada a la perfección física de las chicas, así como en mayores probabilidades de fracaso, absentismo escolar, precocidad en la actividad sexual, problemas emocionales y de conducta, suicidio en los adolescentes, dificultad para manejar la agresividad y la delincuencia, consumo de drogas, alcohol, rendimiento escolar pobre y conflicto para relacionarse con los otros.

En relación con la presencia y ausencia de los padres con respecto a sus hijos e hijas, Celedón (2001) enfatiza que, de alguna manera, los varones están presentes en la familia, no como padres activos ni cumplidores de las tareas domésticas, pero sí en la autoridad y la

violencia de manera distante, y se hacen notar más cuando se encuentran amenazados en su mundo predefinido y construido desde la sociedad patriarcal. La visión de Torres, Garrido y Navarro (2015) es en ese sentido, ya que comentan que, en la cotidianeidad, los varones continúan ausentes de sus hijos e hijas por cuestiones de trabajo o por el divorcio de la pareja, en donde es más frecuente que la representación legal de hijos e hijas se le otorgue a la madre, si no es que se les dio a los dos, por lo que el ejercicio de la paternidad depende de la relación de pareja. No obstante, para De Keijzer (2001) el padre siempre está presente en la subjetividad de los varones, aunque estos no hayan conocido y convivido con uno, ya que se construye una persona con una identidad con la que se dialoga, compara y se persigue como una sombra, ya que el padre es una figura ambivalente a quien se evoca desde la ausencia total o como invitado del hogar. Por su parte, Montesinos (2004) agrega que la figura paterna es de gran importancia en el proceso de socialización del individuo, en el que se somete a relaciones con el poder, independientemente de la posición que tenga con respecto a él; es donde el padre personifica la autoridad, las reglas y los castigos, y el individuo reconoce los signos del orden establecido y los límites, ya que tanto el padre como la madre son quienes recuerdan a los hijos e hijas el papel que tendrán en la vida.

2.2.- La paternidad: entre el modelo tradicional y los nuevos significados

La literatura revisada sugiere que, respecto de las maneras de ejercer la paternidad, podrían existir dos modelos predominantes: uno tradicional, en el que mayormente el padre se hace cargo de la proveeduría económica y la madre del mantenimiento de la casa y el cuidado de los hijos e hijas; y uno más reciente, en el que varones y mujeres se permiten pasar al espacio considerado para cada uno y hacer actividades que, de acuerdo a lo esperado socialmente, no les corresponden, con lo que rompen con la división sexual del trabajo y se observa más

participación de los varones en relación con sus hijos e hijas. No obstante, cabe aclarar que pudieran existir múltiples maneras de ejercer la paternidad que no cabrían en estos dos modelos y que, incluso, en esos dos, pudiera haber variantes que maticen distinto el quehacer de los padres. En ese orden de ideas, Salguero Velázquez (2004) expone que, si bien ahora ser padre no solo es cumplir con el papel de proveedor económico, sino de un mayor compromiso social, afectivo, emocional, de tiempo y acompañamiento, tradicionalmente, a los varones se les forma para ser buenos trabajadores, profesionistas y tener éxito en el mundo público, pero no para ser padres, porque de eso sabrán qué hacer cuando llegue el momento, a diferencia de las mujeres, a quienes sí se les prepara para esa actividad. Correa, García y Saldívar (2013) explican que, en mayor medida, el concepto de padre está asociado con el trabajo, ser proveedor económico, cabeza de familia y carencia de capacidad emocional, y de la misma manera que el de hombre está fuertemente asociado a esa actividad que se le confirió al padre, el de mujer está relacionado con la de ser madre, por lo que su lugar está en el hogar. Para Jiménez Godoy (2004), las funciones del padre en el modelo tradicional están atrapadas en el rol social de proveedor, autoridad, juez y gobernante; quien fecunda, lleva dinero a la casa, mantiene a la familia y da el apellido; quien no se vincula con los hijos por no mostrar flaqueza, y mantener la rigidez, fortaleza fría y distante, como parte de la identidad masculina. Además de los aspectos anteriores Ortega, Torres, Garrido y Reyes (2012) comentan que el varón que es padre debe cumplir con las funciones de ser modelo de identificación de masculinidad para el hijo varón; establecer un liderazgo en la familia; ser un medio idóneo de apertura del hijo hacia la sociedad; darle seguridad, un código de valores, autoridad, disciplina; y respaldarle su adquisición de identidad personal.

Contrario a lo anterior, de la forma en que los varones se apropian de su identidad como padres y llevan a cabo el cuidado de los hijos, Nudler y Romaniuk (2005) explican que, ahora, buena parte de ellos asegura haber roto con el modelo de crianza de su infancia y se niegan a

reproducirlo, porque lo consideran frío y distante, por lo que se plantean una estrategia vital diferente de la de sus padres, en donde encaran de otra manera la relación entre el trabajo y la familia; por lo general conviven con mujeres que no quieren ser solamente madres y valoran sus aprendizajes en cuanto al ejercicio de una parentalidad compartida. Entre las responsabilidades que los padres varones asumen que tienen con sus hijos e hijas, Torres, Garrido y Navarro (2015) señalan las de formar y mantener relaciones familiares sólidas; ofrecer a los hijos e hijas un ambiente en el que crezcan sin problemas y puedan desarrollarse sanamente; convivir, pasar tiempo, ser ejemplo para ellos, educarlos en lo académico, físico, sexual, religioso, moral, etcétera; y proveer económicamente.

Al respecto de las nuevas generaciones varones que son padres, Montesinos (2004) destaca que replantean el modelo tradicional de paternidad y dan paso a una sustentada en el ejercicio racional de autoridad que genera vínculos familiares más placenteros y libres de normas anticuadas que propiciaban el distanciamiento, en vez de la proximidad basada en el afecto y el respeto de los miembros del grupo. Para Giraldo (2015), la autoridad ha venido cambiando, porque, en parte, los varones están dispuestos a entablar relaciones más estrechas con sus hijos e hijas, por lo que no existe una disciplina propiamente, sino nuevas formas de relaciones entre ellos, sustentadas en el diálogo y la negociación, que no implica que desaparezcan los castigos, sino que ahora no son por medio de golpes o actos ofensivos. Torres, Ortega, Reyes y Garrido (2011) señalan que la autoridad es un compromiso de los padres con los hijos e hijas para vigilarlos, conducirlos y guiarlos en su desarrollo, implicarlos en un proyecto de educación significativo, para relacionarse personal y emocionalmente de manera profunda, aunque aclara que pueden presentarse factores que obstaculicen el ejercicio de la paternidad, como el tiempo limitado, la provisión económica y la comunicación mediada.

Contrario a una actitud autoritaria, Covarrubias Terán (2014) explica que, en la actualidad, para algunos varones que ejercen la paternidad, es importante inculcarles a sus hijos e hijas una autoestima alta, como parte relevante de su educación y desarrollo, así como expresarles afecto a través de abrazos, besos, bromas, diciéndoles que los quieren y bendiciéndolos; conversando, jugando y compartiendo actividades. Aclara que el trato es distinto si se dirige a un hijo o hija, porque a ellos los saludan por medio del choque de manos y ellas con besos y abrazos. La autora destaca que, hay padres que han aprendido a expresar el afecto con sus hijos e hijas, ya que no era una práctica habitual en su familia de origen, con lo que desean que no experimenten la carencia de ese sentimiento como pasó con ellos, en lo cual, en algunas ocasiones fueron las esposas las que exhortaron a sus cónyuges a hacerlo, con la finalidad de que no reprodujeran lo que ellos mismos vivieron en su infancia.

Conforme a lo anterior, surge la duda de lo que implica para los varones intentar ejercer una paternidad bajo un modelo distinto al que fueron criados. Una idea que pudiera responder esa inquietud es la expuesta por Torres, Garrido y Navarro (2015), para quienes los varones que quieren participar en labores de crianza se enfrentan a la disyuntiva de ser responsables en su trabajo o quedarse con la familia, y corren el riesgo de verse vulnerables en lo laboral y en la economía. Otra posible respuesta sería la explicación de Herrera, Aguayo y Goldsmith (2018), de cuando los hombres anhelan ser padres más presentes y activos, y afrontan obstáculos como el orden de género, la organización del trabajo remunerado, la discriminación salarial, la falta de servicios de jardines infantiles, las políticas de cuidado maternalistas y las laborales que apoyan el cuidado y el machismo, por lo que hay una brecha entre el discurso del “nuevo padre” y las prácticas familiares, ya que otros varones que suelen involucrarse más en la crianza de los hijos e hijas, lo ven como algo ajeno, una colaboración o ayuda a la mujer, por lo que los avances hacia la corresponsabilidad son lentos, así haya parejas heterosexuales que desafían lo establecido

tradicionalmente, en las que el padre es el cuidador principal y la madre la proveedora económica del hogar. Una consecuencia más de eso sería la aclaración de Rodríguez, Pérez y Salguero (2010), de que la participación de los varones en el cuidado de los hijos y las tareas del hogar no es en la misma medida que las mujeres, tampoco en la toma de decisiones en el proceso reproductivo ni en el deseo de ser padres, en donde es muy importante la relación de pareja para que se concrete y se negocie tener un hijo o hija.

Por su parte, Salguero Velázquez (2006) explica que una nueva paternidad es la basada en una relación más equitativa entre los géneros, la participación compartida, comprometida y responsable de parte de los varones que la ejercen, así como la disposición para establecer procesos de negociación fundados en comunicación, diálogo constante y compartido. Al respecto, De Keijzer (2001) agrega que también se debe contemplar una disposición a la autocrítica, al cambio de estereotipos y roles genéricos, participación en la salud de hijos e hijas, negociación con la pareja y el establecimiento de límites flexibles, tolerantes y negociados en el hogar. Sin embargo, Montesinos (2004) aclara que el ejercer un modelo u otro de paternidad depende de la responsabilidad de los padres de forjar individuos autónomos, con lo cual no se trata de renunciar a la autoridad que supone la figura paterna, sino de eludir prácticas que provoquen conflictos y rencor, y dar paso a un ambiente basado en la afectividad y el respeto.

En ese orden de ideas, Jiménez Godoy (2004) señala que los padres que se evalúan mejor a sí mismos son los que se involucran más en las tareas del hogar y la crianza de los hijos, porque sus parejas trabajan fuera de la casa, por lo que creen que para ser padre o ejercer esa función, se necesita ser un poco de madre o de interiorizar atributos femeninos; también son más conscientes de que, de alguna manera, practican una coparentalidad, en la que no se excluye a las mujeres en la tarea de criar y educar a los hijos, sino que la realizan en conjunto con ella, lo cual permite que la figura del padre sea menos difusa, más clara y con más sentido, dejando de lado la idea de la

paternidad como fecundación, capacidad de sostener, autoridad y apellido, para dar paso a una de desarrollo del hombre y elemento clave en su identidad, en un papel más activo, dinámico y responsable.

Con respecto a las razones por las cuales los varones se desconocen, mayormente, en su desempeño como padres, para Rojas (2006) se debe a que el interés de los hombres por saber de la vida doméstica, es reciente y, en mayor medida, proviene de las preocupaciones expresadas en la Conferencia Internacional sobre Población y Desarrollo de El Cairo en 1994, en la que se propuso realizar más esfuerzos para propiciar que los varones asuman una responsabilidad compartida con sus parejas en las tareas del hogar, el ejercicio de la paternidad, el comportamiento sexual y reproductivo, y un compromiso con sus hijos e hijas. Según la autora, la paternidad latinoamericana experimenta un proceso de transformación en el que, por un lado, se observa un relajamiento de las obligaciones de protección y seguridad económica, y por otro se dedica más tiempo en el cuidado de los hijos e hijas, mayor conciencia en el deseo de procrearlos, y más expresiones de afecto y cercanía hacia ellos, aunque sigue habiendo obstáculos, como la falta de equidad en la distribución de las responsabilidades entre la pareja y la violencia como recurso para resolver los conflictos al interior de las familias, lo cual es un proceso que también contribuye a cuestionar el rol de los varones como proveedores únicos y quienes tienen el poder y la autoridad, ya que como explica Jiménez Godoy (2004), el patriarcado ha funcionado como una estructura en las sociedades contemporáneas, con la marca de la autoridad del hombre, respaldada por otras instituciones, como el pater familias, el poder; quien regula las relaciones entre el grupo intrafamiliar y el entorno social; el protector, representante social y de la norma, que responde al imperativo de las tres “p”: preñador, protector y proveedor.

La importancia de considerar lo anterior, podría atender a lo que destaca Salguero Velázquez (2004), para quien el sentido, significado y valoración de la paternidad genera

contradicciones, por las desigualdades de las responsabilidades de hombres y mujeres en el hogar, en las que, por lo general, la injerencia de los varones en la crianza es menor, en comparación con su desempeño en el trabajo y el espacio público. En el mismo sentido, cabría tomar en cuenta lo expuesto por Giraldo (2015), de que en la práctica de la paternidad se encuentran categorías distintas, como la manutención económica, la relación de autoridad, la disciplina y el cuidado; las de alimentación, higiene y salud; de transmisión de conocimientos; el afecto y la comunicación, y que, como reitera Salguero Velázquez (2004), la paternidad integra aspectos subjetivos que dan sentido a las vivencias, motivaciones, prácticas sexuales, reproductivas y de crianza de los varones, que solo se pueden comprender ampliamente en relación con la maternidad, en los diferentes contextos históricos, sociales y culturales.

Por otro lado, Montesinos (2004) aclara que, como la parte de la construcción de la identidad masculina, el análisis de la paternidad depende de cómo afecta la transformación de la sociedad en aspectos como la identidad femenina y la crisis de la masculinidad a partir del cambio cultural y el papel de la familia en el establecimiento y reproducción de los roles de género. Mientras que, Salguero Velázquez (2004), considera, además, que algunos discursos médicos y psicológicos han avalado el supuesto de que la maternidad y la paternidad se explican a nivel biológico, con lo que se da a la mujer la responsabilidad del cuidado de los hijos, por ser quienes tienen la capacidad biológica, a partir del supuesto instinto maternal, y los varones llegan a ser padres por la relación que establecen con la pareja y con los hijos e hijas, de ahí que la perspectiva de género intente integrar los análisis biológicos, psicológicos, sociales y culturales, para comprender las características que definen a las mujeres y los hombres, especificando sus semejanzas o diferencias en su ejercicio como padres y madres, por ejemplo.

Al respecto de la perspectiva de género, Figueroa-Perea (1998) destaca la necesidad de recurrir a ella como marco de referencia teórica, metodológica y práctica sobre la sexualidad y la

reproducción, para cuestionar el valor que les asignan los hombres y mujeres a los eventos reproductivos, reconstruir el proceso histórico de derechos y responsabilidades de cada uno de ellos. En ese sentido, Salguero Velázquez (2006) agrega que, al abordar los estudios de varones y la paternidad, se tienen que ubicar como parte de procesos históricos, sociales y culturales complejos que requieren ser investigados en contextos específicos, porque, a lo largo de la historia, esas prácticas y significados han cambiado en lo jurídico, económico, en el ámbito íntimo, de relaciones de género; la forma en la que se ha asumido y desempeñado esa función; y las diferentes maneras en las que se visualiza al padre a partir de los vínculos que establece con la madre y los hijos o hijas.

2.3.- Las paternidades en México

Para el caso específico de México, de acuerdo con los textos revisados, se puede constatar que los estudios acerca de las paternidades se han realizado, mayormente, en el centro del país, los cuales incluyen las implicaciones de ese ejercicio por la edad, el sector social, el contexto geográfico y grados de estudio. Entre ellos, Rojas (2006) encuentra que algunos padres varones jóvenes del sector medio de la Ciudad de México son más equilibrados entre su vida laboral y familiar, comparten proveeduría con la esposa, deciden el número de hijos considerando gastos materiales y educativos, y prefieren un hijo varón para jugar con él. También, otra investigación de esta autora (Rojas, 2014) indica que son más flexibles y se involucran en labores de crianza, mientras que Salguero Velázquez (2004) destaca que la paternidad implica para los varones del sector medio un cambio en sus vidas. No obstante, de los padres de ese mismo grupo de edad y ciudad, pero de sectores populares, Rojas (2006) comenta que buscan menos hijos para ofrecerles mejores condiciones, les importa el empleo, además de dedicar tiempo a sus hijos, que son su máxima felicidad. Sin embargo, los dos sectores sociales de este contexto geográfico y grupo de

edad, según Rojas (2006), coinciden en vivir una paternidad más activa, participativa y cercana con los hijos.

Con respecto a los padres varones adultos del sector medio de la Ciudad de México, Rojas (2006) comenta que les importa la familia, lo cual no necesariamente significa que pasen mucho tiempo con ella; son afines a la división del trabajo, y la paternidad es para ellos un proceso que deben cumplir cabalmente, aunque otro de sus estudios (Rojas, 2007) señala que es un cambio en la rutina diaria que requiere de su participación. Para algunos de este mismo grupo de edad y contexto geográfico, pero en el sector popular, Rojas (2006) menciona que les significa mucho su obligación de proveedores, los hijos les provocan más alegría y les implican trabajar más. En cambio, para otros, según Rojas (2007), la paternidad es algo natural después del matrimonio, con la que demuestran habilidades procreativas, virilidad y disfrutar la compañía de los hijos. En ambos sectores de este grupo de edad, Rojas (2006) observa más distancia física y emocional, y menor involucramiento en la crianza y formación de los hijos. Por otro lado, de los padres varones del sector medio del Estado de México, Salguero y Pérez (2008) agregan que la paternidad les entraña un complejo proceso en su identidad de género y de su ejercicio como padres, negocian con sus parejas la actitud a asumir, replantean posturas y significados de cómo formar la familia y de la paternidad, la cual requiere ensayar, improvisar, una búsqueda continua y relación con el mundo.

Al respecto de generaciones diferentes, Haces Velasco (2006) señala que entre padres adultos y jóvenes conviven significados tradicionales e innovadores de la paternidad: los primeros son más apegados a la división sexual del trabajo; y los segundos son más reflexivos de su paternidad, les causa conflicto no querer ser como fueron sus padres con ellos, pero carecen de un modelo alternativo de autoridad. Acerca de la paternidad en la adolescencia, Correa, García y Saldívar (2013) destacan lo importante de que en esta etapa se aprenda a llevar una paternidad

responsable, debido a que cada vez más, se es padre en edades tempranas. No obstante, para De Jesús Reyes y Cabello Garza (2011), en México, existe poca recurrencia a los estudios de la paternidad en este momento de la vida de los varones.

La escolaridad es otro de los factores que se han tomado en cuenta en las investigaciones de paternidad en México, de lo que, según Salguero Velásquez (2007), algunos varones profesionistas del sector medio alto no reflexionan en la posibilidad de convertirse en padres, porque lo ven como algo natural y obvio, que no saben hacer y nadie les ha enseñado, porque se aprende en la práctica, confrontando temores y haciendo una labor distinta a la de sus propios padres, aunque aclara que otros sí reconocen que aprendieron de ellos, sobre todo por lo que vieron, y no por lo que sus padres hicieron, debido a la relación distante que tenían con ellos. Sin embargo, la autora destaca que, si bien para estos varones, hablar del padre es una experiencia de autoridad, intolerancia, falta de respeto, incompreensión y carencias afectivas, esas malas experiencias con él se resignificaron, reconstituyeron y mejoraron en la adultez, cuando se vieron a la par de sus progenitores.

Otras investigaciones han estudiado a padres de hijos con alguna discapacidad, como la de Ortega Silva y Casillas Velásquez (2008), quienes encontraron que estos varones se enfrentan a situaciones sociales, familiares y de salud en las que pasan por las etapas de shock, reacción y adaptación, que los hace evitar la socialización, incluso con los mismos familiares. También, están las indagaciones entre parejas que se divorcian, en las que Torres Velásquez (2009) observa que, por lo general, el padre se va de la casa y se hace cargo de la pensión alimenticia, la madre se queda con la custodia y se hace cargo de los hijos y ambos tienen la patria potestad.

Por otra parte, de parejas de varones homosexuales que son padres, Haces Velasco (2006) identifica que en uno de ellos puede darse la “figura de crianza”, al realizar actividades tradicionales, relacionadas con las mujeres y la madre, mientras que Giraldo (2015), considera

que una limitante de los padres heterosexuales para pasar más tiempo con sus hijos e hijas, es el trabajo, pero que en el caso de los varones homosexuales buscan estrategias para conseguir estar más tiempo con ellos y ellas, como tener empleos sin horarios fijos, porque para estos padres estar al lado de sus hijos e hijas es una gratificación que pueden tener después de una jornada de labores, ya que no lo ven como una carga, sino como momentos de placidez, y la participación activa en la crianza implica bienestar y satisfacción en su vida, aunque en ocasiones sí recurren a otras personas para esa actividad que, generalmente, se trata de redes femeninas, como las abuelas o las nanas, quienes a veces estropean las pautas novedosas de crianza establecidas por ellos. El autor destaca que una diferencia con los padres de generaciones más antiguas, que no guarda distancia con varones heterosexuales contemporáneos que se involucran más con sus hijos e hijas, es que la responsabilidad, la libertad y el ser autosuficientes son las estimaciones de más peso para los varones homosexuales en la crianza de sus hijos, lo cual no implica una figura autoritaria de parte de ellos, sino de una que inculca principios morales, como el fomento a la tolerancia y el respeto a la diversidad sexual, de origen étnico, situación de pobreza o funcional, no necesariamente religiosos.

Con relación a las razones por las cuales los varones no se involucran en la crianza, Salguero Velázquez (2004) explica que en el modelo tradicional no se forma a los varones para ejercer la paternidad, a diferencia de las mujeres a quienes sí se prepara para la maternidad. Según Correa, García, y Saldívar (2013), en este esquema, al padre se asocia mayormente con el trabajo, la proveeduría, el cabeza de familia, incapaz emocionalmente; y, de acuerdo con Ortega, Garrido y Reyes (2012), con quien debe cumplir con la función de modelo de identificación de masculinidad y establecer el liderazgo en la familia. Incluso, Tena Guerrero (2006) destaca que algunos hijos mayores, independientes económicamente, que siguen viviendo en la casa de los

padres, prefieren prácticas que llaman “mexicanas” (tradicionalistas) en el ejercicio de la paternidad, donde el varón no se involucra en los quehaceres de la casa.

Por su parte, Salguero Velázquez (2006) comenta que los cambios sociales y culturales han llevado a cuestionar el significado y la práctica de la paternidad, acerca de lo cual, Rojas (2006) señala que, ahora, los varones prefieren tener menos hijos y hay quienes practican una paternidad basada en la amistad, el respeto y mayor involucramiento con los hijos; y Salguero Velázquez (2006) destaca que los padres más jóvenes se muestran más dispuestos a negociar con la pareja y sus descendientes. En este nuevo contexto, para Torres, Garrido y Navarro (2015), los varones se enfrentan a la disyuntiva de querer participar en labores de crianza, a la vez que eso les implica incumplir en sus trabajos. Según Herrera, Aguayo y Goldsmith (2018), también, afrontan obstáculos al intentar ser padres más presentes y activos. No obstante, Rojas (2014) agrega que, debido a lo anterior, la figura tradicional de hombre fuerte se desvanece.

Por otro lado, Salguero y Pérez (2011) destacan que se ha enfatizado en el hacer y el ser con el deber, el querer y el poder que se entrecruza en el discurso reflexivo de los varones y sus parejas; Rodríguez, Pérez y Salguero (2010) mencionan las diferencias en la participación de varones y mujeres en el cuidado de los hijos e hijas; Salguero Velázquez (2006) y De Keijzer (2001), los aspectos implicados al hablar de la práctica de una nueva paternidad; Jiménez Godoy (2004), las evaluaciones que hacen los varones de sí mismos en su ejercicio como padres y los aspectos que influyen para calificarse bien o mal; Rojas (2006), las razones del interés por conocer el desempeño de los varones en la vida doméstica y el proceso de transformación que atraviesa la paternidad latinoamericana; Jiménez Godoy (2004), la manera en que el patriarcado ha funcionado como estructura de las sociedades contemporáneas; Tena Guerrero y Jiménez Anaya (2006), el malestar de los varones al no poder cumplir como proveedores ante las transformaciones sociales y las nuevas configuraciones de familia; Torres, Garrido y Navarro

(2015), las responsabilidades que los padres asumen que tienen con sus hijos; Rodríguez, Pérez y Salguero (2010), la apropiación por parte de los varones de su identidad como padres; Nudler y Romaniuk (2005), las razones por las cuales rompen con el modelo de crianza de sus propios progenitores y se niegan a reproducirlo; Covarrubias Terán (2014), los motivos por los cuales le dan mucha importancia a inculcar una autoestima alta a sus hijos e hijas; y Torres, Ortega, Reyes y Garrido (2011), que la autoridad implica un compromiso de los padres para vigilar, conducir y guiar a sus hijos.

No obstante, Torres, Ortega, Reyes y Garrido (2011) aclaran que en los últimos años ha cambiado la manera de ejercer la paternidad, debido a las relaciones más estrechas entre padres e hijos, aunque García y Nader (2009) observan una resistencia de los más jóvenes hacia los estereotipos y la reducción del machismo. Sin embargo, aun con los intentos de un ejercicio de la paternidad más participativa, otros autores consideran lo contrario. Por ejemplo: Torres Velázquez (2009) aclara que predomina el modelo tradicional y patriarcal; Rojas (2014) reitera que, en algunos contextos, los varones tienen la obligación económica de proveer todo lo necesario para el hogar; Gutmann (1997) dice que las mujeres son las del cuidado de la casa y los hijos; y Carrillo y Revilla (2006) agregan que en algunos niños persiste la creencia de que los varones son para la vida pública y las mujeres para la privada, lo que favorece el sexismo, la violencia masculina y la desigualdad social.

2.4.- La familia como espacio para el ejercicio de las paternidades

La familia es una de las instituciones que podrían ayudar a entender más a fondo el significado de la paternidad, ya que, con base en los textos revisados, se entiende que implica uno de los espacios fundamentales en la vida de los seres humanos, en los que se producen y reproducen identidades masculinas y femeninas; paternas y maternas.

En relación con eso, Torres, Garrido, Reyes y Ortega (2008) consideran a la familia como la primera para aprender los papeles y estereotipos de la identidad sexual, conservando las normas y reglas socialmente establecidas y adquiridas, en donde entran en juego las expectativas familiares sobre el nacimiento y el nuevo ser, y en el que los hijos e hijas no solo representan la perpetuación de un apellido, sino ser exitosos profesionalmente. También, para Salguero Velázquez (2004), en este grupo social se genera y reproduce la representación de significados y valoraciones con respecto al comportamiento de hombres y mujeres; se constituye una visión particular de la maternidad y la paternidad, que asigna a la mujer el espacio privado y la crianza de los hijos, y al varón el público, del trabajo y la obtención de bienes económicos, alejado de la vida reproductiva, el involucramiento en el embarazo, el parto, la crianza y la educación de los hijos.

Es importante mencionar que las ideas anteriormente expuestas corresponden al modelo nuclear de familia,² que para Martínez, Estévez e Ingles (2013) está integrado por el padre, la madre y el hijo o la hija, o bien, y los hijos e hijas³. Para Montesinos (2004) este modelo se sustenta en la posición social de la mujer, representada por la pasividad y la dependencia, atributos que son parte de los estereotipos de ser mujer en la sociedad tradicional, en la que el varón, en cambio, debe ser competitivo, fuerte, independiente, autocontrolado, responsable, aventurero, inteligente, inexpresivo, dominante, protector, competente, lógico, viril, proveedor, con iniciativa sexual, autoritario y deportista, características que si no cumple, se le considera débil, raro u homosexual. En ese sentido, según este autor, reconocer la validez de una sociedad

² Cabe aclarar que esa no es la única manera de conformarse en este núcleo social. Por ejemplo, de acuerdo con el INEGI (2017), en México, el 71.7% de los hogares son nucleares, 25.8% son ampliados y 2.5% son compuestos. De ellos, 53.8% son biparentales, 18.0% son monoparentales, y el 28.1% corresponde a “otros” tipos.

³ Este es el tipo de familia en el que se pretende realizar la presente investigación.

es conferirle el papel social más importante al hombre, hacer de él el propietario del mundo y de todas las cosas existentes sobre la faz de la tierra, a semejanza de la imagen de los dioses, con lo que una cultura patriarcal crea, entonces, al dueño de la mujer y la familia.

Acercas de la crianza de los hijos e hijas en la familia nuclear, Torres, Garrido, Reyes y Ortega (2008) mencionan que las responsabilidades que padres y madres asumen con ellos se refieren a educar, cuidar, vestir, alimentar, dar amor y respeto. Sin embargo, Ortega, Torres, Garrido y Reyes (2012) aclaran que las actividades para hombres y mujeres como progenitores no son las mismas ni equitativas, ya que, tradicionalmente, a los padres varones se les ha conferido la manutención y a las mujeres el cuidado y la formación de los hijos, lo cual parece estar dado por el sexo de cada uno de ellos.

Figueroa Perea (1998) destaca que a los varones se les suele relacionar muy poco o nada en aspectos de la reproducción, porque es un proceso complejo, de dimensiones biológicas, sociales, psicológicas y culturales, ligadas directa o indirectamente a la procreación, que comprende conductas afines al cortejo, apareamiento sexual, unión de pareja, ideales de familia, uso o no de anticonceptivos, relación con la pareja durante el embarazo, el parto y puerperio, participación en el cuidado y crianza de los hijos e hijas, y apoyo económico, educativo y emocional hacia ellos, en donde la mujer sigue siendo el centro de análisis y considerada como productora de niños y niñas y de servicios para ellos, en lo que recibe poco apoyo de los varones, porque ellos son los definidores del contexto socioeconómico en el que se da la reproducción biológica, de ahí que los conceptos de naturaleza, cuerpo, subjetividad, dominio privado, sentimientos, emociones y reproducción se asocian a lo femenino, y los de cultura, mente, objetividad, dominio público, pensamiento, racionalidad y producción, a lo masculino. Al respecto, De Keijzer (2001) aclara que la salud y la reproducción son ajenas para muchos hombres, porque se representan como parte del mundo femenino, pero que no siempre ha sido

así, ya que antes de la industrialización, que especializó a los hombres como proveedores lejanos del contexto doméstico, la relación hombre-familia y trabajo doméstico-trabajo externo eran menos estrechas.

Sin embargo, Torres Velázquez (2004) destaca que los hombres y mujeres formados en un modelo de familia nuclear, patriarcal, sustentado por diversas instituciones políticas y sociales, basado en la división sexual del trabajo, ahora se enfrentan a transformaciones en la dinámica familiar, lo cual les causa conflictos, tensiones e interrogantes en ese proceso de ajuste. Al respecto, Covarrubias Terán (2014) explica que la forma de educar e insertar socialmente a los hijos e hijas ha cambiado en los últimos años en algunas familias, lo cual se observa en más interés de los padres varones por la educación de sus descendientes, así como por darles amor, atenciones y afecto; y en una organización en torno los hijos e hijas, en quienes los progenitores ven la objetivación de su propia realización.

Conforme a lo anterior, Nudler y Romaniuk (2005) señalan que existen dos aspectos que contribuyen a los cambios en las subjetividades de hijos e hijas criados en familias innovadoras: la democratización de los vínculos intergeneracionales; y la crianza más simétrica entre los géneros. Un ejemplo de eso podría ser el de la familia española, la cual, de acuerdo con Torres Velázquez (2004), se encuentra en constantes y profundos cambios: considera a la mujer como elemento clave; ha incrementado la edad para que los hijos e hijas abandonen el hogar y se casen; las parejas esperan más para tener hijos o hijas; se observa una diversidad de las relaciones y un incremento de divorcios; las uniones familiares ahora se establecen por amor y compañerismo; los novios no solo se casan para procrear; y la mujer no nada más buscar ser madre, sino también desarrollarse en lo público y lo privado. En el sector medio urbano de Argentina, pasa una situación similar, según Nudler y Romaniuk (2005), se observa una nueva paternidad, una esperanzadora tendencia hacia una distribución más simétrica de las tareas de crianza y una

creciente democratización de los vínculos familiares, para lo cual han contribuido los procesos socioeconómicos, la participación femenina en el mercado de trabajo, la precarización que afecta a algunos varones, el aumento de separaciones y divorcios y de hogares monoparentales de las últimas décadas, lo que ha obligado a la transformación de las configuraciones y dinámicas de la familia, así como de las subjetividades masculinas y femeninas.

Al respecto de las familias mexicanas, Rojas (2010) considera que, algunas, también tienen las características de la creciente participación de la mujer en el mercado laboral, lo cual puede llevar a dos situaciones opuestas: que las relaciones entre hombres y mujeres se transformen en más convivencia y democracia, compartiendo el trabajo y balanceando derechos y obligaciones; y la institucionalización de la doble jornada por parte de las mujeres, y la reproducción de los papeles masculinos y femeninos tradicionales. Sobre ello, Torres Velázquez (2004) menciona que algunas mujeres que tienen un trabajo remunerado, piensan que su marido es el jefe del hogar, que él tiene la obligación de trabajar, al ser hombre, por lo que el empleo pagado lo consideran masculino, y cuando ellas lo hacen es solo para colaborar, de la misma manera que, cuando los hombres realizan actividades domésticas, asumen que es como una ayuda a su esposa, de ahí que esa forma de concebir la familia se relaciona con los cambios en los papeles que antes tenían asignados hombres y mujeres en un modelo patriarcal: ellos como los protectores y proveedores; y ellas como las encargadas de las tareas del trabajo doméstico y la crianza.

Acerca de los cambios en la dinámica familiar debido a las transformaciones sociales, Ortega, Torres, Garrido y Reyes (2012) señalan que, en algunos casos, existe más comunicación y una relación más completa entre padres e hijos, con un diálogo más respetuoso, empatía, comprensión, equidad, trato no sexista, solidaridad, actitudes abiertas y autocríticas, aunque también se puede ver que hay padres que no han modificado su manera de enfrentar las nuevas

situaciones que se presentan en este grupo social y conservan ideas, actitudes y comportamiento relacionados con el modelo de paternidad hegemónica. Para Herrera, Aguayo y Goldsmith (2018), el que tradicionalmente las mujeres sean las destinadas al cuidado de los hijos e hijas y los hombres los proveedores económicos, hace que ellas todavía dediquen más tiempo a las labores del hogar y a los hijos e hijas, con lo que el orden de género se resiste a cambiar o lo hace lentamente. Sin embargo, Torres, Ortega, Reyes y Garrido (2011) indican que una de las ventajas de que los varones participen más en las tareas del hogar, cuando las mujeres salen a trabajar en el espacio público, es que la presencia del padre en la casa resulta favorable para el desarrollo de los hijos e hijas, quienes tienden a ser más seguros de sí mismos y tener un mejor equilibrio emocional.

En relación a la sociedad mexicana de los últimos años, Rojas (2010) comenta que se ha transformado por la acelerada modernización, industrialización, urbanización, avances en educación, de servicio masivo de salud y de planificación familiar; el incremento de la presencia de las mujeres en el mercado de trabajo y el deterioro de las condiciones laborales para los varones, lo cual ha afectado la formación, arreglos, composición y estructura de las familias y podría estar cambiando dimensiones de las relaciones y de las identidades de género, porque hay un cuestionamiento del papel de los hombres como proveedores únicos, de la centralidad del poder y la figura de autoridad del padre. No obstante, la autora aclara que esa nueva dinámica familiar no es generalizable, sino particular de algunos sectores sociales, sobre todo medios y medios altos, donde las mujeres desempeñan en trabajos remunerados son más propensas a establecer relaciones de género igualitarias, pero en el sector popular los cambios en ese sentido han sido más lentos, por lo que persisten patrones de división sexual del trabajo,

Para López Pérez (2013), si bien en México hay una creciente tendencia a que los padres se involucren más en las labores de crianza y se observa a más varones con sus hijos e hijas en

los espacios públicos, eso no significa que participen en todas las facetas del cuidado y educación, ya que al ser la paternidad una construcción social, modificarla implica la promoción de modelos distintos, respecto a lo que se puede actuar en, al menos, dos sentidos: cambiando el marco jurídico; e incidiendo en las pautas culturales, o sea, con innovaciones en la cultura de género y la laboral.

En ese sentido, Herrera, Aguayo y Goldsmith (2018) y Rojas (2010) aclaran que las mujeres siguen dedicando más tiempo que los hombres al cuidado de los hijos, lo cual, según Herrera, Aguayo y Goldsmith (2018), incluso sucede cuando varones y mujeres son proveedores, por la posición ambivalente que ocupan los hombres, ya que a la vez que se les pide más participación, se les otorga poco espacio para las tareas de cuidado, de ahí que las madres siguen siendo las principales de esas labores y los padres los secundarios. No obstante, los autores recalcan que, cuando algunos padres varones intentan responsabilizarse más y plantean disminuir su carga de trabajo, no es frecuente que se posicionen como cuidadores únicos o principales, con el argumento de que las mujeres tienen una disposición natural al cuidado, por su experiencia en el embarazo y la lactancia. Rojas (2010) coincide con ese planteamiento, en el sentido de que el involucramiento de los hombres en las labores domésticas y de crianza es de manera esporádica y bajo la presión de sus esposas, quienes también trabajan fuera del hogar.

Esa ambivalencia en la dinámica familiar podría generar al menos tres cambios, según algunos autores: Arriagada (2002) considera que los cambios y transformaciones en la actualidad, gracias a la lucha por la igualdad de responsabilidades entre hombres y mujeres, han propiciado otros significados y prácticas de la masculinidad y la feminidad, como los de la paternidad y la maternidad, por lo que ahora se cuestiona la autoridad patriarcal y se aprecia una incipiente reconstrucción de familias bajo modelos democráticos. Torres Velázquez (2004) piensa que hombres y mujeres formados en un modelo de familia nuclear, patriarcal, sustentado por diversas

instituciones políticas y sociales, basado en la división sexual del trabajo, ahora se enfrentan a transformaciones en la dinámica familiar, lo cual les causa conflictos, tensiones e interrogantes en ese proceso de ajuste. Finalmente, Rojas (2010) comenta que, en algunos sectores, la presencia del varón como jefe y proveedor podría estar en crisis, porque este considera que no cumple cabalmente en el hogar con el rol para el que fue educado.

Ante lo expuesto anteriormente, Torres, Garrido y Navarro (2015) consideran que es importante implementar estrategias que reduzcan los efectos que contribuyen a la interrupción de la práctica paterna de los varones, como: la promoción de políticas públicas y modelos sociales que incentiven la participación de los padres, partiendo de la revisión de los modelos de masculinidad y paternidad tradicionales; que en la familia cambie la idea de que la crianza es exclusiva de las mujeres y dar cabida a los varones para que participen, también; e implementar en la familia y la escuela estrategias para una paternidad responsable y generar espacios de reflexión del ejercicio de la paternidad para los varones. Para Celedón (2001) es necesario, desde una perspectiva de género, intervenir con las mujeres, y de manera más clara y directa con los varones, al invitarlos a la reflexión en cuanto a su identidad, rol y lugar al interior de la familia, en relación con su pareja y con sus hijos e hijas.

Como puede observarse a lo largo de este apartado, las paternidades se ejercen de diferente manera, dependiendo del lugar y del momento histórico, en lo cual también influye factores como el nivel socioeconómico y la educación de cada persona. Aunque suele asociársele más con la proveeduría, es una función que puede implicar aspectos reproductivos, emocionales, afectivos, de proveeduría y protección.

De acuerdo con lo expuesto en el capítulo, si bien existen muchas maneras de ejercer la paternidad, pudieran ubicarse dos grandes grupos: uno “tradicional” y uno más “moderno”, los

cuales se diferencian entre otros rubros, en el grado de participación e involucramiento de los padres con sus hijos/as.

Con respecto a la familia, pudiera decirse la dinámica en ellas podría estar cambiando por las diferentes actividades que demandan los factores sociales, políticos y económicos, entre otros. Sin embargo, también puede distinguirse la persistencia de las prácticas familiares tradicionales, sobre todo en sectores populares. En otras palabras, por un lado, se percibe más participación de los varones que son padres, en actividades de crianza, educación y labores domésticas, y a mujeres que son madres, responsabilizarse de aspectos considerados comúnmente masculinos, como la manutención económica del hogar, lo cual no significa necesariamente un cambio, ya que, además de que hay familias que continúan organizadas con base en una clara división sexual del trabajo, cuando los varones hacen algo en el hogar o con respecto a los hijos/as, no lo ven como una responsabilidad, sino como un “apoyo” o “colaboración”, y cuando las mujeres realizan un trabajo remunerado, al regresar al hogar siguen teniendo las mismas tareas.

Capítulo 3.- El contexto de los significados y las prácticas de género

La presente investigación se realizó en Culiacán⁴, capital de Sinaloa, ubicada en el Noroeste de México, la cual, de acuerdo con el Censo de Población y Vivienda 2020, cuenta con 1,003,530 habitantes, de quienes el 51.1% son mujeres y 48.9% son hombres.

Si bien la ciudad la fundó Nuño Beltrán de Guzmán en 1531, según Pérez López (1993) su proceso de urbanización se dio entre 1950 y 1980, cuando la industrialización del campo expulsó la mano de obra y provocó la migración de los sinaloenses a la capital, entre otras ciudades más pobladas, como Ahome, Mazatlán, Guasave y Navolato, en donde se concentraba el 70 por ciento de la gente, porque esos lugares representaron las oportunidades que la vida rural ya no podía ofrecer.

Al respecto, Rodal López (2006) explica que en los sesenta y setenta del siglo XX es cuando Culiacán alcanza el mayor crecimiento poblacional por el acelerado crecimiento demográfico, que fue de 208 mil 982 en 1960 a 560 mil 11 habitantes en 1980, registrando en los sesenta el número más elevado, con un con 5.6%, promedio anual. En ese sentido, Ibarra (2018) destaca que, en tres décadas, de 1980 a 2010, Culiacán duplicó su población y su mancha urbana se expandió 4.5 veces.

Es importante tomar en cuenta esa urbanización desde la segunda mitad del siglo pasado y la primera década del presente, ya que los varones entrevistados de las tres generaciones nacieron y se desarrollaron en esa dinámica de crecimiento de la ciudad, lo cual pudiera también propiciar dinámicas distintas en las familias.

⁴ La palabra puede significar Colhuacán o Teocolhuacán lugar de culebras, Cerro torcido, donde tuercen los caminos y donde adoran al Dios Coaltzin.

El presente capítulo tiene el objetivo de construir un contexto de las relaciones de género en Culiacán, a través de datos, principalmente, que abordan las relaciones de género entre mujeres y hombres, la división sexual del trabajo, las labores de mantenimiento de la casa, el cuidado, la educación y la crianza de las hijas e hijos, para lo cual se revisaron estadísticas, leyes y artículos relacionados con la brecha, las desigualdades, los estereotipos y la violencia de género. El capítulo ofrece, además, un apartado en el cual se analiza el quehacer los padres en el confinamiento, como medida para controlar los contagios de COVID-19.

3.1.- Relaciones de género en Culiacán

Sinaloa es un estado en el que, de acuerdo con la ley⁵, la familia es una institución social integrada por dos o más personas, ya sea unidas o emparentadas, por consanguineidad o adopción, con los mismos derechos y obligaciones, con la función de la convivencia entre los integrantes, por medio de la permanencia y estabilidad de su relación, con solidaridad, respeto y atención recíprocos, para satisfacer las necesidades de subsistencia y defensa, orientándose a desarrollar el intelecto, las actitudes físicas y morales. De igual manera, según esos estatutos, el matrimonio⁶ es la institución por la que se establece la unión voluntaria y jurídica de dos personas⁷, con igualdad de derechos, deberes y obligaciones, quienes se procuran respeto y ayuda mutua. Sin embargo, la información consultada para esta investigación, pudieran indicar que, en Sinaloa, las familias viven en un orden tradicional o patriarcal, en el que existe, además, una división sexual del trabajo y las responsabilidades, por lo que la reciprocidad y el respeto de los que habla la ley no es lo que distingue a la mayoría de las familias de la entidad.

⁵ Artículos 1, 2, 3 y 4 del Código Familiar del Estado de Sinaloa.

⁶ Artículo 40 y 165 del Código Familiar del Estado de Sinaloa.

⁷ Cabe aclarar que el 15 de junio de 2021, el Congreso del Estado reformó los artículos 40 y 165 del Código Familiar del Estado de Sinaloa, con lo cual avalaron extender el matrimonio y el concubinato a personas del mismo sexo.

En ese sentido, habría que tomar en cuenta, primero, algunos datos del país que pudieran ilustrar los significados de género que tiene la población. Por ejemplo, de acuerdo con la Encuesta Nacional de Género (2015), en México las palabras “hombre” y “mujer”, comúnmente, se asocian con estereotipos tradicionales de género, lo cual se observa en que el 31.3% de las mujeres relacionan “hombre” con “trabajo”, y el 27.8% de los varones ubican “mujer” con “maternidad”. De la misma manera, para el 35.0% de los varones “hombre” significa “trabajo”, mientras que el 29.1% de las mujeres asocian “mujer” con independencia, inteligencia y fuerza. En otras palabras, esta información muestra que, para una tercera parte de los mexicanos, los varones son quienes deben trabajar para mantener a su familia, y las mujeres quedarse en casa, entre otras cosas, al cuidado de los hijos/as.

En ese estudio, los comentarios acerca de las ventajas y desventajas de “ser hombre” y “ser mujer” son en la misma tónica, y podrían abonar, también, a esas ideas relacionadas con los estereotipos de género, ya que para el 35.6% de las mujeres y el 29.9% de los varones, las “ventajas de ser mujer” son el “dar vida” y “cuidar de los otros”, aunque el 18.8% de ellas piensa que las mujeres tienen las desventajas de la “desigualdad de género”. Por otro lado, el 22.1% de las mujeres y el 21.2% de los varones piensan que las “ventajas de ser hombre” son las de más oportunidades y mayores beneficios económicos, laborales, educativos y sociales. Sin embargo, el 25.3% de ellas y el 24.9% de ellos no supieron identificar las “desventajas” que pudieran tener los “hombres”. Además, el estudio menciona que el 24.8% de las mujeres y 33.9% de los hombres están de acuerdo con que la “masculinidad” es símbolo de “poder” y fortaleza, mientras que el 28.8% de las mujeres y el 26.5% de los hombres piensa que el de “feminidad” es de “debilidad”.

Otro aspecto importante a considerar es la función de la proveeduría en el hogar. Según IMAGES (2012) entre Brasil, Chile y México, este último país es donde el hombre realiza más esa actividad, ya que el 65% de las mujeres señalaron que solamente su esposo trabaja, y el 59% de los varones dijeron ser los únicos que laboran remuneradamente, porque a ellos no se les involucró en las tareas domésticas durante su infancia o adolescencia. La encuesta también habla de que el 65% de los hombres indica que las mujeres participan más en las labores de la casa, y el 33% de ellas coincide con eso. De la misma manera la Encuesta Nacional Sobre Discriminación de 2017, destaca que el 23% de los varones y el 21% de las mujeres considera que ellas deben ayudar más que ellos en los quehaceres del hogar.

Con relación a las actividades no remuneradas⁸, la Encuesta Intercensal (2015) del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), recalca que a las mujeres les lleva 28 horas 20 minutos a la semana atender a personas sanas menores de seis años, y a los hombres solo 6 horas 32 minutos. Acorde con eso, la Encuesta Nacional sobre el Uso del Tiempo (ENUT) de 2019, señala que el 67% de las mujeres y solo el 28% de los varones hacen semanalmente el trabajo no remunerado de los hogares, lo cual pudiera explicar por qué el 28% de los hombres entrevistados en la Encuesta Nacional de Género (2015) creen que las mujeres son mejores cocineras que ellos. Al respecto, Tereso (2020) señala que las mujeres realizan 8 horas de jornada laboral no remunerada y los hombres solo 2; que solo 2 de cada 10 mujeres pueden deslindarse por completo de las tareas del hogar y nada más dedicarse al trabajo remunerado, ya que el resto tienen dobles jornadas o múltiples, por lo que piensa que hace falta socializar en las familias que todos quienes vivan en la casa deben cooperar de la misma manera.

⁸ Como la atención a personas ya sea sanas o enfermas, menores de edad o adultos mayores, la preparación de alimentos, la limpieza de la casa y hacer las compras.

Al hablar de trabajo de cuidados, educación y crianza de los hijos/as, la situación es en el mismo sentido. Al respecto, IMAGES (2012) muestra que los varones dicen participar en un 46% en el cuidado de sus hijas e hijos de 0 a 4 años, en actividades como jugar (64%), cocinar (28%), cambiar pañales (35%) y bañarlos (52%), aunque la postura de las mujeres acerca de eso es diferente y de porcentajes menores. Ellas consideran que esa intervención es solo en un 31%, específicamente: a jugar, 46%; a cocinar, 15%; a cambiar pañales, 23%; y a bañarlos, 23%. En ese sentido, llama la atención que la actividad en la que más se involucran, por lo que expresan ellas y ellos, sea la de jugar, quizás, porque se trata de la que menos esfuerzo implica y que se puede hacer a cualquier hora, incluso, los días de descanso.

Si bien la información anterior corresponde al ámbito nacional, en el que también se incluye a Sinaloa, cuando se refiere específicamente al Estado es en la misma tónica, de ahí que la ENUT de 2019 señala que, en la cuarta posición, Sinaloa es una de las cinco entidades con las mayores brechas en desventaja para las mujeres en el tiempo total de trabajo (TTT), con -8.7 horas.

El panorama es en el mismo sentido si se habla de violencia en esta región. Por ejemplo, la Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares (ENDIREH) (2016) informa que de las 609 mil 021 mujeres sinaloenses casadas o unidas de 15 y más años, el 28.6% dice haber experimentado algún tipo de violencia en los últimos 12 meses, cifra que casi se equipara a la nacional, que es de 33.6%. Una situación similar sucede con la violencia por parte de la pareja, en la que el 41.4% de las mujeres la ha experimentado, lo cual es muy alto para la entidad, si se toma en cuenta que la media del país es de 44.9%. Al respecto, resalta que las

mujeres más jóvenes son las más violentadas por su cónyuge o pareja, con un porcentaje de 37.0%⁹.

Es oportuno aclarar que, de acuerdo con la Declaratoria de Alerta de Violencia de Género Contra las mujeres (2017), en Sinaloa, a partir del 2012 se logró tipificar al feminicidio como delito, y que de ese año al 2016, se contabilizaron 352 homicidios dolosos contra mujeres, de los que 116 (32.96%) han sido clasificados como feminicidios, de ahí que en 2017 se haya implementado la Alerta de Violencia de Género contra las Mujeres en cinco municipios de Sinaloa, entre ellos Culiacán. Al respecto Sánchez Osuna (2016) explica que una de las violencias simbólicas que enfrentan las mujeres sinaloenses es la “valoración” de su belleza, tema tan dominante, sólo comparable con las alabanzas a los recursos naturales de la entidad, considerada tierra fértil, bella y opulenta, mismas características que se adjudica a las mujeres, de quienes se valora, además de eso, la maternidad y su dedicación al trabajo doméstico. La autora aclara que, si bien esa apreciación puede ser para muchos un halago y orgullo, resulta opresivo y misógino, ya que a las mujeres se les exige adaptarse a ciertos estándares de belleza, característica banal que es más valorada, incluso, que sus aptitudes o intereses.

3.2.- Dinámica familiar durante el confinamiento por el coronavirus

Como se mencionó en el apartado de introducción, el trabajo de campo de la presente investigación coincidió con el periodo de confinamiento por el coronavirus¹⁰, en el cual, no solo

⁹ El porcentaje en mujeres de entre 30 y 44 años es del 32.8%; y el de entre 45 y más, de 20.6%.

¹⁰ La cuarentena para prevenir contagios de coronavirus inició en México el 20 de marzo de 2020. Al principio, se consideró que duraría hasta el 20 de abril, pero el regreso a las actividades cotidianas se pospuso para el 30 de este mes y después se diría que el 30 de mayo. A partir del primero de junio se entró a lo que se denominó como “nueva normalidad”, en la que la gente seguiría en sus hogares y solo saldría a la calle dependiendo del semáforo que las autoridades de salud implementaron para indicar qué actividades podía hacerse en cada color. De más a menos peligroso: rojo, naranja, amarillo y verde. Lo ideal sería estar en este último, que significa riesgo mínimo de contagios y la realización de todas las

persistió esa dinámica de desigual y de división sexual del trabajo, sino que de acuerdo con la información recabada, se intensificó, porque a decir de Mora (2020) los hogares se volvieron el espacio donde sucede todo: el cuidado, la educación, la socialización y el trabajo productivo.

Según el Gobierno de México e Inmujeres, el confinamiento agudizó la división sexual del trabajo, ya que el 63.7% de las mujeres ocuparon su tiempo al cuidado de integrantes del hogar de 0 a 14 años. A propósito de eso, Salguero (2020) destaca que el COVID-19 vino a transformar y trastornar las relaciones en los espacios privados y las vidas íntimas de las personas, además de evidenciar una enorme desigualdad social, incluso en el tamaño de las casas, por lo que hablar del virus y violencia de género remite a considerar la parte estructural en términos de la pobreza y las desigualdades sociales entre los géneros. Por su parte Amilpas (2020) reitera que la pandemia visibilizó de forma más cruda las desigualdades de género existentes, porque son las mujeres quienes asumen la responsabilidad de cuidados en los hogares, de los enfermos de COVID-19, y las que acompañan a la niñez en las clases en línea.

El Análisis Rápido de Género para la Emergencia del COVID-19 en América Latina y el Caribe (2020) señala que, si bien los más afectados por el COVID-19 en aspectos de salud son hombres, adultos mayores y personas con enfermedades crónicas y sistemas inmunes débiles, las mujeres y niñas se ven afectadas de manera desproporcional por la enfermedad y por las medidas de salud pública para contenerla, ya que en las normas de género patriarcales ellas tienen la mayor carga de cuidados, lo que les implica un riesgo adicional, porque deben soportar ese peso tanto en lo profesional como lo doméstico, entonces, si antes de la pandemia ellas dedicaban casi tres veces más que los hombres al trabajo de cuidados, esto y la división desigual de responsabilidades se profundizaron en los hogares por las medidas de respuesta al COVID-19.

actividades, incluida la escuela, pero sin dejar de tener las medidas de cuidado básicas, como el lavado constante de manos y/o uso de gel antibacterial, colocarse a una distancia mínima de metro y medio de los demás, usar cubrebocas y toser o estornudar cubriendo la boca o la nariz con el brazo.

Según la Guía ante #Covid-19 en los hogares mexicanos, también, el cuidado de personas y hogares recayó, principalmente, en mujeres, quienes asumen, en promedio, 39 horas semanales de trabajo no remunerado, el cual aumentó en el contexto de la pandemia por la atención a niñas, niños y adolescentes por el cierre de escuelas y guarderías, aunado al cuidado de enfermos en el hogar, por la saturación de los hospitales.

Al respecto, el sondeo realizado por la EPADEQ (2020) en la República Mexicana durante el confinamiento, indica que en ese periodo se incrementó el trabajo doméstico y de cuidados, las personas se sintieron más cansadas y con menos tiempo propio, hubo más tensiones y conflictos familiares, y surgieron de manera importante emociones y sentimientos como miedo, tristeza, vulnerabilidad, ansiedad, enojo y confusión. De ese aspecto, García-Bullé (2020) destaca que los efectos psicológicos de trabajar en casa en la cuarentena no solo son los de distraerse fácilmente y cambiar de hábitos para cumplir las actividades, sino, además, los de sentimiento de soledad, estrés y ansiedad, que, incluso, pueden repercutir en la productividad y la salud mental.

Específicamente de la presencia de los varones en los hogares durante la pandemia, Delgado (2020) explica que los padres y los hermanos se involucraron de forma dominante, mandando e intentando organizar el espacio, sin tomar en cuenta si había un orden previo y suponiendo que sus formas son más eficaces, por ser las suyas, con lo que trasladaron lógicas patriarcales a su participación doméstica, rearticulando híbridamente una masculinidad tradicional con una más igualitaria, ya que son padres igualitarios y patriarcales, que limpian, cocinan y friegan con normas dominantes, que acaparan el espacio, marcan el ritmo y dominan las tareas del hogar.

En cuanto a la violencia en los hogares mexicanos durante la pandemia, la Encuesta Nacional de Seguridad Pública Urbana realizada por INEGI indica que se incrementó, especialmente, la dirigida a mujeres, ya que, de enero a septiembre, en mayor porcentaje en junio

y agosto, en el 9% de las casas hubo algún tipo de violencia familiar, de lo que en el 24% de los casos estaba involucrado un menor, en actos como ofensas o humillaciones, amenazas personas que fueron corridas de sus casas, golpes y agresiones físicas. Culiacán no es ajeno a esas situaciones, por lo que de acuerdo con Construyendo Espacios para la Paz, la violencia familiar en es uno de los delitos con tendencia al alza en esta ciudad, con un aumento de 8.8% de septiembre a octubre, pasando de 172 a 194 denuncias, lo cual implicó en este último mes que se realizaran 739 llamadas al 911.

De acuerdo con el Informe de políticas, las repercusiones de la COVID-19 en las mujeres y las niñas, antes la pandemia se consideraba que una de cada tres mujeres experimentaba algún tipo de violencia, pero a partir de la contingencia la situación ha empeorado en todo el mundo, por la conjugación de tensiones económicas y sociales con las medidas para restringir el contacto y la circulación, y porque ahora ellas están atrapadas en su casa con su agresor. Mora (2020) explica que estas prácticas se intensifican porque las mujeres no tienen acceso a los servicios públicos de atención, prevención y sanción de la violencia, así como a los de salud sexual y reproductiva.

Conforme lo anterior, Nogués (2020) plantea que, si se enmarca la frase “ser más hombre”, históricamente ligada a comportamientos machistas, misóginos, homofóbicos y violentos en el contexto del confinamiento, resulta devastador, ya que así lo reflejan las estadísticas en las que se observa que las denuncias por violencia familiar se duplicaron, las llamadas a teléfonos de emergencia aumentaron en 60% a partir de marzo de 2020, y se incrementaron en un 30% las solicitudes en refugios de mujeres, según la Red Nacional de Refugios, por lo que se debe resignificar esa expresión, y si desde siempre se ha entendido como fuerza, carácter y bravura mal enfocadas, entonces hace falta mucha más fuerza, carácter y valentía para resignificarla,

como una oportunidad de los varones de hacer lo que les corresponde y contribuir desde su lado con acciones concretas a la creación de espacios seguros y libres de estereotipos y violencias.

De acuerdo con Mora (2020), la incorporación de las necesidades de las mujeres en lo relacionado con la emergencia sanitaria no es algo menor, sino al contrario, por lo que, si no se considera un enfoque de género en ello, se podrían profundizar las desigualdades con efectos a largo plazo, difíciles de revertir. Aunado a eso, la Guía ante #Covid-19 en los Hogares señala que la respuesta al COVID-19 es un recordatorio de la esencial contribución de las mujeres en todos los niveles, como las primeras que responden, profesionales de la salud, voluntarias en comunidades, científicas, doctoras, y como mayormente encargadas de tareas de educación en el hogar y actividades de limpieza.

3.3.- Las paternidades en Culiacán, durante la pandemia

La investigación del ejercicio de la paternidad en tres generaciones de Culiacán, Sinaloa, coincidió con la pandemia del coronavirus, por lo que el trabajo de campo no pudo llevarse a cabo en la fecha planeada, debido al confinamiento, que en un inicio duraría un mes, pero al continuar la expansión de la enfermedad, terminó aplazándose. Durante este periodo, una de las recomendaciones principales de parte de las autoridades de salud fue que se debía permanecer en casa y salir solo para lo realmente necesario. Incluso, las escuelas se cerraron y las clases se recibieron en el hogar, al igual que algunos trabajos asalariados se hicieron desde ahí, lo cual implicó una dinámica distinta en las familias: sus miembros tuvieron que pasar más horas juntos, en el mismo espacio.

Ante ese panorama, se consideró pertinente analizar el ejercicio paterno, la participación en el hogar en el trabajo doméstico y de cuidado de algunos padres de Culiacán, Sinaloa, así

como las fisuras que ésta generaría o no en la distribución sexual del trabajo¹¹. En ese sentido, a la vez que se entrevistaba a los varones de tres generaciones en función de lograr el objetivo de la presente investigación, se les preguntaba acerca de cómo era ser padre durante la pandemia y en qué aspectos era distinta la dinámica en su familia, debido las condiciones del confinamiento, con la finalidad de saber si las mujeres seguían afrontando las responsabilidades de la casa y los hijos/as o si los hombres tendrían mayor participación en esas tareas, lo que resignificaría su paternidad y la manera de concebirse como padres. De esos testimonios se tomaron en cuenta 10, que corresponden a varones de diferentes edades, de los grupos de adultos (46 a 52 años) y de jóvenes (entre 24 y 28 años), que cohabitan con su pareja e hijos/as en hogares de doble ingreso.

En general, se encontró que los cambios en la paternidad se observaron en los padres de mediana edad, quienes incrementaron su participación en labores domésticas, de cuidado y de apoyo escolar. También, que las desigualdades en las responsabilidades de mujeres y hombres en el hogar y la prolongación de la pandemia impidieron ver los beneficios y las consecuencias reales del ejercicio paterno.

Específicamente, todos los entrevistados dijeron que antes del confinamiento participaban en llevar y traer a los hijos/as a la escuela, en actividades deportivas, de socialización y la convivencia de fin de semana. Sin embargo, el confinamiento les produjo cambios en su rutina diaria, de higiene y cuidado personal para reducir el contagio, así como de la dinámica familiar y su intervención en las actividades domésticas y de convivencia.

Para algunos, el cambio implicó hacerse más responsables de lo que pasaba en casa y de estar más pendiente para que el virus no entrara, por lo que se volvieron más protectores; para

¹¹ La información acerca de las paternidades en la pandemia que se abordan en este espacio, se publicaron previamente en el artículo *¿Paternidades en transformación? Ser padre en Culiacán, Sinaloa, en tiempos de confinamiento y crisis sanitaria*, el cual puede leerse completo en el siguiente enlace: <https://regionysociedad.colson.edu.mx:8086/index.php/rys/article/view/1502/1793>

otros implicó el reto de equilibrar las actividades diarias del trabajo asalariado desde casa y el cuidado de los hijos/as. En otros casos, el encierro permitió una distribución más equilibrada del trabajo doméstico entre los integrantes de la familia. No obstante, la mayoría de padres vieron los cambios como alteraciones importantes en la regularidad que había en su vida y en las actividades que hacían dentro y fuera del hogar, ya que quienes realizaban labores domésticas aumentaron su participación y los que no, se vieron obligados a implicarse en algunas, en parte, porque sus parejas seguían en el mercado laboral, presencial o virtualmente, lo cual pudo haber presionado a que participaran.

Con respecto al trabajo doméstico, los entrevistados comentaron que fue la actividad que más se vio alterada, ya que ellos y sus parejas incrementaron el tiempo que dedicaban a las necesidades de higiene y limpieza de espacios, ropa, enseres y alimentos, para evitar contagios. A pesar de eso, algunos varones continuaron considerando su participación como ayuda o colaboración a la esposa y no como una responsabilidad propia.

Es importante mencionar que, por su discurso, pareciera que los entrevistados no establecen diferencias entre el trabajo doméstico y de cuidado, además de que este último lo confunden con el apoyo escolar, el juego y la convivencia. Al respecto, los padres de hijos/as pequeños fueron más claros en cuanto a las actividades que hacían con ellos/as, como bañarlos, cocinarles, darles de comer y entretenerlos mientras su pareja trabajaba.

Por otro lado, los padres de hijos/as de varias edades mostraron más involucramiento en los cuidados, con atenciones acordes a las edades, necesidades y personalidades de los/as hijos/as: mientras los pequeños requerían de más atención, los mayores solo demandaban de acompañamiento a actividades deportivas, conforme el confinamiento lo permita.

Los varones entrevistados destacaron que el cambio más significativo en ese periodo se dio en el hecho de estar en casa con su familia y lo que ello representaba en términos de

convivencia, afecto y tensiones, al estar siempre juntos, lo cual los llevó a adquirir nuevos aprendizajes, afianzar el cariño, la unión y a más convivencia; a dar más apoyo a los hijos/as en las tareas escolares, compartir tiempo para el deporte y jugar; y solo para algunos implicarse en las tareas domésticas.

En conclusión, se encontró que fueron pocos los cambios en la práctica de la paternidad de los entrevistados durante el confinamiento, los cuales se observan más en los varones de mediana edad, con hijos/as de varias edades, quienes en ese periodo participaron más en labores domésticas, de cuidados y apoyo escolar. A los entrevistados se les dificultó separar las actividades domésticas de las de cuidado, lo cual habla de la interconexión de una actividad y otra en la vida diaria y de lo difícil de determinar sus límites.

El confinamiento propició mayor convivencia familiar, pero no el establecer relaciones más cercanas con los/as hijos/as, para todos los entrevistados. El acercamiento se observa más en los padres de mediana edad que en los jóvenes, ya que estos suelen centrarse más en su trabajo asalariado y se muestran más resistentes al cuidado de los/as hijos/as.

Durante el confinamiento, los entrevistados participaron mayormente en actividades domésticas como la limpieza de la casa y la ropa, la compra, el lavado de platos y algunos en la preparación de alimentos. No obstante, siguen viendo ese trabajo como una ayuda opcional y no como una responsabilidad y un deber paterno. El permanecer en casa, además propició que los hijos/as de mayor edad se integraran en la división del trabajo doméstico.

En este periodo, la mayoría de los padres entrevistados priorizaron actividades de cuidado, la convivencia y el juego, independientemente de sus condiciones laborales y de su participación o no en ciertas tareas domésticas, aunque no todos se involucraron en todas las que requiere el cuidado, y solo lo hicieron con las/los niñas/os más pequeños. También, solo algunos señalaron tener un desempeño activo en tareas centrales del trabajo doméstico, como cocinar,

limpiar y lavar la ropa, pero no aclararon si lo asumen como su responsabilidad o lo hacen por estar una situación crítica.

Si bien los resultados son alentadores en ciertos aspectos y en algunos casos, como mayor participación de unos entrevistados en los quehaceres y para con los hijos/as, no quiere decir que haya una alteración de la división sexual del trabajo, la cual parece estar vigente incluso en los hogares donde los padres asumen más intervención en las actividades del hogar, en lo que podrían actuar imperativos que los obligan a implicarse: el que la esposa trabaje o el que esta les solicite ayuda, pero algunas tareas no las realizan por convicción o porque sean su responsabilidad, además de que prefieren hacer las que no les resultan desagradables, por lo que los resultados de las entrevistas no muestran una corresponsabilidad en los quehaceres domésticos.

De acuerdo con los datos expuestos anteriormente, se pudiera pensar que la participación en las actividades del hogar y en el cuidado, crianza y educación de los hijos/as de los varones entrevistados en Culiacán es poca, al menos, no es a la par de la que realizan las mujeres. Esta situación podría ser de más prevalencia en los grupos de edad de adultos mayores y de adultos, lo cual significa que la generación de jóvenes pudiera ser más flexibles e involucrarse más en ellas. En ese sentido, en esta región se mantendrían los estereotipos tradicionales de género, lo cual deriva en una división sexual del trabajo y de las responsabilidades, situación que pudiera agudizarse en un contexto de confinamiento.

Capítulo 4.- Estrategia metodológica

Para el estudio de las paternidades en tres generaciones de varones que son padres en Culiacán, Sinaloa, se recurrió al enfoque cualitativo, ya que sus características podrían contribuir más acertadamente a lograr el objetivo. De acuerdo con Denman (2000), este tipo de estudios son más abiertos y flexibles; van de lo abstracto de la teoría a lo concreto del dato, se enfocan más en las diferencias y particularidades que en las homogeneidades y las generalidades; son los más aptos para conocer la conducta humana en un marco donde los sujetos interpretan sus pensamientos, sentimientos y acciones; ofrecen la posibilidad de dar voz a quienes no la tienen; actúan como vehículo para comunicar realidades emergentes o disímiles; parten de una lógica interactiva entre sujetos que se observan e influyen mutua e inseparablemente; añaden profundidad, detalle y explicación a los datos; y brindan la ventaja de rediseñar objetivos, hipótesis, métodos de análisis, selección de sujetos y estrategias de investigación, con lo cual se podrían aprovechar mejor las oportunidades espontáneas de los entrevistados.

El objetivo de este trabajo es analizar los cambios y permanencias de los significados, prácticas y relaciones de la paternidad y la masculinidad de tres generaciones de varones de Culiacán, Sinaloa, desde la perspectiva de los estudios de género de los hombres y las masculinidades, lo cual podría develar si en este contexto se ha evolucionado o no y qué tanto en lo relacionado con este ejercicio, o si los varones que la ejercen siguen atados a las tradiciones y costumbres. Un estudio similar en este sentido es el de Núñez Noriega (2013) en la zona del Río Sonora, publicado en el libro *Hombres Sonorenses. Un estudio de tres generaciones*, el cual tuvo el objetivo de conocer, desde una perspectiva de género, las concepciones, valores, actitudes y prácticas sexuales y reproductivas de tres generaciones de varones, los cambios ocurridos en estos aspectos de una generación a otra, y la dirección de ellos a la luz de las generaciones más

jóvenes. La investigación se realizó desde la tradición socio-antropológica, desde un enfoque cualitativo, en la que se involucró la etnografía como método y técnica, por medio de la entrevista a profundidad, la conversación informal y la observación participante, llevadas a cabo entre febrero de 1997 a mayo de 2002, a varones de tres generaciones, agrupados en tres cohortes de edad, distanciados por un lapso aproximado de 20 años entre uno y otro: 73 a 83 años, 45 a 55 años y 20 a 25 años. Para la presente investigación, se retomó de la mencionada anteriormente la idea de estudiar tres generaciones, de la cuales, si bien también interesa indagar, entre otros aspectos, significados, actitudes y prácticas de varones, con base en los principales sucesos ocurridos entre un periodo y otro, este caso fue para abordar, específicamente, las paternidades y los significados de la masculinidad, a través de la entrevista a profundidad, considerando cohortes de alrededor de 18 años entre una generación y otra, con pequeñas variaciones en las edades de los entrevistados, lo cual se explicará en párrafos siguientes.

Otra investigación relacionada con el presente trabajo es la de Hernández (2012): *Masculinidades en Tamaulipas. Una historia antropológica*, en la cual el autor empleó el concepto de experiencia generacional, que le fue útil al explorar las masculinidades como proceso inacabado de construcción histórica y cultural, ya que se trata de un “proceso subjetivo mediante el cual hombres y mujeres perciben y comprenden su realidad social a lo largo de sus vidas y en diferentes espacios y situaciones de interacción articuladas a procesos históricos en los que los individuos trazan sus trayectorias, dentro de los constreñimientos y posibilidades que tales procesos implican” (Hernández, 2012; p. 36). Con respecto al presente estudio, lo anterior ayudó a saber y analizar cómo se relacionan los padres con los hijos, hijas y la pareja, cómo se conforman las familias, cuáles son los valores que se transmiten en este núcleo y de qué manera influyen en los vínculos que se establecen en la vida pública y qué tanto determinan el comportamiento social y la identidad de los culiacanenses.

4.1.- Técnicas para la recolección de datos

Para lograr el objetivo, se recurrió a la entrevista a profundidad, como una de las posibilidades para la obtención de los datos en los estudios sociales con enfoque cualitativo, ya que, siguiendo a Alonso (1999), son útiles para construir el sentido social de la conducta individual de los entrevistados, cómo actúan y reconstruyen el sistema de representaciones sociales en sus prácticas individuales, a través de confesiones que invitan a la confianza. Al respecto, Taylor y Bogdan (1987) señalan que en esos encuentros reiterados cara a cara, se pueden conocer las perspectivas que los individuos tienen de su vida, experiencias o situaciones, expresadas con sus propias palabras. Vela Peón (2015) aclara que esas vivencias podrían ser referencias pasadas o presentes o intenciones futuras, por medio de las cuales se sabrían los hechos sociales, se analizarían los procesos de integración cultural y estudiarían los sucesos implícitos en la formación de identidades, donde confluyen experiencias, sentimientos, subjetividades, interpretaciones de la propia vida y la social, así como sus pensamientos, deseos y el mismo inconsciente.

En lo referente a la presente investigación, las entrevistas a profundidad a tres generaciones fueron de utilidad para conocer los cambios y permanencias en torno al ejercicio de la paternidad y los significados de la masculinidad. También, como plantea Núñez Noriega (2013), de qué manera han influido los aspectos políticos, económicos, sociales y culturales en las prácticas, valores, actitudes, ideas, comportamientos, significados de la paternidad y vínculos que establecen los varones con los integrantes de su familia.

4.2.- Perfil y características de los participantes

En el siguiente apartado se expone el perfil y las características de los entrevistados, para lo cual es importante aclarar que, si bien los participantes deberían contar con algunos requisitos para la

aplicación del cuestionario, no en todos los casos se logró encontrar varones que los reunieran. La razón principal de ello fue que la realización del trabajo de campo coincidió con el periodo de confinamiento y la pandemia por el COVID-19, lo cual no permitió encontrar a varones con las particularidades planteadas al inicio.

Al ser un estudio generacional, los varones participantes pertenecen a tres grupos de edad diferentes. En un primer momento se planeó entrevistar a varones adultos mayores de entre 73 y 80 años, adultos de entre 47 y 55 años, y jóvenes de entre 23 y 30 años. No obstante, se entrevistó a adultos mayores de entre 70 y 78 años (nacidos entre 1942 y 1950), adultos de entre 46 y 52 años (nacidos entre 1968 y 1974), y jóvenes de entre 24 y 28 años (nacidos entre 1992 y 1996).

De acuerdo con las actividades programadas, se realizarían 18 entrevistas a varones que son padres: seis por cada grupo de edad. En ese sentido, sí se cumplió con lo planteado en los grupos de edad de adultos y el de jóvenes. No obstante, en la generación de adultos mayores solo se lograron cuatro entrevistas. De igual manera se planeó aplicar un cuestionario a algunas de las esposas de los informantes, para conocer su punto de vista con respecto a la paternidad ejercida por sus esposos, con la intención, entre otras cosas, de comparar, constatar y verificar lo que los varones dijeran acerca de ellos mismos. En este caso, se proyectó entrevistar a tres mujeres por cada una de las generaciones, quienes no era necesario que tuvieran una edad específica, solamente ser pareja del entrevistado, que cohabitaran en la misma casa y fuera madre de sus hijos/as y, en los grupos de edad de adultos y jóvenes, tener un trabajo remunerado. Lo anterior se cumplió en las generaciones de adultos mayores y jóvenes, pero en el grupo de edad de adultos, solo se entrevistó a la esposa de uno de los varones.

Cabe señalar que no era necesario que hubiera una relación de consanguineidad entre los entrevistados, por lo que los padres de los diferentes grupos de edad no pertenecen a la misma

familia o linaje. En otras palabras, los adultos mayores, adultos y jóvenes que representarían cada uno de los grupos de edad, no requerían tener relación directa.

Para la realización del trabajo de campo de la presente investigación se eligió la zona urbana de Culiacán, Sinaloa (Núñez Noriega lo hizo en el Río Sonora; Hernández en la colonia Libertad, de Ciudad Victoria, Tamaulipas). Las características que los varones entrevistados deberían tener era ser originarios de esta ciudad o haber vivido en ella la mayor parte de su vida; pertenecer a familias nucleares (con la presencia de la madre, el padre y los hijos/as); con casa propia o de renta; trabajar o contar con independencia económica de sus propios padres. Específicamente, los varones del grupo de edad de adultos mayores deberían tener un nivel de estudios mínimo de secundaria; y los adultos y jóvenes, de preparatoria.

En ese sentido, del grupo de edad de adultos mayores: Artemio nació en Culiacán; Santiago en una sindicatura de Culiacán, cercana a la ciudad; Benjamín en Puerto Peñasco, Sonora; y Uriel en la Ciudad de México. De los entrevistados adultos: Mario y Emilio nacieron en Culiacán; Ignacio y Roberto son de comunidades pertenecientes al municipio de Culiacán; Daniel de San Ignacio, Sinaloa; y Luis de Mocorito, Sinaloa. De los varones jóvenes: Pablo, Víctor, Eusebio y Ricardo son de Culiacán; Leonardo, también nació en esta ciudad, pero vivió sus primeros 18 años en un pueblo de Angostura, Sinaloa; y Dante es de Guasave, Sinaloa, pero vive en Culiacán, desde hace 10 años.

Todos los entrevistados pertenecen a familias nucleares, con la presencia del padre, la madre y los hijos/as, y todos tienen un empleo remunerado y cuentan con independencia económica. Sin embargo, Víctor, su esposa y su hija viven en la casa de los padres de él, y contribuyen a los gastos; Ignacio, su esposa, su hijo y su hija, viven con los padres de ella, aunque tienen su casa; Roberto, su esposa, su hija y su hijo, viven con la mamá de él y se hacen cargo de sus propios gastos; y Pablo renta la casa en la que viven él, su esposa y su hijo.

Con respecto al nivel de estudios de los entrevistados, el de Mario es de doctorado; Pablo, Ricardo, Leonardo, Eusebio, Roberto, Ignacio, Luis, Daniel, Emilio, Artemio y Santiago, tienen licenciatura; Benjamín tienen carrera trunca; y Víctor y Dante estudiaban la universidad al momento de la entrevista.

Acerca de los hijos/as, se planteó que los varones entrevistados tuvieran, al menos, dos, no necesariamente procreados por ellos. En este caso, Uriel tiene seis hijos/as; Luis, Artemio y Benjamín tienen cuatro; Emilio y Santiago, tienen tres; Roberto, Mario, Ignacio y Daniel, tienen dos; Pablo, Dante Víctor, Eusebio y Ricardo, tienen uno/a; y Leonardo también tiene una, pero su esposa estaba en el séptimo mes de embarazo de su segundo hijo (Leonardo), al ser entrevistado. Cabe aclarar que estos últimos seis varones, que pertenecen al grupo de edad de jóvenes, solo tienen un hijo/a. Se intentó encontrar a más que tuvieran al menos dos, con la finalidad de observar las características de la crianza con más de un hijo/a. Sin embargo, no se tuvo éxito en ese sentido.

4.3.- Descripción de los participantes

En el siguiente apartado se presenta una breve biografía de los entrevistados y las entrevistadas en el trabajo de campo. Cabe aclarar que la edad que se mencionan de los participantes, sus esposas, padres e hijos/as, corresponde al momento de la entrevista, y que los nombres con los cuales se hace referencia a ellos y ellas, no son reales, ya que se recurrió a seudónimos, para conservar su identidad en el anonimato.

Víctor

La edad de Víctor es de 24 años. Es originario de Culiacán y estudia contabilidad. Es el segundo de tres hijos/as (dos mujeres más) de su padre y madre, ya que solo por parte de su papá tiene una

hermana, que es la menor de todos. Su padre tiene 60 años, nació en Culiacán y trabaja como auxiliar contable en una empresa agrícola. Su madre tiene 58, es oriunda de Culiacán y, además dedicarse a su casa, vende productos por catálogo.

A su esposa la conoció en las reuniones que hacía con su grupo de rock, aunque después supo que estudiaban en la misma escuela: ella en tercer grado y él en primero, donde la abordó para platicar, luego se hicieron amigos y después le propuso que fuera su novia. Al año de relación, se enteran de que están esperando a su hija, pero no se casan ni va a vivir juntos, cada uno se queda en la casa de sus padres. Hasta dos años después es que deciden dar ese paso. Ahora viven en la casa de los padres de él.

Pablo

Pablo tiene 25 años, es originario de Culiacán, Sinaloa y estudió psicología, aunque trabaja en el DIF como chofer, porque su padre le heredó una plaza. Es el segundo hijo de tres (dos varones más). Su padre tiene 57 años, es originario de una localidad del municipio de Navolato, Sinaloa. Ahora es jubilado, pero se dedicó a trabajar como intendente. La edad de su madre es de 54 años, es de una localidad rural de Culiacán, y además de dedicarse a su casa y sus hijos, trabajó como secretaria. En su casa también vivieron sus abuelos, los papás de su papá.

A su esposa la conoció en la iglesia, él acompañaba a su abuela a misa y ella a sus papás. De novios la veía algunos días de la semana, pero más el domingo, para ir a comer, al cine o a las nieves, donde se gastaba todo el salario que ganaba lavando carros: “era el gasto que tenía. No tenía una obligación, así, en la casa”. Se casaron por el civil cuando él tenía 23 años y ella 22. Ya esperaban a su primer hijo, quien ahora tiene 1 año 6 meses.

Ricardo

Su edad es de 27 años, es licenciado en psicología y trabaja en el departamento de Recursos humanos de una empresa. Es el hijo mayor de cuatro (un varón y dos mujeres más). Su padre tiene 46 años, es gerente en un *bar/table dance* y es originario de Culiacán. Su madre también nació en esta ciudad, tiene 44 años y es ama de casa.

Se casó a los 25 años. La edad de su esposa es de 25 años, también, y es originaria de Culiacán. Estudió la licenciatura en Pedagogía infantil y trabaja en un centro psicopedagógico. Tienen una hija de 1 año y medio.

Leonardo

Tiene 27 años, es originario de Culiacán, aunque vivió 18 años en una localidad perteneciente al municipio de Angostura, Sinaloa. Es licenciado en Comunicación y trabaja como editor de video en una universidad. Es el mayor de cuatro hijo/as (una mujer y dos hombres más). Su padre es agricultor, originario de esa misma localidad de Angostura y tiene 51 años. Su madre nació en El Dorado, sindicatura de Culiacán, es ama de casa y su edad es de 48 años.

Se unió a su pareja a los 22 años (vive en unión libre), quien tiene 25 años, es licenciada en Psicología y trabaja como recepcionista en un hotel. Tienen una hija de 5 años y ella está en el séptimo mes de embarazo de su segundo hijo.

Eusebio

Eusebio tiene 28 años, es de Culiacán, Sinaloa, estudio Ciencias de la Comunicación, trabaja entregando machaca (carne asada, seca, machacada) que prepara su suegro, en algunas tiendas. Ocasionalmente es fotógrafo de eventos. Es el menor de ocho hijos/as por parte de su papá y de tres por su mamá. En algunos periodos residió en un rancho cercano a la ciudad, con sus abuelos

maternos, cuando su madre se iba a trabajar a Estados Unidos, aunque a veces se quedaba con una de sus tías (su madrina), hermana de su papá, en Culiacán. Sus padres solo duraron alrededor de dos años juntos. Cada uno por su lado, antes y después tuvieron otras parejas. La edad de su padre es de 67 años, es originario de Culiacán y trabaja como “narco en Estados Unidos”. Su madre tiene 53 años, es de Culiacán y es ama de casa, aunque, también trabajó en diferentes empleos.

Tuvo una niñez divertida, a pesar de que pasó por muchas situaciones muy “gachas” (momentos desagradables). Se relacionaba con niños/as de su edad, vecinos de su colonia, hombres y mujeres, con quienes jugaba “lo que jugaban los niños de antes”: policías y ladrones, escondidas, tentadas con pelota, ardillita, cebollita y canicas. También hacían travesuras, como esa cuando, junto a dos de sus primos, robaron dulces en una tienda y su abuela (paterna) hizo que los regresaran.

Conoció a su esposa cuando estaba en tercero de preparatoria, de quien le gustó mucho cómo se llevaban, porque primero eran amigos, hasta que en una fiesta se besaron por iniciativa de ella. Salían mucho al cine. No se perdían ninguna película de la cartelera. Siempre salieron solos, sin un “chaperón”. Se casó a los 22 años. Tienen una hija de 4 años.

Dante

Dante tiene 24 años, nació en Guasave, Sinaloa (tiene más de 10 años viviendo en Culiacán), es estudiante de Economía y trabaja como mecánico. Es el segundo de tres hijos/as (una mujer y un varón más). La edad de su mamá es de 55 años, es originaria de Guasave, y es empleada. Su padre nació en ese mismo lugar, tiene 53 años y es contratista.

Conoció a su esposa en una fiesta, y después de seis años de relación, en los que terminaron y volvieron algunas veces, hablaron de casarse, porque él quería ser “papá joven”,

para “entender más a su hijo”. Se comprometieron, pero tardaron dos años más en casarse. Una vez juntos, se fueron a vivir a una casa de renta, cercana a la de los padres de ella. A los cuatro meses de eso, se enteran de que esperan a su primer hijo, quien ahora tiene 2 años 2 meses.

Roberto

Su edad es de 46 años, es originario de Aguaruto, Culiacán, estudió la licenciatura en Derecho y trabaja como servidor público y profesor de inglés. Es el menor de dos hijos (un varón más) de su papá y mamá, y tiene un hermano más solo por parte de su papá. Su madre tiene 84 años, es originaria de Mocorito, Sinaloa y es ama de casa. Su padre ya falleció, era originario de Guasave, Sinaloa, y era propietario de una panadería.

A su esposa la conocía desde siempre, porque eran vecinos. Ya de grandes, primero tuvo contacto con la hija que ella ya tenía. Una prima de él la llevó a su casa, a los pocos meses de nacida. Se hicieron novios y cuando la niña iba a entrar a preescolar, decidió adoptarla, aunque finalmente la reconoció como su hija, para que tuviera su apellido, aun cuando él y su pareja no estaban casados. Duraron alrededor de tres años de novios, luego se fueron a vivir juntos a la casa de la mamá de él.

Se casó a los 33 años. Su esposa tiene 38 años, nació en el mismo lugar que él, es licenciada en educación artística y trabaja como profesora. Tienen dos hijos/as: una de 15 años, y uno de 8 años.

Mario

Su edad es de 46 años, nació en Culiacán, Sinaloa, es doctor en educación basada en competencias, y trabaja como supervisor escolar. Su padre tiene 68 años, es originario de Navolato, y trabajó como policía. Su madre es de Culiacán, tiene 70 años y, además de hacerse

cargo de su casa y sus hijos/as, tenía una taquería. Entre sus 11 y 14 años, su papá se fue de su casa, huyendo de unos problemas. Su familia lo encubrió, le daban dinero y lo mantenían, pero cuando se dieron cuenta de que él se aprovechó y tenía a otra mujer, dejaron de hacerlo.

A su esposa la conoció en una escuela de natación. Ella llevaba a su hija y él era el profesor. A pesar de que ella era “muy seria” y él tenía la regla de no hablar con los padres de sus estudiantes temas que no estuvieran relacionados con su trabajo, él accedió a la invitación a cenar que le hizo ella. A las pocas semanas se hicieron novios, y luego de 3 años y 3 meses de relación, y una “petición de mano formal” en la que estuvieron los padres y hermanos de ambos, se casaron cuando él tenía 31 años. Después se fueron a vivir a la casa que él ya tenía.

La edad de su esposa es de 43 años, tiene una licenciatura trunca y se dedica a atender un negocio de sus padres. Tienen dos hijos: una de 19 y uno de 8 años.

Ignacio

Tiene 47 años, es originario de El Dorado, sindicatura de Culiacán, estudio Ingeniería Industrial y trabaja en una empresa, como jefe de embarques. Es el segundo hijo de tres: uno mayor y uno menor que él. Su papá tiene 71 años, es de Culiacán y trabajó como encargado de invernaderos y en mantenimiento. Su madre tiene 71 años, es de Badiraguato y es ama de casa.

A su esposa la conoció en un transporte público. Tardaron varios meses en iniciar una relación, pero una vez que lo hicieron duraron poco más de un año de novios y se casaron cuando él tenía 25 años. Vivieron un mes en la casa de la mamá de él, porque, aunque un año atrás ya había solicitado un crédito de vivienda, no le entregaron la casa conforme a lo acordado, que sería antes de la boda.

Su esposa es de Culiacán, tiene 42 años, estudio Ingeniería Industrial. Trabaja atendiendo un negocio de su hermana, en el que venden ropa y comida. Tienen un hijo de 19 años y una hija de 5 años.

Luis

Tiene 50 años, es originario de Pericos, Mocorito, una localidad, cercana a Culiacán, estudio contabilidad y trabaja como servidor público. Es el quinto de seis hijos (tres mujeres y dos hombres más). La edad de su padre es de 79 años (murió pocos meses después de la entrevista), nació en Pericos y trabajó como agricultor y cantinero. Su mamá murió a los 64 años, era originaria de Badiraguato, Sinaloa y se dedicó a sus hijos, a la casa y trabajar como profesora.

A su esposa la conoció en el despacho contable en el que trabajaban. Se hicieron novios y él pidió permiso para visitarla en su casa, donde siempre tenían un chaperón que los cuidaba, aunque sí salían solos, porque, a la vez, su suegra les tenía mucha confianza.

Luego de cinco años de relación, él le dio un ultimátum a ella: “Déjate de cosas. O nos casamos o a ver qué hacemos”. A ella le gustaba mucho tener libertad y él consideraba que ya tenía edad para casarse, además “ya quiero casarme. Así de sencillo”. Se casó a los 30 años. Comenzaron el matrimonio viviendo en una casa contigua a la de su suegra (propiedad de ella), aunque de manera independiente.

Su esposa es de Culiacán, tiene 46 años, estudió contabilidad y trabaja como profesora de inglés. Tienen dos hijos: uno de 17 años y uno de 14, y dos hijas: de 9 y de 5 años.

Daniel

Su edad es de 52 años, es originario de La Labor, San Ignacio, Sinaloa, y llegó a vivir a Culiacán a los 3 años. Es licenciado en Ciencias de la Comunicación y trabaja como funcionario público.

Su papá falleció hace tres años, a los 89, era originario de La Labor, San Ignacio, y trabajó como agricultor. Su mamá falleció pocos meses antes de la entrevista, tenía 85 años, nació en Tayoltita, Durango y era ama de casa.

A su esposa la conoció en la iglesia. De repente, le llamó la atención y la empezó a frecuentar en su casa. Cuando su suegra lo vio se acordó de un sueño que tuvo, en el que él estaba, pero le pareció muy grande y viejo, para su hija. Cuando formalizaron la relación, su suegra le dijo a su hija que ella ya sabía que él iba a ser su esposo, porque lo había visto en sueños: “Suenan como peliculezco o como de ensueño, pero así paso”.

Después de tres años de relación decidieron casarse, cuando él tenía 29 años. Ya de casados, se fueron a vivir por un año a una casa que les prestaron. Después, con un crédito de Infonavit, compraron una vivienda, que era propiedad de sus suegros. Su esposa tiene 46 años, estudió Trabajo Social y trabaja como estilista. Tienen dos hijos: uno de 20 años y otro de 14.

Emilio

Tiene 52 años, es de Culiacán, estudió contaduría y trabaja como profesor de telesecundaria. Es el menor de tres hijos (un varón y una mujer más). Su padre falleció a los 53 años, era originario de San Ignacio, Sinaloa, y trabajó como comerciante de quesos. Su madre falleció a los 81 años, era de Aguaruto, Culiacán, y fue profesora de primaria, además de dedicarse a su casa y sus hijos/as.

A su esposa la conoció en un despacho contable, en el que los dos trabajaban. Le gustó su porte, su físico, sus “pompas”, que era seria, enigmática y no expresiva. Con ella salía a fiestas familiares y los fines de semana la llevaba al rancho, para que visitara a sus padres. Al año y medio de relación, decidieron casarse, cuando él tenía 26 años. Realizaron una reunión (“pedida de mano”) formal en la que acordaron el matrimonio. Primero se casaron por el civil y al mes por

la iglesia (católica). Una vez juntos, se fueron a vivir a la casa que él había comprado, en la que, al principio, vivían dos hermanas de ella.

Su esposa tiene 50 años, es de El Dorado, Culiacán, estudió contaduría y trabaja como profesora de telesecundaria. Tienen una hija de 24 años, una de 20 y un hijo de 16.

Artemio

Tiene 70 años, nació en Culiacán, estudió Arquitectura y trabaja en esa área. Es el tercero de seis hijos/as (tres hombres y dos mujeres más). Su padre ya falleció, era originario de Culiacán, era propietario de una farmacia y fabricante de cocinas de acero inoxidable. Su madre ya murió, era de Cosalá, Sinaloa y era ama de casa.

Se casó a los 26 años. Su esposa tiene 64 años, es de Culiacán, y trabaja como profesora de inglés. Tienen cuatro hijos/as. Dos varones: de 38 (falleció a esta edad hace cinco años) y de 40; y dos mujeres: una de 38 y otra de 36.

Benjamín

La edad de Benjamín es de 70 años, nació en Puerto Peñasco, Sonora (de manera circunstancial, por el trabajo de su papá). Desde los 7 años vive en Culiacán. Tiene la carrera trunca en Derecho, y trabaja en una comercializadora de materiales para la construcción. Es el cuarto hijo de 11 (seis varones y cuatro mujeres más). Su padre era originario de Culiacán, y trabajaba para el gobierno federal. Su madre era de Nogales, Sonora, era ama de casa y profesora de inglés.

Se casó a los 27 años. Su esposa tiene 65 años, es de Culiacán, estudió comercio y se desempeñó como secretaria, además de ser ama de casa. Tienen tres hijos: de 41, 39 y 29 años; y una hija de 37.

Santiago

La edad de Santiago es de 72 años, es originario de Aguaruto, Culiacán, estudió Ingeniería Civil, y se desempeñó como profesor en esa área. Ahora es jubilado de una universidad. Es el quinto hijo de 10 (cinco varones y cuatro mujeres más). Su padre falleció a los 63 años, cuando él tenía 8, era de Aguaruto, trabajó como ganadero, lechero y ejidatario. Su madre murió a los 74 años, era de la misma población y fue ama de casa.

Se casó a los 27 años con la única novia que tuvo. Su esposa tiene 69 años, es de Culiacán y estudió psicología. Tienen dos hijas de 42 y 36 años, y un hijo de 32 años.

Uriel

Su edad es de 78 años, es originario de la ciudad de México, pero reside en Culiacán desde hace 50 años, estudio para abogado, pero se desempeñó como empresario. Se casó por primera vez a los 22 años cuando su esposa tenía 18. Tuvieron cuatro hijas y un hijo. Ella murió a los 46 años. La segunda vez que se casó tenía 48 y su esposa 30, con la que tuvo una hija.

Ana

Tiene 24 años, es originaria de Culiacán, estudió la licenciatura en Educación especial y trabaja como profesora de Educación especial. Se casó a los 22 años con Pablo.

María

Tienen 26 años, es originaria de Culiacán, estudió hasta la preparatoria y trabaja como encargada y cajera en una tienda. Se casó a los 23 años con Jesús.

Guadalupe

Tiene 30 años, es originaria de Guasave, Sinaloa, estudió la licenciatura en Nutrición y trabaja como auxiliar administrativa. Se casó a los 27 años con Dante.

Sonia

Tiene 42 años, es de Culiacán, estudió Ingeniería industrial y trabaja en atención a clientes en un negocio familiar. Se casó a los 19 años con Ignacio.

Lucía

Tiene 47 años, es originaria de Culiacán, estudió Contaduría y trabaja como profesora de inglés. Se casó a los 27 años con Luis.

Aurora

Tiene 50 años, es de El Dorado, Culiacán, estudió la licenciatura en Contaduría y trabaja como profesora en una telesecundaria. Se casó a los 23 años con Emilio.

Julia

Tiene 65 años, es de Culiacán, estudió para secretaria bilingüe y trabaja como profesora de inglés. Se casó a los 21 años con Artemio.

4.4.- Desarrollo del trabajo de campo

De acuerdo con la estrategia metodológica diseñada, el trabajo de campo se proyectó para el mes de marzo de 2020, en Culiacán, Sinaloa. En un inicio se tenían programadas cinco entrevistas para la tercera semana de ese mes: una a un varón del grupo de edad de adultos mayores, esposo

de una conocida del entrevistador, y cuatro de la de adultos, conocidos del entrevistador. Sin embargo, esta etapa de recolección de información coincidió con el periodo de confinamiento para evitar la propagación del coronavirus, que, en México, en un inicio, se programó del 20 de marzo al 20 de abril de ese año. Esa situación hizo que, por acuerdo de los varones concertados y el investigador, se cancelaran y pospusieran las entrevistas, para retomarse al regreso de las actividades normales.

Cabe aclarar que la situación de la pandemia que se vivía a nivel mundial por el coronavirus dificultó el trabajo de campo, y se tuvieron que hacer cambios en la estrategia metodológica, ya que la búsqueda de posibles participantes se limitó a los contactos en redes sociales, de mensajería instantánea y del teléfono. En ese sentido, se vio en la necesidad de flexibilizar las características que debían reunir los candidatos a ser entrevistados, en cuanto a la edad, el número de hijos, el lugar de origen y la escolaridad. Sin embargo, se considera que dichos ajustes no influyeron para un resultado distinto, ya que pueden observarse similitudes en las respuestas obtenidas.

Ante tales condiciones, se hizo una entrevista el 21 de marzo, a un varón de 46 años (Roberto), conocido del investigador, en una cafetería, en una sola sesión. Mientras estaba el confinamiento, se avanzó en otros aspectos de la tesis que no requerían contacto con otras personas ni traslados fuera de casa, ya que no se podían visitar bibliotecas y la búsqueda de información estaba limitada a la disponible en internet.

Con el paso de los días y el aumento de contagios por el mencionado virus, las autoridades pospusieron el regreso a la “normalidad” para el 30 de abril y, después para el 30 de mayo. Debido a eso, la directora de tesis sugirió la realización de un cuestionario, para aplicarse a varones que son padres, por medio del correo electrónico, y así obtener información para la

relación de un artículo académico, como parte de los requisitos que El Colegio de Sonora estipula para obtener el grado de doctor.

A finales del mes de abril se diseñó un cuestionario con base en uno de los aspectos a indagar en el instrumento destinado para las entrevistas presenciales y a profundidad, que se tenían planeadas para el trabajo de campo, que se refiere a la autoridad que ejerce el padre (y/o la madre) en la familia, y a las responsabilidades específicas que, tanto el padre, la madre e hijos/as, tienen en el hogar. Las preguntas se hicieron tanto del periodo en el que los entrevistados formaban parte de su familia de origen y fungían como hijos, y de cuando ellos tuvieron su propia familia y se desempeñaban como padres.

El objetivo de esta actividad era identificar la forma en que los varones jóvenes que son padres ejercen su autoridad y cómo lo hacían sus propios progenitores, para identificar y analizar las diferencias y similitudes entre una generación y otra. Específicamente, la finalidad era conocer, tanto desde su rol de hijo como de padre del entrevistado, la organización familiar, la responsabilidad de cada uno en el hogar y los recursos o medidas de las que se valían los padres de los dos periodos, para que se llevaran a cabo las indicaciones que daban.

Para lograr el objetivo, se proyectó entrevistar a 10 varones de entre 25 y 30 años de la zona urbana de Culiacán, con escolaridad mínima de licenciatura, pertenecientes a familias nucleares, integradas por el padre, la madre e hijos/as, quienes serían seleccionados y contactados a través de las redes sociales y servicios de mensajería instantánea (*Facebook* y *WhatsApp*). El instrumento de entrevista se haría llegar a través de correo electrónico, el cual se contestaría y regresaría al entrevistador en un plazo máximo de 10 días.

El plan de la actividad y el diseño del instrumento de entrevista se realizaron los últimos días del mes de abril. La búsqueda de personas para entrevistar a través de redes sociales y servicios de mensajería instantánea y la entrega de cuestionarios por medio de correo electrónico

se hizo del 03 al 08 de mayo. Si bien se contactó a alrededor de 15 varones, algunos no estuvieron de acuerdo en participar y otros no pertenecían al rango edad especificado, por lo que solo se logró entregar seis cuestionarios, de los cuales se recibieron cuatro contestados: dos varones de 30 años, uno de 28 y uno de 25, que contenían datos insuficientes para lograr el objetivo, a pesar de que una de las indicaciones que se recomendaba era responder lo más ampliamente posible y ofrecer respuestas completas, que proporcionaran toda la información solicitada.

Con relación a lo anterior, se consideró que una de las razones por las cuales no se consiguió el número de participantes fue la modalidad de la entrevista y los medios para seleccionar a los informantes, quienes pudieron percibir el ejercicio como informal y sentirse inseguros para proporcionar datos personales, ya que en algunos casos no se había tenido, recientemente, comunicación con los varones contactados, que eran conocidos del entrevistador, y otros eran desconocidos de él, a quienes se llegó a través de terceros. De este resultado, se piensa que de haber sido abordados los participantes de manera presencial, se habría dado una explicación más amplia de la actividad, generando así la confianza requerida para que los varones hablaran más a fondo de los aspectos del cuestionario y se hubiera logrado una entrevista exitosa.

Debido a lo anterior se decidió suspender la actividad y retomarla cuando hubiera condiciones idóneas para realizar entrevistas presenciales a los varones que sí respondieron y regresaron el cuestionario para profundizar en las respuestas, así como buscar más personas para reunir a los 10 participantes que se requerían.

Si bien las indicaciones por parte de la Secretaría de Salud en México eran permanecer lo más posible en casa y, de salir, mantener una distancia de, al menos, dos metros con las demás personas, en agosto, el comité de tesis concluyó que sería conveniente retomar el trabajo de campo y hacer las entrevistas completas, ya no solo del apartado para el artículo académico, y

avanzar en la investigación. En ese sentido, se consideró la posibilidad de aplicar el cuestionario a través de videollamadas y de manera presencial, con las medidas sugeridas para evitar la propagación del coronavirus, lo cual se dejaría a consideración de los posibles entrevistados.

A partir de septiembre, se retomó el trabajo de campo. Las entrevistas se concertaron directamente con los participantes: algunos, amigos del entrevistador; otros conocidos o familiares de amigos del entrevistador; y uno se contactó derivado de la técnica bola de nieve, ya que se les preguntaba a los informantes si conocían a más varones de cualquiera de los grupos de edad del estudio, para aplicar el cuestionario con ellos.

El primer contacto con los entrevistados se dio a través de *Facebook* y *WhatsApp*, en el cual se verificaba con ellos: edad, lugar de nacimiento, nivel de estudios, estado civil y que tuvieran hijos/as. Cuando reunían esas características y estaban de acuerdo en participar, se les explicaba que la actividad consistía en hacer una serie de preguntas acerca de su historia de vida y de su ejercicio como padre. Después se acordaba día, hora y lugar de la entrevista.

Entre septiembre y noviembre de 2020 se llevaron a cabo siete entrevistas: a Mario (46 años), Luis (50 años), Emilio (52 años), Ignacio (47 años), Daniel (52 años), Santiago (72 años) y Eusebio (28 años). A todos ellos se les dio la opción de aplicar el cuestionario a través de una videollamada, pero prefirieron que fuera presencial. Se les dijo que podía ser en el lugar que desearan: la casa del entrevistador, su propio domicilio o en un restaurante, cumpliendo con las medidas de prevención sugeridas por las autoridades de salud. Finalmente, se aplicaron cinco entrevistas en la casa del entrevistador (Eusebio, Mario, Luis, Ignacio y Daniel), en un portal, al aire libre, con una mesa, dos sillas, un ventilador y una hielera con bebidas; dos más se realizaron en los hogares de los entrevistados (Santiago y Emilio). En todos los casos se utilizó el guion de entrevista, una libreta para anotaciones y un teléfono celular para grabar el audio de la entrevista,

ya que todos los entrevistados estuvieron de acuerdo en que la conversación fuera registrada como nota de voz.

Es importante señalar que, aun con que se realizaron siete entrevistas, no solo se contactó a ese número de personas. Se les propuso a otros varones, pero al final, no accedieron. En este sentido, llama la atención que ninguno de ellos dijo que no, simplemente leyeron el mensaje enviado por *WhatsApp* o *Facebook* y no respondieron nada, posiblemente porque no estaban de acuerdo con ser entrevistados, aunque no lo expresaban así desde el principio. Esta situación se presentó, en mayor medida, con la generación de padres jóvenes. En otros casos, los varones cancelaron poco antes de la cita, diciendo que después se comunicarían para reagendarla, pero no lo hicieron. Otros más, claramente, se negaban a ser entrevistados, porque preferían seguir con las medidas de cuidados de sana distancia y no les agradaba la idea de hacerlo por videollamada.

Las siete entrevistas se realizaron en una sola sesión, con un promedio de duración de 2 horas 45 minutos cada una. En todos los casos se preguntó a los entrevistados si preferían una segunda sesión o terminar en una sola y todos estuvieron de acuerdo que se hiciera en una. Aun así, a la mitad de la conversación se les preguntaba si estaban bien, si se sentían cansados y si preferían dejarlo ahí y retomar después.

Una tercera fase del trabajo de campo se llevó a cabo de diciembre de 2020 a febrero de 2021, en la cual se realizaron 10 entrevistas, de las cuales seis fueron a varones: Artemio (69 años), Benjamín (70 años), Uriel (78 años), Víctor (24 años), Pablo (24 años), Dante (28 años). Cuatro más se aplicaron a mujeres: Julia (65 años), Ana (24 años), María (26 años) y Guadalupe (30 años). En esta ocasión, de nuevo las entrevistas se hicieron en una sola sesión. Igualmente, se les preguntó a los entrevistados y entrevistadas si preferían que fuera en dos momentos, pero estuvieron de acuerdo en hacerla solo en uno. Con excepción de un varón y su esposa (Víctor y María), quienes pidieron ser entrevistados en una cafetería, todas y todos accedieron a que el

instrumento de recolección de datos se aplicara en su propia casa. Es importante aclarar que las entrevistas a esposos y esposas se hicieron en diferente día, sin la presencia de la otra o el otro.

Al igual que en las etapas anteriores de trabajo de campo, se contactó a más personas para ser entrevistadas. Algunas no estuvieron de acuerdo, otras no cumplían con las características señaladas y de nuevo se presentaron situaciones en las que los prospectos decían querer participar, pero luego cortaban todo tipo de comunicación con el investigador, por lo que se dejaron de contemplar para el estudio. En función de tener resultados preliminares e ir avanzando en la realización de la tesis, se detuvo el trabajo de campo una vez más, para iniciar con la transcripción de las entrevistas, la selección y análisis de la información y construir los capítulos correspondientes a cada una de las generaciones. Aun así, el 19 de junio de 2021, se entrevistó a un varón (Ricardo, 27 años), conocido del entrevistador, a través de una videollamada, a quien se contactó a través de *Facebook*.

Una vez realizada la selección, análisis y redacción de la información del grupo de edad de adultos (varones de edades entre 46 y 52 años), se retomó la realización del trabajo de campo. En esta cuarta etapa, entre septiembre y octubre de 2021, se hicieron cuatro entrevistas. Tres de ellas fue a mujeres: Sonia (42 años), Lucía (47 años) y Aurora (50 años). Una se realizó a un varón: Leonardo (27 años). Cabe señalar que dos de las entrevistas se hicieron en la casa del entrevistador (Sonia y Lucía), una en la casa de la entrevistada (Aurora) y una por videollamada (Leonardo). Aun cuando el número de contagios, de acuerdo con los informes de la Secretaría de Salud, iban a la baja, las entrevistas presenciales se hicieron atendiendo las recomendaciones de sana distancia y uso de cubrebocas. Todas las entrevistas realizadas en este periodo, también, se llevaron a cabo en una sola sesión y fueron grabadas.

A pesar de que faltaban por realizar cuatro entrevistas del grupo de edad de adultos mayores: dos varones y sus esposas, se interrumpió el trabajo de campo para hacer la

transcripción, depuración, análisis, redacción e integración de la información recabada en las últimas entrevistas, así como para hacer una revisión de la tesis en general, para la entrega de un avance.

Una vez realizadas las transcripciones de las entrevistas hechas hasta ese momento, en un primer análisis rápido de la información y por sugerencia del comité de tesis se decidió no hacer más entrevistas de la generación de adultos mayores, ya que se contaba con los datos suficientes para lograr el objetivo.

4.5.- Análisis de la información

Una vez que se realizaron las entrevistas, se procedió a transcribir cada una de ellas, para lo cual previamente se llevaron los audios grabados en teléfono a una computadora, para reproducirlos, escucharlos y escribir en archivos de *Word* cada una de las entrevistas. Cabe aclarar que se transcribieron las entrevistas de manera íntegra, de cada uno de las y los entrevistados.

Ya que se tuvieron los datos de las entrevistas, se agrupó la información, de acuerdo con los objetivos planteados, en temáticas que incluían a cada una de las generaciones. En cada uno de los apartados, primeramente, se intentó ordenar los datos que se refieren a la generación o grupo de edad de adultos mayores, después la de adultos y finalmente la de jóvenes, para luego hacer el análisis.

A continuación, se presenta una tabla cuadro informativo de las entrevistas realizadas a padres entrevistados en Culiacán, Sinaloa durante 2020 y 2021:

Tabla 4.1.- Entrevistados y entrevistadas en Culiacán, Sinaloa durante 2020 y 2021

Nombre del entrevistado	Edad (años)	Profesión y ocupación del padre	Cantidad de hijos/as y edades	Profesión y ocupación de la madre	Edad (años)	Esposa entrevistada
Víctor	24	-Estudiante de contaduría -Empleado	1 hija (6 años)	-Empleada	26	María
Pablo	25	-Psicólogo -Trabajador del Estado	1 hijo (1 año seis meses)	-Profesora	24	Ana
Ricardo	27	-Psicólogo -Recursos humanos	1 hija (1 año y medio)	-Psicopedagoga -Psicopedagoga en Centro psicopedagógico	25	
Leonardo	27	-Comunicólogo -Editor de video	1 hija (5 años) 1 hijo (por nacer/7 meses de embarazo)	-Psicóloga -Recepcionista en un hotel	25	
Eusebio	28	-Comunicólogo -Comerciante	1 hija (4 años)	-Comerciante	27	
Dante	28	Estudiante de Agronomía -Mecánico	1 hijo (2 años 2 meses)	-Nutrióloga -Auxiliar administrativo	30	Guadalupe
Roberto	46	Abogado -Profesor de inglés	1 hija (15 años) 1 hijo (8 años)	-Profesora	38	
Mario	46	-Profesor	1 hijo (8 años) 1 hija (19 años)	-Comerciante	43	
Ignacio	47	-Ingeniero industrial	1 hijo (19 años) 1 hija (5 años)	-Comerciante	42	Sonia
Luis	50	-Contador -Trabajador del Estado	2 hijos (17 y 14 años) 2 hijas (9 y 5 años)	-Profesora	46	Lucía
Daniel	52	-Comunicólogo -Trabajador del Estado	2 hijos (20 y 14 años)	-Estilista	46	
Emilio	52	-Contador -Profesor de telesecundaria	2 hijas (24 y 20 años) 1 hijo (16 años)	-Profesora	50	Aurora

Artemio	69	-Arquitecto	2 hijas (36 y 38 años) 2 hijos (38 + y 40 años)	-Profesora	65	Julia
Benjamín	70	-Carrera trunca en leyes -Distribuidor de materiales de construcción	1 hija (37 años) 3 hijos (41, 39 y 29 años)	-Ama de casa	65	
Santiago	72	-Ingeniero civil -Profesor jubilado	2 hijas (42 y 36 años) 1 hijo (32 años)	-Profesora	69	
Uriel	78	-Abogado -Empresario	5 hijas (59, 53, 50, 40 y 25 años) 1 hijo (33 años)	-Mercadóloga	59	

Capítulo 5.- Significados de género sobre ser hombre y ser padre

Quien pasa de los 30 años y no tiene pareja, seguramente habrá escuchado más de una vez: ¿y tú cuando te vas a casar? Si se llega a los 40 en esas condiciones, probablemente, el cuestionamiento vaya acompañado de advertencias como “se te está pasando el tren”, “te vas a quedar para vestir santos”, “si quieres tener hijos/as te tienes que apurar”, “tienes un reloj biológico y entre más grande seas hay más riesgos”, “si no te apuras vas a ser el abuelo/a de tus hijos/as”, y muchas más. Pareciera que solo hay un camino por recorrer y que las personas no pudieran encontrar logros, éxitos y satisfacciones si no es con esposa/o y con hijos/as, en el matrimonio, conformando una familia y, en la mayoría de los casos, en un esquema que contemple padre, madre e hijos/as.

Tanto en la literatura revisada como en lo expresado por los entrevistados, se puede observar que en la construcción de la identidad de muchos varones es fundamental el matrimonio y la paternidad, para ser considerados “hombres”, tanto por ellos mismos como por los demás, en lo cual influye fuertemente la familia, por las prácticas y significados que ahí se producen y se transmiten, ya sea directa o indirectamente.

En ese sentido, este apartado aborda la organización de las familias de origen de los entrevistados en lo relacionado con la proveeduría, autoridad, reglas, obligaciones, responsabilidades, acuerdos entre la madre y el padre para la crianza, educación y cuidados de los hijos/as, y como esa formación influyó en ellos para la constitución de su propia identidad como “hombre”, “esposo” y “padre”.

5.1.- La familia de procedencia

Los varones de los tres grupos de edad proceden de familias en las que se consideraba al padre como la “autoridad suprema”, y en las que se vivía una clara división sexual de trabajo y las responsabilidades, por lo que ellos se encargaban de la proveeduría económica, y las mujeres de las actividades de la casa y de los hijos/as, o al menos eso se deseaba reflejar socialmente, porque en la cotidianeidad, según expresaron los informantes, la madre también tomaba decisiones, daba permisos, regañaba, castigaba y pegaba. Al respecto, de acuerdo con Jiménez Godoy (2004), la familia patriarcal es de una estructura social con la marca de la autoridad del hombre, a quien se le considera el protector, representante social y de la norma. A decir de Montesinos (2004), en ese contexto, al varón también se le otorga el papel más importante y se le asume como el propietario del mundo, de la mujer y la familia y, según Torres Velázquez (2004), esas ventajas y privilegios son sustentados por instituciones políticas y sociales.

El hogar fue el espacio destinado para las madres de los adultos mayores entrevistados, en el que su actividad principal eran los quehaceres, inclusive para dos de ellas que enviudaron cuando sus hijos/as eran muy pequeños/as. Santiago comentó que, al morir su padre, él y sus hermanos se dedicaron a trabajar. Su madre no, porque “nunca fuimos partidarios de que ella trabajara, ninguno de nosotros (los hermanos/as) [...], pero mi madre se pegaba unas friegas en la casa, porque ponerse a hacer tortillas para los diez canijos que éramos”. Si bien la madre de Benjamín tuvo que trabajar impartiendo clases de inglés para mantener a sus hijos/as, al igual el resto de las madres de estos varones, continuaba como la encargada principal de todas las actividades de la casa, incluidos/as los hijos/as.

En las familias de los adultos entrevistados, tanto el padre como la madre aportaban dinero para los gastos. Los varones eran los responsables principales de conseguirlo, pero no todo

el tiempo lo hacían, y en algunos casos “la economía de la casa dependía más de la mamá” (Luis). No obstante “la autoridad seguía recayendo en él (padre)” (Emilio). Mario aclaró que a su padre sí le correspondía dar el dinero, pero, realmente, su madre era quien lo hacía: “Mi papá no aportaba [...], al contrario: quitaba”. Al respecto, Torres Velázquez (2004) explica que algunas mujeres que tienen un trabajo remunerado, piensan que su marido, por ser hombre, es el jefe del hogar y quien debe trabajar, y si ellas también lo hacen es solo como una colaboración.

En concordancia con las generaciones anteriores, en los hogares de origen de los jóvenes entrevistados, el padre era quien llevaba el mando, el que tenía el control y tomaba las decisiones, aun cuando la madre también trabajaba remuneradamente y aportaba para los gastos. Sin embargo, para estos varones era más fácil pedirle permiso a la madre, porque el padre era más “seco” y le tenían miedo. Él autorizaba una salida o que hicieran algo cuando la madre no estaba, aunque si el padre decía que no, ya no podían preguntarle de nuevo. Los regaños, castigos y el que les pegaran, podían hacerlo indistintamente la madre o el padre.

Los adultos mayores señalaron que en sus casas no había reglas explícitas, sino que se “entendían” y “respetaban” “principios” que no se podían discutir. No obstante, su discurso evidencia lo contrario, ya que estaban obligados a realizar algunas actividades y asumir ciertas actitudes, pues de lo contrario podría haber represalias. Los adultos comentaron que, igualmente, su padre era quien mandaba, la “cabeza principal”, el de la “última palabra”, aunque a quien le hacían caso era a la madre y a él lo obedecían “a fuerzas”. Aclaran que, prioritariamente, el padre era “el de las decisiones”, permisos, regaños y quien pegaba, pero la madre también intervenía en eso, porque “era a quien más veían”, o “con la que vivían todos los días”. Emilio aseguró que, a veces, ella evitaba dar permisos, porque “sentía que después (el padre) la iba a agarrar contra ella”. A diferencia de los otros grupos de edad, los adultos afirmaron que en sus casas sí había

normas, las cuales se basaban en que hicieran el “bien” y colaboraran en las actividades del hogar. Esta situación coincide con lo que concluye Celedón (2001), para quien uno de los recursos que los padres tienen para mantenerse presentes en los hogares, porque trabajan todo el día, es la autoridad, ya que, como dice Salguero Velázquez (2004), en la familia se genera y reproduce la representación de significados y valoraciones del comportamiento de hombres y mujeres.

Sin embargo, a través del discurso de los entrevistados se puede observar que dichas o no abiertamente, acordadas o impuestas, en sus hogares había reglas a seguir, así como obligaciones y responsabilidades, las cuales, además, estaban supeditadas a una división sexual que privilegiaba a los hombres y ponía en desventaja a las mujeres. En ese sentido, los adultos mayores, explicaron que sabían qué hacer y no por los “valores transmitidos” por sus padres, a través del “ejemplo”, por “lo que sabía uno que era malo hacer” (Artemio); “uno ya sabía [...] cuál es la conducta buena y cuál es la conducta mala, y procuraba uno siempre estar dentro de esa conducta” (Santiago), por lo que evitaban pelear, discutir y golpearse entre hermanos/as, y “cuidadito con no hacer caso” (Benjamín), porque podían recibir un “castigo”. Destacaron que su principal responsabilidad era estudiar y, ocasionalmente, colaborar en las labores de la casa, pero ninguna era su obligación; que la madre se encargaba de todo, con la ayuda de las hijas o una empleada doméstica, por lo que, al igual que sus propios padres, los varones entrevistados no realizaban quehaceres domésticos. Benjamín comentó que en su casa “todos hacían de todo”, aunque las mujeres no levantaban “cosas pesadas”; Artemio aseguró que no recuerda haber tendido la cama alguna vez; y Uriel afirmó que siempre dejaba la ropa en el suelo: “Fui un niño feliz, porque tenía tres hermanas que me chiqueaban y me ayudaban y me apoyaban y me hacían las cosas. Yo no padecía en ese sentido. Mis hermanas siempre fueron conmigo muy bien”. Por

su parte, Santiago manifestó que de niño no le inculcaron participar en las labores domésticas, porque, como “hombre”, no le correspondían:

por parte de los principios a lo mejor de los ranchos, la mujer es para el trabajo de mujeres, el hombre es para... se los digo aquí cada rato (en su casa, a su familia), eso te corresponde a ti porque es trabajo de “viejas”. `No, que ya pasó a la historia, que ahora también tienes que barrer´. ¡Ni madres, eso es de viejas! Yo (lo digo) por estar... pero sí me pongo hacerlo. No nos inculcaron eso. Hasta hace poco se enfermó mi esposa [...] y como los hijos no están acostumbrados a servirme mi comida, porque tampoco ha habido esa educación aquí: `Es que ellas no´, está mi mujer. `Que ellas me sirvan comida´. `No´ [...]. Y pues tenía que estar haciendo mi comida, mi desayuno.

Al respecto, los entrevistados adultos explicaron que en sus hogares de origen había normas a seguir “no acordadas”, no siempre explícitas, que “no se podían discutir”. Si las desobedecían se les pegaba con el cinto, no se les daba dinero para la escuela ni se les permitía salir con los amigos/as. Aseguraron que se les prohibía intervenir en “pláticas de adultos”, salir sin pedir permiso, decir “malas palabras”, meterse en las recámaras de otras casas, pelear entre hermanos/as; y que debían mantener limpio su espacio, poner la ropa sucia en su lugar, lavar y planchar su uniforme; cortar la hierba en el patio, dar mantenimiento al jardín; hacer las tareas escolares y estudiar: “Aunque nunca nos revisaban tareas. Nada. Hasta que venían los resultados, venía la regañada” (Mario). Precisarón que en sus casas, las hijas hacían comida, lavaban loza, barrían, trapeaban; lavaban, tendían, recogían, doblaban y guardaban ropa; y que los hijos, solo a veces, “ayudaban” en ellas y “colaboraban” más en cualquier otra cosa “que requería fuerza” y en los negocios familiares.

A diferencia de las generaciones anteriores los jóvenes sí mencionaron claramente las normas que debían seguir en su casa, las cuales estaban relacionadas, principalmente, con los permisos para salir y el “ayudar”, ocasionalmente, en las actividades del hogar. Señalaron que su hora de llegada, después de jugar en los alrededores de su vivienda, era a las 10:00 de la noche. Al igual que los adultos mayores, recalcaron que su principal responsabilidad eran los deberes escolares y los “mandados” que surgieran en la casa, y solo esporádicamente “ayudaban” a limpiar, a tender la ropa que la mamá lavaba, a pintar las paredes e impermeabilizar los techos. Sin embargo, aclararon que la madre era la encargada principal de los quehaceres, a pesar de que también trabajaba asalariadamente: “Mi amá se la rifó, la neta. Se la rifó con nosotros, porque mi papá era muy de que ya le di dinero, pero, pues, apenitas. Mi papá era irse con los amigos y eso. Pistear era lo que él quería” (Dante). Estos entrevistados precisaron que, en sus casas, las mujeres barrían y trapeaban, cuidaban de los más pequeños, y los varones solo a veces “ayudaban” en eso. El relato de Eusebio acerca de su abuelo, quien por temporadas vivía en su casa, expone lo que, en general, sucedía en los hogares de estos varones:

Mi abuelo sí era de: ‘eso nada más los jotitos’ (...). Yo me acuerdo que una vez le dije: ‘no se le van a caer las talegas’ [...] ‘por hacer las cosas’, le dije. ‘No sea atenido’, ‘no sea huevón’ [...]. Se levantaba, (le decía) a mi abuela: ‘Sírveme’, ‘Cámbiale de plato’. ‘Este plato no me gusta’. ¡Así! Él se iba al baño, a bañarse, mi abuela en chinga juntándole todo, para tenerle ahí. Mi abuelo, en el rancho, escupía, y te mandaba por unos cigarros, si regresabas y el escupitajo ya se había secado, era una chinga que les pegaba (a los nietos). A mí me la aplico una vez [...]: escupió y me dijo: ‘Ten, ve por unos cigarros Alas, ¡y córrele!’ me dijo. ‘Si se seca, ¡agárrate!, ¡con un varejón te voy a dar!: ¡chicoteado!’ Me fui caminando, llegué a la tienda, me sobraron como dos pesos, me compré dos

jamoncillos, me los fui comiendo todo el camino. Llegué y mi abuelo con un varejón en la puerta [...]: ‘¡Ven pa’ca hijo de tus tantas madres!’ ‘¿Qué pasó? ¿Se secó? ¿Y? Vuelva a escupir’, le dije yo, ‘para que no se le seque’ [...]. Nunca me pegó. Nunca. Y le di los cigarros: ‘ahí están tus cigarros’. ‘¿Y la feria?’ ‘Ah, me compré dos jamoncillos’. Y los plebes¹² (los primos) de que: ‘te van a putear, güey’.

Como puede observarse, los varones de las tres generaciones comparten el haber sido criados en familias patriarcales, tradicionales, en las cuales el padre llevaba el mando, aunque él solo se dedicara a trabajar remuneradamente y aportar el dinero para los gastos, y de que las mujeres fueran las encargadas de todas las labores domésticas, así como de cuidados, crianza y educación de los hijos/as, a pesar de que algunas de ellas, también, tenían un empleo asalariado. En ese sentido, los entrevistados aprendieron que en el hogar, los varones tienen un comportamiento específico y las mujeres otros, y que para mostrarse como “hombres”, no verse “afeminados” o parecer “mujeres”, deben mantenerse en el “lugar” que les “corresponde”.

5.2.- Ideales de ser hombre, esposo y padre

Para Correa, García y Saldívar (2013), Torres Velázquez (2004), Celedón (2001), Connell (1997), y Kaufman (1994) existen ciertas características que conforman de manera fundamental la identidad masculina predominante, entre ellas el deseo de dominio, la racionalidad, la competitividad, la agresividad y la capacidad para desenvolverse en el espacio público. También ejercer el poder ante las mujeres en todos los contextos sociales; ser jefes del hogar; proveedores económicos; lograr el buen desempeño; tener el control; ser activos, libres, autónomos, fuertes,

¹² En Sinaloa, se usa “plebe”, sin ser despectivo, para referirse a niño/as, adolescentes, jóvenes, muchacho/a o chico/a, etcétera.

heterosexuales, conquistadores, de la calle, del trabajo, sin posibilidades de mostrar sus sentimientos.

En el discurso de los varones de los tres grupos de edad, puede observarse que no solo relacionan el ser “hombre”, “esposo” y “padre”, sino que pareciera que lo entiende de manera inseparable y como una triada indispensable. Es como si para considerar a alguien “hombre”, en algún momento debe ser “esposo” (casarse), para luego poder convertirse en “padre”. En ese sentido, no es extraño que los entrevistados mencionen algunas características, igualmente, para el “hombre”, el “esposo” o el “padre”, como proveeduría, responsabilidad, cumplimiento de deberes, porque entienden que, en esencia, van unidos.

A continuación, se presentan los significados que los varones de este estudio tienen de “hombre”, “esposo” y “padre”, de acuerdo con lo aprendido en sus hogares de origen, en sus familias, en las cuales socializaron conceptos y prácticas que los constituyeron como personas y como varones.

5.2.1.- El ideal de “ser hombre”

La etapa de la adolescencia significó la reafirmación de la identidad para los entrevistados de las tres generaciones, por tres aspectos, principalmente: el trabajo remunerado, los noviazgos y las relaciones sexuales. El primero, porque en su familia de origen el padre fungía, única o mayormente, como proveedor económico, por lo que aprendieron, a través de él, que más tarde ellos mismos tendrían que trabajar para cumplir con ese rol. El segundo, va en el mismo sentido, ya que, en el modelo familiar tradicional, las figuras de la madre y el padre son indispensables, entonces los hijos/as, generalmente, buscan replicar un núcleo similar, y para ello es que comienzan a relacionarse afectivamente en noviazgos, con la finalidad de llegar al matrimonio. El

tercero, como una manera de avalar la “hombría”, lo cual no necesariamente sucedía con la novia en turno, sobre todo si se trataba de relaciones “formales” fundamentadas en el respeto hacia la mujer ideal para convertirse en la madre de los hijos/as.

Desde niños, los entrevistados aprendieron que el trabajo remunerado y ser productivo es primordial en su identidad como varones, para cumplir con el rol de proveedores económicos, ya sea como hijo, para ayudar en los gastos de la casa, sobre todo si su progenitor había muerto o no asumía su “responsabilidad”, o de casados, para desempeñar su función principal en la familia. El comentario de Ricardo, ilustra esa relación de “ser hombre”¹³ con el trabajo:

Yo pienso que uno empieza a ser como un poco más maduro, cuando empieza a tener responsabilidades. Como, por ejemplo, cuando empiezas a trabajar, ya que tu mamá o tu papá dice: “Bueno, ya trabaja, ya no te vamos a dar dinero”. Uno, cuando va trabajando va sacando deudas, y uno, pues, ya está trabajando, o sea ya tiene que pagar su deuda. Uno ya se tiene que comprar los zapatos, ropa, que pagar la escuela. Yo desde que empecé a trabajar ya dejé de pedirle dinero a mi “amá” y a mi “apá”, y siento que desde ahí para adelante, pienso que uno ya se está haciendo como más... como de que pasa de ser un niño a ser un hombre.

Aunque no todos los entrevistados realizaron un trabajo desde temprana edad, entendieron, a través de lo que hacía su propio padre, que más tarde ellos mismos desempeñarían ese rol. De quienes trabajaban: Santiago hacía mandados en la botica de su tío; y Mario ayudaba en la taquería de su madre. A su padre, Roberto lo auxiliaba en hacer las entregas de la panadería; Emilio colaboraba con él en el negocio de quesos; Luis lo acompañaba a la parcela; Víctor lo

¹³ El entrevistado entiende el “ser hombre” con “madurez”.

apoyaba en su local de renta de computadoras; y así no fuera un empleo económicamente remunerado, Ignacio cooperaba con él en la construcción de la casa familiar.

En su juventud, estos varones continuaron con esa contribución al hogar, pero con más responsabilidades. Algunos tuvieron un empleo fuera de casa, para ayudar con los gastos de la familia o para cubrir los propios, una vez que se independizaron o fueron a vivir a otra ciudad. Luis destacó la capacidad de recibir un ingreso, para llegar a “ser hombre”:

Cuando sabes que tienes que obtener un ingreso y ese ingreso lo tienes que destinar para cubrir ciertas necesidades, llámese tuyas o de tu familia, de tus papás, por ejemplo [...]. O si tienes una novia, o si ya estás casado, en ese momento ya es un síntoma de que eres un hombre, porque ya eres responsable, en el aspecto económico, en el aspecto sentimental, que eres capaz de proveer a esa persona que está al lado tuyo, llámese esposa o hijos, de la sensibilidad que ellos ocupan, vaya, todos esos aspectos.

Como una manera de sentirse hombres y de reafirmar su identidad masculina, durante la adolescencia y juventud, los varones se relacionaron con mujeres, a través de noviazgos formales e informales, con quienes salían al parque, a bailar, al cine y de viaje, y por medio de prácticas sexuales, la cuales no se dieron de la misma manera en los diferentes grupos de edad.

Los adultos mayores tendían a noviazgos más “formales”, “respetuosos” y encaminados al matrimonio, como Santiago y Uriel, quienes se casaron con su primera y única novia. También hubo los que fueron muy “novieros” o tenían muchas “amigas”, pero “no pasaban de la mano sudada y uno que otro beso robado. No había sexo”¹⁴ (Benjamín).

¹⁴ Artemio está fuera de ese esquema. Relata que tuvo muchas novias, pero con quien más tarde se convertiría en su esposa, no mantenía una relación, ni siquiera “informal”: eran “amigos”, vecinos y

Los adultos, también establecían noviazgos “formales” y otros “solo por conocer”, en los cuales “solo había besos” y se agarraban de la mano, pero a diferencia de los adultos mayores, con más confianza iban “hasta donde ellas lo permitieran”, porque estaban en la “época de la calentura”. Sin embargo, no todos tuvieron relaciones sexuales por miedo al embarazo y esperaron al matrimonio¹⁵. Los jóvenes también fueron de varias relaciones¹⁶, pero se diferencian de los otros grupos de edad en que tuvieron sexo con sus novias consideradas “formales” y, con excepción de dos¹⁷, la razón por la cual se casaron fue que esperaban a su primer/a hijo/a.

Esas experiencias de los entrevistados coinciden con la idea expuesta por De Jesús-Reyes y Cabello-Garza (2011), acerca de que el noviazgo es un paso importante en la adolescencia, porque en él los varones reafirman su identidad de género, y se constituyen como sujetos sexuales, pero difiere en cuanto a lo que dicen sobre los tres modelos que los varones suelen buscar para conseguirlo. A decir de los autores: 1) las amigas que garantizan el placer y la excitación; 2) las novias con las cuales el acceso sexual es limitado; y 3) las novias formales, respetadas, que restringen el acceso sexual, pero son las ideales para convertirse en la madre de sus hijos/as. Si bien los adultos mayores cabrían más en esas relaciones “formales”, sin sexo y encauzadas al matrimonio, en general todos los entrevistados tuvieron novias y “amigas”. En los adultos y, sobre todo, en los jóvenes, puede observarse que sostuvieron noviazgos más libres y

“confidentes”, pero en una ocasión se dio que estuvieran juntos y llegó el embarazo. Él le respondió, aun sin que sus padres estuvieran muy de acuerdo.

¹⁵ Luis calificó algunas de sus relaciones como “fresas”, porque le faltó ser más fogoso. Ignacio intentó tener sexo antes de casarse, pero los nervios y la tensión no se lo permitieron y prefirió esperar hasta casarse.

¹⁶ Solo para Víctor, su esposa fue su única novia.

¹⁷ Ricardo y Dante, primero se casaron y a los pocos meses, sus esposas les dieron la noticia de que esperaban a su primer hijo/a.

abiertos en el aspecto sexual, pero no exactamente “informales”, sino más tendientes a la “formalidad” de la que hablan De Jesús-Reyes y Cabello-Garza.

En lo anterior puede apreciarse, además, la disposición de los varones para iniciarse en las relaciones sexuales, en la adolescencia y juventud, como una manera de sentirse o reafirmarse como “hombres”, aunque, como señalan De Jesús-Reyes y Cabello Garza (2011), desinformados en cuanto a lo que van a hacer y forzados a avalar su masculinidad. Es así como algunos de los adultos mayores lo hicieron atendiendo a ese “ritual de iniciación” en el cual otro varón de más edad, familiar o amigo, los llevó con una trabajadora sexual para que tuvieran su primera experiencia.

Esas vivencias las tuvieron Benjamín y Uriel. Al primero, a sus 15 años, una vez que estaba en la Ciudad de México, su padre lo llevó a él y a uno de sus hermanos a un hotel, al que luego llegaron unas “damas”: “Era que él había arreglado todo [...]. Nosotros emocionadísimos, porque ya habíamos debutado”. Al segundo, cuando tenía 19 años, su padre le dijo a uno de sus cuñados: “Llévate a Uriel con las `viejas`, porque este no sabe”, y fueron a una “casa de citas”. El entrevistado eligió a la “muchacha más bonita”, quien lo condujo a un cuarto. Al estar quitándose la ropa, “de repente dije `no` y salí corriendo. `¿Qué te pasa?` `Que no, no, no, no, no. Yo no sé hacer eso, cuñado. Discúlpame, pero no` [...]. Me espanté. Nunca había visto una mujer encuerada”. En la generación de adultos, solo Ignacio recibió esa propuesta de parte de su padre, para ir con “las muchachas”, pero él la rechazó y prefirió esperar más tiempo para eso. En cambio, en los entrevistados jóvenes no estuvo presente ese rito, pero sí el que comenzaran a

atraerles las mujeres y el querer tener relaciones sexuales con ellas, lo cual experimentaron en sus noviazgos, que más tarde terminaron en matrimonio¹⁸.

Así como los entrevistados experimentaron en su adolescencia algunas situaciones que los hicieron sentirse “hombres” y ya no como niños, identificaron características de la “hombría”, las cuales también corresponden a los elementos comúnmente asociados a la masculinidad, que en la generalidad las relacionan con responsabilidad, honestidad y “tener palabra”, o bien poseer un “buen” comportamiento y “hacer bien las cosas”, en todos los sentidos.

Al respecto, los adultos mayores destacaron que “ser hombre” es “estar conscientes” de las cualidades, virtudes y defectos propios; cumplir con las obligaciones familiares; ser serio, respetuoso, honesto, disciplinado, comprometido, “de palabra”, decente y responsable. Santiago priorizó el “respeto” al decir: “Yo me sentía así (“hombre”), de ser respetuoso con la gente de todas las edades. Siempre he tenido esa forma, de respetuoso. No importa las edades [...]. Conversaba con adultos o menores o muchachas y de ‘usted’, siempre”. Uriel, por su parte, aclaró que “ser hombre” no implica traer pantalones, agredir, obligar e imponer autoridad: “es una capacidad de una persona que tiene mucho que dar por su característica masculina, en todo sentido: sexual, económico, de amor”.

Los adultos coincidieron con la generación anterior en aspectos como responsabilidad, proveeduría; ser amoroso, “de palabra”; y cubrir las necesidades familiares. Además, señalaron tener novia/esposa, madurez, trabajo, congruencia, comprensión, aspiración, decisión y congruencia. Es importante destacar que estos varones consideran no solo su rol de proveedores, sino la capacidad para formar una familia y mantener buenas relaciones en ella, como advirtió

¹⁸ Cabe aclarar que, en la mayoría de los entrevistados jóvenes, la razón por la cual se casaron fue que esperaban un hijo/a.

Emilio: “un buen hombre era el que atendía bien a su familia, el que era un buen proveedor en su casa y los trataba bien y cuidaba bien”.

Los jóvenes concordaron con los otros grupos de edad en la responsabilidad y “ser de palabra”, y solo con los adultos mayores en ser respetuosos. Aunado a eso mencionaron el “ser grande”, “de confianza”, estar preparado para cualquier situación y saber relacionarse. Esta generación aclaró que la “hombría” no tiene qué ver con el “machismo”, lo cual pudiera significar que para ellos la figura de “jefe de la casa” y todo lo que eso implica en cuanto autoridad, ser impositivo, merecer respeto, etcétera, no es relevante.

Los varones entrevistados, en general, también identificaron diferencias en el desempeño de los “hombres”, y aseguraron que no todos se comportan de la misma manera. Precisarón que hay quienes no tienen compromisos ni responsabilidades en el hogar, no se comprometen y no respetan a la esposa y los hijos/as. En cambio, que otros son responsables, educan a sus hijos/as y los llevan a la escuela: “Inclusive, ha habido casos en donde ellos son los que les dan alimentación y vestimenta y todo a los hijos, porque la mujer no quiere tomar responsabilidad o porque la mujer tiene otros compromisos” (Santiago). Como puede observarse, con su comentario el entrevistado tiene claro que la “responsabilidad” de los hijos es de la mujer, quien puede incumplir en ella, incluso, si realiza un trabajo fuera de casa.

De igual manera, señalaron aspectos que, comúnmente, hacen que se “dude” de un “hombre”, como ser infiel, mentiroso, deshonesto, desobligado, incongruente, afeminado, delicado, calmado, que no le guste “hacer fuerza” o “lastimarse”, “no tener palabra” y “chistoso” (bromista/inmaduro). De esto último, Leonardo comenta:

Yo siempre he sido muy simple [...], así como que, muy niño, y yo dejé de verlo cuando ya empecé las responsabilidades con mi hijo, pero toda mi vida, después, ya joven,

después de los 20, todavía me sentía niño, no, porque yo era siempre bien simple (bromista), bien juguetón, siempre. La responsabilidad la sentí, de ser papá, ahí fue cuando ya sentí la responsabilidad de adulto, pues. Incluso todavía [...], me dicen que parezco hermano de mi hijo, porque puras simpleras (tonterías)... y nos llevamos jugando, como niños chiquitos.

Para referirse al “ser hombre”, de la misma manera que los varones, las mujeres entrevistadas mencionaron características similares, como ser trabajador, responsable, honesto, congruente, “de principios” y valores, que “cumpla su palabra”, y no sea cobarde. En concreto, Lucía, esposa de Luis, dijo que es “una persona con valores, una persona honesta, congruente. Una persona que respete a los demás”. Por su parte, Ana, esposa de Pablo, destacó que: “Tiene que ser bueno [...], respetuoso, caballeroso, responsable. Para mí, un hombre tiene que ser responsable de sus actos, de sus palabras, porque hay hombres que les vale lo que hacen y lo que dicen, y para mí eso no es un hombre”. María, esposa de Víctor, agregó que “simplemente hombre es el que cumple la palabra, o sea, no un cobarde. Si te va a decir tal cosa, hay que cumplirla, o sea, tiene que ser hombre como tal”.

Como puede apreciarse, los varones relacionan el “ser hombre” con “ser padre”, ya que algunas características que toman en cuenta para la “hombría”, las ubican, también en el ejercicio paterno, o bien, el “hombre” que en realidad lo es o se desempeña correctamente, lo es o lo hace al cumplir como “padre”, como atender a la familia y ser proveedor. Igualmente lo vinculan con “ser esposo”, porque uno de los aspectos que señalan de cuando se “duda” de un “hombre”, es la infidelidad.

5.2.2.- El ideal de “ser esposo”

El “ser esposo” podría ser el concepto que los entrevistados tienen más claro, entre “ser hombre” y “ser padre”, ya que, si bien incluyen cuidar y respetar a la familia y la proveeduría como algunas de sus características, las cuales también mencionan en esos otros dos roles, señalaron otros aspectos que solo están relacionados con la esposa.

En ese sentido, además de proveedor, para los adultos mayores el “esposo” debe respetar y expresar cariño a su compañera; complementarse con ella, porque cada uno/a tiene cualidades que el otro/a no posee. Además, ser fiel y responsable. Específicamente, Artemio puntualizó:

un esposo debe ser, pues, proveedor, al principio de cuentas, pero debe de recibir lo mismo del otro lado, ¿no?: respeto en maneras de ser y también darle su espacio, un poquito más libre, donde pueden ser sujeto [...] debemos de tener... de darnos nuestros propios... yo darle su espacio, su cierta libertad, pero ella también [...]. No me gusta que me pregunten tanto (que lo interroge la esposa). No me gusta que me pregunten.

Los adultos concordaron con las características de proveeduría, responsabilidad, cariño y fidelidad con el grupo de edad anterior, y agregaron lealtad, claridad, comunicación, honestidad e integridad; así como cuidador y respetuoso de la familia.

Al igual que las otras generaciones, los jóvenes destacaron que se debe ser “amoroso” y “respetuoso”, pero, también, “educado” y “sincero”; confiar en su pareja, apoyarla, ayudarla, darle lo que pueda y acompañarla toda la vida. Específicamente, Víctor mencionó “ver por sus hijos/as”, sin embargo, al instante rectificó que eso no sería propio de un “esposo”.

Para referirse a “ser esposo”, en general todos los varones abordaron aspectos que podrían ubicarse en “ser hombre” y en “ser papá”, aunque los adultos mayores fueron quienes más

mencionaron rubros que se podrían considerar propios de las parejas, ya que abundaron en el trato a la esposa.

En sintonía con los varones, en general, algunas mujeres indicaron características de “ser esposo”, como “súper tierno”, bueno, paciente y amoroso; compañero de vida con quien se llega a acuerdos y se comparte momentos, sueños y metas; empático con la pareja; que tenga sentido de responsabilidad; detallista; y equitativo con las cuestiones del hogar. No obstante, también incluyeron otros, que no precisamente le corresponden al varón desde este rol, como ser quien acompañe a los hijos/as en la educación, y “esté” para ellos/as. Al respecto, Ana opinó:

Para mí debe de ser empático con su pareja, con su esposa o esposo dependiendo de la situación, porque ahorita pues ya podemos hablar abiertamente respecto a eso. Sí, que tiene que haber mucha empatía en todo. También que tenga sentido de responsabilidad, eso es muy importante para mí [...]. Un esposo que sea amoroso, también, que sea detallista, a lo mejor. Que nunca se olvide de esa parte, es importante para mí como mujer, y para mí como esposa.

Al respecto, llama la atención el caso Dante y su esposa Guadalupe. Él destacó que un esposo debe ser “muy sincero” con la pareja, “desde ayudarle. En mi caso [...] es los dos, porque los dos traemos dinero, porque los dos tenemos que estar en el trabajo, los dos con el niño. Aquí es los dos”. Ella comentó que su esposo debe “ser muy equitativo en cuestiones del hogar, de no dejarle toda la carga, y en este caso somos una pareja con un hijo, pues ayudarnos en todo en todos los sentidos”. Como puede observarse, el “aquí es los dos” que dice Dante, contrasta con el “no dejarle toda la carga a la otra pareja” que menciona Guadalupe, lo cual pudiera significar que, en su hogar, las responsabilidades y obligaciones no son “equitativas”.

5.2.3.- *El ideal de “ser padre”*

El deseo de paternidad estuvo presente en todos en los entrevistados desde su niñez, adolescencia y juventud, como una característica fundamental de su identidad masculina, y como un requisito indispensable para avalar su hombría, el cual estuvo acompañado de condicionantes, miedo, desconocimiento y el anhelo de ser mejor que su propio padre. En relación con eso, Núñez Noriega (2015) explica que, en el proceso de aculturación, desde el nacimiento, en la crianza de hombres y mujeres hay diferencias de acuerdo a los patrones de masculinidad y feminidad, semejantes al padre y la madre, en los cuales los hijos crean los significados de paternidad y las hijas de maternidad. Contrario a eso, específicamente, Mario, de la generación de adultos, aseguró que él no quería ser papá: “Yo siempre decía: ‘no. Yo tener hijos, no, no, no, no, no, no. Que ya esté’, y fijate que me pasó así tal cual”. Cuando se casaron, su esposa ya tenía una hija de otra relación. No obstante, se puede observar que sí existía ese deseo en él, al decir “que ya esté”, lo cual lo pudiera eximir de procrear, pero no de ejercer la paternidad.

Los adultos mayores aseguraron que a lo largo de su vida pensaron en ser padres, aunque para ello, debían esperar a casarse¹⁹, porque no querían que sus hijos/as crecieran sin un padre. Los adultos, además de lo anterior, consideraron necesario terminar sus estudios, y tener el tiempo suficiente para trabajar y poderlos mantener. En concreto, Víctor, de la generación de jóvenes, destacó que él pensaba que ser padre joven era “mediocre” y “arruinaba la vida”, por lo que esperaba a serlo y se casaría a los 30 o 40 años, para antes “comerse el mundo”. A pesar de ello, fue papá a los 17 años: “Como quien dice, te tragas tus propias palabras”. Cabe señalar que la razón por la cual se casaron cuatro de los varones de este grupo de edad, fue porque esperaban a su primer/a hijo/a. Si bien eso pudiera reflejar el ejercicio de una sexualidad más libre y

¹⁹ Como esos varones de un sector popular de la Ciudad de México, en el estudio de Rojas (2007).

consciente, también podría ser una de más responsable, ya que ninguno de estos entrevistados evadió el vivir con sus hijos/as y hacerse cargo de ellos/as, aunque sea, mayormente, desde un rol de proveedores.

Aunado al deseo de convertirse en padres en algún momento de su vida, Benjamín y Emilio comentaron que, también, sentían temor de no poder lograrlo. Benjamín enfatizó que desconoce la razón, pero desde siempre pensaba que no iba a poder tener hijos/as: “Tenía ese... no trauma, sino mal pensamiento [...]. Esa duda, pues, de ser estéril”. Emilio destacó que sentía ese mismo “miedo”, ya que a los 20 años padeció de paperas²⁰ y como había escuchado que la infección “se bajaba” a los testículos y podía provocar esterilidad, “entonces era como un pendiente para mí el poder ver, el conocer a mis hijos: tener a mis hijos”.

Los entrevistados de los tres grupos de edad coincidieron en que no recibieron ninguna instrucción o enseñanza directa para ser padres. La mayoría escuchó de su padre y madre que cuando tuvieran a sus hijos/as “van a saber”, por lo que aclararon que su conocimiento, al respecto, se debe más a lo adquirido en la práctica y a lo que, indirectamente, vieron de sus progenitores.

Los adultos mayores concordaron en que se llega a ese rol con los “ojos vendados” y cada quien lo hace a su manera, pero que se debe ser estricto y amoroso al mismo tiempo. Los adultos aseguraron estar conscientes de que “no hay una receta ni un formulario” para desempeñarse como padre, por lo que cada uno “vive circunstancias diferentes”. En cambio, los jóvenes destacaron que es suficiente el haber captado de su padre el saber trabajar, con lo cual podían hacerse responsables de sus hijos/as, cuando llegaran. El trabajo y la responsabilidad son dos aspectos que, por lo general, se relacionan como fundamentales en la identidad masculina, por lo

²⁰ Infección viral en las glándulas salivales.

que, para estos varones, con eso ya era suficiente al momento ser padres, como lo observa Jiménez Godoy (2004), quien encuentra que, para los padres, el principal papel en el hogar es el de proveedores económicos.

Si bien algunos entrevistados anhelaban ser padres, no sabían cómo desempeñar ese rol. Al respecto, Salguero Velázquez (2004) aclara que, en el modelo tradicional de familia, a los varones no se les forma para ser padres, pero sí para ser buenos trabajadores, profesionistas y tener éxito. Como una posibilidad para desempeñar su rol, a unos varones, el imitar a su padre les ayudó en algo, pero otros estaban seguros que no querían parecerse a él: “Siendo honesto, siempre pensaba no ser como fue mi padre con nosotros. Siempre fue mi ejemplo a no seguir, en lugar del ejemplo a seguir [...]. Entonces nunca se me quitó de la mente esa experiencia que tuve yo con él, para yo ser diferente” (Emilio).

Los varones jóvenes expresaron que esperaban involucrarse, estar más presentes y ser más “afectuosos” con sus hijos/as. Precisaron que se veían a sí mismos responsables, amorosos y conciliadores en su ejercicio paterno, de alguna manera, siguiendo el modelo con base al cual fueron educados, el de un padre sustentador, trabajador, proveedor, pero más flexibles: “Nosotros tres, vamos a cortar (el patrón, el modelo de) la familia de los padres” (Dante).

Al respecto de las nuevas generaciones de padres, Montesinos (2004) dice que estos replantean el modelo tradicional de paternidad y dan paso a uno más placentero y libre de normas. Por su parte, Nudler y Romaniuk (2005) comentan que algunos varones intentan romper con el modelo de crianza de sus propios padres, por considerarlo frío y distante. Sin embargo, Herrera, Aguayo y Goldsmith (2018) aclaran que, en ese propósito, los varones se enfrentan a obstáculos como el orden de género y la organización del trabajo remunerado, con lo cual, de

acuerdo con Rodríguez, Pérez y Salguero (2010), la participación de los varones en el cuidado de los hijos y en las tareas del hogar no es la misma, sino menor, que la de las mujeres.

En lo general, los varones entrevistados aclararon que “no todos los padres son iguales”, que algunos son “ausentes” y “no cariñosos”; otros sí son afectuosos, lo cual unos lo demuestran con abrazos y algunos comprando cosas; hay quienes son responsables, se acercan a sus hijos/as, y los que no; y no todos regañan de la misma manera. Explicaron que, el que sean diferentes, se debe al trato que se recibe de los padres en la crianza y la vida que se lleva para forjarse como adulto y padre, ya que no es lo mismo tener un progenitor “borracho”, “irresponsable”, “drogadicto”, que dé “malos ejemplos”, a uno que dé “buenos”. De eso, Leonardo señaló que ser “mal papá es dejar tus obligaciones en la familia, desde llevar alimento, desde darle educación, desde guiarla por un buen camino”: Luis opinó que, a veces, el no tener padre podría ser beneficioso; y Mario destacó que hay quienes alardean de tener hijos, pero “no son papás”. Para este último aspecto, vale el ejemplo de Santiago, acerca de un joven, vecino suyo:

Hay un caso reciente, es un chavo que no está casado, que tuvo relaciones con una muchacha y la embarazó, y resulta que presumió, la puso en *WhatsApp*, de qué nació la hija, presumiendo de que es papá y la publican [...], ponen fotos, pero no ha asumido la responsabilidad, sino presumir que es padre, que engendró esa plebe, esa niña, pero hay una responsabilidad ahí, de atención a la pareja, alimentación, que no se ve, porque él está viviendo en la casa de la mamá. Nomás la embarazó, pero va ahí, la presume, sí le toma fotos y la presume a todos.

Más allá de exponer una presunción por “tener” a alguien o por considerar que se “es” alguien, que pareciera ser la intención de Santiago, su comentario deja claro que para él, la función del padre y el que sea “responsable” está relacionado solamente con “alimentación” y

“atender” (no “ayudar”) a la pareja, con lo cual omite todo lo relacionado con los cuidados, crianza y educación de los hijos/as, lo cual lo ubica en un modelo más tradicional, en el que la proveeduría es la responsabilidad principal del padre, o la única, con lo que se deja a la madre la mayor parte de las actividades del hogar y los hijos/as.

Los adultos mayores puntualizaron que un padre debe ser “amoroso” y “buena persona”, dar protección, educación y consejos a los hijos/as, y tener el “don especial” de discernir lo que va a decir, pensar y actuar, y practicarlo hasta volverlo costumbre para no equivocarse. De “ser padre”, Benjamín dijo:

Primero tiene que ser muy amoroso, muy amoroso. El papá tiene que ser el papá por sí mismo. Tiene que ser una buena persona, porque si eres una mala persona no vas a criar un hijo. Entonces, empezar por uno. Pero bueno, suponiendo que sea una buena persona, pues, darle todo el amor, toda la protección, la mejor educación posible [...], consejos en base a la experiencia de uno: “tú sabes, tú eliges, pero la cosa es por aquí”.

Los adultos afirmaron que el ser padre implica una relación con los hijos/as y no con la esposa. Los jóvenes coincidieron con eso y agregaron el tiempo de calidad, jugar y platicar, integrarse a sus actividades, aconsejarlos/as, ser su ejemplo “bueno” y “valioso” a seguir y, sobre todo, proveerles casa y alimento, y ser el mayor responsable de los gastos fuertes. Específicamente, Dante recalcó:

Un papá, primeramente, y creo que, como todos, traer el alimento, darle tiempo al hijo y no darle tiempo nomás aquí, por poner atención, una que otra vez, sino también si el niño está, vamos a decirlo así, si hay lodo, está jugando con lodo, yo también me voy a poner un ratito [...], ser niño con él, pues, que sienta que estás jugando con él, que lo entiendes, también: ponerte en ese papel un ratito con él.

Las mujeres entrevistadas indicaron que “ser padre”, implica ser un guía y timón: un consejero para los hijos/as; la figura que no puede faltar en la familia, quien debe estar en lo bueno y malo, para los hijos/as; involucrarse con ellos/as; y ser firme en las reglas, para que se gane el respeto. No obstante, Aurora, esposa de Emilio, enfatizó que, principalmente, es el proveedor del hogar. Ana, esposa de Dante, coincidió con ella, ya que mencionó que un padre debe “saber las necesidades del niño. Saber, por ejemplo, que se acabaron los pañales”. En cambio, María, esposa de Víctor, dijo que es importante, también la presencia física del padre: “Yo creo que tiene mucho que ver con mi papá, que nunca estuvo conmigo²¹. Yo creo que un papá debe de estar siempre, estar ahí para sus hijos ya sea para lo bueno o malo, consejos... yo creo que siempre debe estar [...]. Yo sé que mi papá siempre va a ser mi papá, pero me refiero yo, físicamente. Lucía, esposa de Luis, concordó con ella en cuanto a la “presencia” del padre en el hogar²², y expresó:

Un papá (debe ser) amoroso, protector, proveedor, acompañador. Fantaseaba yo, te voy a decir [...] por un parque [...] fantaseaba que mi papá llevaba a mi mamá abrazada, con mi hermano aquí en el cogote, y mi mamá agarrada de la mano de mí. Esa era una postal de una familia perfecta. Entonces, el papá acompañando a mamá y presente. Un papá presente.

Cabe destacar que los adultos mayores relacionaron el “ser padre” con aspectos de emociones y la protección, cuando en su ejercicio, este grupo de edad, a decir de ellos mismos²³, fueron los menos afectivos con sus hijos/as. Sin embargo, puede entenderse que parte del

²¹ Desde que ella tenía 5 años, sus padres se separaron y ella vivió con su mamá. Solo veía a su papá esporádicamente.

²² A lo largo de niñez y adolescencia, su padre “iba y venía” a la casa, porque tenía otra pareja, pero desde que ella tenía alrededor de 15 años, se separó definitivamente de su madre.

²³ De este aspecto se ahondará en el capítulo acerca de las relaciones afectivas.

aprendizaje que les ha dado el ser padres por más tiempo y ya con nietos/as, los haga más afectuosos e interesados por los asuntos de sus hijos/as. A pesar de eso, en su concepto de “padre”, los varones priorizan la proveeduría, el mantener a sus hijos/as, lo cual los acerca más a la práctica de su propio progenitor, esa misma que deseaban evitar y superar.

Por lo expuesto anteriormente, en los ideales de ser hombre, esposo y padre de los entrevistados de las tres generaciones no existen diferencias que pudieran llevar a hablar de cambios sustanciales en esos conceptos. Mayormente los varones de los tres grupos de edad entienden y asumen esos significados de la misma manera. Por ejemplo, así como lo fue para sus padres, el trabajo se mantiene como un elemento importante en los tres grupos de edad, porque la función principal de los varones en la familia es la proveeduría económica, por lo que tienen claro que a ellos les corresponde llevar el dinero a la casa, aun cuando sus esposas trabajen remuneradamente, ya que ellas solo “ayudan” con los gastos, pero el pagar las cuentas no es su obligación directa.

Aunque hay algunas diferencias mínimas, en su rol de esposo, los entrevistados conservan, también, los mismos ideales, lo cual relacionan con ser cariñosos, atentos, respetuosos y fieles a su pareja, salvo algunos casos que mencionan a la familia en general o a los hijos/as, en lo particular.

Si bien se mantienen entre los varones de los tres grupos el interés de “ser padre” en algún momento de su vida, las diferencias que pudieran notarse al respecto son que, para los adultos mayores y los adultos, antes de eso, es indispensable casarse y terminar los estudios, mientras que para los jóvenes eso no significa un impedimento, ya que, en la generalidad, el que estos varones se enteraran que serían padres, los llevó al matrimonio, aun cuando algunos no habían culminado

sus estudios²⁴. En ese sentido, se observan diferencias en cuanto a cómo se relacionan los entrevistados de las tres generaciones con las mujeres, sobre todo, con las que eligen para madres de sus hijos/as, en lo cual los adultos mayores tendían a la “formalidad” en sus noviazgos, los adultos “respetaban” el llegar hasta donde sus novias se los permitieran, y los jóvenes mantuvieron prácticas sexuales en sus relaciones, con lo cual, se pudiera hablar de una sexualidad más libre.

²⁴ Incluso, al momento de la entrevista, dos de ellos (Víctor y Dante), todavía, estudiaban la universidad.

Capítulo 6.- Matrimonio y división sexual del trabajo en el hogar

En el capítulo anterior se abordaron los ideales de los entrevistados en cuanto “ser hombre”, “ser esposo” y “ser padre”, eso que los varones de las tres generaciones consideraban, como parte de su identidad masculina. Sin embargo, al llevarlo a la práctica, se pueden observar diferencias entre lo que pensaban y lo que, finalmente, hicieron. En concordancia con eso, el siguiente apartado pretende analizar la manera en que se organizaron los varones entrevistados y sus esposas, de recién casados. Específicamente, aborda los acuerdos de pareja que hubo para saber qué haría cada quien, en el hogar, la participación de los varones y las mujeres en las actividades de la casa, y si esa intervención corresponde o no a lo que comúnmente hacen mujeres y hombres en un orden tradicional.

Aunado a lo anterior, el capítulo intenta examinar de qué manera se involucraron los entrevistados de las tres generaciones en el proceso de embarazo de su primer/a hijo/a, si deseaban tener concretamente un niño o una niña y las razones de ello, así como su participación en los cuidados, crianza y educación de sus hijos/as de recién nacidos y en sus primeros años.

Una constatación en el discurso de algunos varones de las tres generaciones es el deseo de superar a su progenitor en el ejercicio paterno. No se trata de que este haya obrado completamente mal, sino de que, según los entrevistados, le faltó estar “más presente”, involucrarse más con la familia y ser más “cariñoso”. A propósito de eso, en la última parte se expone la manera en que los entrevistados comprendieron a su progenitor, a partir de que ellos mismo fueron padres.

6.1.- Acuerdos de recién casados

Luego de noviazgos que duraron entre año y medio y seis años, con mujeres que conocieron por ser sus vecinas, del grupo de amigos/as o algún familiar, en el trabajo, la escuela o la iglesia, los entrevistados de los tres grupos de edad se casaron²⁵ y fueron a vivir de manera independiente a casas propias o de renta²⁶. Una coincidencia significativa entre ellos es que ninguno refiere haber tenido, de recién casados o en sus primeros años de matrimonio, una organización explícita con sus esposas para acordar qué haría cada quien en la familia. Sin embargo, atendieron a lo que hacen, comúnmente los hombres y las mujeres en un contexto tradicional, o bien, a lo que hacían su padre y su madre en su casa, por lo que los varones se encargaron de trabajar y aportar la mayor cantidad de dinero para los gastos del hogar, solo ocasionalmente y como una ayuda y no una responsabilidad propia, realizaban quehaceres domésticos, como al estar embarazadas sus esposas, sobre todo si había un riesgo de salud. En cambio, las mujeres, desde el principio se encargaron del mantenimiento de la casa y, un poco después, de los cuidados y crianza de los hijos/as, a pesar de que algunas de ellas también tenían un empleo remunerado.

En los casos en los cuales los varones colaboraron en las actividades de la casa, se fueron incorporando a ellas conforme las necesidades, pero de acuerdo a sus gustos. Por ejemplo, Emilio y Eusebio han preferido lavar la ropa porque les resulta más fácil; a Mario se le ha dado más el cocinar y ayudarlo a su hijo con las tareas escolares, que barrer y trapear. Esa dinámica en las familias de los entrevistados se dio en concordancia con lo que comenta Salguero Velázquez

²⁵ Todos lo hicieron por la ley civil y 11, además, por la iglesia: 10 en la católica; y uno en la evangélica.

²⁶ Con excepción de Santiago, del grupo de edad de adultos mayores, quien, los primeros ocho años de su matrimonio, lo hizo en casa de su madre, muy cerca de donde él construía la suya; Roberto, de la generación de adultos, y su familia, siempre han vivido con su mamá, quien es viuda; Ignacio y su familia viven en la casa de los padre de su esposa, a pesar de que tienen casa propia; y Víctor, desde que su hija cumplió dos años se casó y llevó a su familia a la casa de sus padres, donde todavía vive.

(2004) de que en el modelo tradicional no se forma a los varones para ejercer la paternidad, como sí se hace con las mujeres para la maternidad.

Aun con esas aportaciones de los varones, y que algunos buscaban incorporarse a las actividades de la casa, la división sexual del trabajo que había en los primeros meses y años en las familias de los entrevistados es tan clara, como el comentario de Dante respecto a lo que ha sucedido en su casa, en lo relacionado con lo que hacía él y su esposa. El entrevistado señaló que, de las labores, él se encargaba de las de “afuera”, como barrer y regar la cochera y la calle, mientras que su esposa de las de “adentro”: los quehaceres, y el cuidado y crianza de su hijo. Su experiencia coincide con esa visión particular de la maternidad y la paternidad de la que habla Salguero Velázquez (2004), en la que se asigna a la mujer el espacio privado y la crianza de los hijos/as y a los varones el público, del trabajo, de obtener los bienes económicos y con este entrevistado, además, las labores de limpieza del exterior de la casa.

No obstante, en el grupo de edad de adultos mayores es en el que más se observa una clara división sexual del trabajo en la dinámica familiar de recién casados y de sus primeros años de matrimonio, en la que los varones fungieron como proveedores económicos y las mujeres como las encargadas del mantenimiento del hogar y de los/las cuidados, educación y crianza de los hijos/as. Solo la esposa de Artemio trabajó como profesora de inglés y aportaba dinero para la familia; la de Santiago, una vez casada, estudió secundaria, preparatoria y universidad, y a los años, trabajó y también ayudó con los gastos.

Cabe aclarar que en la generación de adultos mayores, sin trabajo remunerado y con él, las mujeres fueron las responsables principales de las actividades del hogar. Santiago le dijo a su esposa de manera clara que ella era “la de la casa”: “Tú ahí arma la bronca” (te haces cargo). Por su parte, los varones solo se dedicaban a trabajar fuera y algunos, ocasionalmente, “ayudaban” en

los quehaceres y en los cuidados y crianza de los hijos/as, pero no los asumían como una responsabilidad suya²⁷. Benjamín refirió que él barría, trapeaba y lavaba loza, que “siempre he participado en eso. Siempre”, pero también comentó que casi no estaba en la casa, por su trabajo, lo cual significa que hacía los quehaceres, y se hacía cargo de sus hijos/as esporádicamente, que no eran parte de sus actividades diarias, o sea su obligación.

Al igual que los adultos mayores, la principal responsabilidad de recién casados y en sus primeros años de matrimonio de los varones adultos era la de proveedores económicos de su familia. En su discurso aclararon que se fueron involucrando gradualmente en la limpieza de la casa, el lavado de la ropa, cocinar y hacer reparaciones eléctricas. Eso pudiera diferenciarlos del grupo de edad anterior. No obstante, ellos tampoco veían esa participación como una responsabilidad suya, sino que “trataba de ayudarle en los quehaceres (a la esposa)”²⁸ (Emilio). Las pocas y esporádicas participaciones (“ayudas”, “colaboraciones”) de estos varones en el hogar y para con los hijos/as, si bien no era su obligación, Herrera, Aguayo y Goldsmith (2018), las ven como un avance lento hacia la corresponsabilidad entre hombres y mujeres en las tareas de la casa.

Las mujeres entrevistadas de este grupo de edad refuerzan la información proporcionada por los varones, en la cual se observa, en general, que también ellas le llaman “ayuda” a lo que

²⁷ Está clara división sexual del trabajo coincide con los datos encontrados por Páez (2017) en la investigación referente a las masculinidades en Culiacán, en los sesenta, década en la que los varones del presente estudio fueron adolescentes y jóvenes, en donde señala que tanto los entrevistados, que también en aquella época eran jóvenes, como sus padres, no participaban en las labores de la casa, al menos que se vieran, de alguna manera obligados a hacerlo, como cuando las mujeres, ya sea la madre, alguna hija o la empleada doméstica, no estaban en la casa; al vivir en otra ciudad por motivos de trabajo o estudio. Ocasionalmente, los hijos varones participan en los quehaceres, pero como “ayuda” a la madre, no así las hijas, quienes sí tenían la obligación de colaborar.

²⁸ Es necesario aclarar que no todas las esposas de estos entrevistados trabajaban asalariadamente cuando recién se casaron, pero al momento de la entrevista sí: algunas en jornadas completas, otras en medio tiempo u horario flexibles; unas ayudaban a pagar los recibos de agua, electricidad, teléfono, gasolina; otras solo lo hacían para sus propios gastos de cuidado personal y ocio.

sus esposos hacían en el hogar de recién casados o en sus primeros años de matrimonio, incluso, pareciera que valoraban enormemente esa “disposición” a “ayudar”. Al respecto, Sonia e Ignacio acordaron que ella seguiría en la universidad para cursar los últimos semestres de su carrera y que él “ayudaría en lo que pueda” en la casa, por lo que, si “estaba muy ocupada”, él “ayudaba” a lavar y limpiar. La comida, invariablemente, desde el inicio, la hacía ella. Aurora explicó que ella y Emilio siempre han trabajado los dos, y que él todo el tiempo tuvo la disposición de “ayudar”, y no era necesario que se lo pidiera o recordara, pero como ella le dedicaba menos tiempo al trabajo remunerado, se encargaba de más cosas. Lucía señaló que, aunque Luis era el de la manutención y ella la de los quehaceres, él siempre “ayudó mucho”. Aclaró que una vez intentaron organizarse en cuanto a qué le tocaría cada uno/a, pero no lo cumplieron.

Así como los otros grupos de edad, de recién casados, los padres jóvenes eran los encargados de aportar el dinero para los gastos de la casa y, ocasionalmente, hacían labores domésticas, porque consideraban que eran, también, su responsabilidad. En concordancia con la generación de adultos, las esposas de estos entrevistados trabajaban remuneradamente, contribuían a los pagos de servicios, pero seguían siendo las encargadas mayoritarias del mantenimiento de la casa. Una particularidad de estos varones, aun cuando dicen haber asumido como propios los quehaceres, es que solo los realizaban cuando sus esposas les pedían que los hicieran, por lo que ellos reconocen que ellas los hacían más. Dante precisó que, si él hacía menos y ella más, no era por “machismo”, sino “porque estoy bien cansado, a veces”. El cansancio también es la justificación de Pablo para no levantarse a atender a su hijo cuando, de recién nacido, lloraba en las noches, ya que “trabajaba todo el día” de chofer de UBER, y terminaba haciéndolo su esposa, a pesar de que estaba en la cuarentena por la cesárea.

De la misma manera que las mujeres del grupo de edad de adultos, las esposas de los entrevistados jóvenes reiteraron lo dicho por ellos, con respecto a sus responsabilidades en sus primeros meses y años de matrimonio. Guadalupe comentó que ella y Dante se fueron acoplando gradualmente, atendiendo a las “costumbres”, por lo que ella realizaba los quehaceres y él solo “apoyaba” en “echar una lavadora”²⁹ y lavar los platos. María señaló que ella y Víctor hacían las cosas juntos, pero en lo que más le “ayudó” desde siempre, fue con la niña. Ana destacó que ella aportaba la mayor parte del dinero en sus primeros meses de casada, porque Pablo no tenía un trabajo estable, incluso que pagó el parto de su hijo, y a pesar de eso ella hacía los quehaceres sin importar que trabajara hasta nueve horas seguidas: “cuando recién tuve a mi bebé, yo me sentía muy sola, de que todo me lo dejaba a mí”.

6.2.- Participación en el proceso de embarazo

El momento de saber que serían padres llegó para los entrevistados, el cual refieren que fue de “muchacha alegría”, sobre todo para aquellos que dudaban de estar posibilitados biológicamente para ello, porque, como dice Salguero Velázquez (2006), si no podían ser padres, tampoco serían “hombres”, ya que, según Montesinos (2004), la paternidad es la posibilidad para ser reconocidos como heterosexuales.

Para los adultos mayores, el enterarse que se convertirían en padres fue “maravilloso”, “padrísimo”, de “muchacha alegría” y “felicidad”, sobre todo para Benjamín, quien pensaba que sería estéril: “No te imaginas la felicidad en el pecho, pues todos queremos dejar descendencia”. Los varones adultos, también consideraron ese hecho un detalle “muy bonito” y de “muchacha alegría”, aunque a la vez les significara “responsabilidad” y “cuidarse”, porque alguien más

²⁹ Poner la ropa en la lavadora, para lavarla.

dependería de ellos en todos los sentidos, lo cual les provocaba “temor”, más que a nadie a Ignacio y Daniel, por las complicaciones de salud en los embarazos de sus esposas.³⁰

Cabe destacar dos particularidades de este grupo de edad: aseguraron que planearon el tener a sus hijos, lo cual los aleja de esa idea de que llegaran “los que Dios quisiera mandar”; y que al casarse, las esposas de Roberto y Mario ya tenían una hija cada una, de otra relación, aunque ellos aclararon que desde el inicio las atendieron y cuidaron como suyas³¹ aunque también se cuestionaron cómo sería el procrear un/a hijo/a, si cambiaría su relación con ellas, si los/las querrían con una intensidad diferente, o si serían buenos padres o no.

Para la mayoría de los varones jóvenes, el enterarse que serían padres llegó de “sorpresa”. A pesar de eso, aclaran que sabían que existía esa posibilidad, porque tenían relaciones sexuales con sus novias y algunos deseaban que sucediera, por lo que también fue un acontecimiento de “felicidad”, que los hizo llorar. Guadalupe comentó que Dante decía: “No. Yo no voy a llorar, no voy a llorar, no voy a llorar”, y en el momento en que lo vio (a su hijo) se quebró y lloró y le hablaba al niño y le decía que qué hermoso regalo”.

El deseo del primogénito varón es un aspecto que evidencia un doble discurso en los varones entrevistados. Por un lado, aseguran que no preferían específicamente un hijo o una hija; por otro, aunque algunos manifiestan que eso no es importante, se muestran más alegres y conformes al saber que tendrían un niño y no una niña. No obstante, se observa que pudiera haber un debilitamiento en ese ideal del hijo varón, que es más fuerte en los grupos de edad de adultos

³⁰ Ignacio comenta que el corazón de su hijo tardó más de lo común en latir, por lo que el ginecólogo dijo que, si no lo hacía en una semana, haría un legrado, y recomendó reposo. Daniel menciona que su esposa vomitaba y sangraba mucho, por lo cual debió estar seis meses en cama.

³¹ Roberto, comentó que conoció a la niña desde que tenía alrededor de un año, por lo que cuando él y quien ahora es su esposa se casaron, él la “reconoció”: le dio su apellido. Mario conoció a su hija en la escuela en la que él daba clases de natación y ella era su alumna.

mayores y de adultos, que en los jóvenes. Para los primeros el hijo varón significaba el sustituto idóneo en la familia en caso de que ellos faltaran, o la posibilidad de realizarse en esos rubros que dejaron pendientes. En el caso de los segundos, el deseo de todos era específicamente de una niña, a la que algunos le tenían nombre, antes de confirmar el sexo, lo cual pudiera relacionarse con un cambio de pensamiento en el que ya no es significativo la preservación de un apellido, la convivencia con alguien del mismo sexo ni la realización personal, pero la razón principal que dan de ellos, que las niñas son más “cariñosas”, pudiera hablar más de su incapacidad para mostrar afecto a los niños: a los varones.

Benjamín, de la generación de adultos mayores, destacó que para él sí era importante tener un “hijo”: “Siempre fue mi ilusión. Siempre dije: ‘si yo falto el que va a dar la cara por mí va a ser un varón’ [...]. Dios me lo concedió [...], ahí le pegué una atinada buena”. Su comentario corresponde a un discurso heteronormativo que privilegia, le da supremacía y una capacidad mayor al hombre. En cambio, pone en desventaja a las mujeres, a quienes se suponen incompetentes para “dar la cara” por la familia, por lo que sería un “desatino” que la primera, la “mayor”, sea una hija, lo cual no se percibe igual si llega en cualquiera de los embarazos, a partir del segundo: “Ya después busqué la niña [...] la tercera salió ella” (Benjamín).

Uriel, de ese mismo grupo de edad, aseguró no tener preferencias al respecto. Primero tuvo una niña. No hubo problema. La segunda también fue niña, y tampoco hubo inconvenientes, pero al nacer la tercera: “Mi mamá se enojó casi más que yo: ‘¡Cómo que otra niña!’ Pues sí, otra niña”, y hasta el quinto consiguió el niño: “Me dio más gusto que nada, porque era el hombre [...]. Para mí fue emocionantísimo el hombre, es decir, diferente a las niñas”. A pesar de que el entrevistado recalcó que estuvo conforme con la niña como primogénita, el que la mamá se haya “enojado casi igual que yo” y el que a él le dio “más gusto que nada”, evidencian lo contrario.

Ignacio, del grupo de adultos, comentó que esperaba un niño, porque quería repetir el “modelo” de “papá/hijo”, de él con su padre, y “como varón, no podría replicarlo con una niña”. También reconoció que al nacer su hija en el segundo embarazo, fue “hermoso” en un sentido diferente:

O sea, el hecho de que tengas un niño y una niña es una bendición [...]. Con mi hijo es como si yo volviera a nacer y yo darle a él lo que yo quería que me dieran a mí. Esa es la experiencia. Con mi hija es como darme cuenta que me hacía falta una parte que yo no sabía que me hacía falta, y que esa niña vino a dar. No te lo puedo explicar de otra manera. O sea, tener una hija, género femenino, es ayudar a entender la parte femenina que uno como hombre tiene [...]. Con mi hijo fue cumplir el sueño que yo tenía de replicar y de darle así... darme a mí mismo. Es como regresar a nacer y darme a mí mismo lo que no tuve. Esa es la experiencia.

El comentario de Ignacio corresponde al anhelo de algunos varones por preferir un hijo a una hija, con el cual buscan hacer, o que el hijo realice, lo que ellos no pudieron en áreas académicas, deportivas o de cualquier otro tipo, y como señalan Ortega, Torres, Garrido y Reyes (2012), para ser un modelo de identificación masculina y conducir al hijo en sociedad, darle seguridad, un código de valores, autoridad, disciplina y reforzarle su personalidad.

Dante, de la generación de jóvenes, señaló que deseaba una hija, porque las niñas son más “cariñosas” y “se inclinan más por el papá”. No obstante, tuvo un hijo y eso le pareció “mejor”: “Me alegré más, porque, a lo mejor, era el niño, pues. Me alegré mucho”. Esa alegría coincidió con el comentario de Guadalupe, su esposa, quien aseguró que, en realidad, él quería un niño.

El proceso de embarazo es otro de los rubros en los cuales se puede observar que los varones no ven a los/as hijos/as como una responsabilidad suya. Su participación en ese periodo

tiene que ver, más que nada, con el acompañamiento a la esposa, y solo algunos, con realizar labores domésticas como una “ayuda”, cuando ellas no podían hacerlas por implicaciones de salud e intentaban “cuidarlas”, o que no se “esforzaran”. En ese sentido, la participación en el proceso de embarazo de los entrevistados de las tres generaciones consistió, mayormente, en ir con sus esposas a las citas médicas, cada mes o cuando el trabajo se los permitía, aunque hubo quienes las cambiaban de día, para poder estar presentes.

Al respecto de lo anterior, mientras Benjamín, del grupo de edad de adultos mayores, estuvo fuera de la ciudad en el embarazo de su primer hijo, porque trabajaba en otro municipio de Sinaloa³² y no iba a las revisiones médicas mensuales, Eusebio, de la generación de jóvenes, si su empleo le impedía asistir, las cambiaba para no perderse ninguna. Estas dos situaciones tan opuestas, pudieran mostrar un mayor interés de los padres más jóvenes a involucrarse más con sus hijos/as, incluso, a negociar con la pareja, como lo expresa Salguero Velázquez (2006), a lo cual abona, además, el que las generaciones más jóvenes refirieron haberle hablado a su hijo/a durante su gestación.

De los varones adultos solo algunos comentaron que ayudaron a sus esposas en los quehaceres de la casa, en los casos en los que se presentaron riesgos en la salud (Ignacio y Daniel), lo cual reiteran las mujeres entrevistadas de este grupo de edad. Sonia comentó que su esposo Ignacio la cuidó “mucho” durante el embarazo, por las complicaciones que tuvo, por lo que no le permitía “lavar a mano”, “cargar cosas pesadas” ni trapear, y él se hizo cargo de eso para “cuidarla”. Según Aurora, además de asistir al ginecólogo cada mes, Emilio “estuvo muy pendiente de los antojos” que ella tuviera, aunque no puede decir que en ese periodo él fue

³² Su esposa también vivía en ese lugar desde que se casaron, pero se regresó a la casa de sus padres, por el embarazo, donde podía estar al cuidado de su madre.

diferente, porque “siempre ha tenido muchas atenciones conmigo, desde que me conoció”. Para Lucía, la participación de su esposo Luis en el proceso de embarazo, solo consistió en “lo común”: ir a las citas médicas.

El discurso de las esposas de los varones jóvenes es diferente. Guadalupe refirió aspectos positivos de la participación de Dante en el proceso de embarazo, a pesar de que él no fue a todas las citas médicas por asuntos de trabajo. Asegura que él le decía: “no hagas esto, yo lo voy hacer o deja esto, no estés cargando”, y la “consintió mucho”, por lo que se “sentía muy bien”. Hacía actividades como “jalar un sillón” o “barrer debajo de la cama”: “Me sentía como que soñada, porque no hace esas cosas”.

En cambio, María señaló que ella y Víctor no vivían juntos durante la gestación de su hija³³, que él se mantuvo distante todo ese tiempo y casi no iba a visitarla: “se puede decir que yo llevé el embarazo sola. Igual, las visitas al doctor yo iba sola o me acompañaba mi mamá o una tía, pero él una vez nada más recuerdo que me acompañó”. En esa misma tónica, Ana recalcó que en el embarazo de su hijo le faltó apoyo de parte de Pablo, porque él seguía “como si nada, como si no estuviera yo embarazada”. Aclaró que él iba a las citas médicas, pero una vez no quiso que lo hiciera, porque era cuando Pablo no tenía un trabajo estable y ella se encargaba de todos los gastos, por lo que se “sentía sola”, “sufría” y “lloraba mucho”. Aseguró que él no se responsabilizaba en todos los sentidos, de la manera en que esperaba, porque “seguía de fiesta”.

Con excepción de la experiencia de Guadalupe, los comentarios anteriores se alejan por completo de esa “flexibilidad” de los padres jóvenes para involucrarse más en la crianza de sus hijos, la cual sí tiene más que ver con el grupo de edad de adultos, tanto por lo que dicen ellas,

³³ Se casaron hasta que su hija tuvo 2 años. Desde entonces, viven en la casa de los padres de él, aunque cubren sus propios gastos.

como ellos, en lo cual se observa una coherencia en esa “participación” de los varones en el proceso de embarazo.

6.3.- Involucramiento en los cuidados y la crianza de los hijos/as

Para los entrevistados de todos los grupos de edad, el nacimiento de su primer/a hijo/a, si bien les trajo “felicidad”, fue una “experiencia bellísima” e “indescriptible” y de una “emoción inexplicable”, porque llegó un ser que “es sangre de mi sangre, es fruto del amor, es fruto de un matrimonio” (Uriel), implicó un “cambio” en sus vidas que los hizo ser más “responsables”, para cumplir cabalmente su rol de proveedores económicos. Específicamente, en los adultos mayores se reflejó en “dejar atrás la vagancia”, ya no “perder el tiempo”, no irse de “reventón” (fiesta), no salir con las “viejas” (chicas) y no gastarse el dinero, para mejor dedicarse a su familia, porque a partir de ahí estaría “cabrón”, y sus padres “ya no les resolverían” las cosas, sino que tendrían que hacerlas por ellos mismos.

Los adultos expresaron que el ver a su hijo/a por primera vez también fue un momento de “felicidad”, pero que el contacto físico con ellos/as se dio gradualmente, porque les “daba miedo” sostenerlos en sus brazos de recién nacidos/as. A algunos les preocupaba que dejara de respirar y constantemente ponían el dedo en su nariz y los contemplaban por horas para cerciorarse de que sí lo hacían.

El “cambio de vida” se manifestó en los varones adultos en cuidarse más, adquirir “madurez” y “más responsabilidad”. El nacimiento de su hijo/a les implicó “desvelos”, “administrar” y “gastar” el dinero de manera diferente, pero también les trajo “felicidad”, al “educar” y “formar” a una persona. Luis dijo que estaba al pendiente de su hijo en la noche, se limitó en los paseos y hacía cosas “muy desagradables”, como “limpiar traseros”. Por su parte,

Mario asumió que “tu vida ya no es tuya. Es de ellos (de los hijos/as) [...]. No comes lo que tú quieres, en muchas ocasiones. No vas al cine y ves lo que tú quieres. Ni al baño vas a gusto, porque el plebe te está platicando [...], pero está bien, o sea, tu vida ya no es tuya y es una chinga con los plebes, pero por el otro lado es una felicidad diaria, en cada momento”.

Aunado a la “alegría” de ver a su hijo/a por primera vez, los entrevistados jóvenes mostraron preocupación por ese ser “chiquito” e “indefenso”, que “no sabe nada del mundo”, así como un “ahora sí, de aquí pa’ delante”, “ser responsable” y “hacer las cosas bien”, porque ya no sería como tener un problema con la pareja, con la cual se platica y se puede llegar a acuerdos. En cambio, “cómo entiende un niño si no tienes para un pañal. Ya lo traje, ya viene, y hay que hacerse responsable, y a darle todo el amor que se pueda y... bienvenido” (Dante).

El nacimiento de su primer/a hijo/a provocó reacciones positivas y negativas para los varones de todos los grupos de edad: “felicidad” y “miedo”, principalmente, así como “un cambio de vida”, que se resume en más “responsabilidad” para “cumplir” con sus hijos/as, mayormente, desde su rol de proveedores económicos, y en menor medida, en involucramiento en aspectos de crianza, educación y cuidados, para lo cual, los padres de la generación de adultos muestran una mayor disposición. La razón de eso, pudiera ser que sus hijos/as ya son adolescentes, jóvenes y adultos jóvenes, que no necesitan atenciones de cuidados, como sí las requieren los niños/asas de la generación de jóvenes, y pueden dedicar más tiempo al aspecto emocional.

La crianza, educación y cuidados de los hijos/as es otro de los aspectos en los cuales se puede observar una clara división sexual en el grado de responsabilidad, ya que la carga mayor recae en las mujeres, como las encargadas (casi) únicas de ellos/as, y los varones solo como “ayudantes” ocasionales de algunos rubros. Al respecto, Herrera, Aguayo y Goldsmith (2018) y

Rojas (2003) señalaron que las mujeres siguen dedicando más tiempo al cuidado de los hijos, aun cuando los dos son proveedores económicos, en parte, porque, como explican Correa, García y Saldívar (2013), ser padre se asocia con el trabajo y ser proveedor económico.

En ese sentido, los adultos mayores no se hicieron cargo de sus hijos/as en sus primeros meses y años. Algunos “colaboraron” en alimentarlos, pero la responsable de eso y de cambiarles el pañal, atenderlos si lloraban, bañarlos y todo lo demás que se requiriera, fue de la esposa: “Yo solo tomaba las fotos y presumía a mis hijos/as” (Santiago)³⁴. Artemio reconoció que su esposa “ha sido muy maternal y ha sido la que ha llevado la batuta en la formación de los hijos. Ha sido más fuerte, quien les llama la atención”. A pesar de que Benjamín aseguró que sí se hacía cargo de sus hijos/as en, prácticamente, todo y que “nomás no lo amamanté”, eso sucedía solo “en los momentos en que podía hacerlo”, o sea cuando estaba en la ciudad, porque trabajaba fuera, lo cual significa que no lo hacía porque era su responsabilidad, sino como una “ayuda” y porque, quizás, al no verlos/as en varios días, los/las extrañaba y esa era una manera de sentirlos más cerca.

Los adultos refieren haber cuidado de sus hijos/as durante sus primeros meses y años y alimentarlos, bañarlos, dormirlos y llevarlos al médico. La frecuencia con la que hacían estas actividades variaba de acuerdo a su trabajo, por lo que a veces podían participar equitativamente en relación con su esposa, menos que ella o, incluso, más que ella, como asegura Mario:

Naciendo [...] me súper involucré, siempre. Soy súper bueno para cambiar pañal. Papilla, que *Gerber* ni que nada. Siempre fui muy de... como mi esposa siempre ha trabajado, también, y yo he tenido el horario, como que más la ventaja de llevarlo y traerlo, entonces

³⁴ Curiosamente, en el apartado anterior este entrevistado opinó del actuar de uno de sus vecinos, quien no se hace responsable de su hija, pero sí le toma fotografías y la “presume” en internet.

yo: ¡Órale! ¡Pañalera, pañales, tas tas! Y, ¿qué puede comer ahora? Zanahorias. ¡Ah, ya puede comer! Siempre cargaba yo, a donde sea, estaba terciado el niño [...]. Siempre fui muy de que coma natural y la ropita.

A pesar de que los varones adultos están conscientes de que la responsabilidad de los hijos/as era compartida con la esposa, y eso haría una diferencia con la generación anterior, finalmente, el que estuvieran la mayor parte del tiempo fuera del hogar, trabajando, para cumplir con su rol de proveedores, recaía en que las mujeres continuaran con la responsabilidad de los hijos/as. A esa dinámica, además, contribuían dos aspectos: 1) que las esposas invirtieran menos horas en su trabajo remunerado o que su horario fuera flexible, con lo cual tenían más tiempo para dedicarse a la casa; 2) que los varones consideraran que las mamás “por su naturaleza” suelen ser más comprensivas y ellos más “estrictos”, por lo que asumían que ellas eran las encargadas “idóneas” de “orientarlos”, “aconsejarlos” y “alimentarlos”: “Al final de cuentas, ella es la que sabe, en el día a día, qué de alimentación. Uno la puede apoyar, en la ayuda y todo, pero ella es la que la que decide. Digo, es importante al final de cuentas” (Daniel).

El comentario de Emilio, al respecto, es en el mismo sentido, de “ayuda”, “colaboración” y en áreas que, comúnmente, se relacionan con los varones, como la proveeduría económica y acercar a la casa todo lo necesario para alimentación, la salud y el aseo personal. El entrevistado aclaró que cambió pañales, solo de su tercer hijo (varón), pero no de sus hijas, y especificó de qué manera se involucraba en la crianza de ellos/as:

No soy de que andarlos cambiando, andarlos bañando. No. Pero sí, cómo se puede decir, los mandados, traer medicinas, traer la leche, traer los pañales [...], el proveer de las cosas [...]. Los cuidados, directamente, no. Ella, más bien, ha

tenido el apoyo de su mamá, primeramente, y sus hermanas. Son las que la han ayudado.

Las entrevistadas coincidieron con el discurso de sus esposos en cuanto a su participación en la crianza de los primeros años de sus hijos/as, al decir “apoyó”, “se involucró” y “ayudó” “mucho”, “al cien por ciento”, y en no ver esas actividades como responsabilidad de ellos. Sonia destacó que Ignacio “apoyó” y se involucró “al ciento por ciento” en cuidar a su niño, cambiarle de pañal, de ropa y jugar con él, mientras ella estaba en la escuela. Lucía señaló que Luis “siempre estuvo” lo “más que puede” al pendiente de los hijos/as en todas sus necesidades, porque “es una persona muy servicial en muchos sentidos” y “se involucró en todo”. Aurora coincidió con Emilio en que él no quiso cambiarles el pañal a sus hijas y dijo que lo haría hasta que tuviera un varón, aunque sí “ayudaba” en otras cosas, como cargarlas/o a donde fueran, porque “es muy niñoero”³⁵.

En concordancia con los otros grupos de edad, los entrevistados jóvenes no se involucraron en todos los aspectos de cuidados y crianza de sus hijos/as en sus primeros años. Las razones que mencionaron para no hacerlo, fueron que les daba “miedo” cargarlos en los brazos y el cansancio que les provocaba su trabajo, por lo cual, más que de crianza, su labor, en mayor medida, fue de proveedores. Sin embargo, como puede observarse, la “ayuda” ocasional para con sus hijos/as, además de alimentarlos, curiosamente es en dormirlos/as y sostenerlos/as en los brazos.

Las esposas de estos varones concordaron con lo expuesto por ellos con respecto a su grado de participación en la crianza y los cuidados de sus hijos/as, en sus primeros meses y años, por lo que, si hacían algunas cosas, no eran su obligación. Guadalupe aseguró que “si tiene la

³⁵ Le gustan mucho los/las niños/as.

oportunidad, claro”, Dante le “ayuda mucho” con el niño, incluso que, gracias a eso, ha “durado meses sin cambiar un pañal”. María aclaró que era “muy raro” que Víctor cambiara pañales, diera biberón a su hija o se encargara de ella, porque no vivían juntos y solo hacía eso cuando la visitaba. Ana destacó que Pablo sí ha cuidado al niño y le ha cambiado de pañal, pero si se enferma, se muestra relajado y “casi le digo estrésate”.

En ese sentido, cabe señalar dos aspectos: primero, que Eusebio es el único de todos los entrevistados que aseguró haber cambiado los pañales a su hija, a pesar de que su abuela lo cuestionara, porque, como “hombre”, andaba viendo las “zonas delicadas” de la niña: “Soy su padre (...) se limpia así (indica con la mano), o sea, de adelante hacia atrás, pues, para que no se embarre de popó, si eso es lo que quiere decir (...). Yo sé todos los cuidados. Es mi hija”. Segundo, en los tres grupos de edad, cuando las madres y los padres no se hacían cargo de sus hijos/as, quienes los cuidaban y atendían eran las abuelas y, en menor medida, las tías (mujeres). En ningún caso mencionaron que lo hicieran los abuelos o los tíos (hombres).

6.4.- Entender al propio padre a partir de ser papá

En el capítulo anterior se mencionó que los varones entrevistados de las tres generaciones no recibieron una enseñanza directa de cómo ser padres, sino que lo aprendieron indirectamente de sus progenitores, a través de su ejemplo, y en la práctica. En lo general, sus padres se limitaban a asegurarles que cuando tuvieran sus hijos/as iban a entender (su comportamiento, decisiones, represalias, ausencias; que les negaran un permiso, no les pudieran comprar lo que deseaban, no los llevaran a donde querían, etcétera). Entonces, una vez que fueron padres, los entrevistados, ¿entendieron, finalmente a sus progenitores? Aseguran que sí, porque ahora se dan cuenta de todo

lo que ignoraban desde su rol de hijos, sobre todo los varones del grupo de edad de adultos y jóvenes.

Los adultos mayores aclararon que, si bien ellos y sus padres son perfiles parecidos, cada quien hizo su propio trabajo. Los adultos destacaron que ahora se dan cuenta de todo lo que desconocían como hijos: “responsabilidades”, “obligaciones” y la “presión a la que se sometían sus padres”. Ignacio lo explicó de la siguiente manera:

Ya cuando eres papá y que te pones en los zapatos de tu papá dices: `mis respetos para el viejo o mis respetos para la vieja´. O sea, entiendes en ese momento cuando te dicen ellos `te quiero´. Cuando un papá le dice a un hijo `te quiero´, no lo entiendes, o puedes tener una idea, pero cuando tú se lo dices a tu hijo, entiendes lo que tu papá te decía a ti [...], entiendes ese `te quiero´ [...] como que es un pinche veinte que se te quedó atorado, bueno, montón de veintes, aquí, y que cuando se lo dices tú todo eso se acomoda, y dices `ah, eso es lo que me quería decir mi papá con ese ejemplo´, o cuando te decía `me duele más a mí que a ti´ [...] Cuando tienes que corregir a un hijo y que te duele a ti, si lo que quieres es verlo feliz, y que tú estás sintiendo que le haces una incomodidad a ellos, va en contra de lo que tú esperas, pues, de lo que quieres que tus hijos sean felices. Tú le estás causando una infelicidad, que final de cuentas es por su bien, o entiendes o crees que es por su bien. Entonces, en ese momento no entiendes a tu papá, hasta que te ves en esa situación.

Los varones jóvenes señalaron que entienden más el que su padre no haya podido estar más tiempo con ellos como hubieran deseado, y cómo le hacía para mantener a la familia, cuando, incluso, tenía más hijos/as que ellos y “no renegaba” de eso. Eusebio, señaló que ahora le queda claro cuando su padre le decía: “a veces se hace lo que se puede y no lo que se quiere”.

Dante aseguró que también lo comprende más, aunque aclaró que su padre no fue coherente al decirle “cuando tengas tus hijos vas a entender”, porque no se hizo responsable de los suyos/as, como considera que él si lo hace con su hijo.

De todos los entrevistados, llama la atención la experiencia de Mario, del grupo de edad de adultos, ya que fue el único que dijo que no ha entendido más a su padre una vez que tuvo hijos/as, porque su progenitor es igual que antes y no ha cambiado: “sigue siendo oportunista, egoísta y ventajoso.

Con respecto a sus propias familias, si bien los entrevistados tenían ideales de cómo ser en sus roles de esposo y de padres, puede apreciarse que, en la generalidad, los varones de los tres grupos de edad se mantienen ajenos a las actividades de la casa y el cuidado de los hijos/as, en sus primeros meses y años de casados, por lo que en ninguno de los casos hubo una organización con la pareja para acordar lo que haría cada quien, sino que atendieron en gran medida a lo que sucedía en sus familias de origen, en las que el papá fungía como proveedor económico y la mamá como responsable de las actividades de la casa y los hijos/as.

Aunque los entrevistados de las tres generaciones destacaron que su padre no estuvo mayormente presente en el hogar, porque trabajaba todo el día, por lo que les hubiera gustado más convivencia con él y más muestras de afecto de su parte, ellos mismos, en gran medida, se mostraron ausentes tanto en el proceso de embarazo de su primer hijo/a como en lo relacionado a la crianza y cuidados en sus primeros meses y años, de lo cual, se hacían cargo las esposas, a pesar de que algunas, también tenían un empleo remunerado.

A pesar de que algunos varones, sobre todo de la generación de adultos, intentaron involucrarse más en todo lo relacionado con el hogar y los hijos/as, esas intervenciones las veían como “ayudas” y “colaboraciones” a la esposa, pero no como una responsabilidad propia; y así

haya quienes en su discurso muestran tener claro que tanto los quehaceres como la crianza de los hijos/as le corresponden a la madre y al padre, siguen delegando la mayor carga a ellas.

Capítulo 7.- Prácticas de paternidad y relaciones de género en el hogar

La literatura revisada para esta investigación (Salguero Velázquez, 2004; Jiménez Godoy, 2004; Ortega, Torres, Garrido y Reyes, 2012; Correa, García y Saldívar, 2013; Covarrubias Terán, 2014), sugiere que hay dos modelos predominantes de paternidad: uno tradicional y uno más reciente o “moderno”. En el primero, a los varones se les forma para ser autoridad, proveedores, cabeza de familia, trabajadores, profesionistas, tener éxito en el mundo público; llevar el dinero a la casa, mantener a la familia y dar el apellido; ser modelo de identificación y de respaldo de la identidad personal, para el hijo varón; para no vincularse afectivamente con los hijos/as, ni mostrar flaqueza; y para mantener rigidez, fortaleza fría y distante, como parte de la identidad masculina.

El segundo, además de la proveeduría, implica mayor compromiso social, afectivo, emocional, de tiempo y acompañamiento; la intención de los varones en formar y mantener relaciones más sólidas en sus familias; el propósito de convivir y pasar más tiempo con los/as hijos/as, ser su ejemplo y educarlos en lo académico, físico, sexual, religioso, moral, inculcarles una autoestima alta; expresarles afecto por medio de besos, abrazos, palabras y bendiciones; y ejercer relaciones más equitativas entre los géneros (Salguero Velázquez, 2006), con disposición a la crítica y al cambio de estereotipos y roles genéricos (De Keijzer, 2001).

Sin embargo, los textos consultados también aclaran que en ese intento y deseo de los varones de ser padres más presentes y participativos en sus hogares y con sus hijos/as, se enfrentan a la disyuntiva de cumplir con su trabajo o quedarse en la casa (Torres, Garrido y Navarro, 2015), y a obstáculos como el orden de género, por lo que hay una brecha entre el

discurso del “nuevo padre” y las prácticas en las familias (Herrera, Aguayo y Goldsmith, 2018), de ahí que su participación no es en la misma medida que las mujeres (Rodríguez, Pérez y Salguero, 2010).

De acuerdo con lo recabado en las entrevistas a los varones de las tres generaciones, pareciera que, en la generalidad, existe un trayecto de cambio de prácticas que comienza con la generación de adultos mayores y termina en la de jóvenes. No obstante, si bien se puede observar que la generación de adultos mayores, tanto en sus familias de origen como en las que ellos mismos formaron, se inclina más a prácticas tradicionales, no son los jóvenes quienes se muestran más flexibles o dispuestos a involucrarse más en el hogar y con los/las hijos/as. Se pudiera pensar que son los varones del grupo de edad de adultos los que muestran más apertura al respecto, pero tampoco eso es en gran medida, por lo que luchan entre el querer hacer las cosas de diferente manera y el caer en situaciones que deseaban no hacer, porque querían alejarse de las prácticas que no les gustaban o con las cuales no estaban de acuerdo, de su propio padre.

En ese sentido, al formar sus propias familias, en general los entrevistados replicaron el modelo con base al cual fueron educados: uno tradicional, patriarcal, en el que se le daba mayor importancia al padre, así fuera la madre quien más trabajo hacía en la casa y tuviera un empleo remunerado, a pesar de que idealizaban ser padres más presentes con sus hijos/as, y de que han intentado más involucramiento con ellos/as, así como en las actividades del hogar.

Conforme lo anterior, el presente capítulo busca analizar el involucramiento de los varones entrevistados en los cuidados y la crianza de sus hijos/as, en las diferentes etapas de vida; con base a qué reglas educan a sus hijos/as; cuáles son las actividades que les piden a sus hijos/as que hagan en el hogar y si están o no diferenciadas por el género; de qué manera participan los entrevistados en las actividades de la casa y cuál es su principal responsabilidad en la familia; y

cómo ejercen estos varones la autoridad con sus hijos/as y de qué manera se organizan con sus esposas en ese sentido.

7.1.- Reglas en la familia

De la misma manera que sucedía en sus familias de procedencia, en la práctica de sus propios padres, en sus familias de casados los varones entrevistados, mayormente, son vistos como la autoridad superior, sobre todo en las generaciones de adultos mayores y de adultos. A pesar de que algunos digan que intentan hacer acuerdos con sus esposas, al final es su discurso evidencian que a ellos se les “guarda” cierto “respeto”, que los hace ver como el “jefe” de la casa.

Al igual que lo anterior, otro aspecto que se mantiene en cada uno de los grupos de edad, desde la familia de origen y a lo largo de su matrimonio, es que los varones siguen siendo los responsables principales de la manutención económica, y solo hacen labores domésticas o se encargan de los hijos/as ocasionalmente, como una “ayuda”, en situaciones especiales y atendiendo a sus gustos o la comodidad, por lo que las mujeres continúan como las responsables primordiales de ellas, con la mayor carga en las actividades y en el cuidado, crianza y educación de los hijos/as, aun cuando tienen un trabajo remunerado y contribuyen a los gastos. En ese sentido, se puede decir que en las familias de los entrevistados de los tres grupos de edad, permanece una evidente división sexual del trabajo y, en mayor medida, las mismas concepciones y prácticas de la paternidad que había en sus familias de origen, con las cuales no estaban de acuerdo.

Específicamente, si bien los adultos mayores eran vistos en sus hogares como la máxima autoridad y los proveedores principales del dinero, reconocieron que, en realidad, “quien mandaba” y “ponía las reglas” era su esposa, incluso, que era “más estricta al educar y criar” a

los hijos/as, porque ellos pasaban todo el día fuera, en el trabajo, y ellas eran las que permanecían en la casa. En estas familias, la madre y el padre llegaban a acuerdos, solo para asuntos “fuertes”: “Yo venía aquí y tenía que seguir las reglas que ella imponía. Yo no le podía brincar sobre su autoridad, tampoco. O sea, si ella tenía arreglado así, así se lo dejaba. Nunca hubo conflicto” (Benjamín). En ese sentido, la mamá era quien daba los permisos, regañaba y les pegaba más a los hijos/as: “sentía horrible darle un golpe a mi hijo, una nalgada, lo que fuera” (Uriel).

Aunado a asistir a la escuela y hacer sus tareas, los hijos/as de los adultos mayores, ayudaban ocasionalmente en las labores de la casa, pero no como una obligación: “Nunca les ha inculcado mi mujer ese tipo de cosas” (Santiago). Estos entrevistados no solían ser muy estrictos con sus hijos/as, y solo cuando surgían “detalles” les daban observaciones y les hacía razonar en ellos, aunque sí les prohibían tener amistades o comportamientos a escondidas; y si salían de noche, tenían una hora de llegada, lo mismo mujeres que hombres.

A diferencia de los adultos mayores, los entrevistados adultos aseguraron que no hay quien mande en sus casas, que lo hacen tanto ellos como sus esposas y ante la ausencia de uno u otra, quien esté presente puede dar indicaciones a sus hijos/as, porque tienen “acuerdos preestablecidos”, que procuran no contradecir delante de los hijos/as y mejor los “aclaran a solas”.

Las mujeres entrevistadas de este grupo de edad coincidieron con que en sus familias se intenta llegar a acuerdos entre el padre y la madre: “no es que mande él o mande yo” (Sonia). Lucía aclaró que depende de la situación, ya que lo más importante lo deciden ella y Luis, pero lo cotidiano lo pueden hacer indistintamente, aunque Luis aseguró que “yo soy el de la última palabra”. Aurora señaló que igualmente en su hogar se intentan ese tipo de arreglos, aunque finalmente manda quien “toma más decisiones”: su esposo Emilio.

Esos pactos pudieran evidenciar un mayor interés de los varones para involucrarse en todo lo relacionado con sus hijos/as de una manera no impositiva, en un intento de alejarse de cómo fueron criados. También, como comenta Covarrubias Terán (2004) de algunas familias en los últimos años, de más comunicación y empatía en la dinámica de ellas. Al igual que lo que señalan Ortega, Torres, Garrido y Reyes (2012), lo dicho por Aurora y Luis demuestra que esa dinámica queda como un intento o deseo que se materializa, quizás, esporádicamente, mas no prevalece en sus hogares.

En ese sentido, los adultos señalaron que los regaños por usar de más el teléfono o pelear entre hermanos; los castigos, como limitar paseos, juegos o dinero; y pegarles con chancla, vara o mano a los hijos/as, los pueden indicar o hacer, igualmente, la madre o el padre: “muy al contrario de lo que ahora comentan los nuevos, no sé, terapeutas, de que no debes de tocarlos físicamente, en la palabra [de Dios, la Biblia] dice otra cosa [...]: ‘Con vara se corrige al niño’ [...]. Unas nalgaditas, como nos educaron” (Daniel).

Un aspecto importante es que los entrevistados adultos aclararon que, en la actualidad, en lugar de pegarles a los hijos/as, es más efectivo quitarles el teléfono celular o restringirles *Netflix* o *YouTube*, “eso sí les da en la madre” (Roberto). Al respecto, Giraldo (2015) explica que la autoridad ha ido cambiando y los castigos ahora no son propiamente por medio de golpes o actos ofensivos.

Los varones adultos aseguraron que en sus familias no hay una organización en cuanto a reglas y normas, porque sus hijos/as “ya saben lo que tienen qué hacer”, aunque sí han intentado establecerlas, pero no se siguen: “ese es el problema. El problema más grande que hemos tenido” (Lucía, esposa de Luis). Estos varones comentaron que no les exigen a sus hijos/as una forma específica de vestir, no les indican un horario para ir a la cama o comer, pero sí les prohíben

levantar la voz, decir groserías, ser irrespetuosos, gritarles a los adultos y acostarse tarde; les piden colaborar en la preparación de alimentos, lavar la loza; solicitar permiso para salir a jugar o a una fiesta; indicar el lugar donde van a estar y con quién, y contestar el teléfono; y pueden tener novio/a, si lo/a eligen “de la mejor manera”.

Los varones adultos consideraron que imponen su autoridad con hechos, por lo que sus hijos/as se comportan de acuerdo con lo que ven que ellos hacen, y no con lo que les dicen. De tal manera que si quieren que sean trabajadores, que laven el carro o limpien el baño, primero lo son y lo hacen ellos. Aclararon que más que imponer su autoridad, buscan que sus hijos/as sean responsables por sí solos, lo cual demuestran al manejar con precaución, cumplir con la escuela o al no salir de la casa sin permiso. Destacaron que son respetados como padres, porque sus hijos/as los obedecen, colaboran en los quehaceres del hogar y se dirigen a ellos de “usted” y no de “tú”.

De igual manera que los adultos entrevistados, en las familias de los varones jóvenes no manda la madre o el padre, específicamente, sino que intentan hacerlo entre los dos. Aunque la proveeduría económica recae en ellos, las esposas también contribuyen en ese sentido, y son las responsables principales de las actividades de la casa y los hijos/as.

Cabe decir que a diferencia de los grupos de edad anteriores, en su mayoría los entrevistados jóvenes tienen hijos/as entre 1 año y medio y 6 años de edad, por lo que aclararon que, más que establecer normas y reglas, dan “instrucciones”, “indicaciones” y “órdenes” en el momento que se requiere y “acordes a la edad” de sus niños/as, como ordenar sus pertenencias, limpiar su cuarto, comer y usar uniforme para la escuela; y les prohíben jugar con agua y tierra. Estos varones comentaron que, ocasionalmente, les dan nalgadas a sus hijos/as de manera “leve”, porque “estoy en contra de pegarle en las manos y jalarle las orejas” (Dante); los regañan cuando

se “portan mal”, son groseros/as, hacen berrinches; y los/as castigan quitándoles los juguetes. Reconocen que a veces exageran con las represalias, pero es por “proteger” a los hijos/as, porque no les gusta que otras personas les llamen la atención, si hacen algo mal.

Los entrevistados jóvenes aclararon que lo que les dicen a sus hijos/as que hagan o eviten, no queda establecido porque, por sus edades, no lo “retienen” y/o “entienden”, aunque intentan educarlos/as en función de que tengan responsabilidades, como levantar su plato de la mesa, poner la ropa sucia en su lugar, y en que sean honestos/as.

7.2.- Diferencias género y de edad y en la crianza

Los varones entrevistados aseguraron que no hay diferencias de género en las indicaciones que dan sus hijos/as, por lo que les permiten lo mismo tanto a las mujeres que a los hombres. Sin embargo, en sus comentarios se puede observar que eso no es tal cual en todos los aspectos, sobre todo en las generaciones de adultos mayores y jóvenes. Además, si se toma en cuenta lo que los mismos entrevistados aseguran: que de alguna manera ellos tomaron, indirectamente, actitudes de sus propios padres, sus hijos/as estarían haciendo lo mismo y, por lo tanto, retomarían de ellos que las mujeres son para el hogar, el espacio privado, los quehaceres de la casa y la crianza y cuidados de los niños/as, y los hombres, para la proveeduría económica.

Los adultos mayores comentaron que sus hijos/as ayudaban en las labores domésticas, incluso ocasionalmente podían colaborar en la elaboración de alimentos, “si el tiempo se los permitía”: si llegaban de la escuela temprano y no tenían tareas. Como puede observarse, “si el tiempo se los permitía”, “si salían temprano” y “si no tenían tareas”, indican que no hacían esas actividades como una obligación o responsabilidad, sino como “ayuda”. Al respecto, Julia, la esposa de Artemio, aclaró que en su casa no había “hombres” y “mujeres”, ni “tú no, tú sí”: “¡Uy,

no, para nada! ¡Todos...! O sea, el quehacer no era mío, la casa no era mía. La casa es de todos, y todos...”. Cabe decir que, si bien su esposo no lo mencionó, ella dijo que en su casa había una persona que “ayudaba” (empleada doméstica), por lo que, quizás, no había tantas actividades por hacer y, en ese caso, con mayor razón se trataba de una “ayuda” o colaboración la de los hijos/as, pero no una responsabilidad.

Con respecto a tener novio/a, estos varones aseguraron que no hacían diferencias en cuanto a lo que les decían a sus hijos/as, y que tanto a unos como a otras buscaban “darles confianza” en ese sentido. No obstante, sus indicaciones evidencian que los hombres tuvieron más libertad y menos restricciones que las mujeres. Por ejemplo, Uriel señaló que él confiaba en sus hijas, les hablaba del respeto hacia la pareja y no tuvo necesidad de ponerles un “chaperón”, y no hubo un “metí la pata” (salí embarazada). Artemio destacó que constantemente les decía a sus hijas que no quería enterarse de que sus esposos las golpearan, porque ese día él se retiraría de ellas, ya que “contaban con la preparación suficiente para no permitirlo”. Tanto un entrevistado como el otro no hablaron de sus “hijos”. “meter la pata” solo era algo propio de sus “hijas”, no de sus “hijos”, cuando estos también podían estar en la misma situación con sus novias; y las “hijas” no debían permitir ser golpeadas, cuando los “hijos”, o bien podían ser golpeadores de sus novias/esposas o golpeados por ellas, por lo cual lo que esperaban y temían de “unas”, podían también esperar y temer de “ellos”.

Al igual que los adultos mayores, los adultos entrevistados aseguraron que las indicaciones que dan a sus hijos/as no están diferenciadas por el género, y que les piden tanto a ellas como a ellos que hagan labores domésticas. Reconocieron que, cuando no las realizan, es por “pereza” y no por un motivo relacionado con que son “mujeres” u “hombres”. Aunque

Roberto intenta ser igual con su hijo y su hija, reconoce que ha sido más estricto con ella, en el aspecto de cómo se viste. Al respecto, explica:

Soy un poco más estricto con la niña, en el sentido de que mi esposa le ha permitido, por ejemplo, desde chiquita, obvio ya cuando empezó a crecer, ella se empezó a poner ropa de mi esposa que le quedaba: `mira mamá´ o `préstame esta blusa, préstame ese vestido´ o `ya me voy a pintar´ o `ya me voy a depilar´ o `ya me voy a hacer esto o lo otro´. Entonces hay como más restricciones en ese tipo de cosas [...], la ropa destapada, por ejemplo.

Una particularidad de los entrevistados jóvenes es que todos tienen o una hija o un hijo, por lo cual, en la práctica, de manera directa, pudiera pensarse que no pueden hacer estas diferencias en la educación. No obstante, se aprecia que las indicaciones a sus hijos/as, corresponden a los estereotipos de lo que comúnmente debe hacer un “niño” y una “niña”, a pesar de que, al momento de la entrevista, el más pequeño tenía 1 año 6 meses y la mayor 6 años. Al respecto, Dante consideró que, “por la edad” de su hijo (2 años 2 meses), lo educa igual que si fuera niña, porque “no puede ser de otra manera”, y solo hasta que sea adolescente le hablaría de drogas, alcohol y sexualidad, por ser un “varón”. En cambio, si fuera “mujer” y estuviera en esa etapa, no le diría que “todos los hombres son malos como normalmente se cree”, sino la “realidad”, “las cosas como son”, pero no “groseramente”. En el comentario del entrevistado, se puede ver que, por un lado, considera las drogas, el alcohol y la sexualidad propios de la adolescencia, cuando pueden presentarse en otras etapas; y, por otro, exclusivos de “varones”, cuando son asuntos que, en todo caso, tanto ellos como las mujeres las pudieran consumir, por lo que a ambos sería necesario instruirles, educarles y alertarles, al respecto.

Aunque su comentario, igualmente, está sujeto a los estereotipos de género, llama la atención que de todos los entrevistados, solamente Pablo reconoció que sí debe tratar a su hijo de manera específica por ser “varón”, porque “los trabajos no son los mismos para hombres y mujeres”. Aclaró que, “posiblemente”, cuando su hijo esté más grande haya más “equidad” o “paridad”, pero por ahora solo debe decirle lo que “puede hacer como hombre”: “lo de mayor peso” o esfuerzo, y no cree que deba indicarle que no puede barrer ni trapear.

7.3.- La responsabilidad del padre en el hogar

De la misma manera que de recién casados y en sus primeros años de matrimonio, la principal responsabilidad de los varones entrevistados continúa siendo la de proveer el dinero para los gastos de la casa. Eso no los exenta de que hagan otras actividades, de que participen en los quehaceres y la crianza, educación y cuidados de los hijos/as. Sin embargo, su involucramiento en ello sigue siendo menor que el de sus esposas y lo continúan viendo como una “ayuda” o “colaboración” a ellas, a pesar de que la mayoría de estas mujeres trabajan remuneradamente y colaboran con la manutención.

En ese sentido, se puede decir que, en las familias de los entrevistados de las tres generaciones, en diferente medida y más en unos grupos de edad que en otros, existe una división sexual del trabajo y de las responsabilidades. En otras palabras, en lo general, estos varones, tienen una participación e involucramiento en el mismo sentido que lo hacían sus propios padres y ellos mismos de recién casados y en sus primeros años de matrimonio, a pesar de que no estaban de acuerdo con el desempeño sus progenitores y de que son conscientes de que la responsabilidad de los hijos/as y las actividades de la casa deben ser compartidas con sus esposas.

Torres, Garrido, Reyes y Ortega (2008) señalan que las responsabilidades que padres y madres asumen para con sus hijos/as, son las educar, cuidar, vestir, alimentar, dar amor y respeto.

Los adultos mayores consideraron que la crianza y educación de los hijos/as les corresponde tanto a la madre como al papá. No obstante, aunque aclararon que cumplieron con eso esporádicamente porque el trabajo no les permitía hacerlo de tiempo completo, su rol principal fue de proveedores económicos, por lo que las madres se dedicaron mayormente al hogar y a los hijos/as. Artemio reconoció que su esposa “agarró la batuta más fuerte. Participó más en la crianza”, y ella reiteró: “A lo mejor el que menos participaba era mi esposo, que en se tiempo estuviera fuera, o algo, trabajando, pero igual lo hacía” (Julia).

Los varones adultos señalaron que tanto el padre como la madre deben dar un buen ejemplo a los hijos/as y orientarlos “en la medida de lo posible”. Aunque estos entrevistados participan más que la generación anterior en la crianza, al igual que ellos su labor primordial en la familia es la de proveer el dinero, con la diferencia de que sus esposas también trabajan y contribuyen a eso, así sigan teniendo la mayor carga de las actividades del hogar y los/las hijos/as. Sin embargo, Roberto destacó que “por naturaleza” las mamás son un poco “más comprensivas” o “blandas” en ciertas cosas, por lo que, él como hombre, es “más estricto”. Emilio, también, señaló lo que por “costumbre” le toca a las mujeres y a los hombres en el hogar:

Hay situaciones que por costumbre las hace la mujer, como comprarles la ropita a las niñas, los cuidados más cercanos, y yo la verdad no he sido muy apegado, muy cariñoso con ellos (hijas/o), pero siento que sí en cuanto a las tareas de la escuela o, incluso, a veces yo soy el que he ido a las juntas, como que, en la cuestión escolar, yo desde la primaria, desde la secundaria, porque a veces he podido más en cuanto al tiempo, ir a las juntas con ellas (las hijas o el hijo), o llevarlos. Recuerdo mucho que una cuñada lo

mencionó, pero no se lo tomé mal, de que dijo: “Ellos ocupan un padre, no un chofer”, porque yo los he llevado a la escuela, yo soy el que, a pesar de que mi esposa maneja, como que ellos me solicitan más a mí en ese sentido. Entonces hay roles no determinados, pero que se han ido haciendo por costumbre.

Las mujeres entrevistadas de este grupo de edad, coinciden con sus esposos. Por ejemplo, aunque Lucía tiene claro que los derechos y obligaciones del padre y la madre en la familia deben ir en partes iguales y de que destacó que su esposo Luis, “desde siempre”, le ha ayudado mucho en la casa, consideró que el deber de él es hablar con los/las hijos/as y dar a notar su lugar, lo cual “no es que esté por encima de mí”, porque finalmente “él es el papá” y como tal “merece respeto” y “se le debe ver como la cabeza de la familia”. En cambio, señaló que, como esposo, le corresponde ser “compañero” de la mamá en la crianza de los hijos/as, aunque “creo que eso ha sido lo que más hemos tenido un poquito de conflicto”. En esa misma tónica, Aurora comentó que a Emilio le atañe llevar y traer a sus hijos, porque “la manejada es más de él”, con lo que deja fuera prácticamente todos los aspectos relacionados con la salud emocional, protección, consejería, etcétera que podría hacer un padre.

Los comentarios de estas entrevistadas acerca de lo que le corresponde a la madre en la familia, refuerza la división sexual que se vive en sus hogares, aunado a que la participación de los varones en ellos, la ven como “ayuda” y “colaboración” a las mujeres. Por ejemplo, Lucía mencionó que a ella le toca ser “compañera”, “motivadora”, “conciliadora”, “organizadora de momentos en familia”. Por su parte, Aurora aclaró que a ella, específicamente, le corresponde hacer la comida, “aunque lo hacemos los dos”.

De la misma manera que las generaciones anteriores, los varones jóvenes tienen como responsabilidad principal la de proveer el dinero necesario para los gastos de la casa, a lo cual,

como en la generación de adultos, contribuyen sus esposas quienes, también, se hacen cargo de la casa y de los hijos/as. Cabe aclarar que estos entrevistados “ayudan” y “colaboran” con sus esposas en los quehaceres, la crianza y educación de los hijos/as, solo “cuando se requiere”. Pablo comentó que puede “estar acostado todo el día”, pero si “le da por limpiar”, trapea, barre y asea los baños. Lavar la ropa, solo lo hace si ve a su esposa ocupada. Eusebio reconoció que no le gusta cocinar, barrer, trapear, lavar ni nada relacionado con los quehaceres: “no creo que alguien diga: ¡Wow, me gusta barrer!”, pero lo hace porque, al igual que su esposa, “son su responsabilidad”, aunque “prefiere” lavar la ropa, porque solo la echa a la lavadora, la saca cuando está lista, la mete a la secadora y luego cada uno/a la acomoda: “No batallo”. Víctor destacó que su responsabilidad es la proveeduría, “que haya un plato qué comer”, y la “educación personal” de su hija.

Las esposas de los varones de esta generación, concuerdan con lo que ellos dicen acerca de su responsabilidad en el hogar. María dijo que Víctor solo participa en labores domésticas cuando ella “se lo pide” o él “algo ve mal”, pero la mayor parte de las actividades, las realiza ella. Por su parte, Guadalupe comentó que Dante, a veces, le “ayuda” a barrer, echar ropa a la lavadora o a preparar comida. La experiencia de Ana es en el mismo sentido. Explicó que a Pablo le corresponde barrer, trapear y lavar el baño, pero lo hace a veces, por lo que la mayoría del tiempo lo termina realizando ella, lo cual aclaró que le molesta, porque a pesar de que ella trabaja remuneradamente, también, no puede incumplir en sus actividades de la casa:

Me da coraje eso, que él siente que a mí me corresponden todas las labores de la casa. Él sigue sin entender esa parte, de que, como que él, siempre: `Ah, tú eres la mujer, tú te haces cargo de lavar la ropa y hacer la comida y de cuidar el niño´, y ni siquiera lo nota [...]. Sí me molesta esa parte, de que yo jamás he dejado de trabajar.

En este aspecto, llama la atención que solo en el grupo de edad de adultos se observa una intención de más involucramiento del padre en las actividades de la casa y las relacionadas con los hijos/as. Si bien estos varones terminan siendo mayormente proveedores, al menos en su discurso tienen claro que los quehaceres y los hijos/as no son una responsabilidad exclusiva de sus esposas. Esta particularidad pudiera explicarse por ese desacuerdo que mostraron la mayoría de ellos en cuanto al poco o nulo involucramiento de su progenitor en lo relacionado con el hogar y los hijos/as. Aunque los padres de los adultos mayores tampoco participaron en ese sentido, el discurso de estos entrevistados evidencia que no estaban inconformes con su padre y que sobreentendían que él era el encargado de la proveeduría, de las “cosas de hombres”, ya que, por ejemplo, Santiago tenía claro que su mamá se encargaba de las “cosas de mujeres” (los quehaceres y los hijos). Por su parte, los jóvenes expresan desacuerdos con su padre en este sentido, pero quizás en ellos influya la inexperiencia y los pocos años que tienen como esposos y padres, y se encuentren en un proceso que lleve a su familia a prácticas más equitativas.

Las responsabilidades de padres y madres en las familias de los entrevistados de los tres grupos de edad son y se realizan en concordancia con lo que dicen Ortega, Torres, Garrido y Reyes (2012), de que, en la realidad, las actividades de hombres y mujeres como progenitores no son las mismas ni equitativas, además de que parecieran estar dadas por el sexo de cada uno/a de ellos/as, por lo que hacen lo que tradicionalmente se les ha asignado: ellas cuidadoras y educadoras; y ellos proveedores económicos.

Cabe aclarar que, aunque los entrevistados de los tres grupos de edad, en comparación con sus esposas, no son los principales cuidadores de sus hijos/as, coinciden en que no hay un momento en el que el que se deje de tener la responsabilidad de los hijos/as. Es curioso que sus

comentarios al respecto no están relacionados específica ni claramente con el aspecto económico, el cual tiene que ver con su principal labor en la familia.

Al respecto, los adultos mayores consideraron que, independientemente de la edad, si viven con ellos o no, o si están casados o solteros, van a estar pendiente de sus hijos/as, aunque “sin entrometerse demasiado”. Este grupo de edad destacó que el compromiso con los hijos/as es “hasta la muerte”, por lo que no están de acuerdo con otras culturas, que a los 18 años les dicen que se vayan de la casa, porque estos varones destacaron que siempre está presente la inquietud y el deseo de que los hijos/as estén bien.

Los adultos señalaron que, así los hijos/as estén casados/as y sean abuelos, estarían pendiente de ellos/as. Aclararon que podrían no ser una carga económica, pero los seguirían aconsejando sin ser “metiches”. Ignacio explicó que lo “natural” es que los hijos/as hagan su propia vida y “por salud mental” no debería de haber una “dependencia”. Destacó que mientras viva, él será el padre de sus hijos/as, y así les da libertad y ellos/as hagan su propia vida, “estará por si lo necesitan”, por lo que en ese sentido “no debería terminar la relación del padre con los hijos/as, respetando la individualidad, sin ser la mamá o el papá metiche”.

Los varones jóvenes coincidieron con que siempre se está pendiente de los hijos/as, sin importar la edad y si viven o no con ellos/as. Su comentario se basa en la experiencia con sus propios padres, quienes, “los siguen procurando” y “apoyando”, a pesar de que ya están casados, porque “el padre, igual que la madre, siempre lo es.

Como puede observarse, la división sexual en las responsabilidades del hogar y para con los hijos/as es un aspecto que persiste en los tres grupos de edad. Como se mencionó en el Capítulo V, los varones entrevistados fueron criados en familias nucleares, tradicionales y patriarcales, en las que, el padre fungía como la autoridad principal y el proveedor económico.

Este aspecto propició, entre cosas, que los hijos/as no tuvieran mucho contacto con su padre y que desearan más presencia y afecto de su parte, y que ellos mismos no quisieran ser igual que su progenitor, cuando tuvieran su propia familia.

Sin embargo, puede apreciarse que, en la generalidad, los varones terminaron reproduciendo significados y prácticas en torno a la paternidad, acordes a su familia de origen, por lo que dedicaron más tiempo al trabajo y menos a los hijos/as. A pesar de que los entrevistados refieren que en sus familias no se habló de reglas, como tampoco las hubo en sus casas, de pequeños, es claro que sí les dan indicaciones a sus hijos/as de lo que deben y no hacer, lo cual, en algunos casos, está diferenciado por el género, con lo que les piden a sus hijos y a sus hijas, lo que comúnmente se espera de los hombres y las mujeres en un contexto tradicional, y lo mismo que hicieron ellos y sus hermanos/as en su familia de origen.

Aunque en su ejercicio paterno los varones terminaron haciendo lo mismo que sus propios padres, cabe aclarar que en el grupo de edad de adultos puede observarse más involucramiento de ellos en sus familias. Sin embargo, ven su participación como una “ayuda” y “colaboración”, y no como una responsabilidad suya.

Capítulo 8.- Relaciones afectivas en la familia

En una conversación entre dos amigos, sorprendido, uno de mediana le dice a otro que, al irse de viaje por varias semanas, al despedirse de su padre, este le dio un beso. El primero que le daba, aunque no descarta que, de muy niño, le hubiera demostrado el afecto de esa manera, pero no lo tiene registrado en su memoria. El otro amigo, resignado, le hace ver que tiene suerte, porque él, con poco más de cuarenta años, aún no recibía ese gesto de parte de su propio papá, porque es muy “distante” y “seco”.

Este pequeño relato no es particular. He escuchado situaciones similares, prácticamente, toda la vida, específicamente, en relaciones que involucran a varones, o sea, pareciera que esta situación es menor o no se presenta entre el papá y sus hijas, con quienes sí suele ser explícitamente cariñoso. Quizás, de fondo, existe temor en esos varones, padres e hijos, a verse femeninos, a parecer mujer y a que se piense que por un “te quiero”, un beso o un abrazo, los demás tomen sus acciones como “debilidad” y consideren de ellos que son o parecen homosexuales, porque en “entre mujeres”, la expresión de afecto no se ve “mal”, pero “entre hombres” sí.

Como varones criados en familias nucleares, tradicionalistas y heteronormativas, la mayoría de los entrevistados de las tres generaciones no recibieron expresiones de afecto de parte de su padre. Sin embargo, en su discurso se puede observar que, en comparación a sus progenitores, ellos fueron más “cariñosos” con sus hijos y, sobre todo, con sus hijas. A pesar de que hay diferencias entre los distintos grupos de edad, eso no se trata, precisamente, de un aspecto que haya avanzado desde los adultos mayores a los jóvenes, sino que en la generación de adultos, podría haber demostraciones de afecto más claras, de los padres a los hijos/as, ya que los

adultos mayores fueron quienes más reconocieron que no fueron cariñosos con sus hijos/as y, si bien los jóvenes sí lo son, pudiera corresponder a lo que los mismos entrevistados afirman, que es más fácil expresar el afecto cuando los hijos/as son pequeños/as.

Algunos autores consultados para este trabajo de investigación (Núñez Noriega, 2015; Ramírez Rodríguez, 2014; Salguero Velázquez, 2006; Montesinos, 2004; Celedón, 2001; Kaufman, 1997), señalan que debido a la masculinidad hegemónica, los hombres no tienen posibilidades de expresar sus sentimientos, porque a decir de Kaufman (1994), para conservar el control, los varones deben mantener una coraza dura, aprender a no expresar los sentimientos y a esconder las emociones, ya que, como aclara Salguero Velázquez (2006), en un contexto tradicional, ese asunto le corresponde a las mujeres.

En ese sentido, en este capítulo se analizará las relaciones afectivas que los varones de los tres grupos de edad establecieron en sus familias de origen, con su padre y su madre, y las que han mantenido con sus esposas y sus hijos/as. De la misma manera se examinan los factores más importantes para el funcionamiento de la familia, los valores que los entrevistados intentan inculcar a sus hijos/as, y los aspectos en los cuales piensan que han sido y en los que no, un ejemplo para sus hijos/as.

8.1.- Afectividad en la familia de origen

Una coincidencia importante entre los varones entrevistados de las tres generaciones es la relación afectiva con sus progenitores. Mientras con el padre fue prácticamente nula, con la madre fue de mucha cercanía y convivencia, a lo cual pudo haber contribuido que en el modelo de familia patriarcal en el que crecieron, los padres pasaron la mayor parte del tiempo fuera de la

casa, por su trabajo, y las mujeres permanecían en el hogar, a cargo de los quehaceres y de los cuidados, crianza y educación de los hijos/as.

En ese orden de ideas, los varones entrevistados señalaron que tuvieron una relación “de respeto”, de “poca cercanía” y “escasa convivencia” con su padre, debido, principalmente, a que era “reservado”, “serio”, “seco”, “rígido”, “amargado” y “estricto”, y en ocasiones “corajudo”, “regañón”, “explosivo”, “agresivo”, “egoísta”, “oportunista”, “inflexible” y “malo”, lo cual propició que no hubiera conversaciones entre ellos, ni realizaran actividades juntos, más allá del acompañamiento al trabajo. Destacaron que, más que nada, recibían de su parte “recomendaciones”, “instrucciones” e “indicaciones”, aunque Ignacio refirió “pláticas largas” con él, para contarle sus planes, porque “no tenía yo un amigo al que yo le dijera: la neta, estoy a la madre”. En esa misma tónica, aclararon que el tema de la sexualidad, tampoco estuvo entre sus conversaciones. Artemio aclaró que este asunto se trató “con la distancia del pudor. No era una plática abierta, sexual, ni de mujeres”. Dante comentó que su padre solo le preguntaba qué le parecía alguna “morrita” (chica) que vieran pasar, y le sugería que se “metiera” con ella (tuviera relaciones sexuales): “al modo, hombre machista”.

Si bien los entrevistados comentaron que hubo enseñanzas de parte de su padre, aclararon que, mayormente, las recibieron a través de su ejemplo. Entre ellas: los valores del trabajo, responsabilidad, perseverancia, honestidad, humildad, honradez, bondad; cualidades como “ser derecho” y “de palabra”; y las recomendaciones de evitar vicios, no cobrar favores, “elegir bien” a la “mujer para toda la vida”, “llevarse bien” con la pareja, ser responsables con la familia, no casarse joven o antes de terminar los estudios, trabajar y viajar, y usar condón en las relaciones sexuales para “evitar embarazos” y enfermedades. Contrario a eso, Mario señaló que su padre le dio consejos “machistas”, al decirle “no te dejes”, “pinches viejas”, “no seas tonto” y “golpéalos

así”. Eusebio se refirió de su padre de igual manera y destacó que, debido a eso se decía a sí mismo: “No voy a ser como él”. Dante enfatizó que a su padre le “valía madre”, porque no se responsabilizaba de su familia, y aun así llegaba a la casa y quería mandar, cuando se iba días de parranda.

Por su parte, Emilio mencionó que aprendió de su padre a no ser agresivo, golpeador y grosero como como él: “Trato de no ser, no imitar a mi padre [...]. Yo siento que a mí me sirvió de lección para no ser como él, porque yo creo que no es lo correcto”. El entrevistado señaló que, a veces, deseaba pertenecer a otra familia y que alguien diferente fuera su padre:

Reprobaba como nos trataba, la manera de ser de él. Cómo trataba a mi madre, sobre todo [...] porque ella, no porque haya sido mi madre, pero era una persona muy noble. Nunca una grosería, nunca un maltrato hacia él (su esposo). Siempre atendiéndolo y nunca le daba gusto, pues. Al contrario, lo que recibía eran agresiones. Pero sí [...], yo no estaba de acuerdo con la forma de ser papá de él.

Los varones de los tres grupos de edad coincidieron en que las demostraciones de afecto de parte de su padre, prácticamente fueron nulas. Solo muy pocos refirieron abrazos, besos y palabras “afectuosas”. Artemio destacó que su padre, incluso, se excusaba por eso: “disculpen, pero no me nace. [...]. Los quiero mucho, pero no soy cariñoso”, les decía. Eusebio comentó que sentía rechazo de su padre y dudaba de que fuera su progenitor, y pensaba que él decía: “es mi hijo, le voy a dar el apellido, y hasta ahí”.

Los entrevistados explicaron que, mayormente, su padre era de “dar dinero”, un “trato cordial” y “hacer bromas”. No obstante, Benjamín aseguró que a sus hijos/as, su padre les daba besos, abrazos y les decía que los quería: “Nos adoraba. Éramos sus ojos”. Ignacio recalcó que lo “marcó” un abrazo que su padre le dio después de pegarle por haber peleado con su hermano: “A

lo mejor eso fue lo que yo tenía: hambre de abrazos [...] y a lo mejor por eso mi relación con él fue más cordial”.

Contrario a lo anterior, los varones de los tres grupos de edad concordaron que la relación que tuvieron con su madre fue más cercana. Aunado a muestras de cariño, pláticas, atenciones, convivencia, situaciones agradables y enseñanzas, de ella tuvieron más presencia en el hogar, porque, como se expuso en el capítulo anterior, la madre era la responsable de las actividades de la casa y el cuidado, crianza y educación de los hijos/as, por lo que la veían más y era a quien le tenían más confianza para contarle sus cosas.

En ese sentido, los entrevistados comentaron que si bien el trato con su madre, igual que con su padre, fue “de respeto”, con ella fue más cercano, porque era “buena”, “honesta”, “responsable”, “tesonera”, de “mucho corazón”, “encantadora”, de “sacrificio”, “religiosa”, su “protectora”, “único apoyo” y “trabajadora del hogar”. Aclararon que si ocasionalmente era de choque, se debía a que, para algunos, su madre era de “carácter firme” y “muy seca”, o a que ella estaba en el hogar al pendiente de los hijos/as, para atenderlos, apoyarlos en las tareas escolares y “no se alcanzaba para todo”, por lo que se ponía de “malas”, “amargada” y “dramática”.

Los varones entrevistados recalcaron que en la convivencia con su madre preparaban alimentos y bromeaban; que platicaban acerca de la escuela, deportes, amigos/as, de sus gustos y noviazgos. Explicaron que de ella recibían los consejos de estudiar, “portarse bien”, no pelear, no ser groseros, agresivos ni imprudentes; recomendaciones como trabajar para comprarse una casa y un carro, “elegir bien” a la persona para casarse, y respetar a las mujeres. Señalaron que de su madre aprendieron a “llevarse bien”, quererse y apoyarse entre hermanos/as; a ser un padre

“bueno”, “obligado” y “amoroso”³⁶; a ser responsables, amables, “buena gente”, empáticos, intuitivos; a “no dejarse”; no probar las drogas; a levantarse temprano; y el interés por el estudio.

Sin embargo, los entrevistados destacaron que su madre tampoco les habló abiertamente de sexualidad, que solo recibieron de su parte recomendaciones de cuidado en las relaciones para no embarazar a sus novias o contraer una enfermedad, aunque aclararon que “este no es un asunto para hablarse con los padres” y menos con la madre, porque les avergüenza, y que se aprende de lo que dicen en la escuela, así sea “básico” y “esporádico”.

A pesar de que la mayoría de los entrevistados dijeron que las expresiones de afecto de parte de la madre eran “frecuentes” y “abundantes”, no solo por medio de besos, abrazos y palabras “cariñosas”, sino que también los consolaba y apapachaba si los miraba tristes y los acompañaba a comer, para otros no fue así. Ignacio aseguró que le faltó más cariño de su madre, aunque con el tiempo aprendió que “le dio lo que tenía y, a lo mejor, se inventó cosas, porque entiendo el proceso, que a ella no le enseñaron”. Dante enfatizó que le disgustaba que su madre no fuera tan cariñosa como él deseaba. Eusebio destacó que su madre “se quedó corta” porque “estaba y no estaba [...] Como si yo tuviera un mono, y está el mono ahí, y sé que está el mono, y ya”, aunque consideró que hizo “lo que pudo, con lo que tuvo, el tiempo que tuvo”. Si bien Benjamín y Santiago no recibieron mucho afecto de su madre, aclararon que se debió a que enviudaron. El primero, explicó que ella “endureció un poco” a raíz de la muerte de su papá, para que “no nos fuéramos chuecos”. El segundo comentó que, al fallecer su padre, ella se volvió “solitaria” y “no inculcó” el afecto en sus hijos/as, y que solo en una ocasión recibió un beso y un abrazo de su madre:

³⁶ Es importante recordar que en el capítulo que aborda el ideal de paternidad, al mencionar cómo se aprende a ser padre, los varones, aseguraron que es en la práctica, y que ni su padre ni su madre les dijeron nada al respecto, y si aprendieron algo de su parte, fue por medio del ejemplo.

No se nos inculcó el abrazo, el beso, expresiones de esa naturaleza. Nunca nos las inculcaron, ¿por qué? Porque mi madre, de la soledad, el sufrimiento no le permitía mucho ese detalle. Cuando yo me recibí, cuando me gradué, cuando me gradué o cuando me casé, no recuerdo cuándo, me abraza mi madre y me da un beso. El único beso que yo recuerdo [...]. De tal manera que ninguno de nosotros tiene esa forma de expresión, porque no nos la inculcaron.

De los recuerdos más gratos con su madre, los varones señalaron que los defendía y los protegía de los regaños de otros familiares, su buen trato, sus conversaciones, que les cantara, les perdonara castigos, los protegiera del “mal trato” del padre cuando llegaba borracho a casa, su constate interés de sacar adelante a la familia, que se “fajaba los pantalones” por los hijos/as, y que a pesar de trabajar y estudiar “se la rifó”, porque no descuidaba a los hijos/as en aspectos de alimentación, limpieza y vestimenta.

8.2.- Relación con la esposa

Los entrevistados de las tres generaciones coincidieron en que tienen una “buena” relación con sus esposas, por lo que mayormente no discuten ni pelean. No obstante, a decir de ellos mismos no siempre ha sido así, ya que los primeros años juntos fueron complicados para que cada quien entendiera que debían considerar a alguien más en sus acciones y decisiones. Llama la atención que la convivencia de pareja de los entrevistados de las tres generaciones depende en mayor medida de los hijos/as, ya que sin ellos/as, prácticamente no existe.

Los adultos mayores señalaron que mientras no tenían hijos/as salían con sus esposas. También, que a veces discutían con ellas, sobre todo porque algunos querían seguir conviviendo

con los amigos, por lo que las esposas “les cortaron las alas”, y ya no fue la misma, porque en esas reuniones los acompañaban ellas.

Por su parte, los adultos refirieron poca convivencia con sus parejas, porque prefieren salir en familia para estar todos/as. Aseguraron que generalmente no pelean o que discuten por asuntos menores, ya que intentan conversar y arreglar sus desacuerdos sin culpar a la otra persona. Si bien suelen demostrarse el afecto a través de besos, abrazos y palabras “cariñosas”, también lo hacen ayudándose, al preparar el alimento que le gusta al otro o la otra, o regalándose “detalles”. Estos varones coincidieron en que su relación al principio no fue del todo buena, ya que si platicaban no lo hacían “íntimamente”, no expresaban lo que sentían y, al igual que los adultos mayores, querían seguir saliendo con los amigos/as.

En concreto, Ignacio consideró que su relación ha sido de etapas, y que, en los primeros años, fue “de la chingada”, porque era muy diferente ir cada semana a ver a la novia a convivir todos los días como pareja. En se sentido, explicó:

Los primeros años fueron agridulces. Obviamente, el hecho de estar con la persona que amas, de olerle los pedos, de verla recién levantada, no cambiadita, no maquilladita, así como te espera (en la visita, de novios), sino ya verla todos los días cuando se levanta y que te vea también a ti en calzones, despeinado, greñado, todo ojeroso, con la baba, eso pone a prueba, obviamente, la relación, y pues obviamente el primer año es de eso, te encuentras con eso, y nadie te prepara para eso [...] todo lo que no viste, porque el noviazgo es todo lo bonito, y entenderlo y aceptarlo, si decides hacerlo, y el ir madurando la relación.

El entrevistado destacó que su esposa ha sido “muy celosa” y él “muy alegre”, por lo que ha tenido hacer “un ejercicio” para valorar las cualidades de ella y no solo tomar cuenta un

aspecto que no le guste: “Sopetas, dices va, necesito ceder, porque es mucho más lo bueno y la relación vale la pena”.

Por su parte, los jóvenes concordaron con los adultos en que la convivencia, más que de esposos, es con toda la familia, ya que cuando salen o hacen algo en la casa, como ver alguna película o jugar, prefieren que los hijos/as estén presentes. Específicamente, Pablo señaló que es muy raro que salgan en pareja, por lo que si pueden llevan a su hijo: “Prefiero llevármelo que ir a dejarlo a mi suegra, no es que no me guste, sino que siento que esa responsabilidad no es de ellos (de su suegra y suegro), y si yo puedo [...], el niño, trato yo traerlo casi siempre conmigo, para dónde vamos”.

8.3.- Relaciones afectivas con los hijos/as

En el apartado anterior se expuso que los entrevistados tuvieron un trato distante con su padre, de quien, recibieron escasas muestras de cariño. En cambio, su madre, además de tener una relación más cercana con ella, significó para algunos su “defensora” y “protectora”, y de quien la mayoría recibió besos, abrazos y palabras afectuosas. Una de las razones por la cual se presentó esa situación, es porque los padres pasaban la mayor parte del día fuera, en el trabajo y las madres en la casa, como encargadas de todo y todos/as. Otro motivo es que la expresión de afecto no se considera propia de los varones en un contexto patriarcal, tradicional y hegemónico, por lo que, como dice Montesinos (2004), ellos tienen que ocultar los sentimientos, el dolor, la impotencia, el miedo y la debilidad.

Cabe aclarar que, para los entrevistados de todas las generaciones, el amor es “muy importante” en sus familias: lo “primordial”, la “base de la unión familiar” y “la columna vertebral que sostiene todo el edificio”; es un aspecto que “no solo se debe asumir y suponer”,

sino “demostrar”, “expresar” y “decir”, con abrazos, besos, apapachos, palabras y hechos, por medio de respeto, escucha activa, confianza y dedicación a los demás.

En ese sentido, desde su rol de padre y a diferencia de su propio progenitor, la mayoría de los entrevistados refirieron que ellos sí fueron más expresivos con sus hijos/as, a pesar de que también tuvieron la limitante de pasar más tiempo fuera de la casa, por el trabajo. Aclararon que, si han intentado estar más presentes, convivir y ser cariñosos con sus hijos/as, es algo que han tenido que aprender a hacer, porque ellos mismos no lo experimentaron en su familia de origen.

Sin embargo, la intención de ser más afectuosos con los hijos/as de parte de los entrevistados, no podría tomarse como un cambio desde la generación de adultos mayores a la de jóvenes, ya que, en la generalidad, lo hacen mediante los mismos recursos: más cercanía, besos, abrazos y expresiones cariñosas. Por su discurso, pudiera pensarse que los jóvenes son más afectivos y que los adultos mayores son los menos, pero habría que tomar en cuenta que las edades de los hijos/as de los primeros van entre 1 año 6 meses y 6 años y, a decir de los mismos entrevistados, es más fácil demostrar el cariño a los hijos/as cuando están en esa etapa, que cuando ya son adolescentes, jóvenes o adultos.

Los varones de la generación de adultos mayores, aseguraron que han sido cariñosos con sus hijos/as, incluso más de lo que sus propios padres fueron con ellos, a través de besos, abrazos, palabras; en orientarlos, mostrar interés acerca de sus sentimientos, emociones y proyectos; en jugar y de estar presentes lo más posible con ellos/as, para que no los vean como un extraño; y al apreciar su desarrollo profesional, seriedad y calidad como persona. En general, este grupo de edad destacó que para ellos es importante la demostración del afecto, porque “el principal instrumento de la educación es el amor [...] que se dice y el amor que se vive” (Uriel). Contrario a eso, Santiago reconoció que no ha sido muy cariñoso con sus hijos/as, y que rara vez les ha

expresado afecto, lo cual cree que pudiera deberse a que, en su familia de origen, no se “inculcó” este aspecto, como ya se expuso en el apartado previo.

Al igual que la generación anterior, los varones adultos señalaron que sí han sido afectuosos con sus hijos/as, lo cual expresan a través de besos, abrazos, diciéndoles que los quieren, que son especiales y orando por ellos/as. Específicamente, Ignacio y su hijo mayor, “afectuosamente” se refieren el uno al otro como “pá”³⁷, en lugar de hacerlo con el nombre propio, “hijo” o “papá”. Un aspecto importante en estos entrevistados es que, en ocasiones, expresan el cariño a partir de una experiencia negativa, quizás como una manera de reivindicar, reparar o compensar esa acción que no fue agradable ni para el padre ni para el/la hijo/a: “más que nada cuando tenemos, no un pleito, sino una confrontación. Cuando ya sé que me equivoqué en regañarlo, que no tenía razón o algo” (Luis).

Si bien existen similitudes entre los adultos mayores y los adultos, con respecto a cómo demuestran el cariño a sus hijos/as, una diferencia significativa es que los segundos reconocen que, por estrés o porque su propio padre no fue así con ellos, expresar el afecto, aunque con algunas limitaciones, es algo que han ido aprendiendo, ya que solían ser más “distantes”, “corajudos” y “secos” (inexpresivos). Al respecto, Emilio señaló: “tiene uno que aprender o ir cambiando, y ya le doy sus abrazos, sus besos, a los niños. Jamás en la boca. Nunca. Porque [...] yo no lo comparto, esa idea. [...]. Pero sí en la mejilla, abrazos, besos; platico con ellos, bromeo con ellos. Ya casi no los regaño”. Acerca de ese aprendizaje e intento de ser más afectuosos, Covarrubias Terán (2014) señala que algunos varones lo hacen porque no quieren que sus hijos/as experimenten la carencia de ese sentimiento como fue su caso.

³⁷ Contracción de papá.

Los varones entrevistados del grupo de edad de adultos acostumbran a platicar con sus hijos/as de lo que hacen en la escuela, los amigos, de juegos y computadoras. En ocasiones, las conversaciones son por separado, lo cual depende del tema que los involucre, y también pueden darse en el coche, cuando se trasladan de un lugar a otro. Estos varones aclararon que se llevan con todos sus hijos/as por igual, aunque reconocieron que sí conviven más con unos/as que con otros/as, porque por su edad a unos/as los llevan a la escuela o los tienen que cuidar.

De la misma manera que los otros grupos de edad, los jóvenes señalaron que son afectuosos con sus hijos/as, con la diferencia de que les dedican más tiempo y son más explícitos al besarlos, abrazarlos, cargarlos y platicar con ellos/as. Inclusive, les hablaban y les hacían cariños desde que estaban en el vientre. No obstante, esa mayor cercanía con los hijos/as podría ser porque ellos/as aún son pequeños/as y, a decir de ellos mismos, eso les facilita ser más “cariñosos”.

Aunque estos entrevistados consideran que son más afectuosos con sus hijos/as de lo que sus propios padres fueron con ellos, coinciden con la generación de adultos en que el expresar el cariño es algo que han ido aprendiendo con la práctica, porque antes solían regañar más, que mostrar afecto, por lo que se han ido “ablandando” y ahora son más “pacientes” y “comunicativos”. Víctor comentó que se percibió adoptando la misma forma de ser de su padre, y explica lo que ha hecho para ser más “cariñoso”:

Yo creo que soy más afectuoso ahora que antes [...]. A lo mejor me la llevaba regañándola (a su hija) más que hacerle cariños, y sí pues con el tiempo fui ablandándome y ser más paciente con ella y ser más más comunicativo con ella, porque estaba, yo creo que estaba, adoptando una misma forma que la de mi papá [...], pero me puse a analizar, me gusta recapitularme y fui analizando eso y yo creo que voy mejorando y he sido más

afectuoso con mi hija. Siempre le recuerdo que ella es una niña muy inteligente, que nunca lo olvide, que la amo y que es una niña muy hermosa. Siempre le estoy recordando eso [...]. Claro, juego y bromeo mucho con ella [...], pero siempre le recuerdo que ella es una niña muy inteligente y que le deseo muy buenas cosas.

Cabe destacar que los entrevistados adultos mayores y adultos³⁸ aseguran que no tienen preferencia especial por alguno/a de sus hijos/as y que ninguno es su consentido/a. Sin embargo, su discurso evidencia que sí hacen diferencias en cuanto al trato, que prefieren y disfrutan más la presencia de unos/as que de otros/as. Incluso, se observa que, igualmente, algunos hijos/as se acercan más a su padre. Cabe señalar que, en ninguna de esas situaciones de predilección, se trata de un “hijo”, ya que, en todos los casos, los varones se inclinan más por una “hija”.

Por un lado, los adultos mayores coincidieron en que no se quiere a todos los hijos/as por igual, porque todos son diferentes y cada uno tiene sus cualidades y defectos. No obstante, Uriel reconoció que tiene mejor trato con sus hijas que con su único hijo, con quien existe algo de rivalidad, por desacuerdos en sus campos laborales, por lo que no lleva una relación con él como quisiera. De igual manera, los adultos señalaron que no tienen un hijo/a predilecto/a, y que los tratan de igual manera a todos/as, pero sus palabras reflejan lo opuesto. Por ejemplo, Luis comentó que consiente a su hija más pequeña, por su edad; Emilio aclaró que se identifica más con su hija mayor, quien también es más apegada a él. Si bien en los dos primeros casos el factor edad hace más fácil a estos padres de niñas pequeñas expresar el afecto, en el tercero se trata de una adulta, por lo que ahí sí podría tratarse de una mayor afinidad entre el padre y la hija. Por su parte, Ignacio dijo que se inclina más por su niña, porque todavía depende de él para muchas cosas: “Siendo bien honesto, el detalle es que mi hija, como mi niña es pequeña y depende

³⁸ Los entrevistados del grupo de edad de jóvenes, solo tienen un hijo o una hija.

todavía... hay muchas cosas. Entonces, en este momento sí, mi hija es mi consentida. Llego y `ay mi niña' [...]. Con mi hijo llego y `hola pa, buenas tardes'. `Buenas tardes', le doy un beso en la mejilla y ya, pero con mi hija juego”.

Con respecto a si los entrevistados hacen diferencias de género y edad al mostrar el afecto, los tres grupos de edad aseguraron que no. Igualmente, en este caso en su discurso se puede observar que esas actitudes las tienen con mayor libertad a las hijas, aunque sean adultas, ya que de pequeños/as, no suelen hacer esas distinciones. Por ejemplo, Santiago y Uriel dicen “hijas” cada que hablan de sus “hijos”, en general –podría deberse a que cada uno solo tienen un varón, las demás son mujeres; Mario es más cariñoso con su hijo, que con su hija, quizás porque no es el padre biológico de ella, o porque su hijo es más pequeño que su hija; Luis es más afectuoso con sus hijas pequeñas que con sus hijos adolescentes; Emilio asegura que es igual con sus hijos/as, lo cual podría ser porque a pesar de que ya son adultos/as, para él “siempre han sido niños”, y se refiere a ellas/os como “niña” y “niño”, a pesar de su edad; y Dante cree que las niñas son más “cariñosas” que los niños, a pesar de que él tiene un hijo.

Otra manera de mostrar el afecto, que se manifiesta de manera similar en los casos de todos los entrevistados, es el dar y recibir regalos entre ellos y sus hijos/as. Generalmente, sucede en los cumpleaños, Navidad y el Día del padre. Aunque en estas ocasiones los obsequios se refieren, mayormente, a objetos materiales como ropa, juguetes, instrumentos musicales y dispositivos electrónicos, para Roberto y Mario los regalos que más les han gustado son los dibujos, cartas y las prendas de vestir que han hecho y decorado sus hijos/as en la escuela, con motivo de festejar a los papás en su día. Para Santiago “el mejor regalo es que estemos aquí. A mí me vale madre una cartera”.

Los entrevistados de las tres generaciones coincidieron en que la presencia y la convivencia, es lo que más disfrutaban de sus hijos/as. Llama la atención que consideren, precisamente, estos dos aspectos, ya que se trata de lo que menos han hecho con sus hijos/as, por estar fuera de la casa, trabajando, por lo que, quizás, el tener poco tiempo para eso, hace que lo gocen más. Sin embargo, existen diferencias entre los grupos de edad acerca de lo que los entrevistados realizan en esas convivencias, que pudiera relacionarse con el grado de involucramiento.

En ese sentido, los adultos mayores destacaron que aprovechaban sus días de descanso para, simplemente, estar en la casa con sus hijos/as, acostados, viendo televisión, y que, ocasionalmente, los llevaban a practicar algún deporte los fines de semana. En cambio, los adultos señalaron que disfrutaban de contarles cuentos, darles de comer, salir al parque, ir de vacaciones, platicar, compartir anécdotas, hacerles bromas, enseñarles a andar en bicicleta, en patines, así como de tomarles fotografías de cada una de sus etapas, acontecimiento que vivían y actividad que hacían. Por su parte, al igual que los adultos mayores, los padres jóvenes mencionaron que el solo ver a sus hijos/as y estar con ellos/as era algo que disfrutaban y les gusta hacer, por el interés que sus pequeños/as muestran al verlos al llegar del trabajo: “casi se desbarata. Se emociona al verme, y yo también me emociono al verlo (...). Ya quiero llegar para verlo y estar ahí con él” (Pablo).

Al respecto, el caso de Ignacio es particular, ya que una de las cosas que más disfruta de su hija es verla alimentarse, no solo por el “entusiasmo” con el que lo hace, porque “es muy comeloncita”, sino porque en esa acción identifica su rol de proveedor, la principal función que tiene en su familia, por lo que, al verla comer, considera que hace bien su papel y cumple con lo que le toca: “Verla en el acto de comerse una manzana [...] que ella disfrute. Cuando es eso, el

corazón se llena, se hincha de gusto. Verla a ella satisfaciendo esa necesidad. Verla contenta y verla feliz”.

Un aspecto que llama la atención acerca de las situaciones que llevan a los entrevistados a sentirse más cercanos de sus hijos/as, es que, en general, se trata de cuando están más sensibles y en peligro, lo cual se observa, mayormente, en las generaciones de adultos y jóvenes. Pareciera que la mayor experiencia de los adultos mayores en ejercer la paternidad los lleva a ubicar momentos, en ese sentido, relacionados con lo emocional y los logros personales, como el acompañarlos a practicar algún deporte y al tener sus propios hijos/as. En cambio, para los adultos se trata de cuando sus hijos/as están enfermos/as, al morir un ser querido; ante una contingencia, y al verlos agobiados por la escuela, o felices; y los jóvenes coinciden con ellos en el aspecto de la enfermedad, porque les angustia que estén en riesgo y no poder controlar la situación. Pareciera que entre más existe la posibilidad de perder a los hijos/as, los padres se aferran y se acercan más a ellos/as.

8.4.- Factor principal para el funcionamiento de la familia

Entre los aspectos que comúnmente se relacionan con la práctica de la paternidad, es el dar protección. Al padre suele dársele esa encomienda por ser el “fuerte”, quien “lleva el control” y el ser “jefe” de familia. Al respecto, Rojas (2006) señala que es uno de los elementos de la identidad masculina. Aunque no necesariamente la protección se refiere a dinero, se le relaciona con ello, con la manutención económica, con lo cual concuerdan los entrevistados de los tres grupos de edad. Sin embargo, aun con que los varones de las tres generaciones priorizan llevar a cabo su rol de proveedores y para ellos el “proteger” a su familia implica proporcionar

alimentación, salud, calzado, vestimenta, una casa y tener un trabajo seguro, para ellos, lo principal para que funcione su familia es el “amor” y la confianza.

Destaca que en, en general, esos aspectos estén relacionados con lo emocional, al igual que otros que mencionan en menor medida, como la unión, la fe en Dios, la comunicación, el respeto a la esposa, la fidelidad, la diversión, y la presencia de la madre y el padre, ya que en otros apartados de la investigación priorizan la manutención y otros rubros aunados a ella. No obstante, para Dante el dinero sí es importante, porque “estar económicamente bien, te la llevas bien ligero”.

Cabe señalar que, entre los principales valores que los varones de los tres grupos de edad intentan inculcar a sus hijos/as están el respeto, la responsabilidad, la honestidad, la humildad y la empatía. Como puede observarse, los tres primeros los consideran, también como fundamentales de la identidad masculina, lo cual podría explicar esa insistencia en los varones de los distintos grupos de edad a “cumplir con la familia”, “ser derecho”, “de principios” “de palabra” y “de valores”.

Una diferencia significativa entre la educación que los varones de las tres generaciones recibieron de sus progenitores y la que ellos ofrecen a sus hijos/as, es hablar de sexualidad, lo que pudiera significar un ligero avance en ese sentido. Si bien sus padres no abordaron este tema con ellos, y solo se limitaron a dar recomendaciones de cuidados, se puede observar en su discurso que ellos sí lo hacen, sobre todo los grupos de edad de adultos y jóvenes, ya que los adultos mayores se mantuvieron renuentes a hablarlo.

Al respecto, los adultos mayores comentaron que no platicaron de sexualidad con sus hijos/as, que “ellos resolvieron ese asunto solos. No tuve necesidad, pues nunca me lo preguntaron tampoco” (Benjamín), o bien lo dejaron a la esposa: “Nunca he abordado el tema

con ellos, ni con las mujeres ni con el varón. Ahora, como mi esposa es psicóloga, en parte a mí me ha dado esa confianza de que hay capacidad en ella para abordar ese tipo de cosas con ellos” (Santiago).

En cambio, los adultos señalaron que les han hablado a sus hijos/as acerca de los “cambios físicos por la edad”, de esperar a tener relaciones sexuales para evitar embarazos, enfermedades y llegar “plenos a una relación para formar una familia”; de sexo anal, uso del condón, homosexualidad, sueños húmedos, erecciones y “hacerse responsables” si llega un hijo/a “antes de tiempo”, aunque también, que la “masturbación no trae nada bueno”.

Por la edad de sus hijos/as, la mayoría de los entrevistados jóvenes aclararon que no han abordado este asunto, aunque muestran disposición a hacerlo en el momento que se requiera y de la manera adecuada. Solo Eusebio destacó que, a su hija de 4 años, le da información en ese sentido, como aclararle que su vagina no se llama “colita”, como suele decirle ella, y que esa parte requiere de higiene: “Todo lo que le puedas hablar a una niña de 4 años. No le puedo hablar de tener sexo con alguien”.

A pesar de que los varones de las tres generaciones reconocen que en su ejercicio paterno hay aspectos positivos y negativos, que han hecho cosas buenas para sus hijos/as, aunque también algunas que no les agradan tanto o en las cuales les gustaría mejorar, en la generalidad consideran que son “un ejemplo” para ellos/as, principalmente, porque han estado presentes en sus vidas. Cabe decir que ellos mismos asumen que pasan la mayor parte del tiempo fuera de la casa, en el trabajo, por lo que llama la atención que antepongan este aspecto. Acerca de eso, De Keijzer (2001) aclara que algunos padres se hacen presentes en la vida de sus hijos/as desde la subjetividad, por estar más tiempo en su empleo remunerado.

Los adultos mayores destacaron que “son un ejemplo” para sus hijos/as, porque son respetuosos y se comportan bien con ellos/as, no ha habido reclamos, “siempre han estado ahí”, les han dado estudio, “siempre trabajaron y aun lo hacen”. Los adultos destacaron que creen ser “un ejemplo”, porque no consumen alcohol ni fuman, están pendientes de sus hijos/as y son respetuosos con la pareja. Por su parte, los padres jóvenes dijeron ser “un ejemplo” al inculcarles a sus hijos/as la convivencia familiar, al enseñarles empatía, y al intentar trabajar menos para darles más tiempo de calidad: “No quiero que, siempre, el niño, tenga eso de que mis papás se iban” (Dante).

Como puede observarse, mientras el grupo de edad de adultos mayores serían “un ejemplo” para sus hijos/as porque “siempre trabajaron” y “aún lo hacen”, los padres jóvenes buscan dedicarle menos tiempo a este aspecto, para estar más con sus hijos/as, lo cual podría entenderse como un avance, una “flexibilidad” o apertura de las nuevas generaciones a involucrarse en la crianza, aunque no incluya todos los rubros. No obstante, estos mismos varones respondieron que “no son un ejemplo” para sus hijos/as al no estar tanto tiempo con ellos/as, lo cual podría entenderse como que los entrevistados solo intentan o están en proceso para hacerse más presentes y en eso serían “un buen ejemplo”, pero aún no lo logran.

En cambio, al hablar de en qué no serían “un ejemplo” para sus hijos/as, los adultos mayores, consideraron que se trata de no haber sido tan exigentes con ellos/as, o impuesto tanta autoridad, en no haber demostrado más amor y cariño, en que en alguna etapa fumaron y bebieron alcohol, y en que “quizás” los vieron discutir con sus esposas. Los adultos señalaron que en consentir que sus hijos/as les levanten la voz y en ser permisivos. Los jóvenes comentaron el que a veces se desesperan, enojan y gritan, al dedicarle mucho tiempo a la televisión, y por

llegar tarde a la casa. De este último punto, Pablo explicó la razón por la cual no llega temprano a la casa, con su familia:

Yo sí soy más de amigos, de andar... voy con los plebes, le digo, hay veces que voy toda la semana, pero en cuestión de, por decir como a las 6:00, 7:00, hasta la 10:00 de la noche, 11:00, y me vengo, no es de que voy con los plebes a jugar o tomar, no, simplemente como para pasar el rato, pues [...]. Lo fines de semana casi siempre el que sale soy yo, si no... porque a veces que hacemos reuniones en la casa de un primo de un hermano, entonces nos vamos los tres, pero así de que ir con los plebes, de ir con los amigos, casi nunca la llevo, porque casi siempre somos puros hombres, y ya en cuestión de que yo sé que va a estar la esposa de fulano o mangano, pues ya como que sí ya ahí (lleva a su esposa), pero igual si ella me dice: “Mañana voy a salir”. “Está bien”, así sin más ni menos. “Ah está bien, tú cuidas al niño”. “Está bien, yo lo cuido”. Yo me quedo con el niño [...] eso no es problema.

Llama la atención el comentario de Pablo, acerca de salir con sus amigos, ya que es algo que hace varios días a la semana y por alrededor de cuatro horas cada vez, cuando párrafos arriba se mencionó que lo que más disfruta el entrevistado de su hijo es estar con él, por el interés que mostraba al verlo llegar del trabajo, por lo cual “ya quiero llegar (a la casa) para verlo y estar ahí con él”.

La afectividad es una de las principales demandas de los entrevistados de las tres generaciones hacia sus progenitores, ya que, si bien estos cumplieron mayormente con su rol de proveedores económicos, no fue así en cuanto al cariño que expresaban a sus hijos, lo cual no significaba que no los quisieran, sino que no lo demostraban en mayor medida con besos, abrazos y palabras, sobre todo a los varones, porque con las hijas era más probable que lo hicieran. En

cambio, las mostraciones de parte de la madre eran más frecuentes, aunque hubo quienes aclararon que tampoco de ella recibieron este tipo de actitudes.

Desde su rol padres, puede observarse que los entrevistados intentan ser más cariñosos con sus hijos/as, a pesar de que recurren a los mismos recursos para demostrarlo que sus propios padres y de que también tuvieron la limitante del trabajo fuera de casa, para no estar tan presentes con ellos/as, como deseaban. En ese sentido, más que un cambio, pudiera decirse que un avance significativo el que los grupos de edad de adultos y jóvenes reconozcan que no sabían expresar el afecto, al igual que los adultos mayores, pero a diferencia de estos, han intentado aprender a hacerlo.

Sin embargo, habría que tomar en cuenta que, en la práctica, los entrevistados hacen diferencias expresar el afecto, ya que no tratan a todos/as los/as hijo/as por igual, por lo que se inclinan más por alguno/a de ellos/as. Aunque los varones de las tres generaciones refieren platicar con sus hijos/as, cabe destacar que, al igual que sus padres, en general, ellos tampoco han abordado el tema de la sexualidad con ellos/as, salvo algunos adultos y solo en ciertos aspectos.

Conclusiones

La presente investigación, que analizó los cambios y permanencias del ejercicio de la paternidad en tres generaciones de varones, de Culiacán, Sinaloa, partió del supuesto de que los padres de mayor edad ejercían una paternidad más tendiente a prácticas tradicionales o patriarcales, fungiendo sola o mayormente como proveedores económicos, sin participar en actividades del mantenimiento del hogar ni de la crianza, cuidados y educación de los hijos/as. Al mismo tiempo, se planteó que los padres más jóvenes practicaban una paternidad más flexible, por lo que, además de ser los proveedores económicos, también intervenían en labores de la casa y se hacían cargo de sus hijos/as, sin asumirlo como una responsabilidad propia, sino como ayuda o colaboración a la esposa/madre.

Conforme lo anterior y de acuerdo con las entrevistas realizadas en el trabajo de campo, se puede concluir que los avances en el ejercicio de la paternidad de una generación a otra de los varones entrevistados son mínimos. Si bien el grupo de edad de adultos mayores atendió a un ejercicio más tradicional, de menos responsabilidad hacia las actividades de la casa y la crianza de los hijos/as como se creyó al inicio de la investigación, en gran medida no existe un proceso de avance en el ejercicio paterno que concluya con la generación de jóvenes, sino que, en algunos aspectos, pareciera detenerse con los varones adultos, quienes sí muestran más flexibilidad a involucrarse en los quehaceres de la casa, la educación de los hijos/as y a llegar a acuerdos, arreglos y convenios con la esposa/madre, para el funcionamiento de la familia, situación que se asemeja a la de los padres del sector medio del Estado de México estudiados por Salguero y Pérez (2008), quienes negocian con sus parejas la actitud a asumir en la familia, replantean posturas y significados acerca de esta y la paternidad.

El que algunos cambios pudieran observarse y detenerse más en la generación de adultos, no necesariamente significaría que en los jóvenes no haya en absoluto flexibilidad o disposición a ejercer su paternidad de manera más participativa, ni que no tengan la intención de intervenir en actividades del hogar, habría que considerar que tienen menos tiempo de ser padres que los adultos, por lo que la inexperiencia pudiera incidir en su comportamiento. Una situación similar sucede con los adultos mayores, para quienes la entrevista giró en torno al momento en el que se iniciaron como esposos y padres, y a cuando sus hijos/as vivían en sus casas, contexto que es muy distinto al actual, en el que la experiencia y el mayor tiempo disponible, los lleva a involucrarse más con los hijos y en el mantenimiento de la casa.

Con respecto a la jefatura del hogar, en la generalidad, los varones siguen siendo quienes llevan el mando, aunque en la cotidianeidad tanto el padre como la madre regañan, castigan, dan permisos, reprenden y pegan. Sin embargo, se pudiera decir que se observa un ligero debilitamiento en la autoridad de los varones, un relajamiento en cuanto a las reglas que hay que seguir en la familia, que van desde la generación de adultos mayores en sus familias de origen, quienes “entendían” y “respetaban” “principios” que no se podían discutir, que no estaban dichos, sino que se basaban en el ejemplo que les daban sus padres, hasta el “respetar” los “límites” de los hijos, en la práctica de los padres jóvenes.

En cambio, en la generación de adultos se aprecia que son los más dispuestos a acordar con sus esposas aspectos relacionados con la educación de los hijos/as, los cuales, incluso, buscan discutirlos a solas para no contradecirse delante de ellos/as. Al respecto, los adultos mayores son quienes se mantuvieron más renuentes a trabajar en equipo, y si bien los jóvenes no se perciben como esa figura de más respeto que sobresale en la familia, el poco involucramiento en ella los acerca más a los adultos mayores que a los adultos.

Asimismo, se observa que los varones entrevistados pasan la mayor parte del tiempo fuera de la casa, realizando un trabajo remunerado, lo cual, Giraldo (2015) considera como una limitante de los padres heterosexuales, para pasar más tiempo con sus hijos/as. En todos los casos, los padres entrevistados son los proveedores económicos principales del hogar, aun cuando sus esposas también salen a laborar y aportan para los gastos, así no lo hagan a la par de ellos: algunas veces es en menor medida; y otras su ingreso lo destinen para gastos personales y no familiares. Cabe destacar que los entrevistados señalaron, como una de las razones principales por las cuales no convivieron con su propio padre, fue porque estos pasaban todo el día fuera de la casa, trabajando, y que uno de los aspectos en los que no querían parecerse a él era, precisamente, en estar ausentes de sus hijos/as, por lo que deseaban estar más presentes en sus vidas. Sin embargo, en la generalidad, terminaron haciendo lo mismo y, al igual que sus padres, el trabajo tampoco les ha permitido estar más tiempo con sus hijos/as.

Una de las razones de lo anterior podría deberse a que todos los varones entrevistados fueron educados en familias en las que el padre fungió como el jefe del hogar, quien llevaba el mando y se encargaba de aportar el dinero para los gastos. Por otro lado, quien tenía la responsabilidad de los quehaceres y la crianza de los hijos/as era la esposa/madre, por lo que, como ellos mismos manifiestan, de alguna manera terminaron haciendo lo que su propio padre realizaba, aun cuando, en unos casos, deseaban no parecerse a él y buscaban mejorarlo. En ese sentido, como dice Torres Velázquez (2009), predomina el modelo tradicional y patriarcal en algunos lugares de México y, por lo expuesto anteriormente, también, en Culiacán, Sinaloa, al menos en los casos de los varones entrevistados.

Cabe destacar que, tanto los hombres como las mujeres siguen tomando en cuenta el trabajo y la responsabilidad como características fundamentales e importantes de la identidad

masculina y de “ser hombre”, lo cual pudiera explicar que los varones tengan como principal función en la familia la proveeduría económica, que no participen lo suficiente en las labores del hogar y, por lo tanto, que exista una clara división sexual del trabajo en las labores de mantenimiento y crianza, en las tres generaciones. Para Correa, García y Saldívar (2013) lo anterior es propio de un esquema tradicional, en el que suele asociarse al padre con el trabajo, la proveeduría, el cabeza de familia, incapaz emocionalmente.

En relación con lo anterior, es verdad que en los adultos se muestran más dispuestos a involucrarse en todo lo relacionado con la casa y los hijos/as, pero no lo ven como una responsabilidad propia, sino como una “ayuda” o “colaboración” a las mujeres, porque consideran que ellas son las aptas para esas tareas, aun cuando las esposas trabajan remuneradamente y aportan a los gastos. Es importante aclarar que, cuando los varones intervienen en las actividades de la casa, realizan las tareas menos complicadas, como echar la ropa a la lavadora y barrer, pero no cocinar, lavar baños, tender/recoger/doblar/acomodar la ropa.

Aun con esa participación de los varones, aunque sea como “ayuda” y “colaboración”, y que algunos intentan involucrarse en los quehaceres y en la crianza, mayormente, ellos mismos instruyen a sus hijos/as con base en esa división sexual del trabajo, de la manera en que ellos fueron educados en sus familias de origen, en las que las mujeres/hermanas eran quienes barrían, trapeaban, lavaban loza, etcétera, y los hombres solo a veces ayudaban en eso, aunque sí participaban en los negocios familiares (el trabajo).

Con respecto a la paternidad, pudiera decirse que los varones entrevistados de Culiacán, Sinaloa, la siguen considerando como un medio para realizarse, pero también, como un aspecto que acompaña al matrimonio, por lo mismo su rol de padre se entrecruza con el de esposo y de hombre, y al final, cumplen más con la función de proveedores del hogar, porque como dice

Salguero Velázquez (2004), en el modelo tradicional se prepara a los varones para ser trabajadores, no para ser papás, lo cual es la experiencia de los entrevistados, quienes trabajaron de niños y adolescentes y jóvenes (antes de casarse), pero ni su padre ni su madre les dijo directa o explícitamente algo al respecto de cómo ejercer la paternidad.

Los anterior puede explicar la razón por la cual de recién casados los entrevistados y sus esposas no tuvieron una organización explícita para acordar qué haría cada quien en la familia, por lo que hicieron lo que tradicionalmente realizan los hombres y las mujeres, o bien lo que vieron en mayor medida en sus familias de origen: de su padre, el trabajo y la proveeduría; de su madre, los quehaceres y la crianza, educación y cuidados de los hijos/as.

En cuanto a la participación de los varones en el proceso de embarazo, esta se limitó a acompañar a las esposas a las citas médicas, cuando el trabajo se los permitía; a “cumplir” sus antojos; “ayudar” en algunos quehaceres que requerían de más esfuerzo, sobre todo en los casos en los cuales había implicaciones de salud. Su participación en la crianza va en el mismo sentido. Los entrevistados no se involucraron mayormente en ella, por lo que las esposas/madres fueron las encargadas de los hijos/as, incluso, cuando estaban en cuarentena debido a la cesárea, y a pesar de que algunos varones consideran que lo concerniente a los hijos/as es una labor compartida con la esposa.

De la misma manera que en el mantenimiento de la casa eligen lo más fácil, las veces que intervienen en los cuidados y atención a los hijos/as lo hacen en lo que implica menos esfuerzo: de pequeños, más que nada, los cuidan, los cargan y les dan el biberón y juegan con ellos, pero en menor medida los bañan, los duermen y les cambian el pañal. De grandes, la actividad más frecuente que tienen con respecto a sus hijos/as es llevarlos/traerlos y acercarlos lo que necesiten, y en menor medida los apoyan con sus tareas escolares, platican con ellos/as, los orientan en

temas de su interés, son su soporte emocional, conviven individualmente o en familia, se encargan de mantener su ropa limpia y ordenada y los alimentan. En este aspecto, los más participativos fueron los adultos. Entre ellos, sobresale Mario, quien asegura haberse involucrado en todo lo relacionado con su hijo (comida, vestido, cuidado), desde el principio.

Otro aspecto significativo del ejercicio paterno en el cual se puede vislumbrar un pequeño avance es en el afecto que los varones expresan a sus hijos/as. Los menos cariñosos fueron los adultos mayores y, aunque los jóvenes suelen ser afectuosos con sus hijos/as, se debe tomar en cuenta que estos/as son pequeños/as (entre 1 año 6 meses y 6 años), lo cual, a decir de los mismos entrevistados, facilita el acercamiento y que les den besos, abrazos y les digan que los quieren y los aman, por lo que son los varones adultos los más dispuestos a romper con el patrón de su propio padre y ser más próximos a sus hijos/as, con quienes, además de intentar ser más cariñosos, buscan, también, platicar y convivir. Es importante mencionar que, sobre todo los adultos y los jóvenes, refieren que el ser cariñosos es algo que han tenido que aprender en la práctica, en el trato con sus hijos/as, porque al no haber recibido afecto suficiente de parte de sus padres, carecían de ese aspecto y no sabían cómo expresarlo.

A pesar de que en su discurso la mayoría de los entrevistados refieren que no preferían específicamente un niño o una niña al iniciarse como padres, la realidad es que sí deseaban específicamente a uno u otra, especialmente en el primer embarazo. En este caso, los adultos mayores se mantuvieron más en la idea del primogénito varón. En cambio, a la mayoría de jóvenes no les daba lo mismo. Más bien, optaban por una niña, en primer lugar, lo cual pudiera tomarse como un avance en el que ya no es importante heredar la jefatura de familia o, en todo caso, que sea un varón quien reciba la responsabilidad, así como preservar el apellido paterno y buscar la realización personal en el hijo.

A pesar de que los padres jóvenes no son los más participativos en las tareas de la casa ni en los cuidados de los hijos/as, pudiera tomarse como una evidencia de más responsabilidad el que hayan decidido “responder” a sus novias y hacerse cargo de sus hijos/as, ya que, a cuatro de ellos, el enterarse que serían padres, les llegó de sorpresa. Tenían una relación de noviazgo con quienes más tarde serían sus esposas, pero no estaban casados y tampoco, precisamente, tenían planes inmediatos de unirse en matrimonio ni tener hijos/as, con excepción de Pablo y Ana, quienes concuerdan en que hablaban de su deseo de tener un hijo/a. Contrario a eso, tres entrevistados experimentaron con sus padres el abandono o la poca atención: el de Eusebio no se hizo responsable de él y nunca vivieron juntos; el de Dante constantemente discutía con la mamá y terminó dejando la familia cuando el entrevistado tenía 16 años; y el de Mario estaba intermitente en su casa, pero igual no se hacía cargo de su esposa e hijos/as.

Es importante mencionar que en los casos en los cuales la madre trabajó remuneradamente, los hijos (varones entrevistados) buscaron participar más en los quehaceres y la crianza y a llegar a acuerdos con sus esposas, que cuando ellas se dedicaron sola o mayormente a las labores de la casa y los hijos/as, al menos ese es el caso de Mario y Luis, quienes son los más participativos en sus hogares y, sobre todo, los que más asumen como una responsabilidad propia las actividades de la casa y la crianza de los hijos/as. En otras palabras, el hecho de que la madre no estuviera mayormente en el hogar, ocasionó una dinámica familiar que llevó a los hijos/as indistintamente a participar en los quehaceres y a verlos como actividades que se requiere hacer en la casa y no como responsabilidades propias de un género u otro.

De los cambios y permanencias en el ejercicio paterno de los sinaloenses

Conforme a lo anterior y de acuerdo al objetivo de esta investigación, ¿Cuáles serían los cambios y permanencias de los significados, prácticas y relaciones de la paternidad y masculinidad de tres generaciones de varones de Culiacán, Sinaloa?

En las tres generaciones de padres permanecen los mismos significados de masculinidad y hombría, lo cual se refleja en la importancia que los varones le dan a “trabajar”, el deseo de casarse, ser padre, formar una familia, y a aspectos como la proveeduría, la responsabilidad y el cumplimiento de deberes. En este sentido, pudiera haber cambios en cuanto a la manera de iniciarse en las prácticas sexuales, de relacionarse con las mujeres y en las condicionantes para llegar al matrimonio y tener hijos/as.

La paternidad sigue siendo un elemento fundamental de la identidad masculina, y la proveeduría continúa como el principal aspecto del deber ser de los padres/esposos, lo cual no se refiere solamente a lo económico, sino a “llevar” y “traer” a los hijos/as a los lugares que necesiten y “acercar” todo lo necesario para el hogar, sobre todo en un contexto de pandemia, ya que, en el confinamiento por el coronavirus, fueron los varones quienes salían a conseguir lo que se requiriera en la familia.

La jefatura familiar persiste en la figura del padre, aunque de manera más simbólica que operativa, ya que en la cotidianeidad las madres intervienen fuertemente en ejercer la autoridad, en unos casos más que el padre y algunas veces sin necesidad de consultarlo con él. El cambio que se percibe al respecto, es que las generaciones de adultos y jóvenes están más dispuestas a acordar con sus esposas aspectos de la dinámica familiar, aunque al final ellos tengan la última palabra, pero en la cotidianeidad sean las madres quienes tomen decisiones, den permisos y reprendan.

Una constante de las tres generaciones es considerar la llegada del hijo/a como algo “hermoso”, el cumplimiento de un deseo que existe en diferentes etapas de la vida, desde la niñez. No obstante, su participación en el proceso de embarazo, el parto y los cuidados, es poca. Algunos ni siquiera fueron capaces de cargar en los brazos a los hijos/as, lo cual justifican con el miedo a que se les cayera. En ese sentido permanece en los varones la idea de que las madres son más aptas para todo lo relacionado con los hijos/as, así ellos intervengan ocasional y extraordinariamente en algunas actividades. No obstante, los cambios pudieran presentarse en los adultos y jóvenes, aun con que realizan un trabajo remunerado y están mayormente fuera de la casa, parecieran estar más dispuestos a “ayudar”, de lo que lo hicieron los adultos mayores.

La división sexual del trabajo se mantiene en las familias de las tres generaciones, en desventaja para las mujeres/esposas/madres, ya que es en ellas en quienes recae la mayor carga y responsabilidad de las actividades de mantenimiento del hogar, aun cuando también tienen un empleo asalariado. El cambio en este aspecto pudiera ser que los adultos y los jóvenes no solo están más dispuestos a intervenir en ellas, sino que tienen tareas asignadas, así sean las más sencillas y acordes a sus gustos, y que su aporte lo consideren “ayuda” o “colaboración” a la esposa y no su responsabilidad.

En las tres generaciones de padres persiste el dedicar mayor tiempo al trabajo remunerado, por lo que los varones entrevistados pasan muchas horas del día fuera del hogar, lo cual los limita de la convivencia, cuidados y la crianza en general de los hijos/as, y podría derivar en menos cercanía y posibilidades de ser un sostén emocional para ellos/as. Quizás esta sería la razón por la cual, para los entrevistados, dar seguridad a los hijos/as, en gran medida, implica otorgar alimento y ofrecer todo lo necesario en cuanto a salud y educación. En otras palabras, “proveer”: su principal función en la familia.

En la generalidad, la demostración de afecto de parte de los padres a los hijos/as, si bien presenta ligeros cambios entre las generaciones, permanece limitada, sobre todo cuando es entre varones (padre/hijo), y más si los hijos son mayores, porque cuando es entre varones y mujeres (padre/hija), no hay inconvenientes, sin importar la edad. Un avance en este sentido se observa en los varones adultos y jóvenes, quienes reconocen que de parte de sus propios padres no recibieron suficiente cariño, por lo que lo mucho o poco que ellos transmiten a sus hijos/as, lo han tenido que aprender en la práctica.

Otra constante en los tres grupos de edad es que permanece el no marcar límites entre las funciones de esposo y padre: los entrevistados las asumen igualmente y hacen, en gran medida, lo mismo, para cumplir en ellas: proveer. Esta situación pudiera derivar en priorizar las necesidades de los hijos/as, dejar de lado los asuntos de pareja y asumir unos como parte de los otros. El ejemplo más claro de ello es que los varones hablaron de más de convivencia “en familia”, y no de trato por separado, ya sea con los hijos/as (y cada uno de ellos/as) y sus esposas. Incluso, Emilio aseguró que las pocas veces que él y su esposa salen solos, no se sienten a gusto, porque prefieren que también vayan sus hijos/as.

Sería muy sencillo y obvio decir que persiste una inequidad de responsabilidades entre las madres y los padres de Culiacán, Sinaloa, solo por la forma en que ellos fueron educados. Eso supondría una cadena interminable de eslabones irrompibles: que no se pudiera aprender a hacer las cosas de manera distinta. Tendría que haber una manera de cortar esa sucesión de prácticas inequitativas, desbalanceadas, tendientes a enaltecer, privilegiar y beneficiar a unos, y de hacer más pesada la carga del mantenimiento, la atención a los hijos/as y la responsabilidad del hogar, a otras, porque en Culiacán, las mujeres/madres/esposas, al menos de los entrevistados, siguen siendo las principales responsables de lo que sucede en el hogar, tanto en los quehaceres como

con los hijos/as, a pesar de trabajar remuneradamente, con lo que, además, desarrollan jornadas dobles de trabajo.

Ese grado de participación se mantiene, incluso, en un contexto de pandemia, ya que si bien el confinamiento para prevenir contagios de coronavirus propició en algunos casos mayor convivencia y expresiones afectivas, no todos los varones se involucraron en las tareas del hogar, ni en la misma medida, por lo que continuaron mayormente como proveedores, no solo económicos, sino de todo lo que requiriera la familia, además de que, quienes sí participaron, lo hicieron como “ayuda” o “colaboración” a la esposa, ya sea porque ella también trabajaba o por estar en condiciones que así lo requerían, lo cual supondría que de vuelta a la “normalidad” dejarían de hacerlo.

Se considera que es necesaria mayor reflexión por parte de los varones al asumir el rol de padre (igual que el de esposo). Es cierto que muchos hombres (y mujeres) fueron criados bajo un esquema tradicional, patriarcal, inequitativo, en familias con una evidente división sexual del trabajo concerniente a los hijos/as (y el mantenimiento de la casa). Se puede entender que la carga cultural que lleva a los hombres (y a las mujeres) a prácticas y comportamientos específicos es muy fuerte. Sin embargo, actualmente, no solo existe información suficiente para ver el mundo de manera diferente, sino que es más accesible, al menos, que de 20 años hacia atrás.

Los datos acerca de cómo podrían convivir hombres y mujeres en un contexto más justo y equitativo; de cómo deberían asumir su paternidad y su rol de esposo; la propuesta de deconstruir masculinidades hegemónicas (o tóxicas); la voz de las mujeres que habla de su lucha por la igualdad de derechos y responsabilidades, entre muchos otros aspectos, están cada vez más a la mano. Los estudios, las investigaciones y los trabajos académicos, están más cercanos a la población. Hoy en día no es requisito comprar un libro o una revista para acceder a ese

conocimiento, basta con poner una palabra/frase en un buscador de internet para obtener información de esas inquietudes y dudas, incluso, de eso que indirectamente llega como meme o broma, que bien pudiera despertar la conciencia y el interés: invitar a un cuestionamiento y análisis capaz de alcanzar un aprendizaje que lleve al cambio de actitud, para mejorar.

Falta mucho por hacer, para profundizar en el conocimiento de los varones, sobre todo en Sinaloa. Si bien existen investigaciones que abordan el género y las masculinidades en este lugar del país, y el presente trabajo abona a ello, son necesarios más estudios sobre los hombres sinaloenses, no solo concernientes a la paternidad y todo lo relacionado con ella, sino en aspectos como sexualidad, sexo, salud reproductiva, emociones, relaciones afectivas, empleo y un inacabable etcétera.

Bibliografía

- Alba, M. (02 de septiembre de 2020). Aumentan tasas de divorcios durante la pandemia de Covid-19 en EU. *ViveUSA*. Recuperado de: <https://www.viveusa.mx/compras/aumentan-tasas-de-divorcios-durante-la-pandemia-de-covid-19-en-eu>
- Alonso, L. E. (1999). Capítulo 8: Sujeto y discurso: El lugar de la entrevista abierta en las prácticas de la sociología cualitativa, Parte II: Las técnicas y las prácticas de investigación, en *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*, Delgado, J. M. y Gutiérrez, J. (Editores), Madrid, Editorial Síntesis, pp. 225-240.
- Alvarado, P. (2016). Nueva masculinidad y nueva paternidad en la narrativa mexicana del norte, en *AGATHOS*, Volume 7, Issue 2.
- Amilpas G., M. S. (2020). Mujeres, trabajo de cuidados y sobreexplotación: desigualdades de género en México durante la pandemia por COVID-19. *Revista Digital de la Universidad Autónoma de Chiapas*. Recuperado de: <https://espacioimasd.unach.mx/index.php/Inicio/article/view/247/780>
- Arciniegas, Y. (02 de julio de 2020). OIT: América Latina es la región con más empleos perdidos por cuenta de la pandemia. *France 24*. Recuperado de: <https://www.france24.com/es/20200701-oit-latinoamerica-desempleo-economia-pandemia-covid19>
- Armenta, A. (15 de junio de 2021). Congreso de Sinaloa aprueba el matrimonio igualitario. *Noroeste*. Recuperado de: <https://www.noroeste.com.mx/culiacan/congreso-de-sinaloa-aprueba-el-matrimonio-igualitario-XM1068752>
- Arriagada, I. (2002). Cambios y desigualdades en las familias latinoamericanas. *Revista de la CEPAL*, No. 77, agosto, pp. 143-161.
- Ayuntamiento de Culiacán. *Historia de Culiacán*. Recuperado de: <https://www.culiacan.gob.mx/informacion/historia/>
- Barker, G. y Aguayo, F. (2012). Masculinidades y políticas de equidad de género: Reflexiones a partir de la Encuesta IMAGES y una revisión de políticas en Brasil, Chile y México. Promundo, International Center for Research on Women (ICRW), CulturaSalud/EME.
- Baron, R.; Rodríguez, M.; Pérez G., A.; Barón R., D.; Martín A., N. (mayo de 2020). Análisis Rápido de Género para la Emergencia de la COVID-19 en América Latina y el Caribe. CARE + ONU Mujeres. Recuperado de: https://www2.unwomen.org/-/media/field%20office%20americas/documentos/publicaciones/2020/05/_lac%20report_spanish%20final%20jun2-comprimido.pdf?la=es&vs=143

- Boletín 89/2020 (22 de julio de 2020). La atención a las medidas para prevenir el contagio por COVID-19 profundiza la desigualdad existente entre hombres y mujeres con respecto al trabajo doméstico no remunerado. Comisión de Derechos Humanos de la Ciudad de México. Recuperado de: <https://cdhcm.org.mx/2020/07/la-atencion-a-las-medidas-sanitarias-para-prevenir-el-contagio-por-covid-19-profundiza-la-desigualdad-existente-entre-hombres-y-mujeres-con-respecto-al-trabajo-domestico-no-remunerado/>
- Bonino, L. (2003). *Las nuevas paternidades*, Cuadernos de Trabajo Social, 16; 171-182, Madrid.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Anagrama, Barcelona, España.
- Brecha salarial, una de las grandes barreras para la igualdad de género. Gobierno de México. Recuperado de: <https://www.gob.mx/conavim/articulos/brecha-salarial-una-de-las-grandes-barreras-para-la-igualdad-de-genero?idiom=es>
- Calderón Viedas, C. (2007). Huellas de modernidad en Sinaloa, Fontarama, ABC, Culiacán, Sin.
- Calvo, M. (2011). Padres e hijos, capítulo V en *La masculinidad robada. Varones en crisis: el necesario reencuentro con la masculinidad*, España, Almuzara, pp. 183-222.
- Carrillo Trujillo, C. D. y Revilla Fajardo, J. A. (2006), Masculinidad entre padres (madre y padre) e hijos, *La Ventana. Revista de Estudios de Género*, núm. 23. pp. 95-126. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Castillo G., G. (06 de noviembre de 2020). Pandemia dispara violencia familiar y discriminación, alerta la Corte. *La Jornada*. Recuperado de: <https://www.msn.com/es-mx/noticias/mexico/pandemia-dispara-violencia-familiar-y-discriminaci%c3%b3n-alerta-la-corte/ar-BB1aLq5Q?li=AAgxAAT&ocid=mailsignout>
- Cazés, D. (1997). Metodología de género en los estudios de hombres, en *La Ventana*, Revista de estudios de género, No. 5, México, Universidad de Guadalajara, pp. 100-121.
- Celedón, R. (2001). Desde el lugar del padre, en *Hombres: identidad/es y violencia*, Olavarría, J., editor, Chile, FLACSO, UAHC Y Red de Masculinidades, pp. 147-156.
- Cepeda Lesmes, J. P. (2007). Gutiérrez Romero, M. J. y Rodríguez Alcalá, L. J. *Características socioeconómicas, percepciones y dinámicas familiares de un grupo de diez familias monoparentales con jefatura masculina ubicada en la ciudad de Bogotá*, Universidad de la Salle, Bogotá.
- Código Familiar del Estado de Sinaloa, última reforma publicada en el Periódico Oficial No. 024 del 21 de febrero de 2018.
- Connell, R. W. (1987). Masculinity/Femininity scales, en *Gender and power*, Connell, R. W., Great Britain, Stanford University Press, Stanford, California, pp. 171-175.

- _____ (1997). La organización social de la masculinidad, en *Masculinidades*, en *Masculinidad/es. Poder y crisis*, Valdés, T. y Olavarría, J. (editores), Isis internacional, Ediciones de las mujeres, No. 24, junio, Santiago, Chile, pp. 31-48.
- Correa Romero, F. E.; García y Barragán, L. F.; Saldívar Garduño, A. (2013). Estereotipo de paternidad e identidad de género en adolescentes de la Ciudad de México, en *Revista Iberoamericana de Psicología: Ciencia y Tecnología*, 6 (1), junio, pp. 41-50.
- Covarrubias Terán, M. A. (2014). “Congruencia y expresiones afectivas en familias contemporáneas”, en *Familia, Género y emociones*, Cuevas Hernández, A. J. Coordinadora, Universidad de Colima, Juan Pablos Editor, Colima, México.
- COVID 19 - Corresponsabilidad en los hogares. Material informativo elaborado por ONU Mujeres México. Guía ante #Covid-19 en los hogares. Serie de orientaciones difundidas por ONU Mujeres. Recuperado de: <https://www2.unwomen.org/-/media/field%20office%20mexico/documentos/publicaciones/2020/marzo%202020/corresponsabilidad%20en%20los%20hogares%20covid19.pdf?la=es&vs=2446>
- COVID-19 y su impacto en números desde la perspectiva de género. Gobierno de México, Inmujeres. (2020) Recuperado de: <https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/543160/Covid19-cifrasPEG.pdf> Declaración Universal de los Derechos Humanos, ONU, 2015, artículo 16, 3.
- Declaratoria de Alerta de Violencia de Género Contra las mujeres (2017). Estado de Sinaloa (2017). Secretaría de Gobernación, CONAVIM, Igualdad Laboral entre Hombres y Mujeres.
- Delgado L., S. (4 de mayo de 2020). El confinamiento y los hombres. El Salto. Recuperado de: <https://www.elsaltodiario.com/coronavirus/confinamiento-hombres-feminismo-masculinidades>
- Denman, C. A. y Haro, J. A. (2000). Introducción: Trayectoria y desvaríos de los métodos cualitativos en la investigación social, en *Por los rincones. Antología de métodos cualitativos en la investigación social*, Denman, C. A., México, El Colegio de Sonora, pp. 9-56.
- De Jesús-Reyes, D.; Cabello-Garza, M. L. (2011). Paternidad adolescente y transición a la adultez: Una mirada cualitativa en un contexto de marginación social, en *Iberofórum. Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana*, Año VI, No. 11 enero-junio, pp. 1-27. ISSN: 2007-0675, Ciudad de México: Universidad Iberoamericana A.C.
- De Keijzer, B. (2000). “Paternidades y transición de género”, en *Paternidades en América Latina*, Norma Fuller, editora, Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, Perú.

- _____ (2001). Los hombres ante la salud sexual-reproductiva: una relación contradictoria, en *Salud y Género*, AC, mayo, pp. 1-17.
- De Miguel Álvarez, A. (2005). La construcción de un marco feminista de interpretación: la violencia de género, en *Cuadernos de Trabajo Social*, Vol. 18, pp. 231-248.
- Encuesta Intercensal 2015, Instituto Nacional de Estadística y Geografía, recuperado de: https://www.inegi.org.mx/contenidos/programas/intercensal/2015/doc/eic_2015_presentacion.pdf
- Encuesta Nacional sobre Discriminación (2017). Instituto Nacional de Estadística y Geografía. Recuperado de: https://www.inegi.org.mx/contenidos/programas/enadis/2017/doc/enadis2017_resultados.pdf
- Encuesta Nacional sobre Uso del Tiempo (ENUT). (2019). Instituto Nacional de Estadística y Geografía, Instituto Nacional de las Mujeres, Comunicado de prensa núm. 458/20, 8 de octubre de 2020. Recuperado de: https://www.inegi.org.mx/contenidos/programas/enut/2019/doc/enut_2019_presentacion_resultado.pdf
- Fagetti, A. (2003). El hombre afanado: la construcción social de la masculinidad en San Miguel Acuexcomac, Puebla, en *Caminos inciertos de las masculinidades*, Miano Borruso, M. (comp.), México, Sep, CONACYT, CONACULTA, INAH, Escuela Nacional de Antropología e Historia, pp. 287-297.
- Figueroa-Perea, J. G. (1998). Algunos elementos para interpretar la presencia de los varones en los procesos de salud reproductiva, en *Varones y salud reproductiva*. Cad. Saúde Públ., 14 (Supl. 1):87-96, 1998, Rio de Janeiro. Brasil.
- Figueroa Perea, J. G. y Rojas, O. L. (2002). La investigación sobre reproducción y varones a la luz de los estudios de género, en *Estudios sobre las mujeres y las relaciones de género en México: Aportes desde diversas disciplinas*, Urrutia, E., coordinadora, México, El colegio de México, pp. 201-228.
- Forbes Staff (30 de septiembre de 2020). Divorcios suben 57% y matrimonios caen 24% en la última década en México. Forbes México. Recuperado de: <https://www.forbes.com.mx/noticias-divorcios-suben-matrimonios-caen-ultima-decada-mexico/>
- Fuller, N. (2002). El cuerpo, en *Masculinidades, Cambios y permanencias*, Perú, Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 55-82.
- Galeana, P. (2015). Géneros asimétricos. Representaciones y percepciones del imaginario colectivo. Encuesta Nacional de Género, en *Los mexicanos vistos por sí mismos. Los grandes temas nacionales*, 8, Galeana, P y Vargas B., P. (autoras), primera edición, México, UNAM.

- García-Bullé, S. (26 de marzo de 2020). Salud mental: el verdadero reto del trabajo a distancia. Observatorio de Innovación Educativa. Tecnológico de Monterrey. Recuperado de: <https://observatorio.tec.mx/edu-news/teletrabajo-bienestar>
- García Toca, Isabel; Nader Carreta, Fernanda (2009). Estereotipos masculinos en la relación de pareja, en *Enseñanza e Investigación en Psicología*, vol. 14, núm. 1, enero-junio, 2009, pp. 37-45. México.
- Giraldo, S. (2015). Prácticas de paternidad de algunos varones gays de Ciudad de México. Entre tabúes y nuevas apuestas para su ejercicio, en *Sociedad y economía*, n° 29, julio-diciembre, pp. 39-62.
- González Acevedo, C.; Casique-Casique, L.; Hernández Ibarra, E.; Mena Martínez, S. (2014). La paternidad adolescente, reflexiones, experiencias y la intervención en enfermería, en *TLATEMOANI, Revista Académica de Investigación*, No. 15, abril, España: Editada por Eumed.net.
- González, F. y Flores, N. (29 de abril de 2020). Masculinidades y auto-cuidado frente a la pandemia del COVID-19. Portal del adulto mayor. Recuperado de: <https://portaldeladultomayor.com/masculinidades-covid-19/>
- González G., M. A. (2017). Breve recorrido por la historia del Feminismo, en *Historia Agenda*.
- González, L. M. (10 de mayo de 2020). Covid-19: se perdieron 707,000 empleos entre el 18 de marzo y el 28 de abril. *El Economista*. Recuperado de: <https://www.eleconomista.com.mx/opinion/Covid-19-se-perdieron-707000-empleos-entre-el-18-de-marzo-y-el-28-de-abril-20200510-0078.html>
- Guasch, Ó. (2008). Los varones en perspectiva de género. Teorías y experiencias de discriminación, en *ASPARKÍA*, 19, pp. 29-38.
- _____ (2007). *La crisis de la heterosexualidad*. LAERTES, 2ª edición, Barcelona.
- Gutmann, M. C. (1997). Machos que no tienen ni madre: La paternidad y la masculinidad en la Ciudad de México, *La Ventana. Revista de Estudios de Género*, núm. 7. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- _____ (1997). Traficando con hombres: La antropología de la masculinidad, en *La Ventana, Revista de estudios de género*, No. 5, México, Universidad de Guadalajara, pp. 47-99.
- _____ (2002). Las mujeres y la negociación de la masculinidad, en *Nueva Antropología*, vol. XVIII, núm. 61, septiembre, Asociación Nueva Antropología A.C., Distrito Federal, México, pp. 99-116.

Granados Cosme, J. A. (2002). Orden sexual y alteridad. La homofobia masculina en el espejo, en *Nueva Antropología, Revista de Ciencias Sociales*, Vol. XVIII, núm. 61, México, CONACULTA, INAH, UCM, pp. 79-97.

Haces Velasco, M de los A. (2006). *La vivencia de la paternidad en el Valle de Chalco*. En Figueroa, J. G., Jiménez, L. y Tena, O., (coordinadores), *Ser padres, esposos e hijos: prácticas y valoraciones de varones mexicanos*. pp. 121-158. México, COLMEX.

_____ (2006). Significado y ejercicio de los roles parentales entre varones homosexuales, en *La Ventana. Revista de Estudios de Género*, núm. 23. pp. 127-165. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.

Hartog, G., Moreno Salazar M. A. y Alvarado Herroz, M. V. (2008). ¡Serás hombre, hijo mío! Un estudio transcultural sobre la transmisión de la masculinidad a través de la paternidad en Francia, México, Quebec y Burkina Faso, en *La Manzana. Revista Internacional de Estudios sobre Masculinidades*. Vol. III, Núm. 4, enero-abril. Puebla, México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, recuperado de <http://www.estudiosmasculinidades.buap.mx/num4/seras.htm>.

Henderson, N. (miércoles 12 de agosto de 2020). Divorcios en línea; una realidad en Sinaloa. El Sol de Sinaloa. Recuperado de <https://www.elsoldesinaloa.com.mx/analisis/divorcios-en-linea-una-realidad-en-sinaloa-5613492.html>

Herrera, F.; Aguayo, F.; Goldsmith Weil, J. (2018). Proveer, cuidar y criar: evidencias, discursos y experiencias sobre paternidad en América Latina, en *Polis, Revista Latinoamericana*, N° 50, p. 5-20.

Hernández, O. M. (2008). Padres en la mira. Ejerciendo y regulando la paternidad en Tamaulipas, en *La Manzana. Revista Internacional de Estudios sobre Masculinidades*. Vol. III, Núm. 4, enero-abril. Puebla, México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, recuperado de <http://www.estudiosmasculinidades.buap.mx/num4/mira.htm>

_____ (2008). Debates y aportes en los estudios sobre masculinidades en México, en *Relaciones*, 116, vol. XXIX, Universidad Autónoma de Tamaulipas.

_____ (2011). Trabajo y construcción de masculinidades en una colonia popular de Tamaulipas, en Hernández, O M., García Cantú, A. A. y Contreras Ocegueda. K. I. (Coordinadores), *Masculinidades en el México contemporáneo*, pp. 117-129, Universidad Autónoma de Tamaulipas, UAMCEH, Plaza y Valdés Editores, México.

_____ (2012). *Masculinidades en Tamaulipas. Una historia antropológica*. Universidad Autónoma de Tamaulipas, Plaza y Valdés Editores, México.

Hernández Ordóñez, A. (2014). “Representación social de la paternidad y significado de la progenie en jóvenes que viven en la calle”, en *¿Y si hablas de...sde tu ser hombre?, violencia, paternidad, homoerotismo y envejecimiento en la experiencia de algunos*

varones, Juan Guillermo Figueroa y Alejandra Salguero, Coordinadores, El Colegio de México, México.

Ibarra, G., Ceballos, T. (2015). Culiacán. Ciudad-región global. *Revista internacionales*. Vol. 1, Núm. 2, julio-diciembre, pp. 182-244.

Infobae. (27 de julio de 2020). Inegi registra más de 15 millones de personas sin trabajo por COVID-19; mujeres son las más afectadas. Infobae. Recuperado de: <https://www.infobae.com/america/mexico/2020/07/27/inegi-registra-mas-de-15-millones-de-personas-sin-trabajo-por-covid-19-mujeres-son-las-mas-afectadas/>

_____ (20 de octubre de 2020). Violencia intrafamiliar ha estado presente en el 9% de los hogares mexicanos durante la pandemia: Inegi. Infobae. Recuperado de: <https://www.infobae.com/america/mexico/2020/10/20/violencia-intrafamiliar-ha-estado-presente-en-el-9-de-los-hogares-mexicanos-durante-la-pandemia-inegi/>

Informes COVID-19. (Abril de 2020). La pandemia del COVID-19 profundiza la crisis de los cuidados en América Latina y el Caribe¹. Realizado por la División de Asuntos de Género, dirigida por Mario Castillo, bajo la coordinación general de Alicia Bárcena, Secretaria Ejecutiva de la CEPAL, abril de 2020. Recuperado de https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/45335/1/S2000261_es.pdf

Informe COVID-19 CEPAL-UNESCO (agosto de 2020). La educación en tiempos de la pandemia de COVID-19. Recuperado de: https://fundacionsantillana.com/wp-content/uploads/2020/09/informe_covid_CEPAL_UNESCO.pdf

Informe de políticas: Las repercusiones de la COVID-19 en las mujeres y las niñas. Recuperado de: https://www.un.org/sites/un2.un.org/files/informe_guterres_covid_mujeres.pdf

Instituto Nacional de Estadística y Geografía (2018). Mujeres y hombres en México 2018/México, INEGI.

Jiménez Godoy, A. B. (2004). La paternidad en entredicho, en *Gazeta de Antropología*, 20, artículo 19, disponible en <http://hdl.handle.net/10481/7270>.

Jiménez Guzmán, M. L. (2003). *Dando voz a los varones: sexualidad, reproducción y paternidad de algunos mexicanos*, UNAM, México.

_____ (2008). Reflexiones acerca de la Paternidad, en *La Manzana. Revista Internacional de Estudios sobre Masculinidades*. Vol. III, Núm. 4, enero-abril. Puebla, México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, recuperado de <http://www.estudiosmasculinidades.buap.mx/num4/reflexiones.htm>.

_____ (2006). Experiencia y valoración de la paternidad en algunos hombres de los sectores medios y altos de la ciudad de México. En Figueroa, J. G., Jiménez, L. y Tena, O., (coordinadores), *Ser padres, esposos e hijos: prácticas y valoraciones de varones mexicanos*. pp. 219-252. México, COLMEX.

- Jiménez, G. (10 de julio de 2020). Divorcios también son provocados por covid: Poder Judicial CDMX. Excelsior. Recuperado de: <https://www.excelsior.com.mx/comunidad/divorcios-tambien-son-provocados-por-covid-poder-judicial-cdmx/1393310>
- Jiménez Guzmán, L. (2020). Masculinidades en el contexto del COVID-19. Comisión Universitaria para la Atención de la Emergencia, UNAM, Chirino, D. (Entrevistadora). Recuperado de: <https://covid19comisionunam.unamglobal.com/?p=84694>
- Jiménez Valdez, E. I. (2014). Mujeres, narco y violencia: resultados de una guerra fallida, en *Región y Sociedad*, núm. 4, 2014, Hermosillo, México, El Colegio de Sonora, pp. 101-128.
- Jociles, R., M. J. (2001). El estudio sobre las masculinidades. Panorámica general, en *Gazeta de Antropología*, 17, artículo 27.
- Johnson, R. A. (1996). El rey pescador, en He. Para comprender la psicología masculina, Buenos Aires, Argentina, Era Naciente, pp. 16-37.
- Kaufman, M. (1995). Los hombres, el feminismo y las experiencias contradictorias del poder entre los hombres, en *Género e identidad. Ensayos sobre lo femenino y lo masculino*, Luz G. Arango, Magdalena León, Mara Viveros (comp.), Bogotá, Tercer Mundo, pp. 123-146.
- Kimmel, M. (1992). La producción teórica sobre la masculinidad: nuevos aportes, en *Fín de siglo. Género y cambio civilizatorio*, Isis Internacional, Ediciones de las Mujeres, No. 17, pp. 129-138.
- _____ (1997) Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina, en Valdes, Teresa y José Olavarría (edc.). *Masculinidad/es: poder y crisis*, Cap. 3, ISIS-FLACSO: Ediciones de las Mujeres N° 24, pp. 49-62.
- Laguna-Maqueda, O. (2016). Arreglos parentales de varones gay en la Ciudad de México: de la paternidad negada a la transformación inadvertida del cuidado. *Masculinities and Social Change*, 5(2), 182-204. doi: 10.17583/MCS.2016.2033, disponible en <http://doi.org/10.17583/MCS.2016.2033>.
- Lamas, M. (2000). Diferencias de sexo, género y diferencia sexual, en *Cuicuilco*, vol. 7, núm. 18, enero-abril.
- _____ (2014). *Las putas honestas*, ayer y hoy, en *Cuerpo, sexo y política*, Lamas, M, México, Océano, Debate Feminista.
- López G., A. y Güida, C. (2002). Aportes de los estudios de género en la conceptualización sobre Masculinidad, en *Femenino-Masculino. Intervenciones teórico-clínicas*, Muñiz, A. (comp.), Ediciones Psicolibros, Facultad de Psicología, Montevideo.

- López Pérez, R. (2013). Maternidad y paternidad responsable: La resignificación de los cuidados parentales, en *GENDES*, A.C. (Género y Desarrollo), sobre el Foro: Paternidad Responsable: Niñas y Niños con derechos plenos. Construyendo ciudadanía, Tlaxcala.
- Maihold, G. y Sauter de Maihold, R. M. (2012). Capos, reinas y santos. La narcocultura en México, en *México Interdisciplinario*, año 2, No. 3, invierno, UNAM, El Colegio de México.
- Martínez-Monteagudo, MC, Estévez, E, Ingles, C. (2013). “Diversidad familiar y ajuste psicosocial en la sociedad actual”, *Revista Psicología.Com*.
- Mauro, A., Araujo, K. y Godoy, L. (2001). Trayectorias laborales masculinas y cambios en el mercado de trabajo, en *Hombres: identidad/es y violencia*, Olavarría, J. (Editor), FLACSO, UAHC Y Red de Masculinidades, Chile, pp. 55-72.
- Medrano, V., I. (20 de junio de 2020). Ser padre de 10 hijos, una profesión de vida. El Sol de Sinaloa. Recuperado de: <https://www.elsoldesinaloa.com.mx/local/ser-padre-de-10-hijos-una-profesion-de-vida-5387667.html>
- Mena R., M. (2020). ¿Cuáles son los países más avanzados en igualdad de género? World Economic Forum. Recuperado de: <https://es.weforum.org/agenda/2020/09/cuales-son-los-paises-mas-avanzados-en-igualdad-de-genero/>
- Montesinos, R. (1996). Vida cotidiana, familia y masculinidad, en *Sociológica*, núm. 31, México, Universidad Autónoma de Metropolitana Azcapotzalco, mayo-agosto.
- _____ (2004). La nueva paternidad: expresión de la transformación masculina, en *Polis: Investigación y Análisis Sociopolítico y Psicosocial*, vol. 2, núm. 4, segundo semestre, pp. 197-220, Distrito Federal, México: Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa, recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=72620409>
- Montilla Bravo, D. (2009). “La crisis de la masculinidad”, en *Masculinidad, una mirada desde el psicoanálisis*, Raquel Tawil-Klein, compiladora, APM, México.
- Minello Martini, N. (2002). Masculinidad/es: un concepto en construcción, en *Nueva Antropología, Revista de Ciencias Sociales*, Vol. XVIII, núm. 61, México, CONACULTA, INAH, UCM, pp. 11-30.
- Minello M., N. (2002). Los estudios de masculinidad, en *Estudios Sociológicos*, vol. XX, núm. 3, septiembre-diciembre, pp. 715-732.
- Mora M., A. (2020). Presentación, en Covid-19 en la vida de las mujeres. Razones para reconocer los impactos diferenciados, Mora Mora, A. (coordinadora), Comisión Interamericana de Mujeres, Organización de los Estados Americanos.
- Nieri, L. (2012). “Paternidad y maternidad: aproximaciones psicológicas y socioculturales”, *Piésis, Revista Electrónica de Psicología Social*, No. 23, junio de 2012. BA, Argentina.

- Nogués, N. (18 de mayo de 2020). “Ser más hombre” en tiempos del COVID. Forbes México. Recuperado de: <https://www.forbes.com.mx/ser-mas-hombre-en-tiempos-del-covid/>
- Nudler, A.; Romaniuk, S. (2005). Prácticas y subjetividades parentales: transformaciones e inercias, en *La Ventana*, No. 22, pp. 269-285.
- Núñez Noriega, G. (2013). *Hombres sonorenses. Un estudio de género de tres generaciones*, Universidad de Sonora, Pearson, México.
- _____ (2015). *Sexo entre varones. Poder y resistencia en el campo sexual*. PUEG-UNAM, CIAD, Colson, México.
- _____ (2017). *Abriendo Brecha. 25 años de estudios de género de los hombres y las masculinidades en México (1990-2014)*, CIAD, AMEGH, CONACYT, México.
- Núñez N., G. y Ayala V., D. J. (2012). Embarazo adolescente en el noroeste de México: entre la tradición y la modernidad, en *Culturales*, Vol. VIII, Núm. 15, enero-junio.
- Núñez, G. y Figueroa, C. (2017). El narcotráfico como dispositivo de poder sexo-genérico: crimen organizado, masculinidad y teoría *queer*. En *Estudios de Género de El Colegio de México*, 3(5) enero-junio, pp. 90-128.
- Núñez-González, M. A., y Núñez Noriega, G. (2019). Masculinidades en la narcocultura de México: “los viejones” y el honor. *Región y sociedad*, 31, e1107. doi: 10.22198/rys2019/31/1107.
- Olavarría A., J. (2001). Hombres e identidades: crisis y globalización, en *Hombres: identidad/es y violencia*, Olavarría, J. (Editor), FLACSO, UAHC Y Red de Masculinidades, Chile, pp. 16-36.
- Ortega Silva, P. y Casillas Velásquez, M. (2008). Paternidad, autorreflexión e implicaciones sociales: Varones con hijos o hijas con discapacidad, en *La Manzana. Revista Internacional de Estudios sobre Masculinidades*. Vol. III, Núm. 4, enero-abril. Puebla, México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, recuperado de <http://www.estudiosmasculinidades.buap.mx/num4/hijos.htm>.
- Ortega Silva, P.; Torres Velázquez, L. E.; Garrido Garduño, A.; Reyes Luna, A. G. (2012). La paternidad en un entorno diferente, en *Revista Electrónica de Psicología Iztacala*. 15, (2), pp. 722-740, México: Fesitacalca, UNAM, disponible en <http://www.revistas.unam.mx/index.php/rep/rep/article/view/32377>
- Páez, I. (2017). *Expresiones masculinas en el Culiacán de los sesenta (Tesis de Maestría)*. Universidad Autónoma de Sinaloa, Facultad de Historia, México.

- Páez Ramírez, I., y Zúñiga Elizalde, M. (2021). ¿Paternidades en transformación? Ser padre en Culiacán, Sinaloa, en tiempos de confinamiento y crisis sanitaria. *región y sociedad*, 33, e1502. doi: 10.22198/rys2021/33/1502
- Panorama Sociodemográfico de Sinaloa, 2015. Encuesta Intercensal 2015. Instituto Nacional de Estadística y Geografía. Recuperado de: http://internet.contenidos.inegi.org.mx/contenidos/Productos/prod_serv/contenidos/espano/lbvinegi/productos/nueva_estruc/inter_censal/panorama/702825082352.pdf
- Pazos Morán, M. (2018). *Contra el patriarcado. Economía feminista para una sociedad justa y sostenible*. Katakarak. Pamplona.
- Pérez López, J. F. (1993). Dinámica demográfica y desarrollo urbano en Sinaloa (1960-1990), en *Sinaloa en los noventa, Cuadernos de Investigación 1*, Culiacán, Sinaloa.
- Pérez Nila, K. M. (2016). Representaciones de la maternidad y la paternidad en Xichú, Guanajuato. ¿Dicotomías impertinentes o guías para la acción?, en *Sociológica*, vol. 31, núm. 88, mayo-agosto, pp. 235-267, Distrito Federal, México: Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Azcapotzalco, disponible en <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=305045555008>.
- Programa Estatal para la Igualdad y no Discriminación entre hombres y Mujeres, Gobierno del Estado de Sinaloa, Instituto Sinaloense de las Mujeres, en *El Estado de Sinaloa, Órgano Oficial del Gobierno del Estado, Tomo CIX 3ra. Época, Culiacán, Sinaloa, miércoles 27 de junio de 2018, No. 080*.
- Ramírez Rodríguez, J. C. (2014). “Los hombres y las emociones”, en *Familia, Género y emociones*, Cuevas Hernández, A. J. Coordinadora, Universidad de Colima, Juan Pablos Editor, Colima, México.
- Ramírez, J. C. (2008). Masculinidad, cosa de hombres. Primera parte: Identificando los hilos para tejer la madeja, en *Madeiras entreveradas: Violencia, masculinidad y poder. Varones que ejercen violencia contra sus parejas*, México, Universidad de Guadalajara, Plaza y Valdés Editores.
- Rodríguez, R.; Pérez, G.; Salguero, A. (2010). El deseo de la paternidad en los hombres, en *Avances en Psicología Latinoamericana*, vol. 28, núm. 1, pp. 113-123, Bogotá, Colombia: Universidad del Rosario, disponible en <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=79915029010>.
- Rojas, O. L. (2006). Reflexiones en torno de las valoraciones masculinas sobre los hijos y la paternidad. En Figueroa, J. G., Jiménez, L. y Tena, O., (coordinadores), *Ser padres, esposos e hijos: prácticas y valoraciones de varones mexicanos*. pp. 95-120. México, COLMEX.

-
- _____ (2006). La importancia de tener un hijo varón y algunos cambios en la relación padre-hijo en México, en *Papeles de POBLACIÓN*, No. 48, abril-junio, pp. 181-204, México: CIEAP/UAEM, El Colegio de México.
-
- _____ (2007). Criar a los hijos y participar en las labores domésticas sin dejar de ser hombre: un estudio generacional en la ciudad de México. En Amuchástegui, A. y Szasz, I. (coordinadoras), *Sucede que me canso de ser hombre... Relatos y reflexiones sobre hombres y masculinidades en México*. pp. 519-561. México. El Colegio de México.
-
- _____ (2010). Género, organización familiar y trabajo extradoméstico femenino asalariado y por cuenta propia, en *Revista Latinoamericana de Estudios Familiares*, Vol. 2, enero-diciembre, pp. 31 – 50.
-
- _____ (2014). Estudios sobre las percepciones y los significados masculinos en torno a la reproducción, en O. L. Rojas *Estudios sobre la reproducción masculina*, pp. 119-139, México, CEDUA, COLMEX.
- Roldán López H (2006). La urbanización metropolitana de Culiacán, México, Gobierno del Estado de Sinaloa, ABC Sinaloa, Fontarana.
- Rubin, G. (1986). El tráfico de mujeres: notas sobre la “economía política” del sexo. En *Revista Nueva Antropología*. Año/vol. VIII, No. 30, noviembre, pp. 95-145, UNAM, México.
- Salguero Velásquez, M. A. (2004). La paternidad en el proyecto de vida de algunos varones de la Ciudad de México, en *Mneme – Revista Virtual de Humanidades*, n. 11, v. 5, jul./set. Dossiê Gênero, disponible en <http://www.seol.com.br/mneme>.
-
- _____ (2006). Feminismo: masculinidad y paternidad, en *Tramas*, 24, pp. 41-60, México: UAM.X.
-
- _____ (2006). Identidad, responsabilidad familiar y ejercicio de la paternidad en varones del Estado de México, en *Papeles de Población*, vol. 12, núm. 48, abril-junio, pp. 155-179, Toluca, México: Universidad Autónoma del Estado de México, disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=11204808>.
-
- _____ (2006). Significado y vivencia de la paternidad en algunos varones de los sectores socioeconómicos medios en la Ciudad de México. En Figueroa, J. G., Jiménez, L. y Tena, O., (coordinadores), *Ser padres, esposos e hijos: prácticas y valoraciones de varones mexicanos*. pp. 57-94. México, COLMEX.
-
- _____ (2007). Preguntarse cómo ser padre es también preguntarse cómo ser hombre: reflexiones sobre algunos varones. En Amuchástegui, A. y Szasz, I. (coordinadoras), *Sucede que me canso de ser hombre... Relatos y reflexiones sobre hombres y masculinidades en México*. pp. 563-599. México. El Colegio de México.
-
- _____ (2020). *Conversatorio Virtual: Violencia de género y nuevas masculinidades en tiempos de pandemia*. Defensoría de los Derechos Universitarios de la

Universidad de Guadalajara, video, recuperado de:
<https://www.facebook.com/1323081107848304/videos/431669831336012>

Salguero Velásquez, A. y Pérez Campos, G. (2008). La paternidad en los varones: Una búsqueda de identidad en un terreno desconocido. Algunos dilemas, conflictos y tensiones, en *La Manzana. Revista Internacional de Estudios sobre Masculinidades*. Vol. III, Núm. 4, enero-abril. Puebla, México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, recuperado de <http://www.estudiosmasculinidades.buap.mx/num4/varones.htm>

Salguero, A. y Pérez, G. (2011). La paternidad en el cruce de perspectivas: El discurso reflexivo de padres y madres en México, en *GénEeros. Revista de investigación y divulgación sobre los estudios de género*. Año 18, Época 2, núm. 9, marzo-agosto, pp. 35-56.

Salyer, K. (2019). Más de una vida por delante: 100 años para alcanzar la paridad de género en el mundo. *World Economic Forum*. Recuperado de: <https://es.weforum.org/press/2019/12/gggr20-33b4437b58/>

Sánchez Osuna, A. I. (2016). Ser lesbiana en Culiacán. Lesbofobia y construcción de identidades, Tesis de maestría en estudios culturales, Tijuana, Baja California, México, El Colegio de la Frontera Norte.

Scott, J. (1996). El género, una categoría útil para el análisis histórico. En Lamas, M. (compiladora), *La construcción cultural de la diferencia sexual*. México, PUEG-UNAM.

Sondeo sobre trabajo doméstico, violencia y preocupaciones de las personas durante el Confinamiento por COVID-19 en México, realizado por Estudios y Estrategias para el Desarrollo y la Equidad, A.C. (EPADEQ), entre el 11 de mayo y 1 de junio de 2020. Recuperado de: <https://www.epadeq.com.mx/wp-content/uploads/2020/08/SONDEO-CUIDADOS-VIOLENCIA-COVID-v2.pdf>

Solís, S. (19 de noviembre de 2020). No bajan las denuncias por violencia familiar en Culiacán. *El Sol de Sinaloa*. Recuperado de: <https://www.elsoldesinaloa.com.mx/local/no-bajan-las-denuncias-por-violencia-familiar-en-culiacan-6035060.html>

Taylor, S. J. y Bogdan, R. (1987). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Barcelona, Paidós.

Téllez, C. (01 de junio de 2020). COVID-19 deja sin trabajo a 12.5 millones de personas en México. *El Financiero*. Recuperado de: <https://www.elfinanciero.com.mx/economia/12-millones-de-mexicanos-perdieron-su-salario-en-abril-por-suspension-laboral>

Tena Guerrero, O. (2006). *Valoración y retrospectiva y prospectiva del ejercicio de la paternidad a partir de la experiencia de hijos adultos en soltería. Historia de caso*. En Figueroa, J. G., Jiménez, L. y Tena, O., (coordinadores), *Ser padres, esposos e hijos: prácticas y valoraciones de varones mexicanos*. pp. 285-320. México, COLMEX.

- Tena Guerrero, O. y Jiménez Anaya, P. (2006). *Rescate de la imagen paterna en riesgo ante el incumplimiento del mandato de la proveeduría*. En Ramírez Rodríguez, J. C. y Uribe Vázquez, G. (coordinadores), *Masculinidades, el juego de género de los hombres en el que participan las mujeres*. pp. 231-246. México. Plaza y Valdés.
- Tereso, R. L. (5 de marzo de 2020). Ocho de cada 10 mujeres que trabajan, llegan a hacer tareas del hogar. ADN Portal. Recuperado de: <https://adnportal.mx/ocho-de-cada-10-mujeres-que-trabajan-llegan-a-hacer-tareas-del-hogar/>
- Torres Velázquez, L. E. (2004). La paternidad: una mirada retrospectiva, en *Revista Ciencias Sociales*, 105, III, pp. 47-58.
- _____ (2009). Prohibido ser padre, en *Revista Electrónica de Psicología Iztacala*, Vol. 12. No. 3. Septiembre, pp. 155-172. México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Torres Velázquez, L. E.; Garrido Garduño, A.; Reyes Luna, A. G.; Ortega Silva, P. (2008). Responsabilidades en la crianza de los hijos, en *Enseñanza e Investigación en Psicología*, vol. 13, núm. 1, enero-junio, 2008, pp. 77-89, Xalapa, México: Consejo Nacional para la Enseñanza en Investigación en Psicología A.C, recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=29213107>.
- Torres Velázquez, L. E.; Ortega Silva, P.; Reyes Luna, A. G.; Garrido Garduño, A. (2011). Paternidad y ruptura familiar, en *Enseñanza e Investigación en Psicología*, vol. 16, núm. 2, julio-diciembre, 2011, pp. 277-293, Xalapa, México: Consejo Nacional para la Enseñanza en Investigación en Psicología A.C., disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=29222521005>
- Torres Velázquez, L. E.; Garrido Garduño, A.; Navarro Ceja, N. (2015). La paternidad en el Divorcio, en *Coeducación*, Año 1, Vol. 1, enero-diciembre, pp. 117-131, Memoria del Coloquio de Investigación en Género desde IPN.
- Trueba Atienza, C. (2004). La identidad de género. Un debate interdisciplinar, capítulo 2 en *Voces disidentes. Debates contemporáneos en los estudios de género en México*, Pérez-Gil Romo, S. E. y Ravelo Blancas, P. (Coordinadoras), México, Cámara de Diputados, Miguel Ángel Porrúa, CIESAS, pp. 57-89.
- Vela Peón, F. (2015). Un acto metodológico básico de la investigación social: la entrevista cualitativa, Primera parte. Los procedimientos básicos de recolección como técnica y método, Observar, escuchar y comprender. Sobre la tradición cualitativa en la investigación social, Tarrés, M. L. (Coordinadora), México, FLACSO MÉXICO, El Colegio de México, pp. 63-92.
- Vendrell Ferré, J. (2002). La masculinidad en cuestión. Reflexiones desde la antropología, en *Nueva Antropología, Revista de Ciencias Sociales*, Vol. XVIII, núm. 61, México, CONACULTA, INAH, UCM, pp. 31-52.

Verduzco V., L. M. y Rodríguez Lamarque, M. I. (2009). “El padre en la sociedad contemporánea”, en *Masculinidad, una mirada desde el psicoanálisis*, Raquel Tawil-Klein, compiladora, APM, México.

Viveros V., M. (2007). Teorías feministas y estudios sobre varones y masculinidades. Dilemas y desafíos recientes, en *La manzana de la discordia*, Año 2, No. 4, diciembre, pp. 25- 36.

Anexos

Anexo 1.- Guía de entrevista a varones adultos mayores

Nombre:		Edad:	
Fecha de Nacimiento:		Lugar de Nacimiento:	
Nivel de estudios:		Ocupación:	
Otros trabajos que ha tenido:			
Estado civil:		Edad a la que se casó:	Cantidad de veces que se casó:
Nivel de estudios de pareja:		Edad de pareja:	
Colonia/Área donde vive/vivía en el periodo del cual se le pregunta:			
Religión:			
Edad y sexo de los hijos/hijas			
1.- Edad: H () M ()		8.- Edad: H () M ()	
2.- Edad: H () M ()		9.- Edad: H () M ()	
3.- Edad: H () M ()		10.- Edad: H () M ()	
4.- Edad: H () M ()		11.- Edad: H () M ()	
5.- Edad: H () M ()		12.- Edad: H () M ()	
6.- Edad: H () M ()		13.- Edad: H () M ()	
7.- Edad: H () M ()		14.- Edad: H () M ()	
Edad del padre:		Lugar de nacimiento del padre:	
Edad que llegó a vivir a Culiacán:		Ocupación del padre:	
Edad de la madre:		Lugar de nacimiento de la madre:	
Edad que llegó a vivir a Culiacán:		Ocupación de la madre:	
Número de hermanos/hermanas, sexo y lugar que ocupa entre ellos:			
Otras personas que vivían en la casa:			

Cuestionario

1.- Construcción de la identidad. Relación con el padre y experiencia como hijo.

Platíqueme de su experiencia como niño.

Hábleme de su casa.

Platíqueme de sus padres.

¿Cómo era la relación entre sus papás?

¿Cómo era la relación de usted con su papá?

¿Cómo era la relación con su mamá?

Hábleme de sus hermanos/hermanas en aquel momento.

Platíqueme de cómo estaba organizada la familia (derechos/obligaciones/normas/reglas)

¿Quién se encargaba de hacer los quehaceres?

¿Qué responsabilidades tenía usted, específicamente?

¿Qué hacía su padre en su casa?

¿Qué hacía su madre en su casa?

Adolescencia y juventud

Momento/situación en que se deja de ver como niño y se percibe como “hombre”.

Hábleme de su juventud.

Platíqueme de cuando empezó a tener novia.

¿Qué implicaba ser un hombre?

¿Qué implicaba ser una mujer?

Lo que pensaba acerca de la paternidad cuando era niño/joven/antes de serlo.

Lo que pensaba de la maternidad de niño/joven.

¿Pensaba en su propia paternidad, en ser papá? ¿Cómo se ve veía?

¿Cómo se aprende a ser papá?

2.- Matrimonio/Vida en pareja de recién casados

Relación con la esposa (mamá de sus hijos/as).

Actividades que hacía con la esposa.

Dinámica de recién casados.

Organización familiar (gastos/mantenimiento del hogar/quién mandaba).

Actividades que hacía solo (amigos).

Planeación/Llegada de los hijos/as.

3.-Ejercicio de la paternidad

Hábleme de cuando se enteró que iba a ser papá (primer embarazo).

(lo que sintió, qué esperaba, qué fue, cómo lo tomó).

Proceso de embarazo (participación/involucramiento).

¿Cómo fue el nacimiento de su primer hijo/hija? (qué pensó/sintió al ver a su hijo/hija/cuidados/involucramiento...).

¿cómo fueron estos aspectos en relación a los demás hijos/hijas?

4.-Eduación y crianza de los hijos/as

Hábleme de lo que implicaba criar a los hijos/hijas (actividades/responsabilidades)

¿Qué hacía usted, específicamente, como padre, en cuanto a la crianza de los hijos/hijas?

¿Qué hacía su pareja, específicamente, como madre, en cuanto a la crianza de los hijos/hijas?

Dar seguridad a la familia

5.-Afectividad y relación con los hijos/as

Descríbame un día típico en su casa.

¿Cómo era un día de descanso?

¿Qué actividades hacían en familia?

Relación con sus hijos/hijas cuando estuvieron más grandes.

¿Qué les dijo a sus hijos/as de la sexualidad?

¿De qué manera les demostraba el afecto?

Platíqueme de la percepción que considera que sus hijos/hijas tenían de usted.

¿En qué se parecía o difería la percepción que tenía usted de su papá a la que tenían sus hijos de usted?

¿Qué elemento/aspecto era el principal para que funcionara la familia?

6.- Reglas/Normas/Obligaciones/Derechos Reglas Autoridad/Proveeduría

Organización de la familia en cuanto reglas/normas.

¿Quién decidía lo que podía o no hacerse en el hogar/familia?

(permisos/reglas/obligaciones/derechos)

Llamados de atención/regaños/castigos a los hijos/hijas.

7.-Paternidad en la etapa adulta

Hábleme de su vida presente.

Relación con los hijos/hijas.

¿Qué piensa de la manera en que sus hijos/as son padres/madres?

Relación con su esposa.

Platíqueme de sus nietos/as.

8.- La experiencia de la paternidad

Lo más fácil/difícil de ser padre.

Lo más satisfactorio/desesperante de ser papá.

Situación en la que no supiera qué hacer como papá.

Aspectos de ser padre dependiendo de la edad de los hijos/hijas.

Aspectos de ser padre dependiendo del sexo de los hijos/hijas.

Ser y no un ejemplo para los hijos/as.

Autoevaluación del desempeño paterno (lo que hizo bien/mal).

Aspectos que conservara/eliminara de su desempeño paterno.

Aspecto en el que le gustaría mejorar como papá.

¿Qué le hubiera gustado hacer como papá y no lo hizo?

Si tuviera un hijo ahora, ¿cómo fuera su desempeño como papá? ¿Qué haría igual/diferente?

Antes de que fuera papá y una vez que ya lo fue ¿cambió de alguna manera lo que pensaba de su propio padre? ¿Lo entendió/comprendió más?

Características de papás

Características/Concepto

¿En qué son diferentes?

Las condiciones de vida actuales (económicas, sociales, políticas...) ¿demandan una manera específica de ser papá?

¿En qué se parecen o difieren a cuando usted empezó a serlo?
¿Cuándo fue más fácil/difícil ser papá?
¿Hay mejores padres ahora o antes?
¿Hay algún momento/etapa de la vida en la que se deje de tener la responsabilidad como papá?
¿Qué le queda claro hoy, como papá? ¿Qué sería eso que sabe ahora y que le hubiera gustado saber al criar a sus hijos/hijas?

Características de las mamás

Características/Concepto de mamá

Las condiciones de vida actuales (económicas, sociales, políticas...) ¿demandan una manera específica de ser mamá?

¿En qué se parecen o difieren las de antes y las de ahora?

¿Hay mejores madres ahora o antes?

Características de los hombres

Características/Concepto de hombre

¿Todos los hombres son iguales?

¿A quién se considera masculino?

¿En qué situaciones se duda de un hombre?

Característica/Concepto de esposo

Características de las mujeres

Características/Concepto de

¿Todas las mujeres son iguales?

¿A quién se considera femenina?

¿En qué situaciones se duda de una mujer?

Característica/Concepto de esposo

Familia

¿Qué es la familia para usted?

¿Quién puede conformar una familia?

¿Qué piensa de que ahora pueden casarse hombres y/o mujeres con mujeres?

¿Qué piensa de que ahora más los hombres hagan labores domésticas y se encarguen de la crianza de los hijos y de más mujeres que trabajen fuera del hogar?

¿Cuáles son los principales valores que intenta inculcar a sus hijos/as?

Anexo 2.- Guía de entrevista a varones adultos y jóvenes

Nombre:		Edad:	
Fecha de Nacimiento:		Lugar de Nacimiento:	
Nivel de estudios:		Ocupación:	
Otros trabajos que ha tenido:			
Estado civil:		Edad a la que se casó:	Cantidad de veces que se casó:
Nivel de estudios de pareja:		Edad de pareja:	
Colonia/Área donde vive/vivía en el periodo del cual se le pregunta:			
Religión:			
Edad y sexo de los hijos/hijas			
1.- Edad: H () M ()		8.- Edad: H () M ()	
2.- Edad: H () M ()		9.- Edad: H () M ()	
3.- Edad: H () M ()		10.- Edad: H () M ()	
4.- Edad: H () M ()		11.- Edad: H () M ()	
5.- Edad: H () M ()		12.- Edad: H () M ()	
6.- Edad: H () M ()		13.- Edad: H () M ()	
7.- Edad: H () M ()		14.- Edad: H () M ()	
Edad del padre:		Lugar de nacimiento del padre:	
Edad que llegó a vivir a Culiacán:		Ocupación del padre:	
Edad de la madre:		Lugar de nacimiento de la madre:	
Edad que llegó a vivir a Culiacán:		Ocupación de la madre:	
Número de hermanos/hermanas, sexo y lugar que ocupa entre ellos:			
Otras personas que vivían en la casa:			

Cuestionario

1.- Construcción de la identidad. Relación con el padre y experiencia como hijo.

Platíqueme de su experiencia como niño.

Hábleme de su casa.

Platíqueme de sus padres.

¿Cómo era la relación entre sus papás?

¿Cómo era la relación de usted con su papá?

¿Cómo era la relación con su mamá?

Hábleme de sus hermanos/hermanas en aquel momento.

Platíqueme de cómo estaba organizada la familia (derechos/obligaciones/normas/reglas)

¿Quién se encargaba de hacer los quehaceres?

¿Qué responsabilidades tenía usted, específicamente?

¿Qué hacía su padre en su casa?

¿Qué hacía su madre en su casa?

Adolescencia y juventud

Momento/situación en que se deja de ver como niño y se percibe como “hombre”.

Hábleme de su juventud.

Platíqueme de cuando empezó a tener novia.

¿Qué implicaba ser un hombre?

¿Qué implicaba ser una mujer?

Lo que pensaba acerca de la paternidad cuando era niño/joven/antes de serlo.

Lo que pensaba de la maternidad de niño/joven.

¿Pensaba en su propia paternidad, en ser papá? ¿Cómo se ve veía?

¿Cómo se aprende a ser papá?

2.- Matrimonio/Vida en pareja de recién casados

Relación con la esposa (mamá de sus hijos/as).

Actividades que hacía con la esposa.

Dinámica de recién casados.

Organización familiar (gastos/mantenimiento del hogar/quién mandaba).

Actividades que hacía solo (amigos).

Planeación/Llegada de los hijos/as.

3.-Ejercicio de la paternidad

Hábleme de cuando se enteró que iba a ser papá (primer embarazo).

(lo que sintió, qué esperaba, qué fue, cómo lo tomó).

Proceso de embarazo (participación/involucramiento).

¿Cómo fue el nacimiento de su primer hijo/hija? (qué pensó/sintió al ver a su hijo/hija/cuidados/involucramiento...).

¿cómo fueron estos aspectos en relación a los demás hijos/hijas?

4.-Eduación y crianza de los hijos/as

Hábleme de lo que ha implicado criar a los hijos/hijas (actividades/responsabilidades)

¿Qué hace usted, específicamente, como padre, en cuanto a la crianza de los hijos/hijas?

¿Qué hace su pareja, específicamente, como madre, en cuanto a la crianza de los hijos/hijas?

Dar seguridad a la familia

5.-Afectividad y relación con los hijos/as

Descríbame un día típico en su casa.

¿Cómo es un día de descanso?

¿Qué actividades hacen en familia?

Relación con sus hijos/hijas en sus diferentes etapas.

¿Qué les dice a sus hijos/as de la sexualidad?

¿De qué manera les demuestra el afecto?

Platíqueme de la percepción que considera que sus hijos/hijas tienen de usted.

¿En qué se parece o difiere la percepción que tiene usted de su papá de la que cree que tienen sus hijos de usted?

¿Qué elemento/aspecto es el principal para que funcionara la familia?

6.- Reglas/Normas/Obligaciones/Derechos Reglas Autoridad/Proveeduría

Organización de la familia en cuanto reglas/normas.

¿Quién decide lo que se puede o no hacer en el hogar/familia?

(permisos/reglas/obligaciones/derechos)

Llamados de atención/regaños/castigos a los hijos/hijas.

7.- La experiencia de la paternidad

Lo más fácil/difícil de ser padre.

Lo más satisfactorio/desperante de ser papá.

Situación en la que no supiera qué hacer como papá.

Aspectos de ser padre dependiendo de la edad de los hijos/hijas.

Aspectos de ser padre dependiendo del sexo de los hijos/hijas.

Ser y no un ejemplo para los hijos/as.

Autoevaluación del desempeño paterno (lo que hizo bien/mal).

Aspectos que conservara/eliminara de su desempeño paterno.

Aspecto en el que le gustaría mejorar como papá.

¿Qué le hubiera gustado hacer como papá y no lo hizo?

Si tuviera un hijo ahora, ¿cómo fuera su desempeño como papá? ¿Qué haría igual/diferente?

Antes de que fuera papá y una vez que ya lo fue ¿cambió de alguna manera lo que pensaba de su propio padre? ¿Lo entendió/comprendió más?

Características de papás

Características/Concepto de papá

¿En qué son diferentes?

Las condiciones de vida actuales (económicas, sociales, políticas...) ¿demandan una manera específica de ser papá?

¿En qué se parecen o difieren a cuando usted empezó a serlo?

¿Cuándo fue más fácil/difícil ser papá?

¿Hay mejores padres ahora o antes?

¿Hay algún momento/etapa de la vida en la que se deje de tener la responsabilidad como papá?

¿Qué le queda claro hoy, como papá? ¿Qué sería eso que sabe ahora y que le hubiera gustado saber al criar a sus hijos/hijas?

Características de las mamás

Características/Concepto de mamá

Las condiciones de vida actuales (económicas, sociales, políticas...) ¿demandan una manera específica de ser mamá?

¿En qué se parecen o difieren las de antes y las de ahora?

¿Hay mejores madres ahora o antes?

Características de los hombres

Características/Concepto de hombre

¿Todos los hombres son iguales?

¿A quién se considera masculino?

¿En qué situaciones se duda de un hombre?

Característica/Concepto de esposo

Características de las mujeres

Características/Concepto de mujer

¿Todas las mujeres son iguales?

¿A quién se considera femenina?

¿En qué situaciones se duda de una mujer?

Característica/Concepto de esposo

Familia

¿Qué es la familia para usted?

¿Quién puede conformar una familia?

¿Qué piensa de que ahora pueden casarse hombres y/o mujeres con mujeres?

¿Qué piensa de que ahora más los hombres hagan labores domésticas y se encarguen de la crianza de los hijos y de más mujeres que trabajen fuera del hogar?

¿Cuáles son los principales valores que intenta inculcar a sus hijos/as?

Anexo 3.- Guía de entrevista a mujeres

Nombre:		Edad:	
Fecha de Nacimiento:		Lugar de Nacimiento:	
Nivel de estudios:		Ocupación:	
Otros trabajos que ha tenido:			
Estado civil:		Edad a la que se casó:	Cantidad de veces que se casó:
Colonia/Área donde vive/vivía en el periodo del cual se le pregunta:			
Religión:			
Edad y sexo de los hijos/hijas			
1.- Edad: H () M ()		8.- Edad: H () M ()	
2.- Edad: H () M ()		9.- Edad: H () M ()	
3.- Edad: H () M ()		10.- Edad: H () M ()	
4.- Edad: H () M ()		11.- Edad: H () M ()	
5.- Edad: H () M ()		12.- Edad: H () M ()	
6.- Edad: H () M ()		13.- Edad: H () M ()	
7.- Edad: H () M ()		14.- Edad: H () M ()	
Edad del padre:		Lugar de nacimiento del padre:	
Edad que llegó a vivir a Culiacán:		Ocupación del padre:	
Edad de la madre:		Lugar de nacimiento de la madre:	
Edad que llegó a vivir a Culiacán:		Ocupación de la madre:	
Número de hermanos/hermanas, sexo y lugar que ocupa entre ellos:			
Otras personas que vivían en la casa:			

Cuestionario

1.- Construcción de la identidad. Relación con el padre y experiencia como hija.

Platíqueme de su experiencia como niña.

Hábleme de su casa.

Platíqueme de sus padres.

¿Cómo era la relación entre sus papás?

¿Cómo era la relación de usted con su papá?

¿Cómo era la relación con su mamá?

Hábleme de sus hermanos/hermanas en aquel momento.

Platíqueme de cómo estaba organizada la familia (derechos/obligaciones/normas/reglas)

¿Quién se encargaba de hacer los quehaceres?

¿Qué responsabilidades tenía usted, específicamente?

¿Qué hacía su padre en su casa?

¿Qué hacía su madre en su casa?

Adolescencia y juventud

Momento/situación en que se deja de ver como niña y se percibe como “mujer”.

Hábleme de su juventud.

Platíqueme de cuando empezó a tener novio.

¿Qué implicaba ser un hombre?

¿Qué implicaba ser una mujer?

Lo que pensaba acerca de la maternidad cuando era niña/joven/antes de serlo.

Lo que pensaba de la paternidad de niña/joven.

¿Pensaba en su propia maternidad, en ser mamá? ¿Cómo se ve veía?

¿Cómo se aprende a ser mamá?

2.- Matrimonio/Vida en pareja de recién casados

Relación con el esposo (papá de sus hijos/as).

Actividades que hacía con el esposo.

Dinámica de recién casados.

Organización familiar (gastos/mantenimiento del hogar/quién mandaba).

Actividades que hacía sola (amigos/as).

Planeación/Llegada de los hijos/as.

3.-Eduación y crianza de los hijos/as

Hábleme de lo que ha implicado criar a los hijos/hijas (actividades/responsabilidades)

¿Qué hace usted, específicamente, como madre, en cuanto a la crianza de los hijos/hijas?

¿Qué hace su pareja, específicamente, como padre, en cuanto a la crianza de los hijos/hijas?

Manera en la que el esposo/padre da seguridad a la familia

4.-Afectividad y relación con los hijos/as

Descríbame un día típico en su casa.

¿Cómo es un día de descanso?

¿Qué actividades hacen en familia?

Relación con sus hijos/hijas en sus diferentes etapas.

¿Qué les dice a sus hijos/as de la sexualidad?

- ¿De qué manera les demuestra el afecto?
- ¿Cómo es la relación de su esposo con sus hijos/as?
- ¿Cómo les demuestra su esposo el afecto a sus hijos/as?
- ¿Cuál es el elemento principal para que funcione su familia?

5.- Reglas/Normas/Obligaciones/Derechos Reglas Autoridad/Proveeduría

Organización de la familia en cuanto reglas/normas.

- ¿Quién decide lo que se puede o no hacer en el hogar/familia?
(permisos/reglas/obligaciones/derechos)

Llamados de atención/regaños/castigos a los hijos/hijas.

6.- La experiencia de la maternidad/paternidad

Lo más fácil/difícil de ser madre/padre (su esposo).

Lo más satisfactorio/desesperante de ser madre/padre (su esposo).

Situación en la que no supiera qué hacer como mamá/papá (su esposo).

Aspectos de ser madre/padre dependiendo de la edad de los hijos/hijas.

Aspectos de ser madre/padre dependiendo del sexo de los hijos/hijas.

Ser y no un ejemplo para los hijos/as. (Lo mismo de su esposo)

Autoevaluación del desempeño materno/paterno (de su esposo) (lo que hizo bien/mal).

Aspectos que conservara/eliminara de su desempeño materno/paterno (su esposo).

Aspecto en el que le gustaría mejorar como mamá (en qué debería hacerlo su esposo como papá).

Si tuviera un hijo ahora, ¿cómo fuera su desempeño como mamá? ¿Qué haría igual/diferente?

Diferencias similitudes en el desempeño paterno de su propio padre y su esposo.

Características de papás

Características/Concepto

- ¿En qué son diferentes?

Las condiciones de vida actuales (económicas, sociales, políticas...) ¿demandan una manera específica de ser papá?

- ¿Hay mejores padres ahora o antes?

- ¿Hay algún momento/etapa de la vida en la que se deje de tener la responsabilidad como papá?

Características de las mamás

Características/Concepto de mamá

Las condiciones de vida actuales (económicas, sociales, políticas...) ¿demandan una manera específica de ser mamá?

- ¿En qué se parecen o difieren las de antes y las de ahora?

- ¿Hay mejores madres ahora o antes?

- ¿Hay algún momento/etapa de la vida en la que se deje de tener la responsabilidad como mamá?

Características de los hombres

-Características/Concepto de hombre

- ¿Todos los hombres son iguales?

- ¿A quién se considera masculino?

- ¿En qué situaciones se duda de un hombre?

Característica/Concepto de esposo

Características de las mujeres

-Características/Concepto de mujer.

¿Todas las mujeres son iguales?

¿A quién se considera femenina?

¿En qué situaciones se duda de una mujer?

Característica/Concepto de esposa

Familia

¿Qué es la familia para usted?

¿Quién puede conformar una familia?

¿Qué piensa de que ahora pueden casarse hombres y/o mujeres con mujeres?

¿Qué piensa de que ahora más los hombres hagan labores domésticas y se encarguen de la crianza de los hijos y de más mujeres que trabajen fuera del hogar?

¿Cuáles son los principales valores que intenta inculcar a sus hijos/as?